



NO 300000

ARMONE



TOM.

BT306

.49

J4

v. 1

008630

IMPRESA
Y ENCUADERNACION.

ATANASIO QUIJANO.
Calle de la Constitucion Numero 4.
TOLUCA.



1080014844

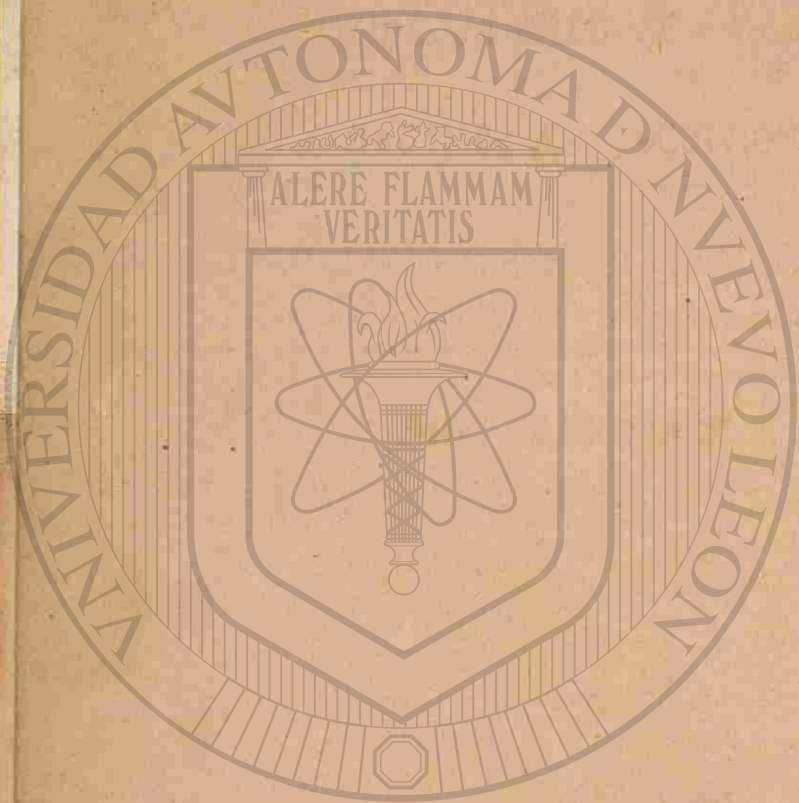


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





JESUCRISTO
EN EL
EVANGELIO Y EN LA SAGRADA EUCARISTÍA
SU INFLUENCIA
SOBRE EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD.

SERMONES

predicados en las solemnes funciones de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas, en la iglesia de Santo Tomás de esta Corte, en los años 1862, 1864 y 1866,

POR EL ILMO. SR. DR. DON BENITO SANZ Y FORES,

OBISPO DE OVIEDO.

TOMO I.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres

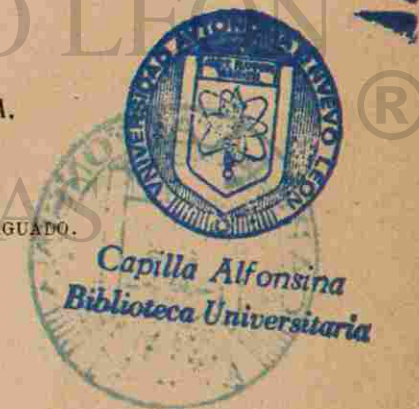
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO.

Calle de Pontejos, 8.

1879.



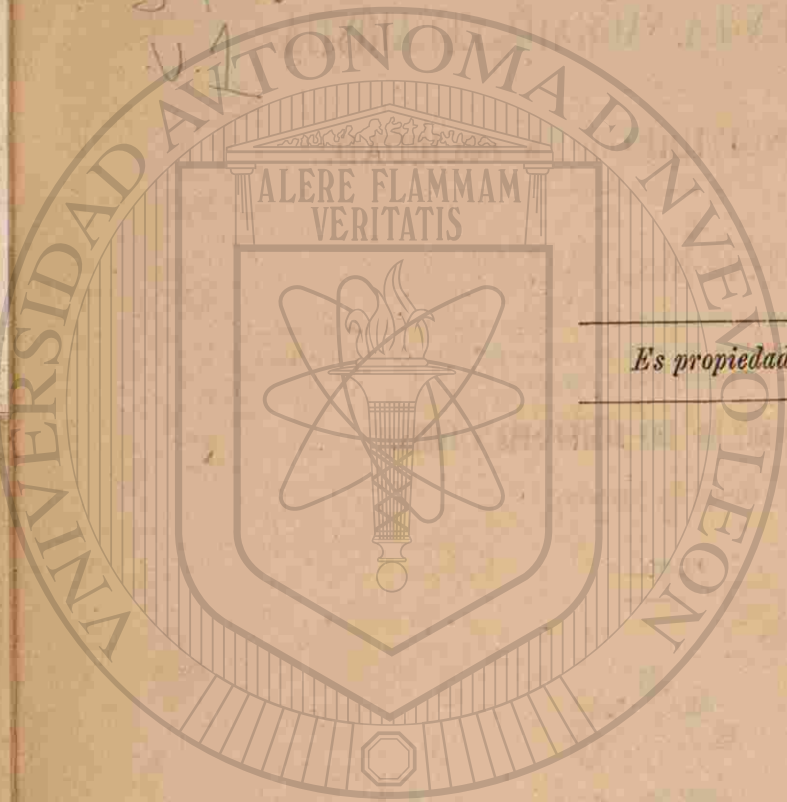
FONDO EMETERIO
45244

BT306

.49

J4

V.1



Es propiedad del Autor.

AÑO 1862.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



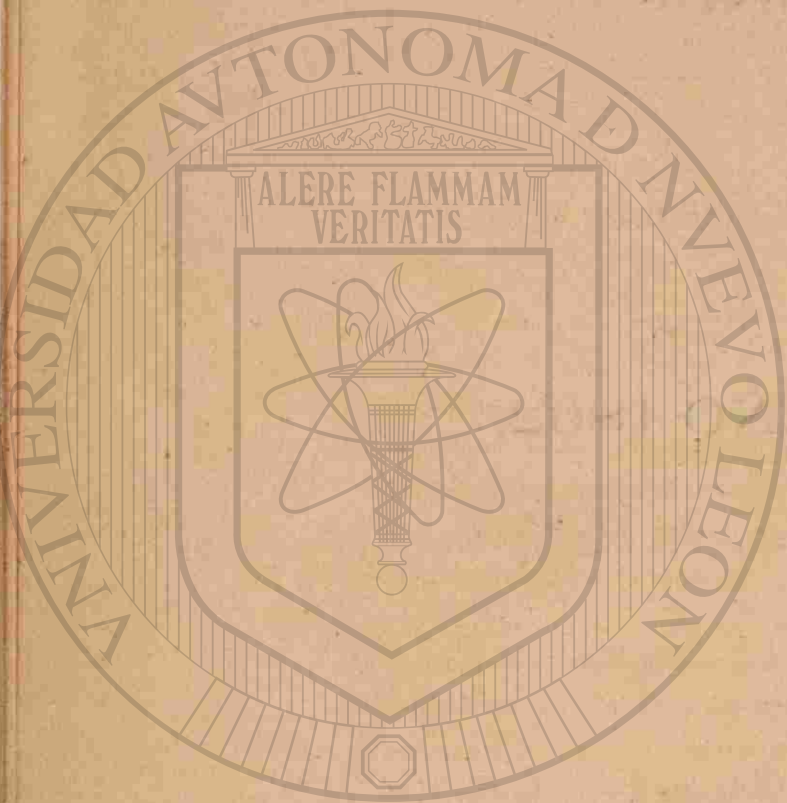
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



008630

ESTADO DE NUEVO LEÓN
CALLE DE LA LIBERTAD 100
C.P. 66000 SAN ANTONIO DE LOS BAÑOS



ÍNDICE.

Año 1862.

PÁGINAS.

| | |
|---|-----|
| PRIMER SERMON.— <i>Jesucristo, esperanza de los pueblos antiguos, y redentor de la humanidad pecadora: lazo de union entre Dios y el hombre: tipo de la humanidad regenerada.</i> | 5 |
| SEGUNDO SERMON.— <i>La fe: su necesidad y su nobleza: la Eucaristía, misterio de fe, que perpetúa la Encarnacion, exige y robustece aquella virtud.</i> | 29 |
| TERCER SERMON.— <i>La esperanza fundada en el sacrificio de Jesucristo, y en la participacion de El y de sus méritos: la Eucaristía, prenda de esperanza.</i> | 61 |
| CUARTO SERMON.— <i>La felicidad en la union con Dios: el amor, lazo de esta union: la Eucaristía, Sacramento de amor, fuente de felicidad.</i> | 91 |
| QUINTO SERMON.— <i>La humildad, base de la verdadera grandeza: la humillacion voluntaria de Jesús en su vida mortal y Eucarística, modelo y estímulo para todos.</i> | 119 |
| SEXTO SERMON.— <i>La caridad, fruto del Catolicismo, considerada como union de voluntades para la armonía y la paz social: la Eucaristía, fuente de caridad, lazo de union y felicidad.</i> | 146 |
| SÉPTIMO SERMON.— <i>La caridad como donacion y sacrificio: la Eucaristía, estímulo, sosten y recompensa de esta donacion y sacrificio.</i> | 173 |

OCTAVO SERMON.—*El alejamiento de la Sagrada Eucaristía en unos y el abuso en otros, causa de los males que nos aflijen.* 201

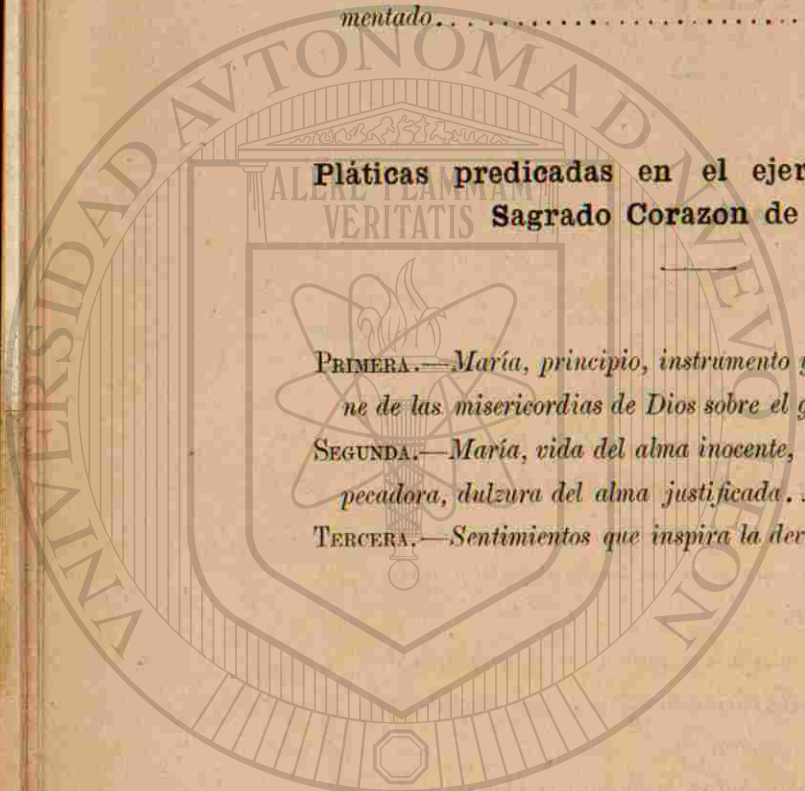
NOVENO SERMON.—*Nuestros deberes con Jesucristo Sacramentado.* 228

Pláticas predicadas en el ejercicio dedicado al Sagrado Corazon de María.

PRIMERA.—*María, principio, instrumento y manantial perenne de las misericordias de Dios sobre el género humano.* . . . 254

SEGUNDA.—*María, vida del alma inocente, esperanza del alma pecadora, dulzura del alma justificada.* 274

TERCERA.—*Sentimientos que inspira la devoción á María.* . . . 289



José Santínz Galba, Pontífice

JESUCRISTO

EN EL

EVANGELIO Y EN LA SAGRADA EUCARISTÍA.

SU INFLUENCIA

SOBRE EL INDIVIDUO Y LA SOCIEDAD.

SERMONES

predicados en las solemnes funciones de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas, en la iglesia de Santo Tomás de esta Corte, en los años 1862, 1864 y 1866,

POR EL ILMO. SR. DR. DON BENITO SANZ Y FORES,

OBISPO DE OVIEDO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

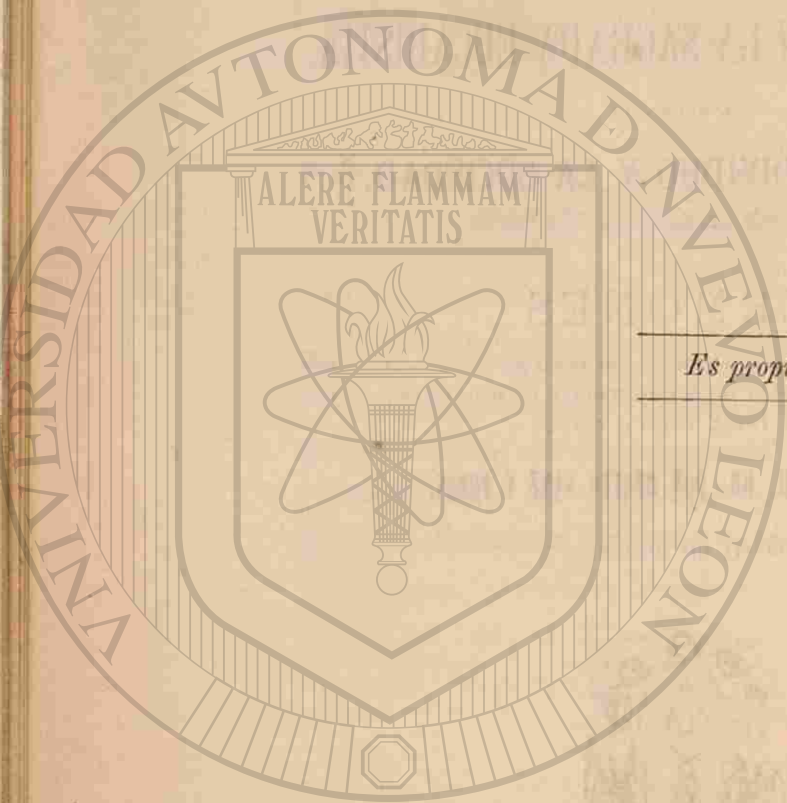
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO.

Calle de Pontejos, 8.

1878.

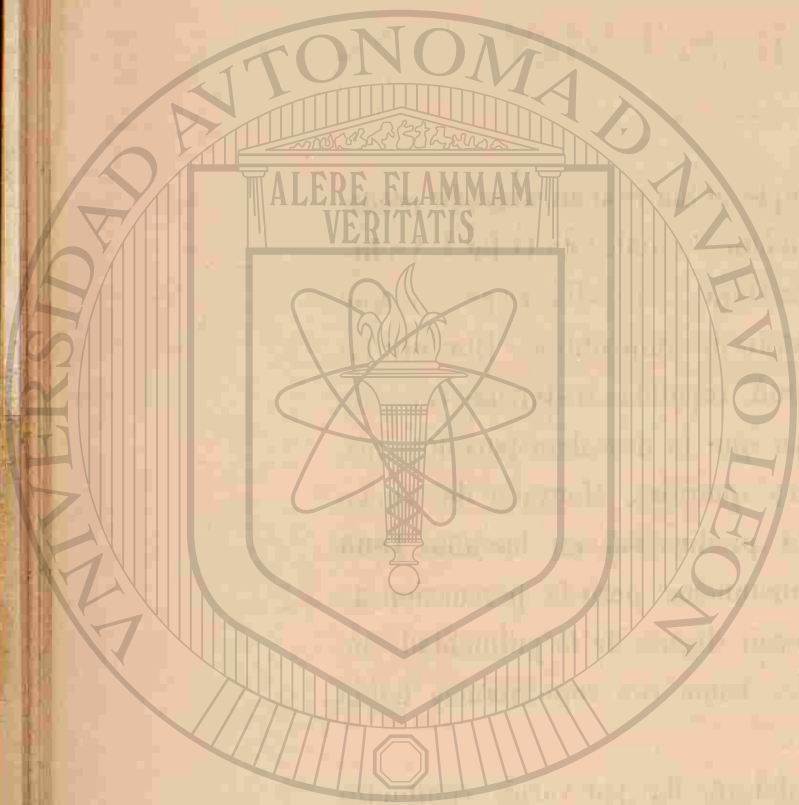


Es propiedad del Autor.

Quando en 1862 acepté el honroso encargo de predicar en las solemnes funciones anuales de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas, no podia sospechar que aquellos discursos hubieran de imprimirse. Durante las funciones se me hicieron repetidas instancias con este objeto; accedí á ello, ya que lo deseaban personas respetables y para mí muy queridas. Honrado de nuevo con el encargo de esta predicacion en los años 1864 y 66, se repitieron las instancias; pero la persuasion de que mis sermones no eran dignos de la publicidad, me movió á no condescender, como con repugnancia habia hecho en el primer año.

Agotada la edicion del año 62, por varios conductos se me pide que los reimprima, formando coleccion de los tres años; y á pesar de que no los juzgo ahora mejores que entonces, me decido á complacer á los que lo desean.

Quiera Dios que su lectura produzca algun bien. Ni al predicarlos me propuse, ni me propongo al publicarlos, sino la gloria de Dios y el bien de las almas. Si esto se logra, están cumplidos todos mis deseos.



PRIMER SERMON.

Jesucristo, esperanza de los pueblos antiguos y redentor de la humanidad pecadora, lazo de unión entre Dios y el hombre, tipo de la humanidad regenerada.

Ego sum via, veritas et vita.
(Joann. XIV, 6.)

Todo es de Dios; y desde el pequeño átomo que se distingue apenas rodando en inciertos giros por el espacio, hasta el magnífico globo de luz y de fuego á quien el Criador señalara su lugar en el firmamento, todo anuncia ser la obra de sus manos (1). Y esas obras de Dios son grandes, como canta el Profeta; dispuestas esquisitamente para nobles fines (2); preparadas todas con sabiduría (3); ordenadas con peso, número y medida (4); de modo que ascendiendo desde la menor de ellas en escala misteriosa, puede el hombre elevarse al conocimiento de las perfecciones invisibles de Dios, de su poder y de su Divinidad (5). Todo es obra de Dios, y todo tiene un fin sublime en su creación: la gloria del Criador, la

-
- (1) Psalm. XVIII, 1.
(2) Psalm. CX, 2.
(3) Jerem. LI, 15.
(4) Sap. XI, 21.
(5) Ad Rom. I, 20.

felicidad de su criatura predilecta. Pero entre todas hay, Señores, dos obras que Dios llama especialmente suyas, porque en ellas brilla de un modo peculiar su poder con su sabiduría y su amor, y mediante ellas se realizan más perfecta y admirablemente los nobles fines del Señor del universo. Estas dos obras especiales de Dios, que forman como los dos polos en que se apoya todo lo criado, son Jesucristo Hijo de Dios, y María Madre de Dios. Del primero lo dice el Profeta: *Obra tuya es, Señor; en medio de los años dale vida; en medio de los años la harás notoria* (1). De la segunda lo dicen, con Jeremías, que la presenta como una creación nueva (2), y con San Juan, que la contempla como un prodigio grande (3), todos los Santos Padres, que la llaman el negocio de todos los siglos (4), la obra de un designio eterno (5), el milagro más grande del universo (6), la obra de Dios por excelencia (7). Escuchad á Santo Tomás: «La humanidad de Jesucristo, por estar unida al Verbo de Dios, y la bienaventurada Virgen María, por ser Madre de Dios, reciben una como dignidad infinita del Bien infinito que se les comunica; de modo que no puede haber nada mejor ni más excelente que ellos (8).» Del primero debemos ocuparnos en este día y en los siguientes: la segunda

(1) Habac. III, 2.

(2) Jerem. XXXI, 22.

(3) Apoc. XII, 1.

(4) *Negotium omnium seculorum.* (S. Bern., Serm. 2 de Pentec.)

(5) *Eterni consilii opus.* (S. Aug. Serm. 1 de Annunt.)

(6) *Præstantissimum universi orbis terræ miraculum.* (S. Ephrem. de laud. Deip.)

(7) *Opus Domini, mirabile Dei opus.* (S. Bonav. in Specul. B. M. V., lectio 7.)

(8) *Humanitas Christi ex hoc quod est unita Deo..... et beata Virgo, ex hoc quod est Mater Dei, habent quamdam dignitatem infinitam, ex bono infinito, quod est Deus; et hoc ex hac parte non potest aliquid fieri melius eis.* (S. Thom. 1. p., quæst. 25, art. 6, ad 4.)

atraerá nuestro corazón, y será objeto de mi palabra en el último día de estos santos ejercicios.

Llamado, Señores, á hablaros desde esta cátedra, donde se han oído tantas veces los sublimes conceptos y la elocuente palabra de ilustres oradores, no puedo menos de exclamar con San Pablo, lleno de confusión: «A mí, el más pequeño, el último de los ministros de Dios, se me ha confiado la misión de evangelizar á un gran pueblo las incomprensibles riquezas de Cristo, y de manifestar á todos cuál sea la comunicación del Sacramento escondido en Dios antes de los siglos (1).» Falto de elocuencia, nunca he querido predicar sino á Jesucristo, y este crucificado (2); y ojalá fuese sabio en su ciencia, y pudiera decir con San Bernardo: «Mi palabra y mi filosofía y toda mi sabiduría es Jesús crucificado (3), para transmitir la misma ciencia hasta que Cristo sea formado en vosotros (4).» El Padre de las luces, dador de todo don perfecto, me conceda esta gracia; y á vosotros, como le pido con San Pablo, os corrobore en virtud por su espíritu, para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, á fin de que, arraigados y fundados en caridad, podáis comprender con todos los Santos cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad de este misterio, y conocer también la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (5).

Entremos, pues, en materia, y hablemos hoy de Jesucristo, de su carácter é influencia en la sociedad. Es el

(1) Ad Ephes. III, 8.

(2) I ad Corinth. II, 2.

(3) *Hæc mea sublimior interim Philosophia scire Jesum, et hunc crucifixum.* (S. Bernard., Cant. Cantic., serm. XL, III.)

(4) Ad Gal. IV, 19.

(5) Ad Ephes., III, 13, ad 19.

fundamento, dice San Pablo, fuera del cual no puede ponerse otro (1). En la esplanación le consideraremos como realización de las esperanzas de los antiguos pueblos, y como representante de la humanidad pecadora para expiar su pecado y romper su cadena; primera parte: Como piedra fundamental de la nueva sociedad, lazo de unión entre Dios y el hombre, y como modelo y tipo de la humanidad regenerada para conducirla á la felicidad y á Dios; segunda parte. Pidamos para hacerlo con fruto los auxilios del cielo, acudiendo al mismo Jesús por medio de María.

Dejemos la tierra en su pequeñez y el mundo en su brevedad; remontémonos á Dios y á la eternidad: á Dios, que eternamente dispone y prepara las obras que en el tiempo han de pregonar su omnipotencia, su sabiduría y su amor, para que el ángel y el hombre lleguen á la participación de su gloria; y contemplemos con el Apóstol la sabiduría de Dios en el gran misterio; la sabiduría de ese misterio, que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, y que no conocieron los príncipes de este mundo (2). ¿Cuál es el primero de los pensamientos divinos, el que San Pablo llama por excelencia el misterio de Dios Padre (3), el secreto que estuvo escondido en los siglos y generaciones (4), el gran sacra-

- (1) Ad Corint. III, 11.
 (2) I ad Corint. II, 7, 8.
 (3) Ad Colos. II, 2.
 (4) Id. I, 26.

mento de la piedad divina? (1) El mismo Apóstol nos lo descubre: ese misterio es Cristo; su Encarnación con todas sus consecuencias. Este misterio viene á poner el sello á la admirable encadenación de los seres que, emanando de Dios, vuelven á Él, que es el principio y el fin de todas las cosas (2). El hombre, participando á la vez de la materia y del espíritu, forma el lazo entre el mundo visible de los cuerpos y el invisible de los espíritus; se une á la tierra y al cielo, al bruto y al ángel: pero el hombre y el ángel están muy lejos de Dios; se necesita de otro anillo misterioso que los una, para que sean participantes de la naturaleza divina (3). Ese anillo es Jesucristo, Dios y hombre, que es la piedra angular que une ambos extremos (4). Así se cumple lo que enseña San Pablo: «Todas las cosas son del hombre y están en él: el hombre es de Cristo y está en Él; Cristo es de Dios (5), es Dios mismo, en quien terminan todas las cosas, y á quien las acerca y las une al hacerse hombre, pacificando todas las que hay en el cielo y en la tierra (6).»

¿Y quién es Jesucristo? Para conocerle en la extensión de su grandeza y de su misión, es preciso elevarse sobre los tiempos, y penetrar con San Juan hasta el seno del Ser infinito. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.... Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada se hizo sin Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; era la luz verdadera que alumbra á todo hom-

- (1) I ad Timoth. III, 16.
 (2) Apoc. I, 8.
 (3) II Petri, I, 4.
 (4) Act. Apost. IV, 11.
 (5) I ad Corint. III, 22, 23.
 (6) Ad Colos. I, 20.

»bre que viene á este mundo. Y el Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su gloria, como de »Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1).» Basta: todo está revelado, dice el desgraciado Lamennais citando este pasaje de San Juan. Sabemos ya lo que es Cristo. Es el Verbo de Dios; es su Hijo único engendrado de toda la eternidad, y que permaneciendo lo que jamás pudo dejar de ser, se dignó tomar nuestra naturaleza y vestir nuestra carne mortal. Estas dos naturalezas unidas no forman sino una sola persona; Jesucristo, el Dios hombre, que era la esperanza de las naciones. No le han esperado en vano: apareció, y vimos su gloria como de Hijo del Padre. Misterio admirable, sin duda; pero misterio tan análogo á nuestras necesidades y á nuestra razón; tan creíble, en fin, que todos los siglos le han creído (2).

¿Para qué viene al mundo? ¿Qué ha venido á hacer aquí abajo el que se sienta en trono inaccesible en la altura de los cielos? El Apóstol lo dice con la sublimidad y sencillez que le caracterizan: á restaurar todas las cosas en los cielos y en la tierra (3). Conocemos, pues, á Jesucristo, sabemos quién es, sabemos á qué viene. Aquel por quien fueron hechas todas las cosas, viene á restaurarlas todas, realizando las esperanzas de la humanidad. ¿Quién mejor que Él pudiera realizarlas? Más aún: ¿Quién sino Él pudiera hacerlo? Recordemos esas esperanzas: traigamos á la memoria la palabra de Dios en el paraíso al castigar á la serpiente que causó la ruina de la humanidad: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu semilla y la suya; ella quebrantará tu cabe-

(1) Joann. 1.

(2) *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión.* (Cap. 35.)

(3) Ad Ephes. I, 9, 10.

za (1).» El hijo de la mujer quebrantará tu cabeza. Hé aquí la primera verdad. ¿Pero cómo podrá romperla el Hijo de la mujer, si es esclavo de la serpiente, que envolvió en su formidable red al género humano? Es preciso que el libertador, siendo Hijo de la mujer, tenga un poder superior al de su enemigo; es preciso que nazca fuera del alcance de sus tiros; es preciso que sea Dios. Un Dios-hombre es anunciado á la hora misma del pecado; solo un Dios-hombre puede romper la cadena que labrara el demonio; un Dios-hombre espera desde entonces la humanidad en su desgracia.

A Abraham promete Dios que en su descendencia, es decir, en uno de sus descendientes, serán benditos todos los pueblos, todas las generaciones (2). Esa bendición universal y perpétua no puede estar vinculada en un solo hombre, porque no hay hombre alguno que pueda ser el centro ó el representante á la vez de todos los pueblos y de todos los tiempos. Solo puede serlo un Dios-hombre, que por su carácter divino alcance á todo, lo comprenda todo. Fundada en esta palabra, la humanidad espera un libertador Dios-hombre. Los Profetas lo anuncian así, y le llaman Dios, Admirable, Fuerte, Príncipe de la paz (3). Las tradiciones todas, los símbolos de todos los pueblos le señalan ese carácter. Esa esperanza tiende á la rehabilitación del hombre en los derechos y los bienes que Dios le quitara en justo castigo de su culpa, y encerrara, por decirlo así, en su seno de donde salieron. Solo un hombre-Dios puede devolverlos al hombre, tomándolos del seno de Dios. Esa esperanza se dirige á la unión de la criatura con el Criador; solo puede reali-

(1) Gen. III, 15.

(2) Id. XXII, 18.

(3) Isai. IX, 6.

zarla un Dios-hombre, que con una mano toca á Dios, y con la otra llega hasta el hombre. ¿Qué más puede esperar la humanidad, que un Dios hecho hombre? Ella, pues, espera á Jesucristo, al que San Juan nos presenta como Hijo de Dios, que se hace hombre (1); en quien se esconden todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (2); á quien el Padre llama su Hijo muy amado, en quien tiene todas sus complacencias (3), y á quien ha hecho heredero de todas sus cosas (4). En Jesucristo se resumen todas las esperanzas de la humanidad: Él realiza todo lo esperado; y no es otro más que Él, porque despues de Él nada se espera. Su nacimiento acalla la voz de la ansiedad antigua. Ni hay Profeta que anuncie ya al Libertador, ni oráculo que haga esperar su venida, ni clamor de la criatura que pida á las nubes que lluevan al Justo, y á la tierra que germine al Salvador (5). Solo un pueblo le espera vanamente: el pueblo judío, que atrajo sobre sí la maldición, rechazando al Justo que le fué enviado, y que quedó sumido en la ceguedad y la apatía, porque Dios le abandonó (6). Todos los pueblos le esperaban: al punto que han visto á Jesucristo, han dicho: «Hosanna al que viene en nombre del Señor (7):» todo se ha cumplido: somos libres. Esa atracción poderosa de Jesucristo sobre el mundo entero anunciada por el Profeta y por Él mismo (8), ese silencio de la esperanza, ¿no dice que á ella ha sucedido la posesión

(1) Joann. I, 14.

(2) Ad Colos. II, 3.

(3) Math. XVII, 5.

(4) Hebr. I, 2.

(5) Isai. XLV, 8.

(6) Dan. IX, 26.

(7) Math. XXI, 9.

(8) Joann. XII, 32.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN

de lo esperado? ¿No es un testimonio indestructible en favor de Jesucristo, considerado como Dios-hombre regenerador del mundo? El filósofo dijo: El consentimiento unánime de los pueblos, en todo tiempo y en toda edad, es una prueba cierta de la verdad (1). Apliquemos á Jesucristo la sentencia del filósofo romano: ella nos convence de su Divinidad y de su carácter sublime de libertador y regenerador del mundo.

Véamosle cumpliendo su mision. Yo la descubro, hermanos, compendiada en lo que de sí mismo dijo Jesucristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida (2).» Soy el camino que conduce á Dios; la verdad que le descubre; la vida que nace de la union con Él. Tres caracteres de Jesucristo: es el camino de la humanidad hácia Dios, expiando el pecado; la verdad de Dios comunicada al hombre con su doctrina; la vida de la humanidad, uniéndola á Dios en su persona y en su sociedad, esto es, en su Iglesia.

La primera necesidad del hombre, el primer paso para ir á Dios, de quien se hallaba infinitamente separado por la culpa, era la expiacion de su pecado, con la cual se llenase ese inmenso abismo que entre Dios y el hombre habia abierto la concupiscencia. Toda criatura racional tiene tres deberes que cumplir con aquel que le ha dado el sér: el deber de la adoracion, confesando su majestad; el deber de la gratitud, reconociendo sus beneficios; y el deber de la oracion, testimonio de dependencia, y de que los bienes todos le vienen de aquel de quien recibe la vida. Estos deberes fueron impuestos al hombre, como al angel: y el hombre en su primer dia,

(1) *Quod semper, quod ab omnibus, quod ubique, hoc argumentum est veritatis.*

(2) Joann. XVI, 6.

puro, inocente y dichoso, adoraba á Dios, le daba gracias, le invocaba sin pena y sin esfuerzo. Los sacrificios de la adoracion, de la súplica y de la accion de gracias, se exhalaban de su alma, toda hermosa, como los perfumes que en la mañana se exhalan de las flores, como el incienso que se quema ante el trono del Eterno. El pecado, sin eximir al hombre de estos deberes, le impuso otro más apremiante; el del arrepentimiento, el de la expiacion. En vano trata como de aturdirse á sí mismo, de cubrir de flores el aguijon del remordimiento, de sofocar la voz de la conciencia. Sus esfuerzos son inútiles: cuanto más quiere sofocarla, más grita ella: «Ofrece el sacrificio de la adoracion, el sacrificio de la súplica, el sacrificio de la gratitud; sobre todo, ofrece, ofrece sin cesar el sacrificio de la expiacion.» Pero..... ¿dónde encontrar un sacerdote digno de ofrecer una víctima agradable al Altísimo? ¿Dónde hallar una víctima bastante pura, bastante meritoria para esta expiacion? Todos los pueblos lo buscaron á impulso de su conviccion y de su esperanza; todo lo elevaron al sacerdocio; todo lo pusieron en el rango de las víctimas, y los animales y los hombres, los niños y los ancianos sucesivamente, inundaron con su sangre los altares. Tan íntima era la conviccion de la necesidad del sacrificio. Los hebreos y los egipcios, los persas, los griegos y los romanos, los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodía, los salvajes del nuevo mundo y los hijos de las islas desconocidas, las naciones guerreras y los pueblos civilizados, en todo tiempo, en todo lugar y bajo todo cielo, el mismo pensamiento, Señores, el mismo instinto, la misma necesidad.

Esos esfuerzos, sin embargo, son inútiles. Tras ellos el pecado es el mismo: la separacion de Dios se hace más sensible. No hay entre los hombres sacerdote santo, que

no necesitando expiacion por sí, la ofrezca por el pueblo. No hay víctima bastante noble y pura, que abrace en su inteligencia toda la idea del mal que ha de expiar; ni en su corazon el deseo de expiarlo, apreciando la extension del sacrificio; ni en su cuerpo y en sus acciones todo el valor, todo el mérito necesario para la expiacion. Solo Dios puede hacerlo, y Dios lo hace tomando la naturaleza humana. Su inteligencia sin límites le descubre la intensidad del mal y la extension del sacrificio; su amor infinito le inspira el deseo de expiarlo; su cuerpo, unido á la Divinidad, recibe un poder, una fuerza y un mérito infinitos. Jesucristo es el sacerdote y es la víctima que satisface á esa primera necesidad del hombre, á quien se da por hermano. Viene á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, y á redimir á los que estaban bajo la ley del pecado (1); y al entrar en el mundo, dice al Padre: «No habeis querido hostia ni oblacion; pero me formásteis un cuerpo: sacrificio por el pecado no habeis aceptado; entonces dije: héme aquí, que yo vengo para sacrificarme. En la cabeza del libro está escrito de mí, que yo haré ¡oh Dios! tu voluntad (2).»

¡Cuán bien lo hace Jesucristo, hermanos míos! El orgullo, la soberbia, es la fuente del pecado y de la rebellion, haciendo concebir al hombre el insensato deseo de ser como Dios: una humillacion suprema será la expiacion. El placer, la sensualidad, es el instrumento del pecado, apartando el corazon de Dios para darlo á la criatura: un tormento inefable será su castigo. La independencia es el objeto de la prevaricacion, haciendo al hombre principio y término de sí mismo: una obediencia heroica ha de dar satisfaccion á Dios; y esto hace Jesu-

(1) Ad Gal. IV, 5.

(2) Hæbr. X, 5, 6, 7.

cristo, humillándose á sí mismo, y haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte infame de Cruz (1). Escoje unos padres pobres, para que se le llame el hijo del artesano; al nacer, es reclinado en un pesebre; pasa treinta años ganando el pan con su trabajo; en su vida pública se mantiene de la caridad; sufre que le tienta el demonio; consiente ser escarnecido como insensato, acusado y maldecido por el populacho; y acaba su vida en el patíbulo de los facinerosos. ¡O Dios, tan terrible expiación exigía el pecado! ¡O soberbia, cómo te confundes en sus humillaciones Jesucristo! Por ellas triunfa de la muerte y del pecado, y al expirar esclama: «Todo está consumado.» (2) Y por boca de su apóstol: «¡O muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¿Dónde tu aguijón con que herías á la humanidad?» (3) Por ellas hemos sido libres de la ira de Dios (4); por ellas hemos sido regenerados en la esperanza viva (5); por ellas, y por la obediencia perfecta á la voluntad de Dios, hemos sido santificados, mediante la oblacion hecha una vez del cuerpo de Jesucristo (6).

Roto ya el decreto de condenacion, despues de borrado con la sangre del Redentor (7); puesta su Cruz como un puente que salva el abismo de separacion entre Dios y el hombre, el camino se abre; es ya llano. La humanidad puede dar el segundo paso de su rehabilitacion perfecta, y satisfacer su segunda necesidad; la de volver á hacerse imagen y semejanza de Dios. El peca-

(1) Joann. XIX, 30.

(2) I Corinth. XV, 55.

(3) Rom. V, 9.

(4) I Petr. I, 3.

(5) Ad Hæbr. X, 10.

(6) Colos. 11, 14.

(7) Joann. I, 10.

do, cegando al alma, la dejó en tinieblas respecto de Dios. La luz que ilumina á todos los hombres, la luz del Verbo, que es la vida, estaba en el mundo; pero el mundo no la conocia (1): no conociéndola, no podia valerse de ella, y por ella elevarse al conocimiento y semejanza de Dios. Hé aquí, pues, que el Verbo se hace carne, y comunica esa luz por medio de la fe, esa vida por medio del amor. La fe es la vida de la inteligencia; y creer, es obedecer, es estar sumisos á una razon superior, á una autoridad que enseña. El amor es la vida del corazon; y amar lo que el órden nos conduce á amar, es obedecer, es estar sumisos á una voluntad superior, á una voluntad que manda (2).

Jesucristo es la Verdad: en Él, dice San Pablo, están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (3); pero viene á reparar las ruinas que causó una curiosidad culpable, un deseo insensato de omnisciencia. ¿Cómo lo hace? Encierra en su seno esos tesoros y aparece como un niño, cuya inteligencia se desarrolla poco á poco, merced á la educacion y á la experiencia. Pocos rasgos de su infancia quiso que consignáran los Evangelistas, pero no permitió que callasen lo que á esto se refiere. El Niño, nos dicen, crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (4). A los doce años se queda en el templo, y se le ve entre los doctores, oyendo sus lecciones y haciéndoles preguntas á la manera de un discípulo (5). Más adelante consiente en ser tenido por iliterato en el acto mismo de admirarse su doctrina (6). ¡Qué sacrificio

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indif.*, cap. 35.

(2) Coloss. II, 3.

(3) Luc. II, 52.

(4) Id. II, 46.

(5) Joann. VII, 15.

(6) Joann. VI, 40.

del entendimiento! Él es la base de la fe que viene á enseñarnos, como único medio de volver á Dios, de quien tan lejos y tan ignorante estaba el mundo. El hombre, para conocer á Dios, no puede valerse de sí mismo: de él á Dios hay una distancia infinita. Si Dios no se le acerca y se le comunica, nunca podrá el hombre conocerle: si el hombre no cree á Dios que le habla, sometiéndole su entendimiento por la fe, no se conformará con él, no recobrará la semejanza de Dios. Hé aquí la gran lección que nos da Jesucristo en su vida privada.

Consideradle en su vida pública. No es un filósofo que raciocina en esfera superior y presenta ideas abstractas envueltas en oscuras frases. Es la Verdad misma, que habla á los hombres. ¡Qué sencillez en sus discursos! «Creed, y sereis salvos (1): clamad á Dios, y os oirá: pedid y recibireis (2): si creéis, obrad segun la fe: si creéis, todo os es posible (3). La vida eterna, es decir, la vida del alma, consiste en conocer á Dios y á su Hijo, á quien ha enviado (4). Os bendigo, Padre mio, porque escondisteis estas cosas á los sábios orgullosos, y las habeis revelado á los humildes y pequeños (5). Tal es su lógica: tan sencilla su palabra. Así enseña al hombre á conformar su razon con la razon suprema. Ved cómo su ejemplo y su doctrina tienden tambien á conformar la voluntad del hombre con la voluntad de Dios. Su alimento es hacer la voluntad del Padre (6): no ha venido, dice, para hacer otra cosa (7). No busca su gloria, sino

- (1) Matth. VII, 7.
- (2) Marc. IX, 22.
- (3) Joann. XVII, 3.
- (4) Luc. X, 21.
- (5) Joann. IV, 34.
- (6) Id. VI, 38.
- (7) Id. VIII, 50.

la de Aquel que le ha enviado (1). Por ello su vida es toda de sacrificio; pasa derramando bienes (2); instruye al pueblo; bendice á los niños; socorre á los pobres; consuela á todos; por todos muere; y cuando todo lo ha hecho y el mundo lo admira, se contenta con decir: «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (3): haced esto, y vivireis (4): aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y tendreis paz (5): sed perfectos como el Padre celestial (6): obrad la misericordia (7): hablad la verdad (8): sed sencillos (9): amad á Dios sobre todas las cosas (10): amaos unos á otros como yo os he amado (11).»

¡Cuán sublime es esta doctrina! Antes de Jesucristo no se oyó en la tierra. No es la sutileza del filósofo; es la palabra de Dios; es la voluntad de Dios; es la verdad y la justicia. Porque Jesucristo, Señores, es la justicia. San Pablo nos lo dice (12): se hace para nosotros justicia, presentándonos y enseñándonos esa verdad como regla de nuestras relaciones. La razon eterna de estas relaciones entre todos los seres, es la inteligencia, es la sabiduría de Dios; y Jesucristo es esa inteligencia, esa sabiduría encarnada. No solo nos manifiesta esta razon eterna, sino que sobre ella formula y promulga la ley: más aún, es el primero en cumplirla. Como hombre, es la perfección de

- (1) Act. X, 38.
- (2) Joann. X, 1.
- (3) Luc. X, 28.
- (4) Matth. XI, 30.
- (5) Matth. V, 48.
- (6) Luc. VI, 36.
- (7) Matth. V, 37.
- (8) Id. X, 16.
- (9) Id. XXII, 37.
- (10) Joann. XV, 12.
- (11) 1 ad Corinth. I, 30.
- (12) Id. ibid.

las relaciones del hombre con Dios; es la perfección de las relaciones del hombre con el hombre; es el maestro que debemos escuchar; es la regla y el modelo que debemos seguir é imitar.

¡Cuán distinto principió á ser el individuo, y la familia, y la sociedad, con la comunicación de Jesucristo, verdad eterna, amor eterno! ¡Qué influencia tan mágica tuvo la sencillez, la humildad y la caridad de Jesucristo sobre el mundo! Los pueblos instruidos en esta caridad y en todas las riquezas de la plenitud de inteligencia para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo (1), y convencidos de los caracteres de la verdad, se agruparon en torno de la Cruz, en donde se consumó su enseñanza sublime, y creyeron el amor y la caridad de Dios (2), diciendo con San Pablo: «Sin duda es grande á todas luces este misterio de amor, en que Dios se ha manifestado en carne, ha sido justificado en espíritu, visto de los ángeles, predicado á las naciones, creído en el mundo, recibido en gloria (3). Véamoslo, considerando por fin á Jesucristo como lazo de unión, y consumando las relaciones de Dios con la humanidad.

SEGUNDA PARTE.

El término á que aspira la humanidad es la felicidad; y la felicidad es el orden, la armonía perfecta de las partes enlazadas entre sí y en sus relaciones con el todo; es la santidad. Hay, pues, una felicidad individual y

(1) Colos. II, 2.

(2) I Joann. IV, 16.

(3) I ad Timoth. III, 6.

otra social; una temporal y otra eterna: ó más bien, la felicidad tiene fases distintas, según consideremos al hombre en sus diversos estados, en sus diferentes relaciones con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. El principio, sin embargo, siempre es el mismo: el orden, la paz, la armonía que produce un bien, y es la posesión del bien. El hombre no conocía el bien; ni en el individuo ni en la sociedad había armonía, porque no la había entre el hombre y Dios. La felicidad verdadera, estable y general, era imposible; los filósofos la buscaban por distintos caminos; pero no saliendo del hombre y de la tierra, no podían encontrarla. El punto en que la colocaban, sobre inasequible, la hacía limitada á los sabios, á los poderosos, á los guerreros. Para el pobre, para el menos ilustrado, no la había: condenados á la esclavitud y á la miseria, ni se les abría un camino en la tierra, ni una puerta en el cielo. Jesucristo vino á abrir uno y otra. Para ello se constituye lazo de unión entre Dios y el hombre, une ambos extremos, y dando á Dios la adoración del hombre, da al hombre la felicidad de Dios.

El Señor había dicho que en uno serían bendecidas todas las generaciones (1). Preparando esta bendición, dijo por un profeta: «Yo haré una nueva alianza con la casa de Jacob, é imprimiré mi pacto en sus entrañas, y lo escribiré en sus corazones. Yo seré su Dios; ellos serán mi pueblo (2).» Fijando más el pensamiento del hombre, le descubre el medio y le dice: «Una Virgen concebirá y dará á luz un Hijo, y se llamará Emmanuel; esto es, Dios con nosotros (3).» Al contemplarlo en lejanía, exclama Isaías: «Un Niño nos ha nacido; se

(1) Gen. XII, 3.

(2) Jerem. XXXI, 31, 33.

(3) Isai. VII, 14.

nos ha dado un Hijo; lleva sobre sus hombros el principado; se llama el Admirable, el Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz (1).» Cuando llegan los días, nace ese Niño. San Juan nos dice de él: «El Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros (2).» Emmanuel, Dios, se une á nosotros, se hace carne, habita con nosotros; y él es el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz, es decir, el Autor de la felicidad. Ved á Jesucristo: ved lo que de él nos dice la revelacion; comparadlo con lo que nos dice su historia.

La felicidad se funda en el conocimiento del bien; consiste en la posesion del bien; se alcanza buscando el bien conocido para unirse á él. El Bien supremo es Dios; se le conoce por medio de la luz que él comunica, y de la verdad que él enseña; se le alcanza por los medios que él señala; se le posee viviendo en sociedad con él. Hé ahí el término á que Jesucristo conduce á la humanidad. Escuchadle: «Ha venido al mundo para reunir y enlazar á los hijos de Dios que estaban dispersos (3);» para dar unidad á los hombres. ¿Qué unidad? Una unidad semejante á la de Dios; es decir, una sociedad perfecta como la de las divinas Personas; como la del Verbo con la naturaleza humana en Jesucristo. Esa sociedad y union indisoluble consiste en la entera conformidad de pensamientos del hombre-Dios, de sus deseos y de su voluntad, con la voluntad, deseos y pensamientos de su Padre. Esa sociedad y unidad pide para los hombres: «Te ruego, Padre mio, que sean una misma cosa como nosotros (4):» y esa sociedad la quiere entre Dios y el hombre, entre el hombre y sus semejantes. Entre Dios y

(1) Id. IX, 6.

(2) Joann. I, 14.

(3) Joann. XI, 52.

(4) Id. XVII, 9, 14.

el hombre, para que introduzca en sus entrañas esa fuente de vida y de felicidad, que salta hasta la vida eterna, y que nace de la union con Dios (1). Entre el hombre y el hombre, modelada sobre la primera, haciendo que se miren todos como una misma cosa (2); como hermanos, hijos de un mismo padre (3); como miembros de un mismo cuerpo (4); que, si bien distintos en su posicion y en su oficio, están animados de un mismo principio de vitalidad, que los hace concurrir á un solo fin. Sociedad, como la de Dios, una; como la de Dios, indisoluble; como la de Dios, santa. Sociedad doble, que conduce á la doble felicidad de que antes os he hablado: la individual y la social, la temporal y la eterna.

La sociedad del hombre con Dios la funda en la fe, que hace conocer el Bien sumo; la mantiene con la esperanza de su posesion; la perfecciona con el amor, que conduce á él; la consume con el sacrificio de la inteligencia, en las aras de la fe; del corazon, en las aras del amor; de todo el hombre, es decir, del egoismo y de las pasiones, en las aras del deber; en la Cruz. Y en el sacrificio funda la felicidad; por ello dice, hablando de sí mismo, como representante de la humanidad: «Fué preciso que el Cristo padeciese para entrar en su gloria (5);» y por ello dice á todos: «El que quiera seguirme, renúnciese á sí mismo, tome la Cruz, y venga en pos de mí (6).» ¿A dónde? Al sacrificio. Escuchad á San Pablo: «Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcais vuestros cuerpos á Dios en hostia viva, santa.

(1) Id. IV, 14; id. VII, 38.

(2) Id. XVII, 21; ad Ephes. IV, 3.

(3) Matth. V, 45; id. XXXIII, 9.

(4) Ad Rom. XII, 5; I ad Corinth. XII, 12, 27.

(5) Luc. XXIV, 26.

(6) Matth. XVI, 24.

agradable á Dios, obsequio racional: y no os conformeis con este siglo, sino reformaos en novedad de espíritu, para que experimenteis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta (1).»

Esa sujecion de la razon del hombre á la razon eterna é infalible; esa sujecion de la voluntad y del corazon á la voluntad y la ordenacion suprema, constituyen la sociedad del hombre con Dios. ¿Os parece difícil, hermanos míos? Escuchad á Jesucristo: «Creed, y todo es fácil (2); porque unidos á Dios por la fe, os haceis con él un mismo espíritu (3). Amad á Dios, y viviendo de su gracia, sereis participantes de la divina naturaleza (4). Amadme, y vendremos á vosotros, y haremos morada en vuestro corazon (5). Comed mi cuerpo, hebed mi sangre, y yo viviré en vosotros, y vosotros en mí, porque el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él (6).» Emmanuel, el Fuerte, el Príncipe de la paz vive en el hombre que cree en él, que le ama, que de él se alimenta; le comunica su poder y su vida; establece una sociedad divina entre Dios y el hombre. Hé aquí, hermanos, la doctrina de la felicidad que nos da Jesucristo. ¡Cuán sencilla, cuán fácil, cuán universal! Se reduce al sacrificio, como medio de lograrla; á la union con Dios, como término de ella; union principiada en el tiempo y consumada en la eternidad, donde se perfeccionará nuestra sociedad con Dios, segun la promesa de Jesucristo: «El que me sigue, estará donde yo estoy (7).» Esta felicidad es para todos, para todas las

(1) Ad Rom. XII, 1, 2.

(2) Marc. IX, 22.

(3) I ad Corinth. VI, 17.

(4) II Petr. I, 4.

(5) Joann. XIV, 23.

(6) Id. VI, 57.

(7) Id. XII, 26; id. XVII, 24.

generaciones. Antes se llamaba desgraciado el pobre, el que padecia, el que lloraba: Jesucristo da á estos el nombre de bienaventurados (1). Aún más, los sobrepone á los dichosos en el concepto del mundo; porque en la muerte del egoismo, que lleva consigo el padecimiento físico y moral, sufrido con espíritu de sacrificio, está la semilla de la verdadera felicidad, que consiste en la paz del corazon, en la esperanza, y despues en la posesion de un bien eterno. Y no hay otra felicidad posible y perfecta para el hombre, que la que ofrece Jesucristo; la nacida de la union con Dios. En esto consistia la del primer hombre en su inocencia; en esto debe consistir la del hombre regenerado. Porque el hombre es criatura de Dios: está en armonía y en paz con el Criador, ó en guerra y desunion. Si lo segundo, es necesariamente desgraciado, porque Dios le retira su gracia, su luz y su amor; queda entregado á sus pasiones, y sus pasiones le tiranizan. Se fatiga en vano buscando la plenitud del bien, que no encuentra; y consume sus fuerzas y su vida en seguimiento de un fantasma que se le escapa, y se desvanece en la muerte. Si el hombre está en paz y union con Dios, es feliz. Dios se complace en él; se lo da todo; habita en él. La paz le acompaña en medio de la tribulacion, goza en medio del padecimiento, y en la muerte Dios será su premio (2). Ved cómo Jesucristo conduce al hombre á su término, á la felicidad.

Pero el hombre vive en sociedad con los demás hombres, y bajo este concepto aspira á otra felicidad. Jesucristo le enseña tambien á encontrarla. Para ello armoniza, modela, por decirlo así, la sociedad de los hombres, enseñando y haciendo todo lo que corresponde al hom-

(1) Matth. V, 3, 5

(2) Gen. XV, 1.

bre en sus relaciones sociales. El sacrificio es también la base de esta felicidad. «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (1): os doy un precepto nuevo, que os améis mutuamente: amaos como yo os he amado (2); amándoos, he sacrificado mi grandeza, humillándome y haciéndome pobre (3): amándoos he sacrificado mi gloria, abrazando las ignominias (4): amándoos he sacrificado mi vida en un patíbulo (5): amándoos he sacrificado mi cuerpo, que os doy en alimento (6): porque, sabedlo; la prueba del amor está en sacrificarse, en dar la vida por el amigo (7).» Hé aquí, Señores, la ley del sacrificio en la sociedad: en ella y solo en ella está la felicidad. Los que á voz en grito proclaman los derechos del hombre, cubriendo con un velo sus deberes; los que le enseñan que es dueño de sí mismo y aun de los demás, que es soberano, tienden á santificar el egoísmo, y engendran la desunion, la discordia y las revoluciones. Entronizan el derecho del más rico, del más osado, del más fuerte; rompen los lazos sociales; destruyen la armonía; conducen á la sociedad hácia la anarquía y la muerte. Jesucristo obra de otra manera. Enseña la caridad, que siendo sacrificio, es lazo que uniforma y estrecha las partes del todo social. Por la caridad, por el sacrificio el rico se acerca al pobre, comunicándole sus bienes; el sábio se baja á la esfera del ignorante, para darle su ciencia; el fuerte es apoyo del débil, y todos mutuamente se dan el corazón. Por el sacrificio de la caridad,

(1) Joann. XIII, 15.

(2) Id. id., 34.

(3) Psalm. LXXXVII, 16; II ad Corinth. VIII, 9.

(4) Psalm. XXI, 7; ad Hæbr. XII, 2; Isai. LIII, 4; ad Gal. III, 13.

(5) Joann. X, 14, 15; I Joann. III, 16.

(6) Matth. XVI, 26.

(7) Joann. XV, 13.

el que manda se emplea todo en el bien del que obedece; el súbdito, que recibe protección, devuelve obediencia sumisa; y los miembros todos del gran cuerpo, sacrificando su inteligencia, su poder, sus bienes, su orgullo y su vida por el bien de los demás, realizan el bello ideal de la perfección, de la felicidad social. El que no se siente dominado por este principio, vive y crece en la sociedad, pero todo para sí, nada para los demás: más todavía, no dando nada, lo quiere todo y ambiciona coronarse con los despojos de sus hermanos.

Tal es, amados míos, la sencilla y sublime ley del Evangelio: tal es la fecunda semilla de felicidad sembrada por Jesucristo en el campo de la sociedad. El pueblo que la ha cultivado, se ha engrandecido; el que la ha sofocado, se ha destruido á sí mismo. La historia lo dice; consultadla, y lo vereis: yo no puedo ni debo alargarme más. Los discursos siguientes nos darán lugar á desnudar el buen grano de la semilla evangélica. En ellos examinaremos en detalle la grande obra de Jesucristo, y la veremos principiada por la fe, fundada en la esperanza, elevada por el amor divino, sostenida por la humildad, difundida por la caridad fraterna, y llevando al hombre á donde el génio del mal prometió y no supo llevarle. La fuente de todo, el instrumento de todo está en el Evangelio, palabra de Cristo, y en la Eucaristía, cuerpo de Cristo, el mismo Cristo, Emmanuel, Dios con nosotros. Llamados en estos días por la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas á la adoración de ese Divino Sacramento, debemos estudiar sus armonías, sus grandezas, su inefable fecundidad. Memorial eterno de las divinas bondades, perpetúa entre nosotros á Jesucristo, para consumación de su grande obra de la restauración de todas las cosas en el cielo y en la tierra, para que seamos dignos de la plenitud de Dios. No le opongamos resisten-

cia: abramos nuestro entendimiento á su palabra, y nuestro corazon á su amor, y conoceremos como San Pedro, que tiene palabras de vida eterna (1), y que su amor pasa derramando bienes (2).

Concededme, Dios mio, que yo sepa hablar vuestra palabra y difundir los tesoros de vuestra caridad, para que se os sometan por la fe los entendimientos de cuantos me escuchen, y se os entreguen por amor los corazones de todos. Con ello, Señor, se llenarán los deseos que os dignais inspirarme, y se logrará el único fin que me propongo en mi predicacion. Sereis vos glorificado, santificados mis hermanos; y felices con ello en la tierra, lo serán despues en la eternidad del cielo.

(1) Joann. VI, 69.

(2) Act. X, 38.

SEGUNDO SERMON.

La fe: su necesidad y su nobleza. La Encaristia, misterio de fe que perpetúa la Encarnacion: exige y robustece aquella virtud,

*Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus,
usque ad consummationem sæculi.*
(Math. XXVIII, 20.)

JESUCRISTO, Señores, no es de un dia, ni de un siglo: es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos (1). Esta sublime frase del Apóstol nos le presenta como compañero inseparable de la humanidad, á quien sirve de guia en todo tiempo para llegar á su término. Siempre es la luz verdadera que ilumina á cuantos vienen á este mundo (2); siempre es camino, verdad y vida para el género humano (3). A ninguno de los tiempos faltó Cristo, dice San Bernardo (4); á ninguno faltó Jesus. A los Patriarcas y Profetas se manifestó en vision, él mismo lo dice: «Abraham vió mi dia y se regocijó (5);» á los Apóstoles

(1) Ad Hæbr. XIII, 8.

(2) Joann. I, 9.

(3) Id. XIV, 6.

(4) Nulli horum (dierum) deest Christus, nulli deest Jesus, nulli deest unctio, nulli salus. Patriarchis et Prophetis in visione exhibitus est, Apostolis in humanitate, Angelis jam in specie. (S. Bern., serm. in festo S. Martini Episc.)

(5) Joann. VIII, 56.

cia: abramos nuestro entendimiento á su palabra, y nuestro corazon á su amor, y conoceremos como San Pedro, que tiene palabras de vida eterna (1), y que su amor pasa derramando bienes (2).

Concededme, Dios mio, que yo sepa hablar vuestra palabra y difundir los tesoros de vuestra caridad, para que se os sometan por la fe los entendimientos de cuantos me escuchen, y se os entreguen por amor los corazones de todos. Con ello, Señor, se llenarán los deseos que os dignais inspirarme, y se logrará el único fin que me propongo en mi predicacion. Sereis vos glorificado, santificados mis hermanos; y felices con ello en la tierra, lo serán despues en la eternidad del cielo.

(1) Joann. VI, 69.

(2) Act. X, 38.

SEGUNDO SERMON.

La fe: su necesidad y su nobleza. La Encaristia, misterio de fe que perpetúa la Encarnacion: exige y robustece aquella virtud,

*Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus,
usque ad consummationem sæculi.*
(Math. XXVIII, 20.)

JESUCRISTO, Señores, no es de un dia, ni de un siglo: es de ayer, y de hoy, y de todos los siglos (1). Esta sublime frase del Apóstol nos le presenta como compañero inseparable de la humanidad, á quien sirve de guia en todo tiempo para llegar á su término. Siempre es la luz verdadera que ilumina á cuantos vienen á este mundo (2); siempre es camino, verdad y vida para el género humano (3). A ninguno de los tiempos faltó Cristo, dice San Bernardo (4); á ninguno faltó Jesus. A los Patriarcas y Profetas se manifestó en vision, él mismo lo dice: «Abraham vió mi dia y se regocijó (5);» á los Apóstoles

(1) Ad Hæbr. XIII, 8.

(2) Joann. I, 9.

(3) Id. XIV, 6.

(4) Nulli horum (dierum) deest Christus, nulli deest Jesus, nulli deest unctio, nulli salus. Patriarchis et Prophetis in visione exhibitus est, Apostolis in humanitate, Angelis jam in specie. (S. Bern., serm. in festo S. Martini Episc.)

(5) Joann. VIII, 56.

se manifestó en su humanidad; á los Angeles en su Divinidad. Y siempre conduce al hombre por la fe, la esperanza y la caridad, haciéndose á sí mismo fuente y objeto de estos tres sentimientos, los más naturales al hombre, que son á la vez sus tres primeras virtudes, y las condiciones necesarias á su felicidad. En los primeros siglos exigió la fe, y la mantuvo con la revelacion, los símbolos y las profecías; alimentó la esperanza con sus promesas y con los sacrificios en que típicamente se ofrecia él mismo, como Cordero sacrificado desde el principio del mundo (1); y engendró el amor con los beneficios de que colmó al pueblo que llamaba especialmente suyo. Despues, apareciendo corporalmente, lo hizo con su predicacion y su doctrina, sus milagros y su sacrificio. Al subir al cielo consumó su obra, dejando en la tierra su palabra en el Evangelio y su cuerpo en la Eucaristía, y haciendo depositaria de uno y otro á la Iglesia su Esposa. «No creamos, continúa San Bernardo (2), que haya negado á nuestros tiempos la aparicion con que se dió á conocer á los Padres del antiguo Testamento, ni la presencia de su carne, con que se manifestó á los Apóstoles. Poseemos en la Eucaristía la verdadera sustancia de su propia carne: presentes tenemos su doctrina y sus revelaciones eficaces por el espíritu y la virtud, para que en el tiempo de la gracia, que es el nuestro, no pueda decirse que nos falta ninguna gracia.»

La Eucaristía, obra suprema de la omnipotencia, de

(1) Apoc. XIII, 8.

(2) Neque enim est quod causemur nostro huic negatam tempore, sive eam, quæ ad Patres veteris Testamenti facta est, apparitionem; sive eam, quæ Apostolis exhibita est, præsentiam carnis ejus. Siquidem fideliter considerantibus neutram deesse liquebit. Adest enim nobis etiam nunc carnis ipsius vera substantia, haud dubium sane quin in Sacramento. Adsunt revelationes, sed in spiritu et virtute, ut tempore gratiæ, quod nunc est, nihil in ulla gratia deesse probetur. (S. Bern. loc. cit.)

la sabiduría y de la bondad de Dios, nos asegura esa perpetuidad de Cristo en la tierra de que habla San Pablo, y que el mismo Salvador prometió á los Apóstoles cuando les dijo: «Hé aquí que estoy con vosotros todos los dias, hasta la consumacion del siglo (1).» Si permanece con nosotros, es con los mismos caracteres con que se manifestó en su vida mortal, y con el mismo objeto. La Eucaristía, pues, es Cristo, restaurador de todas las cosas; Cristo, verdad que ilumina al hombre y engendra y exige la fe; camino que le conduce á Dios, solidando la esperanza; vida que le hace feliz, difundiendo en su corazón la caridad. Hé aquí lo que el Angel de las escuelas nos descubre enseñándonos las tres causas de la institucion del Sacramento eucarístico: la memoria del Salvador, el sacrificio del altar, el alimento del hombre (2). La primera, perpetuando la Encarnacion y la vida de Jesucristo con su presencia real, y constituyendo un misterio de fe; la segunda, perpetuando el sacrificio del Calvario, y dándonos una prenda de esperanza; la tercera, consumando su union con nosotros en la comunión, y formando un lazo perpétuo de amor. Estudiemos estas armonías de la Eucaristía, medio sublime, escogido por Dios para completar la obra de Cristo en la restauracion del mundo. Hoy examinaremos la primera condicion que exige de nosotros esta restauracion; la *Fe*. Necesidad de la fe; su nobleza en el catolicismo: primera parte. La Eucaristía, misterio de fe, que perpetúa la Encarnacion de Cristo para estar con nosotros, exige, y á la vez engendra y robustece esa fe: segunda parte.

(1) Matth. XXVIII, 20.

(2) Nota quod causa institutionis est triplex, scilicet: memoria Salvatoris, sacrificium altaris, cibus hominis. (S. Thom., opusc. 58 de venerab. Sacram. Alt.)

La fe, Señores, es una necesidad en el hombre; es el sentimiento más propio de su naturaleza. Imagen y semejanza de Dios, que es la verdad y el amor, tiende siempre hacia su original, busca un alimento propio de su alma; y esta comida del espíritu, dice Malebranche (1), es la verdad y el amor; y la verdad es lo que es, la esencia, la razón de ser de todas las cosas. Para llegar al conocimiento de la verdad el hombre, abandonado á sí mismo, dispone de medios muy limitados; los sentidos, la experiencia y la razón. Por estos medios solo alcanza la exterioridad, la superficie de las cosas, sus apariencias, y lo que á costa de esfuerzos poderosos llega á descubrir la razón, como consecuencia de aquellas noticias; pero nada de la naturaleza íntima, nada de la esencia.

Colocado en el centro de la creación, en el término del mundo de los cuerpos y en el principio del de los espíritus, tiende hacia uno y otro su mirada, y en uno y otro descubre cosas que no conoce, misterios impenetrables á su pobre razón, que le obligan á detenerse, á reconocer la pequeñez de su inteligencia, y á creer sin comprender. Mas allá de lo que la razón alcanza, se abre y se extiende un espacio en el que no puede penetrar, y donde se agitan los fantasmas de su ignorancia: espacio en cuyo límite espira su vista, en el cual nada distingue, y en el que sospecha sin embargo la existencia de grandes cosas. Ese espacio vacío, que todos lle-

(1) Nicolás, Estudios filosóficos sobre el cristianismo, segunda parte, capítulo 17.

vamos dentro de nosotros; ese horizonte impenetrable á la razón humana, es la región del misterio: misterio en el orden natural; misterio en el orden sobrenatural. Inclínala la razón sobre ese abismo, del cual no le deja apartar los ojos el deseo, la necesidad de penetrarlo, se fatiga sin término; y humillada y vencida, se ve forzada á decir: hay algo; pero no comprendo. Hé ahí el principio de la fe. Si en este estado, un hombre dotado de luz superior, descubre algo más y lo anuncia, y no hay quien pueda contradecirle porque no comprende, todos se someten, admiten aquella nueva luz, la reciben como un tesoro, y creen. Hé aquí ya la fe; tesoro del alma, primer lazo que une á los hombres, base de todo adelante, fundamento de toda civilización, punto de apoyo, en el cual afianzada la palanca de la razón, se dispone como Arquímedes á mover el mundo. Ninguna ciencia humana, ningún conocimiento es posible sin ella. Un acto de fe es el punto de partida de toda doctrina. El individuo y la sociedad necesitan la fe: sin ella, la sociedad y la familia fueran imposibles, y el individuo estaría condenado al aislamiento, y por tanto á la muerte (1).

El tierno niño cree cuanto le enseñan sus padres y sus maestros, y esta fe en su palabra es el cimiento sobre que se levanta el edificio de su educación: las artes y las ciencias arrancan, para desenvolverse progresivamente, de axiomas que se creen sin demostración; y la fe en principios, y tal vez en hipótesis, que se admiten como verdades, es el punto de partida de los adelantos del saber humano. Y es, Señores, que cuanto existe como objeto de los conocimientos del hombre, tiene un lado luminoso y otro oscuro: el primero lo forma el orden de los fenómenos, ó sean las manifestaciones sensibles y

(1) Balmes, Filosofía fundamental, lib. 1, cap. 32.

sus efectos; el segundo es el de la esencia, la sustancia y la causa de estos efectos y fenómenos. El primero está en el terreno de la ciencia, como sujeto á la observacion y á la experiencia, el segundo se escapa á las miradas del hombre, se percibe, se siente, se reconoce su existencia, se cree; pero no se explica: es objeto de la fe. El ejemplo lo tenemos en nosotros mismos. Se estudian los fenómenos de la vida, se les describe, se les compara, se explican el uno por el otro. Pero la sustancia de la vida, ¿la conocéis? Para unos es la organizacion; segun otros es la sangre; estos piensan que es un espíritu; aquellos confiesan que no saben nada. Sin embargo, se cree en la vida, y la ciencia se ejercita en su terreno propio, es decir, en el de la manifestacion de la vida por sus fenómenos, sin que obste á su marcha la oscuridad del principio. Se cree en este principio sin explicarlo, porque en lo que aparece hay razon bastante para creer lo que no aparece. Negad esta fe, y la ciencia cae como edificio sin cimiento, y su marcha se hace imposible como la de la nave sin timon en mar tempestuoso.

Si la fe es una condicion de la ciencia humana y una necesidad indispensable para el hombre, que haciendo uso de sus facultades naturales, se ocupa del mundo visible entregado por Dios á las disputas de los hombres (1), mucho mas lo es cuando la atraccion divina le lleva hácia el mundo de los espíritus, hácia Dios. Allí la razon por sí sola no puede nada. Limitada como el ojo, y débil como el ojo enfermo, no puede sufrir el golpe de la luz que rodea la Divinidad; no puede tender su mirada por el horizonte de lo infinito. Si no tiene el apoyo de la fe, divaga como átomo perdido en el espacio, sin fijarse jamás.

(1) Eccles. III, 11.

El infinito la envuelve; á cualquier lado que se dirija, el infinito la rodea, y pérdida en la inmensidad, la abruma y la ciega la gloria de Dios. Los granos encerrados en una granada, dice un Padre de la Iglesia (1), no pueden comunicar con lo que está fuera de la corteza; así el hombre, encerrado dentro de la mano de Dios con todas las demás criaturas, tampoco puede alzar sus ojos hasta Dios. La naturaleza humana, añade Orígenes (2) con San Hilario (3), no es suficiente para buscar á Dios, de cualquier modo que se le mire; ni aun para nombrarle, sin el auxilio de aquel á quien se busca. Solo la fe, dice San Lorenzo Justiniano (4), comunica el conocimiento de las cosas invisibles y celestiales. Sin ella, nunca sabríamos nada de la divina Esencia, ni de la felicidad eterna, ni de la naturaleza angélica.

Si os place más oír á los filósofos, escuchad á dos de ellos, enemigos del catolicismo: «El Sér incomprendible no se deja ver por nuestros ojos ni palpase por nuestras manos: la obra le hace patente, pero el autor de ella se esconde; y no es corto trabajo venir en fin á conocimiento de que existe (5).» «Claro está que el hombre no pue-

(1) Quæ in malo punico recluduntur grana, cum cæteris rebus extra illud existentibus communicare nequeunt: ita homo qui cum omnibus creaturis intra Dei manum recluditur, usque ad illum oculos elevare nequit. (Teophil. Apolog. n. 50.)

(2) Nos dicimus non esse sufficientem humanam naturam ad quomodocumque quærendum Deum, eumque pure inveniendum, nisi adjuvetur ab ipso qui quæritur. (Origen. cont. Celsum, lib. 7.)

(3) Non est de Deo humanis judiciis sentiendum. Neque enim nobis ea natura est, ut se in cœlestem cognitionem suis viribus offerat. A Deo discendum est, quid de Deo intelligendum sit; quia non nisi se auctore cognoscitur. (S. Hilar. de Trinit., lib. 5.)

(4) Est namque fides sola quæ de invisibilibus et cœlestibus scientiam præstat. Neque Divinam Essentiam, neque felicitatem perpetuam, neque naturam sciremus angelicam, nisi fides imbueret. (S. Laur. Justin., serm. de S. Michaele.)

(5) Rousseau: Emilio, lib. 3.

de por sí mismo ser instruido de todo esto, porque no pudiendo el espíritu humano adquirir noción alguna sino por la experiencia, ninguna experiencia puede enseñarnos, ni lo que existió antes que nosotros, ni lo que vendrá despues. Los mayores filósofos han sido tan ignorantes sobre esto, como los más ignorantes de los hombres. La más alta sabiduría nada sabe sobre los primeros principios de las cosas, sin un auxilio sobrenatural (1).» No hay anteojo racional de tan largo alcance, añade otro filósofo católico; y del mismo modo que no concebimos cómo un habitante de la tierra pueda saber lo que en otros planetas acontece, sin una revelacion que desde allí se lo comunicase, tampoco podemos concebir cómo el alma tenga conocimiento de lo que está más allá de la esfera de los sentidos y de la naturaleza, si una voz de lo alto no se lo declara. Si existe un mundo superior al que habitamos, ha sido menester un enviado de él para darnos á conocer su existencia y la relacion que á él nos une (2).

Pero podrá decirse: ¿qué nos importa ese mundo superior? ¿No puede el hombre prescindir de él? Decir esto, hermanos míos, es abdicar la razon, negarse á la conciencia, descender al nivel del bruto. Quien tal dijera, escribe San Lorenzo Justiniano (3), estará de lleno comprendido en la sentencia del profeta Rey: *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* (4). ¿Existo yo? ¿Qué

(1) Voltaire: Poema sobre los desastres de Lisboa, notas.

(2) Aug. Nicolás, Estud. sobre el cristianismo, parte 1, lib. 1, cap. 5.

(3) Dum extolluntur infatuantur, et dicentes se sapientes esse, efficiuntur insipidi, mente profugi, animo infrænati, et à se alieni. In honore siquidem constituti, et non intelligentes, comparantur jumentis insipientibus, et illis efficiuntur similes. (S. Laur. Just., loco cit.)

(4) Psalm. XLVIII, 13.

soy? ¿De dónde he salido? ¿Cuál es mi destino? ¿Qué es ese conjunto de objetos que me rodean y me afectan? ¿De dónde esa atraccion, esa idea del bien, y esa inclinacion al mal? ¿Soy el primero de los seres? ¿Dependo de otro? ¿Quién es? ¿Qué quiere de mí? ¿Quién se atreverá á decir, exclama el malogrado Balmes (1), que estas son cuestiones de poca importancia, y que no merecen nuestra atencion? Si esto no es importante, ¿dónde está la importancia? Si esto no es digno de ocupar al hombre, ¿dónde se hallará algo que lo sea?

El hombre no puede prescindir de la religion, que le resuelve estas cuestiones. De la familia de Dios, como dijo Ciceron (2) con el poeta griego (3), imagen de Dios, en frase de la Biblia (4), se siente atraído por él, es su primera pasion, y en su corazon, aun sin conocerle, erige un altar, como en la plaza de Atenas *ignoto Deo*. Si es un sér racional, es tambien, dicen Ciceron y Aristóteles, un sér religioso (5). Individual y socialmente considerado, le es tan natural la religion, que nunca ha existido sin ella. Todos los hombres, todos los pueblos han tenido religion; es decir, un sistema de relaciones con la Divinidad. Es más fácil, decia Plutarco (6), encontrar una

(1) Balmes, Filosofia elemental, historia de la filosofía, cap. 63.

(2) Homines deorum agnatione et gente teneantur.... ex quo vel agnatio nobis cum celestibus, vel genus vel stirps appellari possit. (Cic. de Leg., lib. 1, §. 7 et 8.)

(3) Ipsius enim genus sumus. (Arato in phænomenis. Act. XVII. 28.)

(4) Gen. I, 27.

(5) Itaque ex tot generibus nullus est animal præter hominem, quod habeat notitiam aliquam Dei: ipsisque in hominibus nulla gens est, neque tam immansueta, neque tam fera, quæ non, etiamsi ignoret qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. (Cic. de Leg., loc. cit.)

(6) Si totum orbem peragres, invenies urbem sine litteris, sine Rege, sine domibus.... at urbem sine templis, sine Diis, nemo reperit, reperietque. Immo facilius duco ædificare posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi, et subsistere, fide deorum sublatâ. (Plutarch. advers. Colotem Epic.)

república sin leyes y una ciudad en el aire, que un pueblo sin religion. Y la religion no existe sin fe. Podrán los hombres haber errado en sus creencias religiosas, y en realidad han sido víctimas del error; pero todos han buscado siempre ese alimento del alma, sin el cual no hay grandeza de corazón, no hay nobleza de sentimientos, no hay heroísmo. Tan cierto es esto, que los mismos filósofos del gentilismo reconocieron la necesidad de someter el entendimiento á verdades superiores, admitiéndolas sin raciocinio, por sí mismas y por la autoridad de la tradición. «Es preciso, decía Platon (1), y lo mismo repetía Ciceron (2), que prescindiendo de todo raciocinio, creamos en lo que nos trasmitieron los antiguos tocante á la religion. Debemos prestar entera fe á la antigua y sagrada tradición, que nos enseña que nuestra alma es inmortal, y que, despues de separada del cuerpo, recibirá de un juez inexorable los castigos que hubiere merecido (3); porque los primeros hombres que nos trasmitieron esta doctrina, salidos inmediatamente de las manos de Dios, debieron de seguro conocerle como á su propio padre, y deben ser creidos como sus hijos (4).»

Convengamos pues, Señores, en que hay algo más

(1) Prisci nobis præstantiores, diis propinquiores, hæc nobis oracula tradiderunt. (Plato in Phileb.) Et hæc credere debemus, licet nec necessariis, nec verosimilibus eorum ratio confirmetur. (Id. in Timæo, et in Ep. 7.)

(2) Opiniones quas à majoribus accepimus de diis immortalibus, sacra, cæremonias, religionesque, ego eas defendam semper, semperque defendi.... Fac nunc ergo intelligam tu quid sentias: à te enim philosopho rationem accipere debeo religionis: majoribus autem nostris etiam nulla ratione reddita credere. (Cic. de Nat. Deor., lib. 3, cap. 2.)

(3) Plato, Epist. 7.

(4) Priscis itaque viris hæc in re credendum est, qui diis geniti, ut ipsi dicebant, parentes suos optime noverant. Impossibile sane deorum filiis fidem non habere. (Id. in Timæo.)

allá de los límites de la inteligencia del hombre, y que éste necesita de una idea de ese misterio, para no divagar sin rumbo cierto en la region de las cosas sobrenaturales. Convengamos en que esa misma cualidad de sobrenaturales hace imposible para el hombre comprenderlas por sí, ni en su naturaleza, ni en su extension, ni en sus actos; y que por lo mismo necesita de una luz superior. Esa luz solo puede darla el que habita en el seno de la misma luz inaccesible, el que lo sabe todo, el que lo ha hecho todo, el Infinito, Dios. Y Dios la ha dado al hombre, antiguamente hablándole por los profetas, dice San Pablo (1), y en los últimos tiempos á nosotros por su Hijo, á quien ha hecho heredero de todo, por quien hizo los siglos. Ese Hijo de Dios se hizo hombre, habitó con nosotros, vino á dar testimonio de la verdad (2), se hizo camino, verdad y vida del hombre, y le enseñó á conocer á Dios. Esa luz es la fe católica. A su aparicion en el mundo, todos los antiguos sistemas perdieron su fuerza y desaparecieron, como al brillar el sol se extinguen los reflejos de los planetas. A su aparicion huyeron las sombras, la razon fué ilustrada, y todo empezó á marchar sobre una base sólida, fija, indestructible. A la manera, dice el Crisóstomo, que una nave agitada por la fuerza de los vientos, combatida y arrebatada por encrespadas olas, se detiene y queda fija en medio de los mares en cuanto afirma las áncoras; así la fe salva de inminente naufragio al entendimiento agitado por los encontrados vientos del error y de la duda, llevándole al tranquilo puerto y sosegada playa de la seguridad de conciencia (3).

(1) Ad Hæbr. I, 1, 2.

(2) Joann. XVIII, 37.

(3) Has tenebras fides adventu suo in universum discutit in anima quæ se susciperet: et quemadmodum navem ventorum impetu jactatam,

Entremos en el exámen de esta fe. Ante todo puede ser considerada de dos maneras: en sentido objetivo, y en sentido subjetivo. En el primero, dice San Pablo, es la sustancia de las cosas que esperamos, el argumento de las que no aparecen (1). Es el fundamento sólido de las cosas que espera el hombre, la coleccion de verdades superiores á la razon, la luz de Dios trasmitada al hombre, la razon suprema comunicada á nuestra razon. En el segundo, es un acto del entendimiento que da asentimiento completo á esas verdades emanadas de Dios (2); es la sujecion y obediencia á una razon superior, á una autoridad que enseña y manda, y por ello es una virtud del entendimiento, así como la sujecion de la voluntad, ó la obediencia á una voluntad superior, es una virtud del corazon.

Ahora bien, la fe en el primer sentido, ó como luz y ciencia superior comunicada por Dios al hombre, le ilustra, le engrandece, multiplica las fuerzas de su inteligencia, estiende hasta el infinito la esfera de sus conocimientos, le alimenta con la sustancia que su razon busca siempre y siempre necesita, con la sustancia de la verdad, para que no sea niño vacilante que se deja llevar de todo viento de doctrina (3). Pone un principio de certidumbre en el alma humana, le da un punto seguro donde apoyar la palanca de la potencia intelectual con la

et fluctuum assaltu inundatam, demissa anchora omnino stabilit, inque medio ipso pelago figit: ita etiam mentem nostram affuso cogitationum aestu jactatam, adventu suo fides ex imminente naufragio liberat, tanquam in tranquillum portum, in securæ littus conscientiaë educens.
(S. Joann. Chrysost., de Eleemos. et in verba Habentes eund. spiritum fidei.)

(1) Ad Hæbr. XI, 1.

(2) Fides cujus vi omnino assentimur iis quæ tradita sunt divinitus.
Catecismo Romano, cap. I, §. 1.)

(3) Ad Ephes. IV, 14.

cual lo mueva todo, lo domine todo, y vulgarizando las verdades superiores, no solo hace participar á todos los hombres individualmente y sin distincion sus beneficios, sino que crea lo que se llama razon pública, que preserva ó repara las aberraciones de la razon privada, y es como el alma de la sociedad moderna (1). Por ello dijo el Apóstol, que es un argumento (2), un medio de llegar á conocer lo que no aparece por sí mismo.

Pero la razon, se dice, no comprende estas verdades, el cómo de ellas. Es cierto: pero ¿comprende acaso muchas de las que están al alcance mismo de los sentidos y de la razon en sus manifestaciones sensibles? ¿Y dejan de ser ciertas porque no las comprenda la razon? Pero el dar asentimiento á estas verdades, se exclama, es abdicar la razon, anonadarla, ó cuando menos esclavizarla. Esto no es cierto, Señores. El que obedece una orden superior, el que cumple una ley, ¿destruye su voluntad? Lo mismo debemos decir de la razon, que se somete y conforma con una razon superior. La obediencia es una virtud; virtud es tambien la fe. Así como el hombre, para regular su voluntad ó el uso de ella en sus acciones, necesita una ley, así la necesita tambien para regular el uso de su inteligencia. Una sociedad religiosa sin símbolo, sería como una nacion sin leyes. A título de que el hombre es libre, ¿habrá uno solo que imagine desterrar de la sociedad todas las leyes, y declarar á cada individuo absoluto dueño de sus acciones? Así, pues, como en el orden moral y social, es indispensable en el intelectual y religioso una ley, una guia, una razon superior.

Escribió á San Agustin un neófito entusiasta, que

(1) Aug. Nicol., Estudios sobre el Crist., parte 3, cap. 7, sec. 2.

(2) Hæbr. XI, 1.

era mejor seguir la autoridad de los Santos, que dedicarse á buscar la razon de las cosas de Dios (1). «Corrije tu principio, responde el grande Obispo de Hipona, no hasta el punto de negar la autoridad de la fe, sino hasta el de reconocer que cuanto la fe nos hace creer, puede ser considerado y examinado á la luz de la razon, y comprendido por ella, no solo en sus motivos y pruebas, sino tambien en su conveniencia con las perfecciones de Dios y con las necesidades de nuestra naturaleza. Dios nos libre de pensar que él destruya en nosotros esa prerogativa con que nos ha elevado sobre los animales. Dios nos libre de pensar que la sumision que debemos á las verdades de la fe, nos impida buscar la razon de lo que creemos: porque no seríamos capaces de creer si no usásemos de la razon (2).» Así habla, amados míos, ese hombre á quien todos los siglos han admirado, y podemos llamar el gran Padre de la filosofia cristiana. Permittedme concluir este punto con una idea de un sábio apologista (3). La fe es un instrumento óptico del alma, una prolongacion de la vista natural, que acerca, corrije y presenta con claridad los objetos lejanamente confundidos y oscuros; que descubre otros nuevos, y extiende la vista hasta una distancia infinitamente mayor, que la que sin él pudiera recorrer. Es el telescopio de la inteli-

(1) Ego igitur cum apud memetipsum prorsus definierim veritatem rei divinæ ex fide magis quam ex ratione percipi oportere.... Si enim fides Sanctæ Ecclesiæ ex disputationis ratione, non ex credulitatis pietate apprehenditur, nemo præter philosophos atque oratores beatitudinem possideret. (Consent. Epist. ad August. 221, inter Epist. hujus S. P.)

(2) Corrige definitionem tuam, non ut fidem respuas, sed ut ea que fidei firmitate jam tenes, etiam rationis luce conspicias. Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit, in quo nos reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus, sive quæramus, cum etiam credere non possemus, nisi rationales animas haberemus. (August., Epist. 222 ad Consent., alias 120.)

(3) Aug. Nicol., loc. cit.

gencia, que agranda su horizonte, y le hace distinguir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.

Al observar, dice un corifeo de la incredulidad impía (1), que la razon hace progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar á la fe como una aliada que viene en vuestra ayuda, no como un enemigo á quien es preciso atacar: debeis estimarla, no temerla.

Pero ¿de dónde viene la resistencia que hacen muchos hombres á la fe? ¿Por qué la combaten? ¿Por qué quisieran destruirla? Una palabra lo dice todo: á la cuestion de la fe divina va unida la cuestion de una virtud divina. Esta virtud es la que hace tener miedo á la fe. No es la razon la que resiste; es el corazon; son las pasiones. Las verdades de la fe llevan en pos de sí deberes que cumplir, que son como frutos de ella, como consecuencia de ser ella la regla, la ley de nuestras acciones: estos deberes repugnan; estos sacrificios espantan; y el corazon, dominado por las pasiones, se rebela contra la fe. Si esta se redujera á una coleccion de verdades especulativas á que nada tuviera que responder la práctica, de seguro no habría incrédulos, ó serían muy raros.

Pero, hermanos míos, ¿es que hay incrédulos en el sentido absoluto de la palabra? Yo no los encuentro. Hombres incrédulos con relacion á las verdades de la fe católica los hay, y muchos por desgracia; pero hombres que vivan sin fe, hombres que vivan sin dar crédito á misterios que no pueden probarse, que tal vez repugnan á la humana razon, no los busqueis; no se encuentran en el mundo. Pascal ha dicho, parodiando á Séneca:

(1) Voltaire, Razon del Cristianismo, en la palabra *Aveux*.

(2) Pascal, Pensamientos: Philosophi credula natio. (Seneca, Quæst. nat., VI, 26.)

«Los incrédulos son los más crédulos.» «Propio es de la incredulidad, dice el mismo Voltaire, creer todo lo increíble, contradictorio é imposible: creer lo que no se entiende, y sin autoridad ninguna que sea capaz de persuadirnoslo. Al contrario, la fe católica consiste en someter nuestra razon, no por ciega credulidad, sino por una credulidad dócil, que la misma razon autoriza (1). Los que no creen en Dios, ni en Jesucristo, ni en la espiritualidad, se ven forzados, para fundar su incredulidad, á profesar creencias opuestas y ridiculas, como la de que el mundo se ha creado á sí mismo, que todo es obra de la casualidad, y otros tantos delirios de una razon que, temiendo la responsabilidad, quiere anonadarse. ¡Cuántos hechos pudieramos citar que prueban la fanática y supersticiosa credulidad de los pretendidos incrédulos! Compadezcámoslos: llevan en sí mismos su castigo.

¡Cuán noble es, por el contrario, la fe católica! Ciñámonos para demostrarlo á tres puntos: la idea que nos da de Dios; la que nos da del hombre; y la del destino eterno que á este señala. Estos tres puntos son el núcleo de los demás, y son y han sido siempre los más oscurecidos por los sistemas del error. Ved lo que nos enseña de Dios. Es el Sér por esencia; el principio y el fin de todas las cosas (2). No hay más que un Dios, y ese Dios es infinito; es la omnipotencia, la sabiduría y el amor esencial; es la belleza y la bondad; es la verdad eterna. Dios ha criado todas las cosas para el hombre (3), y ha criado al hombre para comunicarle su felicidad (4). Porque el hombre se apartó de él y se hizo desgraciado,

(1) Voltaire, loc. cit.

(2) Exod. III, 14; Apoc. I, 8.

(3) Psalm. CXIII, 16; Gen. IX, 2.

(4) Ad Rom. VI, 22.

Dios mismo, el Hijo de Dios se hizo hombre, murió por el hombre, y con su muerte le mereció el perdon, y le devolvió la amistad de su Padre (1). Resucitó y subió al cielo para abrir al hombre la entrada de su reino (2); pero se queda con él en un sacramento de amor. Manda al hombre que obre el bien, que viva como él ha vivido; le enseña á amar hasta á sus enemigos, le perdona con misericordia, le fortalece con su gracia.

Hé aquí la idea de Dios segun la fe católica. En sí mismo la perfeccion, la verdad infinita: para con el hombre, la misericordia sin límites. El Creador de todo, en su poder: el conservador de todo, en su sabiduría: el restaurador de todo, en su amor. ¿Repugna, Señores, á la razon esta idea?

¿Qué era el hombre, qué es aún para los que no tienen fe? Un enigma inesplicable. Nadie ha fijado de una manera positiva, ni su origen, ni su condicion, ni ese misterio de su grandeza y de su miseria reunidas. La fe católica lo descifra, diciendo: el hombre es una criatura hecha á imagen de Dios (3), pero degradada por sí misma (4). Ha querido edificar á su antojo sobre los cimientos echados por su Criador, y se ha apartado de su plan. Así contra la regularidad y armónica belleza del primer diseño se han encontrado reunidos lo inmortal y lo perecedero, lo espiritual y lo carnal, el ángel y el bruto (5). Hé aquí la solucion que da la fe. Ella nos enseña tambien el camino por donde hemos de volver á la antigua grandeza, y hasta tener el nombre y carácter de hijos de

(1) II ad Corinth. IV, 18, 19.

(2) Joann. XIV, 2.

(3) Gen. I, 27.

(4) Psalm. XLVIII, 13.

(5) Bossuet, sermon sobre la muerte, punto 2.

Dios (1), y ser participantes de su divina naturaleza (2). Con relacion á los demás hombres, nos dice que todos somos hermanos, que todos pertenecemos á un cuerpo (3); que todos somos iguales ante Dios (4). Las diferencias sociales en nada alteran esta unidad de principio. La sociedad, por la fe, es una reunion de hermanos enlazados por su origen, por su amor y por su destino. ¡Cuán noble, cuán humanitaria es nuestra fe!

Ella aparece tambien luz hermosa que aclara el porvenir, dándonos la esperanza y el consuelo. El hombre, dice, está destinado á una felicidad noble, racional y eterna; gozará de una paz inalterable, de una gloria inmensa; gozará de Dios. Dios, su gloria y su amor serán su premio (5); el premio de la virtud y de los sacrificios con que se alcanza. Dios, enjugando las lágrimas del hombre (6); Dios, alimentando para siempre el alma con el conocimiento de sí mismo, verdad eterna; con el goce de sí mismo, bien eterno (7). ¡Qué idea más noble, más pura, y de mayor efecto sobre la razon y la voluntad, para conducir las almas al heroismo de la virtud! Dios, apartando de sí para siempre, bajo el peso de una maldicion eterna, al que obra el mal y no ama á su hermano, y no se alimenta del manjar suave de la virtud (8). ¡Qué idea tan poderosa para arrancar al hombre del camino del mal! Hé aquí, pues, la fé; hé aquí la verdad católica; hé aquí la noble inspiracion de nuestra religion augusta.

(1) Joann. I, 12.

(2) I ad Corinth. XII, 13.

(3) Ad Rom. X, 12.

(4) Gen. XV, 1.

(5) Apoc. XXI, 4.

(6) Id. id. 6, 7; Ps. XV, 16; Ps. XXXV, 9.

(7) Matth. XXV, 41, 42, 45.

(8) II Petr. I, 4.

¿Quién no la admira, quién no la ama con todas sus fuerzas, y se deja gobernar por ella?

Perdonadme, Señores, si me he extendido demasiado en esta demostracion. No os tengais por ofendidos; yo no abrigo la menor duda acerca de la pureza de vuestros sentimientos religiosos, y de la sinceridad de vuestra fe. Pero, bien lo sabeis: en este siglo materialista, en que el génio del mal trabaja tan empeñadamente y por tantos medios en deprimir y oscurecer, ya que no le sea dado apagar como quisiera, la brillante antorcha de la fe católica, dando al hombre por única regla su razon degenerada, digamos mejor, sus pasiones, deber es del ministro del Evangelio preservar al pueblo fiel del error, demostrándoselo; y atraer y volver al desgraciado, víctima de él, al redil del buen Pastor, vindicando los fueros de nuestra Religion sacrosanta, y valiéndose al efecto de las confesiones arrancadas, mal de su grado, por la fuerza irresistible de la verdad, á los doctores más funestamente célebres por su incredulidad práctica y por su ódio al catolicismo. Perdonadme, repito, y dignaos seguirme en el exámen del misterio de la fe por excelencia, del misterio Eucarístico, que perpetúa la presencia de Cristo en la tierra para alimento de la fe.

SEGUNDA PARTE.

¿Qué es la sagrada Eucaristía? Es el sacramento instituido por Jesucristo, en el que se contiene real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad, en una palabra, todo Jesucristo. Hé aquí el dogma católico. ¿Deseais saber el por qué de este Sacra-

mento? San Juan nos lo dice: «Habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin (1).» Lo dijo la Palabra eterna por boca del Sábio: «Mis delicias, estar con los hijos de los hombres (2).» El amor es el principio y la causa de esta maravilla. ¿Deseais saber para qué? También lo sabemos; Jesucristo lo dijo: «Es la hora de volver al seno de mi Padre (3); pero no os dejaré huérfanos (4): estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos (5).» ¿Cómo lo realiza? El Evangelio lo explica: Sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos (6), es decir, conocedor de su Omnipotencia, toma en sus manos el pan, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre, bendice el pan y lo da á sus discípulos diciendo: «Tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado y sacrificado.» Hace lo mismo con el cáliz, diciendo: «Tomad y bebed: esta es mi sangre, que por vosotros será derramada (7). Haced esto mismo vosotros en memoria mia.» ¡Qué palabras tan sencillas, tan claras, tan espresivas!

Pero ¿cómo el pan se convierte en el cuerpo de Jesús, y el vino en su sangre? ¿Cómo está allí presente? ¿Cómo? Hé aquí el misterio; hé aquí el secreto de Dios; hé aquí el lado oscuro de la sublime verdad. Aquí se detiene la flaqueza de nuestra razon. Si supiéramos el cómo del misterio, nos igualaríamos á Dios. Para pasar adelante se necesita la fe. Es un misterio de fe (8); solo

(1) Joann. XIII, 1.

(2) Prov. VIII, 31.

(3) Joann. XIII, 1.

(4) Id. XIV, 18.

(5) Matth. XXVIII, 20.

(6) Joann. XIII, 3.

(7) Luc. XXII, 19, 20.

(8) *Mysterium fidei. (In verbis consecrat)*

con ella se alcanza; pero ¿tenemos razones para creer que es cierto lo que se nos dice? Si alguna cosa hay cierta en este mundo, Señores, es la verdad de este misterio. Siendo la más sublime de las sublimes maravillas de Dios en el orden de la redencion, es la que más veces se simboliza y figura en las relaciones de Dios con el antiguo pueblo. Dispensadme, por la brevedad, de recorrer estos símbolos; esto solo absorberia el tiempo de más de un discurso. Dispensadme también del exámen de palabras de antiguos filósofos, que conservando alguna luz de las tradiciones primitivas entre las sombras del paganismo, dan testimonio de la fe, del deseo, de la esperanza universal de este misterio. Fijémonos solo en la conducta de Jesucristo.

Un año antes de su muerte, tomando ocasion del milagro que obrara multiplicando los panes para alimentar á las turbas que le seguian, anuncia claramente esta obra estupenda de su poder y de su amor. Ofreceles un pan nuevo bajado del cielo para dar vida al mundo; y les añade: «Ese pan soy yo mismo. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo os daré es mi carne para vida del mundo (1). Los judíos carnales murmuran, se resisten á creerle; y lejos de retractar Jesucristo lo que ha dicho, levanta más la voz y exclama: «En verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis vida. El que come esta carne y bebe esta sangre, tendrá vida eterna. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. Este es el pan que baja del cielo (2).»

Ya no son solo los judíos, son también los discípulos

(1) Joann. VI, 51, 52.

(2) Joann. VI, 54, 55, 56 y 58.

los que se niegan á creerle; pero tampoco por ello se detiene en su discurso, ni disminuye la dificultad que ellos encuentran, sino que aumentándola, añade: «Si esto os escandaliza, si no creéis que os daré mi cuerpo estando en la tierra, ¿cómo lo creereis, cuando me veais subir al cielo?» (1) «Muchos le abandonan al oírle; y volviéndose Jesús á sus discípulos, les dice: «¿Y vosotros también quereis dejarme?» (2) Como si les dijera: ya me habeis oído; os he anunciado un misterio: ¿creéis ó no? ¿Quereis imitar el ejemplo de los demás, ó seguirme dóciles á mi palabra?

¿Es esta, Señores, la conducta de un impostor, que trata de seducir á las turbas y ganarse al pueblo con engaños? ¿Quién no ve aquí la verdad eterna, que no transige, y que prefiere no ser recibida á modificarse en lo más mínimo? ¿Quién no exclama, como entonces San Pedro, en nombre de todos y en nombre de toda la Iglesia: «Señor, ¿á quién iremos si te dejamos á ti? Tú tienes palabra de vida eterna, y nosotros sabemos y creemos que tú eres el Cristo, Hijo de Dios (3).» Hé aquí la fe. No comprendemos el misterio, pero sabemos y creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios, es Dios omnipotente, que puede hacer lo que dice; es Dios, bondad infinita, que hace lo que promete; y esto nos basta.

¡Qué palabras tan sublimes! Ellas dan razón de la fe de la Iglesia; y esta fe se apoya en la tradición constante de todas las Iglesias hasta el siglo decimosexto en que los protestantes se separaron de la fe común; en el acuerdo unánime de todas las liturgias; en las pruebas contenidas en todos los ritos, ceremonias y símbolos; en los

(1) Joan. VI, 63.

(2) Id., 68.

(3) Id., 69, 70.

monumentos de los templos, de los altares y vasos sagrados; en todo el conjunto, en fin, del catolicismo, que converge hácia la Eucaristía como á su centro, y que sin este misterio no se comprende ni puede existir. El católico cree lo que siempre ha creído la Iglesia; la Iglesia cree lo que creyeron los Apóstoles; los Apóstoles creyeron lo que dijo Jesucristo: «mi carne es verdadera comida; tomad y comed, este es mi propio cuerpo.» Y Jesucristo dijo esto, prefiriendo quedarse sin un solo discípulo, antes que cambiar el sentido de sus palabras. Para no creer, pues, es preciso negar á Jesucristo, como dice San Hilario (1). Solo los que le niegan dudan; porque es preciso negar que sea Dios para decir que no pudo obrar este prodigio. Lejos de nosotros toda duda, añade el mismo Padre (2), puesto que el mismo autor del don es el testigo de su verdad.

¿En qué fundará el incrédulo su resistencia á la fe de este misterio? ¿En que la razón no comprende? Recordad lo que dije en la primera parte. ¿Comprende la razón lo que es la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la digestión y la corrupción, la luz, la electricidad, el magnetismo? La ciencia no hace sino acreditar la existencia de estas cosas, sus fenómenos, las leyes que siguen; pero su naturaleza nadie la sabe, y sin embargo nadie repugna creer en ella. ¿Por qué no hay la misma sumisión al misterio religioso? ¿Tiene el incrédulo por imposible que la sustancia del pan ceda su lugar á la sustancia del cuerpo de Jesucristo? Nada hay, sin embargo, más ordi-

(1) De veritate carnis et sanguinis non est relictus ambigendi locus. Contingat plane iis verum non esse, qui Christum verum Deum negant. (S. Hilar. de Trinit., lib. 8.)

(2) Recedat ergo omne infidelitatis ambiguum, quandoquidem qui auctor est muneris, ipse etiam testis est veritatis. (Id. Serm. 5 de Pascha.)

nario en la naturaleza que la transubstanciación (1). El agua de la lluvia se transforma en vino, en la viña; en aceite, en el olivo; en bellos colores, en la flor. Comeis pan, comeis frutos, dice un Padre de la Iglesia, y por el calor vital se transforman en otra sustancia; se convierten en carne, en sangre, en nervios. ¿Por qué negais, pues, al calor de la fuerza divina, lo que veis en el calor de vuestras entrañas? (2)

¿Creeis imposible que á un tiempo esté Jesucristo en muchas hostias? San Agustín os responde: «Como mi pensamiento está en mí, y sin salir de mí está en mi palabra, se encarna en ella, así el Verbo permanece en el Padre, y se comunica á la naturaleza humana, se encarna: y así como mi pensamiento único, vestido con mi palabra, formado por ella, sin separarse de mí, se reproduce todo entero en el entendimiento de cuantos me escuchan, así el Verbo del Padre, Jesucristo, se multiplica sin dividirse en todas las hostias consagradas.» ¿Puede la filosofía explicar esa multiplicación ideal del pensamiento del hombre? (3) ¿Dirá por fin el incrédulo, que

(1) In natura quoque satis similia reperiuntur. Certum est enim quod sunt quædam aquæ in quibus lignum convertitur in lapidem. (S. Thom., Opusc. 59, cap. 2.)

(2) Cum jecur sit callidum, molle, et laxum, ad se attrahit, et in sanguinem convertit.... alimentum in chilum conversum in ventriculo distribuens, in ipsoque in sanguinem conversum singulis membris commutatum, cujusmodi est illud: ossibus os, medullæ medullam, nervis nervum, etc. Eodem etiam pacto intelligas fieri nostrum mysterium.... Spiritus Sanctus descendit et supervenit in ea, quæ sunt proposita, et igne suæ divinitatis in corpus et sanguinem Christi panem et vinum commutat, non minus quam jecur alimentum in corpus cujusdam hominis. ¿An non concedis posse sacrosanctum Dei Spiritum idem præstare quod tuum jecur? (S. Agostino de Trinitate, cum Acmed. Sarrac. de Sac. Alt. — Vide etiam Div. Thom., Opusc. 59, cap. 2.)

(3) Ego qui vobiscum loquor.... cogitavi ante quid vobis dicerem. Quando cogitavi jam in corde meo verbum erat. Quæro illi sonum, quæro quasi vehiculum, quæ unde perveniat ad vos. Ecce audistis: quod est

los sentidos nos dicen lo contrario de lo que enseña la fe? Dejemos que conteste Santo Tomás: «Los sentidos no pueden atestiguar sino la existencia de los accidentes; y estos perseveran en el pan eucarístico: pero el juicio de la sustancia no pertenece á los sentidos; está fuera de su alcance; pertenece á la inteligencia. Ahora bien: los accidentes son separables de la sustancia, y esto es lo que la Omnipotencia Divina hace en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo está en ella en cuanto á la sustancia, no en cuanto á los accidentes. Lo que alcanzan, pues, los sentidos, no se opone á que exista esa sustancia, que en nada afecta á los sentidos (1); y como la filosofía enseña que la esencia, la sustancia y los elementos de los cuerpos nos son desconocidos, no sabemos, dice Balmes (2), si puede existir un cuerpo sin extensión, ni sabemos tampoco las modificaciones á que puede estar sujeta la extensión de un cuerpo con relación á otros. Añadid que la fe católica no enseña que el cuerpo de Cristo esté en la Eucaristía en un estado grosero y material, como los

in corde meo, jam est in vestro: in meo est, et in vestro est. Et vos habere cœpistis, et ego non perdi. Sicut Verbum meum assumpsit sonum per quod audiretur, sic Verbum Dei assumpsit carnem, per quam videretur. (S. Aug., serm. 2 in Pasch.) Si hoc fit de Verbo sonante, ¿quid fit de Verbo Omnipotente? Quomodo enim vox ista nostra auribus omnium audientium singulis tota est, et apud singulos tota est; nec tot sunt meæ voces quod vestra aures, sed una vox multas aures implet, non divisa, sed omnibus tota: sic cogitate Verbum Dei totum in cœlis, totum in terris, totum in angelis, totum apud Patrem, totum apud Virginem, totum in æternitate, totum in carne, etc. (Aug. de Trinit., lib. XV.) Hoc attende, quisquis es examinador sonuum. ¿Verbum Dei contemnis, qui verbum hominis non comprehendis? (Id. in Joann., tract. 37, cap. 8.)

(1) Accidentia autem subjecto in eodem subsistunt, ut fides locum habeat, dum visibile invisibiliter sumitur aliena specie occultatum, et sensus à deceptione reddantur immunes, qui de accidentibus judicant sibi notis. (S. Thom., Opusc. 57, seu in Offic. Sac. Corp. Christi.)

(2) Balmes, Filosofía fundamental, lib. 3, cap. 33.

cuerpos de los hombres en este mundo, sino en el estado sacramental, indivisible, no en sus accidentes, sino solamente en la sustancia (1).

Diremos, pues, que no comprendemos el *cómo* del misterio, pero nunca que sea imposible. Concluyamos con Balmes. El misterio de la Eucaristía, dice, es un hecho sobrenatural, incomprensible al débil hombre, inexplicable con palabras humanas: esto lo confiesan los católicos, lo reconoce la Iglesia. No se trata de señalar una razón filosófica para aclarar este arcano: ningún fiel será osado de llevar tan lejos su vanidad. Se trata únicamente de saber si el misterio es absurdo en sí, esto es, intrínsecamente contradictorio; porque si tal fuera, el dogma no sería una verdad, sería un error: la Omnipotencia Divina no se extiende á lo absurdo. La cuestión está en si el hecho, sin embargo de estar fuera de los límites de las leyes de la naturaleza, es intrínsecamente posible; porque en tal caso sale del terreno de la filosofía y entra en el de la crítica. El incrédulo, si cree en la existencia de Dios, no puede negar su Omnipotencia; y entonces no deberemos disputar sobre si Dios puede ó no puede hacer este milagro, sino únicamente si lo ha hecho (2). Y que lo hizo nos consta, Señores, por la Iglesia; nos consta por la tradición; nos consta por el

(1) Ad cuius intelligentiam debemus intendere quod Corpus Christi non est sub hostia naturaliter, sed sacramentaliter, et ideo non est ibi ut locatum in loco, nec sub dimensionibus propriis, sed sub dimensionibus quæ prius fuerant, scilicet panis et vini. Et ideo cum substantia de se, in quantum substantia, locum non occupet nec requirat sibi, in quantum est sub dimensionibus quantitatis, sequitur ex hoc, quod Corpus Christi sub Sacramento non requirat nec occupet plus locum, vel de loco, quam dimensiones panis sub quibus velatur, et tegitur occupant, et requirunt. (S. Thom., Opusc. 59, cap. 3.)

(2) Balmes, loc. cit.

Evangelio (1); y todo nos dice, que lo hizo por amor. ¿Quién no cree en los milagros del amor, si á él se une la Omnipotencia? «Digamos, pues, con el discípulo amado (2): Hemos creído al amor que Dios nos tiene.» Digamos con Ana de Gonzaga: «Desde que Dios se dignó ponerme en el corazón que su amor es la causa de cuanto creemos, esta respuesta me persuade más que todos los libros (3).» El incrédulo que se afana por sustraerse al dulce imperio del amor divino, no cree porque no ama; y el que no ama, no conoce á Dios, dice San Juan, porque Dios es amor (4).

Este Sacramento es el misterio del amor por excelencia; es la invención maravillosa del amor divino para comunicarse á los hombres. Compañero inseparable de la humanidad, Jesucristo, que se puso al lado del hombre desde el principio por medio de símbolos, que obligaron á decir al Profeta: «No hay nación que tenga á sus dioses tan cerca, como cerca de nosotros está nuestro Dios (5),» al abolir estos símbolos, que desde su venida carecían de significado, no consintió en su amor separarse totalmente de la humanidad al volver á su Padre: debió inventar un medio de permanencia y comunicación; medio más eficaz que todos los símbolos. Pasó el tiempo de las figuras; llegó el de la realidad; y ese medio debía ser una realidad, debía ser una permanencia personal en la tierra, que diese al hombre la compañía,

(1) Habet itaque in Sacramento hoc fides fundamentum stabile, auctoritatem divinam, virtutem Verbi, oracula Prophetarum, figurasque legales, in quibus credulitatis suæ spiritualem superædificat domum. (S. Laur. Just., serm. de Christi Corp.)

(2) I Joann. IV, 16.

(3) Bossuet, Oración fúnebre de Ana de Gonzaga.

(4) I Joann. IV, 8.

(5) Deut. IV, 7.

la posesion de Aquel por quien tantos siglos suspirá-
ra (1). Hé aquí la Eucaristía: Encarnacion perpetuada;
renovacion constante de la union de Jesucristo á la natu-
raleza humana en el seno de la Inmaculada María, para
que el hombre le posea siempre, y siempre le llame su
hermano, y esté unido siempre á Él por la fe y por el
amor.

¡Cuán consolador es este dogma! Él asegura á todos
los pueblos y á todos los siglos la posesion de Jesucristo.
El vino á la tierra para hacer á los hombres felices con
la posesion de Dios, elevándolos á la dignidad de hijos su-
yos: pero cumplida su grande obra, debia volver al seno
del Padre; y este magnífico hecho de su venida, hubie-
ra sido tan solo para nosotros un recuerdo histórico. La
humanidad, feliz con la presencia del Hijo de Dios, hu-
biera quedado sumida en la tristeza al ausentarse de ella,
como los Apóstoles en cuanto oyeron al Salvador que de-
bia volver al cielo (2). Jesus comprende esta tristeza; y
su corazon, todo amor, á quien nada se oculta, oye salir
de todos los corazones que le aman, la palabra que dije-
ron los discípulos de Emaús: «*Mane nobiscum, Domi-
ne* (3);» y á esta palabra responde con ternura: «Os con-
viene que me vaya, pero no os dejaré huérfanos; estaré
con vosotros hasta la consumacion de los siglos; pero es-
taré de una manera misteriosa: el mundo no me verá;
pero vosotros me vereis, y vuestro gozo será cumpli-
do (4).» Esto lo hace en la Eucaristía. Allí satisface las

(1) Tale profecto munus decebat ut tribueretur Ecclesiae, quæ summæ
innititur veritati, ardentè diligit, sperat promissa, invisibilibus pascitur,
futura credit, quærit cœlestia, atque sempiterno Dei Verbo assensum
præbet. (S. Laur. Just., serm. de Corp. Christi.)

(2) Joann. XVI, 6.

(3) Luc. XXIV, 29.

(4) Joann. XIV, 18, 19; id. XV, 11.

aspiraciones de la humanidad; y mientras sube á prepa-
rar un lugar en la gloria á los que le sirven, permanece
con ellos para serles camino, verdad y vida. Oculta
misteriosamente, dice San Leon (1), la humanidad, que
antes presentára claramente, y hace que á la vision na-
tural suceda la vision de la fe, cuya autoridad, afianza-
da por el cielo, siguen con más firmeza los corazones de
los fieles. En la Eucaristía tambien remedia todas las ne-
cesidades. Él es de ayer, y de hoy, y de todos los si-
glos: y ayer, y hoy, y siempre, necesita el hombre de
Jesucristo. Él lo sabe, y se le da siempre; y quedándose
en ese Sacramento, une á lo presente, lo pasado y lo fu-
turo, el tiempo á la eternidad, la tierra al cielo, el hom-
bre á Dios. Lo pasado está muy lejos; su memoria se hu-
biera debilitado: el cielo está muy alto; el hombre se
hubiera olvidado de su Salvador: por ello, dice Santo
Tomás, instituye este Sacramento, memoria del Salva-
dor en cuanto á lo pasado, recordando á Cristo Redentor
del mundo, por su amor; en cuanto á lo presente, como
un testigo de nuestras acciones; en cuanto á lo futuro,
como un juez de nuestra conducta. Lo primero para in-
flamarnos en su amor; lo segundo para librarnos del pe-
cado; lo tercero para disponernos á la gloria (2). ¡Oh!
hermanos míos. ¡Qué feliz es la Iglesia que en este mis-

(1) Quod itaque Redemptoris nostri conspicuum fuit, in Sacramento
transivit: et ut fides excellentior esset ac firmior, visioni doctrina succes-
sit, cujus auctoritatem supernis illuminata radiis, credentium corda se-
querentur. (S. Leo., serm. 2 de Ascens.)

(2) Prima causa institutionis Sacramenti Dominici Corporis est me-
moria Salvatoris.... Quæritur de quibus de nostro Salvatore memoria sit
habenda; et dicendum, de tribus: de præterito, de præsentem, de futuro. De
omnibus tribus simul. Psalm. 110. Memoriam fecit mirabilium suorum:
quasi diceret: Dominus dedit escam, scilicet se ipsum ad memoriam suo-
rum mirabilium præteritorum, quod nos redemit; præsentium, quod om-
nia nostra respicit; futurorum, quod districte tandem judicavit. Quæritur

terio posee á su Dios! Al leer las hermosas páginas del Evangelio, que nos hacen ver á Jesucristo viviendo con los hombres, derramando bienes por do quiera que pasaba, consolando al pobre, perdonando al pecador, bendiciendo al niño, y depositando en el corazón de todos palabras de perdón y de consuelo, una envidia santa se apodera de nosotros, y allá en el fondo del alma parece formarse esta exclamación: ¡Ah! ¡Quién hubiera vivido en aquellos años felices! ¡Quién hubiera podido acercarse á Jesús, y escuchar su palabra, y recibir su bendición! A esa aspiración del alma responde la fe: y señalándonos el Altar Santo, nos dice, parodiando las palabras de Marta á María (1): No llores, cristiano, Jesús está cerca de ti: te espera y te llama: hélo ahí en esa hostia. Él es: tu Salvador y tu Dios; escúchale: «Hé aquí, te dice, que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos (2). Venid á mí los que estais oprimidos y atribulados, y os aliviaré (3).»

Así como en su vida mortal se humilló para acercarse al hombre, así lo hace en su vida eucarística: así como en la tierra pasó derramando bienes (4), así lo hace en ese Sacramento. Ahí perdona al pecador, consuela al triste, abraza al hijo pródigo, resucita al Lázaro consuetudinario, acoge á la pecadora, absuelve á la adúltera, sin que haya uno solo que se esconda á su calor benéfi-

ad quid valeat memoria nostri Salvatoris. Dicendum, ad tria: primæ enim rei memoria, seu Passionis Christi, valet ad cor nostrum ejus amore inflammandum; secundæ, seu ejus continuæ inspectionis, valet ad nos à peccato custodiendum; tertie rei, scilicet, districti judicis, valet ad excitandum nos ut præparemur contra futurum judicium. (Opusc. 58, cap. 2.)

(1) Joann. XI, 28.

(2) Matth. XXVIII, 20.

(3) Id. XI, 28.

(4) Act. X, 38.

co (1). Pero ahora, como entonces, solo la fe le encuentra; solo la confianza atrae su amor.

Venid pues, hombres todos, y admirad las invenciones amorosas de Jesús para estar con vosotros. Estas son sus delicias; sean también las vuestras. Conociendo cuánto os ama, creed en las obras de su amor: creed en ese Sacramento, que las reúne todas, y en el que perpetúa su vida para perpetuar las demostraciones de su caridad infinita. Creyendo, adoradle, y venid á su presencia, y tratad con él vuestros negocios. No defraudeis los deseos de su amor. Este trato es el alimento de la fe: nada hay que tanto la fomente en el hombre, como la adoración de este misterio. Jesucristo lo dice: «Quien usa de este Sacramento tendrá la vida eterna (2);» y la vida eterna consiste en conocer al Padre y á Jesucristo su enviado (3). Este Sacramento lo da á conocer, eleva al hombre á la consideración de su bondad y le atrae hácia él, haciendo que sienta arder su corazón con su trato, como los discípulos de Emaús (4). ¡Cosa admirable! Este Sacramento exige la fe y la produce: la supone y la vivifica, robusteciéndola hasta el punto de hacer del hombre un héroe por la fe. La historia de los mártires lo evidencia. La fe que produce es activa, es eficaz; y elevando al hombre por la virtud, le hace semejante á Jesucristo. La historia de todos los Santos lo confirma. Porque ese Sacramento es Jesucristo: y nadie va al Padre, es decir, á la santidad, sino por Jesucristo (5). Ese Sacramento es el alma de la Iglesia, y solo por el alma tiene vida el cuerpo. Ese Sacramento es la vida, y solo uni-

(1) Psalm. XVIII, 7.

(2) Joann. VI, 52.

(3) Id. XVII, 3.

(4) Luc. XXIV, 32.

(5) Joann. XIV, 6.

do á ella vive el sarmiento (1). Ese Sacramento es Dios, y solo uniéndose á Dios se hace el hombre grande y digno de Dios.

Concluyamos, Señores. La fe nos dice que en ese Sacramento está Jesucristo, el Hijo de Dios, nuestro Salvador. Venid, adorémosle, postrémonos ante él (2). Como el ciego de nacimiento al recibir la luz y reconocerle, digámosle: Creo, Señor (3); y creyendo, amemos; y amándole, rindámosle nuestros homenajes, y acerquémonos á él. Nos espera como un amigo, como un maestro, como un hermano, como un padre. Todos estos títulos de amor y de confianza toma con nosotros. No resistamos más. ¿A quién iremos sino á Él, que tiene palabras de vida eterna? (4) Fuera de Él, todo es tinieblas, corrupcion, muerte: junto á Él y en Él todo es luz, santidad, vida, amor y felicidad. Esto nos promete; esto nos dará, si creemos y amamos; y nos lo dará en el tiempo y en la eternidad.

(1) Id. XV, 5.

(2) Psalm. XCIV, 6.

(3) Joann. IX, 38.

(4) Id. VI, 69.

TERCER SERMON.

La esperanza fundada en el sacrificio de Jesucristo, y en la participacion de él y de sus méritos. La Eucaristía, prenda de esperanza.

*Fundamentum aliud nemo potest
ponere præter id quod positum est,
quod est Christus Jesus.*

(I ad Corinth. III, 11.)

EL designio de Dios, al criar al hombre á semejanza suya, fué tener en la tierra una criatura en quien se reflejárán sus adorables perfecciones, para elevarla despues á la participacion eterna de su gloria. Una condicion le impone tan solo: la fidelidad á un precepto, sencillo en sí, pero importantísimo en su objeto; para que, reconociéndose el hombre, con la obediencia, príncipe tributario de un rey supremo, existiese en él la razon del mérito necesario para la consecucion de un bien, que Dios quiere conceder únicamente como recompensa. Faltó la condicion; y el pecado, robando al hombre todos sus bienes, debía robarle tambien la esperanza de llegar un dia al término de que tanto se habia alejado: pero Dios no quiso. Al momento acude lleno de misericordia, que se complace en ostentar siempre sobre todas sus obras (1), y que no olvida ni aun en el dia de sus iras (2),

(1) Psalm. CXLIV, 9.

(2) Habac. III, 2.

do á ella vive el sarmiento (1). Ese Sacramento es Dios, y solo uniéndose á Dios se hace el hombre grande y digno de Dios.

Concluyamos, Señores. La fe nos dice que en ese Sacramento está Jesucristo, el Hijo de Dios, nuestro Salvador. Venid, adorémosle, postrémonos ante él (2). Como el ciego de nacimiento al recibir la luz y reconocerle, digámosle: Creo, Señor (3); y creyendo, amemos; y amándole, rindámosle nuestros homenajes, y acerquémonos á él. Nos espera como un amigo, como un maestro, como un hermano, como un padre. Todos estos títulos de amor y de confianza toma con nosotros. No resistamos más. ¿A quién iremos sino á Él, que tiene palabras de vida eterna? (4) Fuera de Él, todo es tinieblas, corrupcion, muerte: junto á Él y en Él todo es luz, santidad, vida, amor y felicidad. Esto nos promete; esto nos dará, si creemos y amamos; y nos lo dará en el tiempo y en la eternidad.

(1) Id. XV, 5.

(2) Psalm. XCIV, 6.

(3) Joann. IX, 38.

(4) Id. VI, 69.

TERCER SERMON.

La esperanza fundada en el sacrificio de Jesucristo, y en la participacion de él y de sus méritos. La Eucaristía, prenda de esperanza.

*Fundamentum aliud nemo potest
ponere præter id quod positum est,
quod est Christus Jesus.*

(I ad Corinth. III, 11.)

EL designio de Dios, al criar al hombre á semejanza suya, fué tener en la tierra una criatura en quien se reflejárán sus adorables perfecciones, para elevarla despues á la participacion eterna de su gloria. Una condicion le impone tan solo: la fidelidad á un precepto, sencillo en sí, pero importantísimo en su objeto; para que, reconociéndose el hombre, con la obediencia, príncipe tributario de un rey supremo, existiese en él la razon del mérito necesario para la consecucion de un bien, que Dios quiere conceder únicamente como recompensa. Faltó la condicion; y el pecado, robando al hombre todos sus bienes, debía robarle tambien la esperanza de llegar un dia al término de que tanto se habia alejado: pero Dios no quiso. Al momento acude lleno de misericordia, que se complace en ostentar siempre sobre todas sus obras (1), y que no olvida ni aun en el dia de sus iras (2),

(1) Psalm. CXLIV, 9.

(2) Habac. III, 2.

y deposita la esperanza en el corazón del hombre, como consuelo en el dolor, bálsamo en la herida, y áncora en el naufragio. Y es que el pecado de Adán, dice Tertuliano (1), no fué sino un pecado de impaciencia; porque quiso elevarse á Dios demasiado pronto, y quiso lograrlo por el camino de la rebelión y de la desobediencia, en vez de hacerlo por el de la fidelidad, la obediencia, y el amor. Pero en cuanto á la idea en sí misma, el deseo de Adán no fué sino una necesidad, un instinto de la naturaleza. Por ello, dice el mismo Tertuliano, Dios no maldice á Adán y á Eva, como que les preparaba una restauración para elevarlos de nuevo (2). Ese instinto persevera en el hombre, y Dios lo alimenta con la esperanza, anunciándole un restaurador que, destruyendo los efectos del pecado, le devuelva con la gracia los bienes perdidos, y la virtud que le asemeja á Dios, y le da un derecho á la gloria prometida por el Criador. Este anuncio, que sigue inmediatamente al pecado, y esa esperanza constante miran á Jesucristo, no solo como á compañero del hombre que une su naturaleza á la de Dios en su persona, sino como víctima y Sacerdote, que expiando el pecado, conquista para la criatura la gloria perdida, y merezca la gracia que acerca á Dios á cuantos de ella viven, haciéndoles participantes de su divina naturale-

(1) Perit, et ipse (Adam) per impatientiam suam utrobique commissam, et circa Dei præmonitionem, et circa Diaboli circumscriptionem, illam servare, hanc refutare non sustinens.... innocens erat, et Deo de proximo amicus, et paradisi colonus. At ubi impatientiæ succidit, desivit Deo sapere, desivit cœlestia sustinere posse. (Tert. lib. de Patientia, cap. 5.)

(2) Nam etsi Adam propter statum legis deditus morti est, sed spes et salva facta est, dicente Domino: Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem.... Ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (Id. adversus Marcion., lib. 2, cap. 25.)

za. Esto hizo Jesucristo. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, le envió el Padre para que redimiese á los que estaban bajo la ley del pecado, y les diese la adopción de hijos de Dios (1). Este fué el objeto de su Encarnación, y este el de la Eucaristía, perpetuación de aquella, que le hace vivir siempre con nosotros en el augusto Sacramento, con los mismos caracteres, con el mismo objeto, y con el mismo resultado de su vida mortal. Por eso se llama prenda de eterna gloria (2), documento de esperanza, prenda de felicidad. Considerémosle hoy bajo este punto de vista. La esperanza del hombre se funda en el sacrificio de Jesucristo, y en la participación de él y de sus méritos: primera parte. El Sacramento de nuestros altares, perpetuando este sacrificio, es la prenda de nuestra esperanza, y el estímulo y modelo de nuestros sacrificios, necesarios para alcanzar lo que esperamos.

PRIMERA PARTE.

Es innegable, hermanos míos, que en el hombre hay un desorden intrínseco, que hace de él un misterio; pero es inconcebible que ese desorden venga de Dios, y que su Criador le formara tal, cual nosotros le vemos. El desorden no puede ser obra de la Sabiduría infinita; es un efecto del pecado, que, siendo un desorden en sí mismo, no produce fruto sino según su naturaleza. ¿Aban-

(1) Ad Gal. IV, 5.

(2) Æternæ gloriæ nobis pignus datur. (In Offic. Corp. Christi.) Notissimum futuræ felicitatis indicium, et divinæ miserationis præsagium certum. (S. Laur. Justin., serm. de Corp. Christi.)

donará Dios su obra? ¿Abandonará al hombre porque ha pecado? ¿Le exterminará, ó le dejará en la tierra entregado á sí mismo, reservándolo para una desgracia eterna? ¿Le igualará, finalmente, en el castigo al Angel rebelde, privándole de la esperanza? No, Señores. El Angel pecó por impulso propio, el hombre por seducción (1); y siempre es más digno de lástima el que cae vencido por la fuerza de un poder extraño, que el que se arroja por sí mismo en el abismo del mal. El hombre es miserable: y Dios, que en el pecado encontró el objeto sobre que versa su justicia, y la ejerció, en la miseria encontró el objeto de su misericordia, y se dispone á ejercerla. Dios manifiesta siempre sus atributos donde encuentre el objeto, que puede decirse es su término. Ha visto el mal, y su justicia, que es la aversion al mal, se arma contra él y lo castiga: *morte morieris*. Ha visto la miseria que ha engendrado el mal, y la misericordia, que en frase de un sábio se traduce corazon consagrado á los miserables, acude al remedio del mal. Yo pondré enemistad, dice á la serpiente, entre ti y la mujer, entre tu semilla y la suya. Y notadlo, Señores: estas palabras las pronuncia el Eterno antes de fulminar contra los padres culpables la sentencia de su castigo, como para derramar en sus corazones el bálsamo, antes mismo de abrir la herida: para infundirles la esperanza, antes de imponerles el castigo. ¡Cuán bueno es el Señor! (2) ¡Cuán cierto que su misericordia nos previene (3), y que, como canta el Profeta, aun cuando se irrita, se acuerda de su misericordia (4), siendo breve su ira para castigo, y eterna

(1) Gen. III, 12, 13.

(2) Psalm. LXXII, 1.

(3) Psalm. LVIII, 11.

(4) Habac. III, 2.

y abundante su misericordia para felicidad y vida! (1) He aquí la semilla de la esperanza arrojada en el corazon de la humanidad. Ella crecerá y formará árbol frondoso, á cuya sombra se cobije la descendencia de un padre desgraciado, para que le sean menos sensibles los ardores del sol de la justicia.

Examinemos esa semilla y sigámosla en su desenvolvimiento. ¡Ah! ¡Es bello, cuando uno descubre las llagas del hombre, dejar caer en ellas una gota de bálsamo divino! ¡Es bello, al oír los horrores de un naufragio, saber que el pobre náufrago encontró, por fin, una tabla que le condujo á la ribera! Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, dice Dios á la serpiente, y de su semilla nacerá la que quebrante tu cabeza, por sí misma y por su Hijo (2). ¿Observais la sublime economía de la providencia y misericordia divina? La mujer fué la primera víctima de la seducción, ella será el instrumento de la reparacion; ella es desde luego el principio de la esperanza (3). Adan y su posteridad, que pudieron mirarla como el segundo principio de su desgracia, la mirarán ya en adelante como segundo principio de consuelo y de felicidad. El pecado entrega el mundo al imperio de las tinieblas; el príncipe de estas, enroscándose sobre la tierra, se enseñoa de ella: no hay quien se sustraiga á su maléfico influjo; la ponzoña del orgullo, que lanzára con sus palabras de seducción, lo inficiona todo; y el silbo maléfico, que encantó á los primeros padres, se oye

(1) Psalm. XXIX, 6, 7. Momentum est in indignatione ejus, et vita, salus in favore et benevolentia ejus.... Tam brevis est ira ejus, ut si vespere fletus contingat, adsit mane lætitia. (Genebrard. in exposit. hujus Psalmi.)

(2) Gen. III, 15.

(3) I ad Timoth., 11, 14; Gen., loc. cit.

siempre en el mundo. «Comed; pasad adelante; nada os detenga; gozad; dominad; sereis como Dioses:» y el hombre, arrastrado por la atraccion de ese silbo, empeñándose en escalar el cielo á donde se siente llamado, descende á un abismo de que en vano procura huir. ¡Qué triste perspectiva para la humanidad encadenada al carro de su vencedor! Escuchad la pintura que nos hace el Espíritu Santo. Un pesado yugo oprime á los hijos de Adan, desde el dia que salen del seno de su madre, hasta el dia de su sepultura en el seno de la madre de todos: los pensamientos de su espíritu, los temores de su corazón, la esperanza de lo que sucederá, y el dia en que todo se acaba. Desde el que se sienta en trono brillante, hasta el que yace sobre la tierra y la ceniza; desde el que viste púrpura y ciñe diadema, hasta el que se cubre de un lienzo grosero, el furor, la envidia, la inquietud, la agitacion, las rencillas, la ira porfiada, el temor de la muerte, sobresaltan su alma aun en el lecho mismo, durante el sueño de la noche, en el tiempo del reposo. Apenas tiene un momento de descanso, casi nada: en el sueño mismo se halla como centinela que vigila. Se turba con las visiones de su imaginacion, como un hombre que escapa del enemigo en dia de batalla. Esta es la suerte de toda carne; y además de esto, la muerte, la sangre, la guerra, la espada, la opresion, el hambre y la ruina, y todas las plagas (1). Solo Dios consuela á la humanidad y la dice: yo suscitaré la semilla de la mujer, que quebrantará la cabeza de la serpiente; y destruyendo su imperio, daré de nuevo al hombre la grandeza, abriré el cielo, cerraré el abismo, y lo haré abatiendo al vencedor con las mismas armas con que ha vencido.

(1) Eccli. XL, 1.

En efecto, dice el Crisóstomo, los símbolos y los instrumentos de nuestra desgracia fueron una virgen, un madero y una muerte. Virgen era Eva; el madero, el árbol de la ciencia; la muerte, el castigo promulgado contra Adan. En lugar de Eva, ofrece Dios á María; la Cruz, en vez del árbol de la ciencia del bien y del mal; por la muerte de Adan, la de Jesucristo (1). Así, amados míos, desde el dia mismo de la caída, es prometida al hombre la restauracion; al lado del mal, se le presenta el remedio; y el dogma de un Redentor y de una mujer, que será su madre, se escribe en la primera página de la historia de la humanidad pecadora. Lo que nosotros creemos ahora, se creyó en el paraiso. Jesus y María, que son nuestro consuelo, fueron tambien el consuelo de los primeros padres. Esta fué la herencia de sus hijos; y esta esperanza aparece viva en toda la extension de la tierra. Dios la confirma, renovándola de tiempo en tiempo, para que la serpiente no logre extinguirla; para que la humanidad, internándose en el bosque de sus extravíos, no pierda de vista esta estrella, que le señala el rumbo en su carrera. Así logra, que cuanto más se acerca el dia de cumplirse la promesa, más clara aparezca su luz sobre la tierra.

La humanidad tiene un centro, una cuna, un origen solo. Nace en el paraiso: arrojada de él en castigo

(1) *Nostræ calamitatis et cladis symbola fuere virgo, lignum, et mors. Nam et Eva virgo erat; quando enim seducta est, necdum cum viro commercium habuerat. Lignum, arbor erat. Mors, supplicium in Adamum constitutum. Ecce quomodo virgo, et lignum et mors, calamitatis nostræ organa extiterint. Certe nihilo secius quomodo, eadem illa victoriæ nostræ instrumenta extiterint. Pro Eva fuit Maria; pro ligno autem scientiæ boni et mali, lignum Crucis; pro morte vero Adami, mors Domini. Intellegis diabolum, iisdem omnino armis ab homine expugnatum, quibus ipse hominem expugnaverat. (S. Joann. Crisost. in sacrum Pascha oratio.)*

de su crimen, se multiplica y habita en la redondez de la tierra; el diluvio la extermina; y queda una sola familia, la familia de Noé. Este Patriarca ha recibido de sus padres la promesa y la esperanza; Dios la confirma; y los hijos de Noé, esparciéndose sobre la tierra, llevan consigo esta esperanza. ¿Cómo no llevarla, si era su único consuelo, el tesoro de su alma? La corrupcion con la idolatría envuelve en horrores y en tinieblas todos los pueblos, menos el pueblo de la revelacion; pero al través de esas tinieblas todos vislumbran una luz, todos conservan la esperanza. ¡Ah! era muy fuerte para que pudiera extinguirse; era el cimiento divino de la regeneracion, y Dios la conservaba; los esfuerzos del infierno no pudieron destruirla. Las fábulas de Grecia y su caja de Pandora, la esclavitud de Prometeo, los secretos de los Egipcios y los oráculos de los Romanos, las misteriosas supersticiones de los Druidas en sus cavernas, los libros de los Chinos, los geroglíficos de los Americanos, todos converjen hácia un solo punto, hácia la promesa que se oyó en el paraiso; todas son ramas del grande árbol de la esperanza, cuyo tronco conservaba en su revelacion el pueblo hebreo (1). Es cosa que pasma, Señores, esa homogeneidad de ideas en pueblos bárbaros y civilizados, en la cabaña del salvaje y en la quinta del poeta, en los bosques del nuevo mundo, y en las selvas druidicas, en los teatros de Grecia y Roma, y en la morada misteriosa de los Parias y los Lamas. Toda la humanidad conserva esa esperanza, porque toda ella la recibió. Toda la humanidad levanta los ojos al cielo para ver cuándo se abre y da paso al Libertador prometido.

(1) Augusto Nicolás, Estudios sobre el Crist., parte 1, lib. 2, cap. 4, párrafo 3.

porque toda ella siente la cadena de la esclavitud (1); y víctima de la desgracia, presa de la corrupcion y del pecado, ha conocido que por sí misma no podia levantarse de su abatimiento; que todos sus esfuerzos eran impotentes, como los del esclavo, que un dia sacude con furor sus cadenas, presumiendo romperlas, y cae sin lograrlo, abrumado por su mismo esfuerzo y su fatiga. Dios quiso que el hombre conociera esta verdad; que la grandeza á que quiso llegar por sí mismo, no le puede venir sino de Dios; de Dios, que le crió á su imágen y semejanza para comunicarle su grandeza; no del hombre, que quiso ser como Dios á pesar de Dios.

La historia y la razon nos prueban, que la humanidad ha tenido siempre la conciencia de su degradacion por el pecado, y siempre ha conservado el instinto de su destino. Conociendo el mal, ha mantenido vivo el deseo de librarse de él; y viva tambien y poderosa la esperanza de lograrlo. Ha conocido el carácter del mal y su origen en el pecado, y la necesidad de una expiacion para librarse de él. Todo esto nos demuestra la historia de las religiones, y en ellas la historia de los sacrificios, medio universal de expiacion. Supuesto el pecado, y por él el desórden que separa de Dios, el universo no tenia sino dos medios de volver á su Criador, y sacudir el imperio del mal con sus consecuencias. Estos medios eran obtener gracia absoluta, ó reparar el pecado. Un perdon puro y simple, ó una reparacion equivalente y rigurosa. La esperanza estaba encerrada en esta alternativa.

Ahora bien: el perdon puro y simple, Dios en su infinita justicia no quiso concederlo. En ningun monumento está escrito: más aún; todos los pueblos, todas las

(1) Isai. XLV, 8.

religiones niegan su existencia. Jamás hombre alguno hizo profesion de creer en la absolucion totalmente gratuita del mal (1). Escuchad el grito de la conciencia universal, preguntad á los pueblos, y encontrareis en todas partes aspiraciones generosas, deseos de misericordia; pero reducidos á la necesidad de expresar estrictamente lo que es, lo que creen justo, lo que es debido, todos á la vez exclaman, dominados por un sentimiento irresistible, que el desórden moral, el pecado, no se cura sin dolor, y por consiguiente sin expiacion; que la esperanza de la regeneracion no existe sin la idea de un sacrificio en que se funde. Todos por ello han hecho uso del sacrificio, y su universalidad y su perpetuidad prueban su necesidad reconocida, como verdad esencial, como condicion impuesta por Dios (2). El mundo solo yerra en la víctima. La salud se alcanzará por la sangre: esto es lo que conserva de la verdad primera; pero pierde de vista, en sus extravíos, la cualidad de la víctima; olvida que ha de ser más que un hombre; que ha de ser el Cordero cuyo sacrificio revelara Dios á Adán, y que por ello se llama Cordero sacrificado desde el principio del mundo (3); y olvidada de ello, busca en la tierra lo que solo está en el cielo; quiere encontrar aquí bajo una sangre, que sea digno precio de rescate y baño saludable de purificacion. La de las bestias no tiene tamaño valor: busca la del hombre, y un criminal condenado á muerte ocupa el lugar de las víctimas; pero su sangre no es

(1) Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna hay que no haya tenido por objeto principal la expiacion. El hombre ha reconocido siempre que tenia necesidad de clemencia. (Voltaire, Ensayo sobre las costumbres, cap. 120.)

(2) Charron: La sabiduría, lib. 2, cap. 7.

(3) Apoc. XIII, 8.

bastante pura. Quiere otra que exhale perfumes de inocencia, y derrama la del extranjero, que acaso cae en sus manos: es poco aún. Busca la de los que ciñen corona, como si esta le diera más precio; y abismándose más y más con el rigor de una lógica inexorable, hace caer bajo el cuchillo sagrado millares de cabezas de tiernos niños, que cuelgan aún del pecho de sus madres. Así el género humano, esperando la salud y la vida, la busca en la sangre y en la muerte; así rinde homenaje á una verdad saludable, y anuncia el sacrificio, que será la señal del Dios libertador (1).

Toda esta teología de los antiguos pueblos está resumida en estas palabras de San Pablo: Sin efusion de sangre no hay remision (2); pero es imposible que la eficacia necesaria para producirla se encuentre en la sangre de los toros y corderos: por ello, entrando en el mundo el Cristo, dijo á su Padre: «Los holocaustos por el pecado no os han aplacado; pero me habeis formado un cuerpo: hé aquí que yo vengo á cumplir vuestra voluntad, realizando las esperanzas que dísteis á la humanidad, de ser redimida por la sangre (3).» Y la sangre de Cristo, concluye el Apóstol, ha pacificado todas las cosas, ha reconciliado al mundo con Dios, ha elevado al hombre á la dignidad de Hijo de Dios (4).

La esperanza de los pueblos daba esperanza de un

(1) El salvaje idólatra del nuevo mundo, y el sectario civilizado del antiguo politeismo, creen igualmente que sin la efusion de sangre no pueden ser perdonados los pecados. No habiéndose creído siempre suficiente la vida de los animales para borrar la mancha del crimen y apaciguar la cólera del cielo, con frecuencia se pedia la muerte de una víctima más noble, y los altares del paganismo eran regados con torrentes de sangre humana. (Faber, Horas mosáicas.)

(2) Ad Hebr. IX, 22.

(3) Ad Hebr. X, 4, ad 7.

(4) Ad Colos. 1, 13, 14, 19, 20.

Dios Redentor; ella, pues, se dirigia á Jesucristo. Esa esperanza se expresaba con los sacrificios; se fijaba, pues, en el sacrificio de Jesucristo. El poeta griego lo dijo entre las sombras de la fábula. ¡O hombre! tu suplicio no acabará hasta que Dios se ofrezca á reemplazarte en tus sufrimientos, y quiera bajar voluntariamente por ti á los infiernos (1). El Profeta lo dice: «Tomó sobre sí nuestras iniquidades, cargó sobre sí nuestros dolores y miserias, el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con su sangre fuimos curados (2).» San Pablo lo explica: «Se hizo obediente, como víctima, hasta la muerte, y muerte de Cruz (3); se hizo por nosotros pecado (4), crucificando en su cuerpo al hombre viejo, para destruir el cuerpo del pecado (5). Se hizo por nosotros maldición, llevando sobre sí las que á nosotros tocaban; porque escrito está: «Maldito el que es colgado en un madero (6).» ¡O amor! ¡O caridad! ¡Cómo nos apremia y nos estrecha á amarle (7).»

¿Está consumada la obra? Eficaz, meritoria y ejemplarmente, sí. San Pablo lo dice también: «Jesucristo, con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre á los que ha santificado (8),» y no tiene ya necesidad, como los sacerdotes de los judíos, de ofrecer cada día nuevas y distintas víctimas por el pecado del hombre, y para abrirle la puerta de la reconciliación (9). Pero el hom-

(1) Esquiles, Prometeo encadenado.

(2) Isai. LIII, 4, 5.

(3) Ad Philip. II, 9.

(4) II ad Corinth. V, 21.

(5) Ad Rom. VI, 6.

(6) Ad Gal. III, 13.

(7) II ad Corinth. V, 14, 15.

(8) Ad Hebr. X, 10, 14.

(9) Id. VII, 27.

bre en sus esperanzas no tendia solo á la remision del pecado y á la reconciliación con Dios: la esperanza se dirigia en último término á la consecución del destino que Dios le señalaba en la creación, y del cual tuvo siempre un instinto divino. El pecado, no cambiando la naturaleza del hombre, no cambió este destino, ni arrancó de su corazón el deseo y la esperanza de llegar á él. Ese destino es elevarse á Dios, á la participación de su gloria, á la unión con él. Erró el camino, y extraviado ya, su necesidad urgente era volver al sendero recto: vuelto á él, renace el primer deseo, la primera esperanza de elevarse hasta aquel, que es su principio y su fin. El fundamento de esta esperanza, el medio de lograr lo que desea, más aún, lo que necesita, es Jesucristo. La teología católica nos lo dice: en el sueño misterioso, en el éxtasis en que Dios puso á Adán en el paraíso, durante el breve plazo de su inocencia, dice Santo Tomás, tuvo este una fe explícita en el misterio de la Encarnación del Verbo; no como Redentor del pecado, de que Adán ni pensaba que llegaría á ser culpable, sino como medio necesario, medio único de llegar á la consumación de la gloria á que Dios le destinaba (1). Jesucristo lo dice también: «Nadie viene al Padre sino por mí (2).» Nadie llega á la felicidad á que aspira, según el noble instinto de su naturaleza y la esperanza viva de su alma, sino por Jesucristo: es el fundamento, dice San Pablo, fuera del cual no puede ponerse otro (3). Si esto era ya una verdad para el hombre inocente, lo es más

(1) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi Incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriae. (S. Thom. in capitulum V, Epist. ad Ephes.)

(2) Joann. XIV, 6.

(3) I ad Corinth. III, 11.

para el hombre caído y regenerado por Jesucristo. Ni en uno ni en otro estado tiene el hombre en la tierra la suma de felicidad y de gloria á que Dios quiere elevarle. Del primero, lo prueba el deseo de ser como Dios, que hizo precipitar al hombre en el abismo sin fondo de la culpa: del segundo, esa sed insaciable de felicidad, de gozos supremos, eternos, infinitos y de paz inalterable que tiene el hombre. En uno y otro estado aspira á Dios, aun en medio de sus extravíos, en medio de sus desórdenes. Dios, el bien sumo, el infinito, el Eterno: hé aquí la primera aspiración del hombre. El grande Agustino, retratándose á sí mismo, nos retrata á todos. Hemos sido formados para ti, ¡ó Dios! exclama, é inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti (1). El hombre desea siempre, se afana siempre, espera siempre. Esto dice que no ha llegado al fin; esto dice que está en el camino, no en el término; esto prueba que tiene el instinto y la conciencia de lo que debe ser, y le mantiene la esperanza de lograrlo. Quitad al hombre esa esperanza, y le arruináis, le aniquiláis; y entre la desesperación y la duda, arrastrará una existencia miserable.

La esperanza, pues, tiene por objeto supremo los bienes invisibles del porvenir, la riqueza del cielo, la vista de Dios, su gloria, su amor. Esto anhela la criatura; esto le promete el Criador (2): pero se lo promete como una recompensa, y la recompensa supone el mérito; el mérito está en la virtud, y la virtud consiste en la victoria del bien sobre el mal, elevándose por ella el hombre sobre la naturaleza corrompida para acercarse á Dios. ¿Podrá el hombre por sí mismo elevarse á esta

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. Aug. Confes., lib. I, cap. 1.)

(2) Gen. XV, 1; Matth. XXIV, 34.

altura? Imposible, si está solo. No somos suficientes por nosotros mismos para un buen pensamiento, dice el Apóstol (1): los sentidos y los pensamientos del hombre están inclinados al mal desde la juventud, dijo Moisés (2). Necesita de un auxilio superior, de la gracia, que, comunicándole fuerzas divinas, le hace capaz de todo lo bueno, según el mismo Apóstol (3). Gracia para la virtud, virtud para el mérito, mérito para la recompensa, recompensa para ser feliz. Hé aquí lo que la esperanza hace desear al hombre. ¿Dónde lo encontrará? En Jesucristo, solo en Jesucristo. «Venid á mí, dice, los que os veis oprimidos por el peso de vuestras miserias, y yo os aliviaré (4): uníos á mí, como sarmientos á la vid, y dareis frutos en abundancia (5). Jesucristo, Señores, fundamento de toda esperanza, con su sacrificio merece para el hombre la gracia, esa luz, esa fuerza divina que le habilita para la virtud; esa inspiración de la caridad, como la llama San Agustín, para hacer con santo amor lo que ella misma nos hace conocer (6). Jesucristo se le ofrece por modelo de santidad, é incorporando al hombre con él, le comunica su gloria, su eterna felicidad. Su sangre le limpia de pecado (7); su sangre fecundiza con la gracia la tierra del corazón; su sangre le introduce en la gloria, en cuyo tabernáculo entró él mismo, encontrando en su propia sangre redención eter-

(1) II ad Corint. III, 5.

(2) Gen. VIII, 21.

(3) Ad Philip. IV, 13.

(4) Matth. XI, 28.

(5) Joann. XV, 4, 5.

(6) Inspiratio dilectionis ut cognita sancto amore faciamus. (S. Aug. lib. 4, contra duas epist. Pelag.)

(7) I Joann. I, 7.

na para el hombre (1). Todo en Jesucristo; nada sin él. Segun ello, Señores, el hombre está destinado al cielo, á la union con Dios, á la participacion de Dios: tiene medios para llegar á este fin: Dios mismo se los ofrece. ¿Cómo llegará á la posesion de lo que espera? Haciéndose semejante á Jesucristo; viviendo de Jesucristo. Son las condiciones que Dios le impone, segun San Pablo (2). Una palabra lo resume todo: Sacrificaos como Jesucristo y con Jesucristo. En el sacrificio buscó el hombre en todo tiempo la reconciliacion con Dios; en el sacrificio, la bendicion de Dios; en el sacrificio, la elevacion á Dios. En este medio lo vinculó todo el Criador; por este medio lo realizó todo el Redentor; por este medio lo alcanzará todo la criatura redimida. ¿Quereis lograrlo? Ofreced, dice San Pablo, ofreced vuestro cuerpo á Dios en hostia viva, santa, agradable, y obsequio racional; no conformándoos con este siglo, sino renovándoos en novedad de espíritu. De esta manera experimentaréis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable, perfecta (3). Esta voluntad de Dios, es vuestra santificacion (4). Para llegar á este punto, tened los mismos sentimientos de Cristo Jesus (5): despojaos del hombre viejo y vestíos del nuevo, criado segun Dios en justicia y santidad (6). No andeis en glotonería y embriaguez, no en sensualidad y disolucion, sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo (7); crucificad vuestra carne, y sus vicios y concupiscencias, como hacen los que verdaderamente son

(1) Ad Hebr. IX, 12, 14.

(2) Ad Rom. VIII, 10, 11.

(3) Ad Rom. XII, 1, 2.

(4) Ad Tessal. VI, 3.

(5) Ad Philip. II, 6.

(6) Ad Ephes. IV, 22, 24; ad Colos. III, 9.

(7) Ad Rom. XIII, 13, 14.

de Cristo (1), completando de este modo en vosotros lo que falta á su pasion (2); dejad la imágen del hombre terreno; llevad la del celestial (3), como miembros que sois de Cristo (4), y de este modo sereis glorificados; porque á los que predestinó para ser conformes á la imágen de su Hijo, á estos da Dios gloria (5); y á los que permanecen fieles y acompañan á Jesucristo en sus tribulaciones y su sacrificio, á estos prepara un reino, para que sean felices en convite eterno (6). Gozaos pues, en Cristo, que por la fe os da la esperanza de llegar á la gloria de hijos de Dios, y por ello gloriaos en el sacrificio y en la tribulacion; porque la tribulacion obra paciencia, la paciencia prueba y purifica, la purificacion alimenta la esperanza, y la esperanza no queda confundida (7), porque lo momentáneo y leve de nuestra tribulacion, va seguido de inmenso peso de gloria (8). Hé aquí, hermanos míos, la doctrina de San Pablo, del Apóstol destinado á evangelizar las inestimables riquezas de Jesucristo (9). El sacrificio de este, segun dicha doctrina, es el fundamento de toda esperanza; y la participacion de su sacrificio, el medio de asegurar esta esperanza.

Veamos ahora en el Sacramento augusto de nuestros altares la perpetuacion del sacrificio de Jesucristo, prenda de nuestra esperanza, y estímulo y modelo del sacrificio que á nosotros nos impone para la consecucion de lo esperado.

(1) Ad Gal. V, 24.

(2) Ad Colos. I, 24.

(3) I ad Corinth. XV, 49.

(4) Ad Ephes. V, 30.

(5) Ad Rom. VIII, 17, 29, 30.

(6) Luc. XXII, 28.

(7) Ad Rom. V, 2, ad 5.

(8) II ad Corinth. IV, 17.

(9) Ad Ephes. III, 8.

SEGUNDA PARTE.

La multiplicacion de las víctimas que los antiguos pueblos, y aun el pueblo hebreo, ofrecian á Dios, prueba, dice San Juan Crisóstomo, la insuficiencia de las mismas. ¿Por qué multiplicarlas, si alguna de ellas era suficiente para el fin del sacrificio? (1) Como inútiles, pues, debieron cesar, y cesaron en cuanto se inmoló la Víctima divina, el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (2). En cuanto los pueblos conocieron esta víctima, abandonaron todas las demás. Pero la sangre de esta víctima se derramó una sola vez. ¿Cesará para siempre el sacrificio? No, Señores, debe ser perpétuo como la redencion. Mientras haya hombres en la tierra, hay necesidad de redencion, y esta, con todos sus frutos, está vinculada en el Sacrificio de Jesucristo. Este, pues, debe perpetuarse; y esto hace el gran Pontífice de la redencion por medio de la Eucaristía. Ella es un verdadero Sacrificio: es el complemento, y por así decirlo, la perfeccion ó consumacion del Sacrificio de la Cruz; es la

(1) Illæ autem (hostiæ) multæ. Ideo enim non validæ, quia multæ. ¿Quid enim, dic quæso, opus erat multis, cum una sufficeret?... Quod enim prima victima nihil valuerat, altera offerebatur: quandoque nec ipsa quidquam conferebat, altera adjugebatur. Quod itaque victimæ offerebantur, peccatorum erat evictio; quod autem semper imbecillitatis certa professio. Secus autem in Christo: semel oblatus est, satisque ea in æternum oblatio fuit. (S. Joann. Crisost. Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

(2) Joann. I, 29.

prenda de redencion y de gloria, que Jesucristo ha dejado en la tierra (1).

Recordad lo que hizo Jesucristo en la última noche de su vida. Era aquella noche suprema tan deseada por el Salvador de los hombres; aquella noche figurada en tantos hechos brillantes de la historia del pueblo de Dios; aquella noche que no ha tenido ni tendrá semejante en los siglos, porque en ella todo fué grande, todo celestial y divino; aquella noche, en fin, en que la llama que ardia en el pecho de Jesus, saltando las vallas de la naturaleza, se levantó y salió de su corazon, como volcan ardiente que esparció por todo el orbe las riquezas de su amor. En ella, Jesucristo, que no tuvo nunca albergue donde retirarse, ni lugar donde reclinar la cabeza (2), reúne á sus Apóstoles en un cenáculo grande, adornado con magnificencia. El habia fundado su Iglesia que, extendida por el universo, debia hacer su nombre grande en todas partes, y en todas tener un altar, una víctima, un sacrificio, como el Profeta lo predijo (3). Este altar, esta víctima y este sacrificio debia ser perpétuo y único; reproduciéndose siempre sin multiplicarse en su especie, como los del antiguo pueblo (4): debia ser una víctima inmortal, una víctima divina, víctima universal y de infinito precio. Y ved que, reuniendo en su corazon

(1) Ut quia quotidiana et indefessa currebat pro hominum salute redemptio, perpetua esset etiam redemptionis oblatio; et perennis illa victima viveret in memoria, et semper esset præsens in gratia. (S. Hilar. Arelat., Hom. 5 de Pascha.)

(2) Luc. IX, 58.

(3) Malach. I, 11.

(4) Eundem enim semper offerimus; non nunc quidem aliam, cras autem aliam, sed eandem semper victimam. Quamobrem unum est sacrificium. Pontifex noster ille est, qui eam obtulit hostiam quæ nos munit. Illam nunc quoque offerimus, quæ tunc fuit oblata, quæ non potest consumi. (S. Joann. Chrys., Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

su caridad inmensa con su poder sin límites, rodeado de sus Apóstoles, toma en sus manos el pan, levanta los ojos al cielo, adora y da gracias á su Padre, bendice el pan, lo parte y lo da á sus Discípulos, diciendo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. Toma el cáliz, lo bendice, y lo reparte diciendo: Tomad y bebed, esta es mi sangre, que por vosotros será derramada; es la sangre de la nueva alianza que Dios hace con el hombre* (1). ¿Veis el Sacerdote, veis la víctima, veis la inmolacion, veis su objeto? El Sacerdote es Jesucristo, Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (2), que realiza lo que este figurara al ofrecer á Dios el pan y el vino (3), único sacrificio, segun doctrina de los mismos judíos, que debia exceptuarse de la abolicion entre cuantos la sinagoga practicara (4). La víctima, Jesus lo dice, es su Cuerpo, el cuerpo que el Padre le dió para sustituir con él á las víctimas antiguas. La inmolacion la expresan sus palabras: consagra separadamente el pan y el vino; convierte la sustancia de aquel en la de su cuerpo, y la de este en su sangre, separándolas como en señal de destruccion. El objeto del sacrificio es el perdon del pecado, con la reconciliacion Dios, la alianza, el tratado de paz entre el Criador y la criatura. La antigua alianza de Dios con su pueblo, se ratificó con la sangre de las víctimas que ofreció Moisés,

(1) I ad Corint. XI, 23, 24; Matth. XXVI, 28.

(2) Psalm. CIX, 4.

(3) Melchisedech jam tunc in typo Christi panem et vinum obtulit, et mysterium christianum in Salvatoris sanguine dedicavit. (S. Ciprian., Epist. ad Cæcilian., de Domin. calice.)

(4) Tempore Messiae omnia sacrificia cessabunt; sed sacrificium panis et vini non cessabit. Rex Messias excipiet à cessatione sacrificiorum. Sacrificium panis et vini, sicut dicitur: Tu es Sacerdos in æternum, secundum ordinem Melchisedech. (Rabbi Finees in Bereschit Rabbá.)

y con la cual roció el altar, la ley y el pueblo (1). La nueva alianza, más perfecta que aquella, debe ser firmada también con sangre, y rociados con ella el altar y el pueblo.

¿Más para qué este sacrificio tan misterioso, puesto que dentro de poco, al día siguiente, debia públicamente inmolarse Jesucristo sobre la Cruz del Calvario? La Crucifixion, Señores, fué un verdadero sacrificio, y sacrificio voluntario, cual para la redencion se requeria: pues, como anunció el Profeta, Cristo se ofreció porque quiso (2); y el mismo Salvador repetidas veces lo anunció también, manifestó deseo ardiente de él (3), y protestó que moria voluntariamente, porque, siendo Dios, nadie tenia poder para quitarle la vida (4); bien que exteriormente apareció como una muerte forzada, como un castigo que se le impuso. Parecia morir por la acusacion y odio del pueblo, y por la sentencia del juez; y esto no era honroso para el que voluntariamente se cargó con nuestras iniquidades (5). Escuchad á San Gregorio Niseno: «No quiso el Señor que permaneciera un instante oculta la libertad de su inmolacion; y por ello no espera que la traicion de Judas le imponga necesidad de padecer, ni que el odio de los judíos le abrume, ni que la sentencia de Pilato le apremie, para que no parezca que la malicia de los hombres y no su propio amor, es la causa y el principio de la salud universal, por medio de su sacrificio: y hé aquí que teniendo todas las cosas en su mano, se anticipa á la malicia de los hombres con un acto espontáneo; y por medio de una

(1) Ad Hebr. IX, 18 ad 21.

(2) Isai. LIII, 7.

(3) Luc. XII, 50.

(4) Joann. X, 18.

(5) Isai. LIII, 4.

inmolacion invisible, pero real, él mismo se sacrifica, haciéndose á la vez víctima y hostia, Sacerdote y Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. ¿Cuándo y cómo lo hace? concluye este Santo Padre. Cuando dió á comer su cuerpo y á beber su sangre á sus discípulos: entonces es cuando declaró solemnemente con las obras, que el sacrificio del Cordero quedaba cumplido, y realizadas las figuras antiguas (1).

Notad más; en el sacrificio de la antigua alianza, Moisés roció con la sangre de las víctimas el altar, las doce piedras que representaban á las doce tribus, y al pueblo, y sobre todo, como más próximos á él, á los doce príncipes de Israel (2): en la nueva debia tambien suceder así; y esos príncipes, los Apóstoles, esas doce piedras fundamentales no estuvieron en el Calvario para recibir la aspersion de la sangre, y ratificar con ello su alianza con Dios, en nombre de toda la humanidad. Esta aspersion la hace Jesucristo en el Cenáculo, dando á beber su sangre á los doce. En los sacrificios antiguos, en fin, los que asistian participaban de la cosa ofrecida, comian la carne consagrada á la Divinidad. Asistiendo al sacrificio y poniendo su mano sobre la cabeza de la víctima que se ofrecia por el pecado, figuraban trasladar á ella sus pecados, y la obligaban á inmolarsé (3).

(1) Qui enim Domini auctoritate cuncta disponit, non ex proditione sibi impendentem necessitatem, non judæorum quasi prædonum impetum, non Pilati potentiam spectat, ut eorum malitia sit communis hominum salutis principium et causa: sed consilio suo antevertit, et arcano sacrificii genere quod ab hominibus cerni non poterat, se ipsum pro nobis hostiam offert et victimam immolat, sacerdos simul existens, et Agnus Dei qui tollit peccatum mundi. ¿Quando id præstitit? Cum corpus suum discipulis congregatis edendum, et sanguinem bibendum præbuit, tunc aperte declaravit Agni sacrificium jam esse perfectum. (S. Greg. Niss., Orat. 1 in Sanctum Pascha.)

(2) Exod. XXIV, 4, 6, 8.

(3) Levit. IV, 4, 15.

Inmolada la que se ofrecia en hostia pacífica, y consumida una parte en honor de la Divinidad, comian la otra, que, por la oblacion aceptada, se hacia cosa de Dios (1); y comiéndola, figuraban confirmar su alianza y unirse á Dios, participando de sus cosas, y recibir con ello el fruto del sacrificio (2). En la Cruz no se cumplió esta última parte del sacrificio; y Jesucristo la cumple en el Cenáculo, dando á comer y á beber á los Apóstoles la sangre de la víctima, que por el mundo se sacrificaba, para unirle á Dios.

El sacrificio Eucarístico es, pues, el mismo del Calvario; es su perfeccion y complemento; es su perpetuacion. Cuando Jesus hubo instituido este Sacrificio, dijo á los Apóstoles: «Haced esto en memoria mia: repetid lo que yo he hecho, y repetidlo en mi nombre (3).» San Pablo explica el sentido de estas palabras, diciendo: «Cuantas veces comereis este pan y bebereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que venga;» es decir, hasta la consumacion de los siglos (4). Desde que el Señor dijo: Haced esto en memoria mia: este es mi cuerpo, esta es mi sangre; cuantas veces con estas palabras y con esta fe se celebra, dice San Cipriano, otras tantas este pan sustancial y este cáliz consagrado con solemne bendicion, se ofrece y aprovecha para vida y salud de todo hombre; siendo á la vez holocausto y medicina para purgar los pecados y curar las enfermedades (5). Ambas cosas necesita el hombre, ambos efec-

(1) Id. VII, 15.

(2) I ad Corinth. X, 18, 20, 21. Véase Aug. Nicolás, estudios sobre el Crist., 1.ª parte, libro 2, cap. 4, y 2.ª parte, cap. 17.

(3) Luc. XXII, 19.

(4) I ad Corint. XI, 25, 26.

(5) Ex quo à Domino dictum est: hoc facite in meam commemorationem, hæc est caro mea, et hic est sanguis meus: quotiescumque his verbis et hac fide actum est, panis iste supersubstantialis et calix benedictio-

los produce este Sacrificio, y ambos remedios exige la esperanza.

Consideremos últimamente el Sacrificio Eucarístico como prenda de esperanza y estímulo de virtud. En la Cruz, Señores, en su Sacrificio de sangre, Jesucristo se presentó como víctima universal que expia nuestras culpas; como cabeza de la humanidad que se inmola con él; y como medianero que nos alcanza por sus méritos la gracia, que nos lleva á Dios. En el primer carácter es nuestro Redentor; en el segundo, nuestro modelo y nuestro ejemplo; en el tercero, nuestro abogado y nuestro Sacerdote. En el Sacrificio Eucarístico tiene los mismos caracteres, obra los mismos efectos. Todos los dias pecamos, todos los dias necesitamos que se nos aplique la redención; y hé aquí que todos los dias tenemos esa víctima que, ofrecida al Padre, nos atrae el perdon y mantiene viva la esperanza. Si queremos la paz con Dios, dice San Gregorio, enviémosle embajada, ofrezcámosle la víctima, porque la Hostia santa del Altar, ofrecida con lágrimas de contrición y con espíritu de mansedumbre, sufraga admirablemente para nuestra reconciliación, puesto que aquel que una vez resucitado de entre los muertos ya no muere, aún vuelve á inmolarse por nosotros en este su misterio; y cuantas veces le ofrecemos la hostia de su pasión, otras tantas renovamos el sacrificio de esta pasión para ser perdonados (1). ¿Qué fuera de

ne solemniter saceratus, ad totius hominis vitam salutemque proficit, simul medicamentum et holocaustum ad sanandas infirmitates, et purgandas iniquitates existens. (S. Cyprianus, de Cæna Domini.)

(1) Mittamus ad hunc legationem nostram, flendo, tribuendo, sacras hostias offerendo. Singulariter namque ad absolutionem nostram oblata cum lacrimis, et benignitate mentis, sacri altaris hostia suffragatur; quia is, qui in se, resurgens à mortuis jam non moritur, adhuc per hanc in suo mysterio pro nobis iterum patitur. Nam quoties ei hostiam suæ passionis offerimus, toties nobis ad absolutionem nostram, passionem illius reparamus. (S. Greg. Papa, Hom. 57 in Evangelium.)

nosotros sin este sacrificio, sin la participación de la Víctima divina? Por ello la llama la santa Iglesia prenda de eterna gloria (1); y el mismo Jesus dice: «Que el que participa de este beneficio comiendo de este pan, no morirá eternamente (2).»

Para llegar á esta gloria necesitamos elevarnos sobre nosotros mismos por la virtud; lo hemos dicho antes: la virtud exige el sacrificio, se funda en la gracia; y Jesucristo es en la Eucaristía el modelo de nuestros sacrificios, la gracia que los alienta, el premio que nos estimula. En la Cruz y en el Altar, Jesucristo es el representante de toda la humanidad, el nuevo Adán, padre de la humanidad regenerada, la cabeza del gran cuerpo, el modelo de los predestinados. Así debemos considerarle, dice San Leon, porque en él se representa la causa de todos, puesto que tomó nuestra naturaleza para repararla (3). Mostrándonoslo el Padre, nos dice: *Inspice*; mira, y haz segun el modelo que te he mostrado (4); ese es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias; escuchadle (5). ¿Qué nos dice el Hijo, á quien el Padre nos manda escuchar? «El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome la Cruz y sigame (6). Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (7);

(1) In Off. Corp. Christi.

(2) Joann. VI, 50.

(3) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo, Serm. 8 de Pass.) Nemo posset laqueis mortalitatis absolvi, nisi ille, in quo solo innocens erat natura omnium, sineret se interfici manibus impiorum. Unde Salvator noster Filius Dei, universis in se credentibus, et sacramentum condidit, et exemplum: ut unum apprehenderent renascendo, alterum sequerentur imitando. (Id., Serm. 14 de Pass.)

(4) Exod. XXV, 40.

(5) Matth. XVII, 5.

(6) Luc. IX, 23.

(7) Joann. XIII, 15.

hacedlo, y estareis donde estoy (1); porque nadie viene al Padre sino por mí (2). ¿No fué necesario que el Cristo padeciese para entrar en su gloria? (3) Si no padeceis, si no abrazais el sacrificio, no sois dignos de mí (4).»

El sacrificio, Señores: hé aquí el medio de elevarse á Dios por Jesucristo; hé aquí la gran ley de la santidad. Sin sacrificio no hay virtud; sin virtud no hay mérito; sin mérito no hay recompensa. ¿Anhelais el cielo? ¿Deseais la felicidad? Solo por el sacrificio se alcanza. Este camino es opuesto al del mundo; esta doctrina es contraria á las máximas del siglo; es verdad. El mundo dice: sensualismo, goces, riquezas, superioridad; Jesucristo dice: mortificacion, privaciones, desprendimiento, humildad. ¿Cuál es el término de cada uno? El primero conduce á donde Adán condujo á la humanidad; al pecado, á la corrupcion, á la muerte. El segundo, á donde la lleva Jesucristo; á la virtud, á la regeneracion, á la vida. Escojed: *ante hominem bonum et malum; vita et mors* (5). Pero antes notad que el mundo tambien exige el sacrificio. Examinad el camino que conduce á la riqueza, á los honores, al placer, al pecado, y á su entrada leereis escrito con grandes caracteres: «Sacrificio.» Desde Adán, el hombre está entre dos sacrificios: no es posible eximirse de los dos; necesariamente uno ha de sufrirse. La ambicion, los mundanos placeres, el amor á las riquezas piden constantemente el sacrificio de la salud, del reposo, de la vida tal vez, y con mucha frecuencia el de la virtud y del cielo. Sacrificio por sacrificio, aceptemos

(1) Id. XII, 26.

(2) Id. XIV, 6.

(3) Luc. XXIV, 26.

(4) Matth. X, 38.

(5) Eccli. XV, 18.

el de Jesucristo, diciendo: No quiero sacrificarme por la gloria pasagera del mundo, por placeres de un dia, por riquezas que no satisfacen; quiero sacrificarme para llegar al fin legítimo de mi existencia, por el cielo, por el Bien eterno, por Dios. Este generoso pensamiento hace los Santos. Ellos, como nosotros, se encontraron entre dos sacrificios, y prefirieron el sacrificio voluntario de los apetitos y pasiones, seguir á Jesucristo en el camino del Calvario, llevar la Cruz, renunciarse á sí mismos por Dios. Haciéndolo, la sangre de Jesucristo los limpió de pecado, los santificó, y ahora gozan gloria eterna en el cielo.

La naturaleza repugna el sacrificio, es verdad. Tambien los Santos sintieron esa repugnancia; pero lucharon, vencieron, y merecieron la corona. Solo será coronado el que pelear legítimamente (1). ¿Dónde encontraron fuerzas? En la Eucaristía. Se acercaron á ella; se alimentaron de este pan, que es, dice el Abad Guerrico, el misterio de la vida, la medicina de la inmortalidad, la causa de la resurreccion primera, y la prenda de la segunda; porque introduce en nosotros un principio de sustancia divina (2), y nos hace participantes de Cristo, añade el Apóstol, si hasta el fin retenemos ese principio divino (3). Alimentados de él, se sacrificaron con él y como él. Allí aprendieron á humillarse, á padecer y á morir, diciendo con Santo Tomás: *Edamus, et nos mori cum eo* (4). Cuando los primeros cristianos, dice San Cipriano, recibian la sangre de Jesus, aprendian á derra-

(1) II ad Timoth. II, 5.

(2) *Cibus iste, et potus, vitæ est mysterium, immortalitatis medicamentum, causa resurrectionis primæ, pignusque secundæ, quia divinæ plane in nobis initium substantiæ.* (Guerric., Sermon. 2 de Resurrect. Dom.)

(3) Ad Hebr. III, 14.

(4) Joann. XI, 16.

mar la suya por la gloria de la religion (1). Por ello, añade el mismo, no dejamos desnudos y sin armas á los que excitamos al combate, sino que los armamos con el cuerpo y sangre de Cristo (2). Hé aquí explicado el heroísmo de los mártires. Cuando Jesucristo se sacrifica y se da todo por nosotros, decia San Vicente de Paul, ¿habrá sacrificio que nos parezca imposible? Viéndole humillado, anonadado, muerto por nosotros, dado en alimento á nosotros, ¿podremos rehusar el sacrificio del orgullo, de la sensualidad y de todas las pasiones? Ved aquí explicado el secreto de la santidad. No consiste sino en asemejarse á Jesucristo, del cual dice San Pablo, que habiéndosele propuesto el gozo, prefirió la Cruz (3). Crucificaos, pues, para poder decir con el mismo Apóstol: «Estoy clavado en la Cruz con Cristo (4), y lejos de mí el gloriarme sino en la Cruz de mi Señor Jesucristo (5), sabiendo que si soy compañero suyo en el sacrificio, lo seré en la gloria (6), y que es inefable é inmenso el peso de ella que vendrá sobre mí por una tribulacion, por un sacrificio momentáneo (7).»

Hé aquí por qué perpetúa Jesus su sacrificio sobre nuestros altares; para enseñarnos el camino que conduce al término de nuestras esperanzas, y para darnos una prenda de la gloria que, siguiendo ese camino, nos espera, uniéndose á nosotros y dejándose poseer de nuestro

(1) Ad pugnam parare se debent milites Christi, considerantes idcirco se quotidie calicem sanguinis Christi bibere, ut possint et ipsi propter Christum sanguinem fundere. (S. Ciprian. Epist. 6, lib. 4, ad Pleb. Thib.)

(2) Quos excitamus et hortamur ad prælium, non inermes et nudos relinimus, sed protectione Corporis et Sanguinis Christi munimus. (Id. Epist. 45 ad Cornel.)

(3) Hebr. XII, 2.

(4) Ad Gal. II, 19.

(5) Id. VI, 14.

(6) Rom. VIII, 17.

(7) II ad Corint. IV, 17.

corazon; con lo cual podemos decir: Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (1), y todo lo puedo con él (2), todo lo espero de él, todo lo alcanzaré por él. Recordad lo que dije al principio. Dios, al criar al hombre á imagen y semejanza suya, quiso tener en la tierra una criatura en quien se reflejasen sus adorables perfecciones, para elevarla despues á la participacion de su misma gloria. Por ello puso en el corazon del hombre un instinto divino, un deseo inefable, el instinto de Dios, el deseo de la felicidad de Dios. Aun despues del pecado no quiso Dios que lo perdiera la humanidad, alimentándolo él mismo con repetidas promesas, que descubren siempre sus designios de inefable amor. Permanece fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (3). Yo mismo seré tu premio (4). Tales son sus palabras, que fomentan la esperanza; y porque él ha de ser nuestra gloria en el cielo, quiere ser ya el principio de ella en la tierra, dándonos en ese Sacramento, que es, dice Santo Tomás de Villanueva, la prenda de la herencia eterna, la única áncora de nuestra esperanza, el único asilo y consuelo del alma, y el medio por el cual confiamos entrar en el santo de los santos para gozar eternamente de Dios (5), puesto que es el preludio de los goces eternos (6), y el Sacramento en que se nos da el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (7).

(1) Ad Gal. II, 20.

(2) Ad Philip. IV, 13.

(3) Apoc. II, 10.

(4) Gen. XV, 1.

(5) Hoc Sacramentum est pignus æternæ hæreditatis, hæc unica anchora spei nostræ, hoc unicum solatii nostri asylum, per hoc ad Dei nostri conspectum intra Sancta Sanctorum cœlestes confidimus introire. (S. Thom. VII, Conc. 3 de Sacram. Alt.)

(6) Amabile futuræ jucunditatis præludium. (Matth. Wormat.)

(7) Sacramentum Sacramentorum, in quo nobis dantur Pater et Filius et Spiritus Sanctus. (S. Thom., Opusc. 58.)

¿Quién no exclamará con David: en ti, Señor, he puesto mi esperanza, y jamás me veré confundido? (1) Solo el pecado puede interponerse entre Dios y nosotros, amenazando privarnos para siempre del bien que esperamos; pero este Sacramento, dice el Concilio de Trento, es el antídoto que nos preserva de los pecados mortales, y nos libra de los veniales (2); es, dice San Ignacio Mártir, medicina de inmortalidad (3); y por su medio, Cristo reprime la fuerza de las pasiones, robustece á los débiles, y calma toda agitacion en el alma (4). Recibamos, pues, ese pan divino que, fortaleciéndonos como á Elías el que le dió el ángel, nos hará subir al monte de la vision, para alcanzar la herencia incorruptible que, San Pedro dice, está reservada para nosotros en el cielo (5). Unámonos á Jesucristo en la Eucaristía. Con noble aspiracion busquemos el término á que nos lleva, sigamos el camino que nos traza. El camino es el sacrificio de todo por la virtud; él nos hará héroes, nos hará santos. El término es el cielo, es Dios, para quien fuimos criados, y á quien nos lleva la esperanza sostenida por la fe y por el amor: él nos hará felices, nos hará eternamente gloriosos.

(1) Psalm. XXX, 2.

(2) Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemus. (Conc. Trid., ses. 12, cap. 2.)

(3) Pharmacum immortalitatis est, antídoto ne moriamur, sed vivamus semper in Jesu Christo. (S. Ignat. M., Epist. ad Ephes.)

(4) Christus in hoc Sacramento sævientem membrorum legem sedat, collisos redintegrat, perturbationes animi extinguit. (S. Cyrill. Alex., lib. 4 in Joann., cap. 17.)

(5) I Petr. 1, 3, 4, 5.

CUARTO SERMON.

La felicidad en la union con Dios: el amor, lazo de esta union. La Eucaristia, Sacramento de amor, fuente de felicidad.

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

(Joann. XIII, 1.)

SEÑOR, oi tu palabra, y temí; consideré tu obra, y quedé pasmado (1). Así exclama, Señores, el Profeta contemplando en vision sublime el misterio del Verbo unido á la naturaleza humana en la Encarnacion, y entrando en la carrera de las humillaciones y del sacrificio desde su nacimiento en la cueva de Belén (2). Mejor podemos nosotros repetir esas palabras contemplando las admirables armonías del Sacramento Eucarístico, en que Cristo renueva su encarnacion, perpetúa su sacrificio, y llevando al último extremo su inefable dignacion, alimenta al hombre de sí mismo para realizar el designio del Padre, de restaurar en él y por él todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra (3). Esta restauracion del

(1) Habac. III, 2, in versione Septuag.

(2) ¿Quid enim hoc est, nisi præcognitæ. novæ ac repentinæ salutis hominum ineffabilis admiratio? (S. Aug. de Civit. Dei, lib. 18, cap. 32.)

(3) Ephes. 1, 10.

¿Quién no exclamará con David: en ti, Señor, he puesto mi esperanza, y jamás me veré confundido? (1) Solo el pecado puede interponerse entre Dios y nosotros, amenazando privarnos para siempre del bien que esperamos; pero este Sacramento, dice el Concilio de Trento, es el antídoto que nos preserva de los pecados mortales, y nos libra de los veniales (2); es, dice San Ignacio Mártir, medicina de inmortalidad (3); y por su medio, Cristo reprime la fuerza de las pasiones, robustece á los débiles, y calma toda agitacion en el alma (4). Recibamos, pues, ese pan divino que, fortaleciéndonos como á Elías el que le dió el ángel, nos hará subir al monte de la vision, para alcanzar la herencia incorruptible que, San Pedro dice, está reservada para nosotros en el cielo (5). Unámonos á Jesucristo en la Eucaristía. Con noble aspiracion busquemos el término á que nos lleva, sigamos el camino que nos traza. El camino es el sacrificio de todo por la virtud; él nos hará héroes, nos hará santos. El término es el cielo, es Dios, para quien fuimos criados, y á quien nos lleva la esperanza sostenida por la fe y por el amor: él nos hará felices, nos hará eternamente gloriosos.

(1) Psalm. XXX, 2.

(2) Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemus. (Conc. Trid., ses. 12, cap. 2.)

(3) Pharmacum immortalitatis est, antidotum ne moriamur, sed vivamus semper in Jesu Christo. (S. Ignat. M., Epist. ad Ephes.)

(4) Christus in hoc Sacramento sævientem membrorum legem sedat, collisos redintegrat, perturbationes animi extinguit. (S. Cyrill. Alex., lib. 4 in Joann., cap. 17.)

(5) I Petr. 1, 3, 4, 5.

CUARTO SERMON.

La felicidad en la union con Dios: el amor, lazo de esta union. La Eucaristia, Sacramento de amor, fuente de felicidad.

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

(Joann. XIII, 1.)

SEÑOR, oi tu palabra, y temí; consideré tu obra, y quedé pasmado (1). Así exclama, Señores, el Profeta contemplando en vision sublime el misterio del Verbo unido á la naturaleza humana en la Encarnacion, y entrando en la carrera de las humillaciones y del sacrificio desde su nacimiento en la cueva de Belén (2). Mejor podemos nosotros repetir esas palabras contemplando las admirables armonías del Sacramento Eucarístico, en que Cristo renueva su encarnacion, perpetúa su sacrificio, y llevando al último extremo su inefable dignacion, alimenta al hombre de sí mismo para realizar el designio del Padre, de restaurar en él y por él todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra (3). Esta restauracion del

(1) Habac. III, 2, in versione Septuag.

(2) ¿Quid enim hoc est, nisi præcognitæ. novæ ac repentinæ salutis hominum ineffabilis admiratio? (S. Aug. de Civit. Dei, lib. 18, cap. 32.)

(3) Ephes. 1, 10.

hombre principia en el conocimiento de Dios, y Cristo se lo da por la fe, de la cual este Sacramento es el misterio más consolador. Se apoya en la esperanza de la gloria, á la que se camina por el sacrificio; y Cristo le da en la sagrada Eucaristía la prenda de esa gloria, el modelo del sacrificio, y la gracia necesaria para abrazar este y llegar á aquella. Se consume con la caridad que une á Dios, y Cristo le da en este Sacramento la fuente de la caridad, y el medio más cierto y eficaz de unirse á Dios. Este último es el punto de vista bajo el cual hemos de considerarle hoy. Yo quisiera, hermanos míos, tener mis labios purificados y mi lengua abrasada con aquel carbon encendido y seráfico que purificó los labios de Isaías, para explicar las inestimables riquezas de la inmensa caridad de Jesucristo con los hombres. Yo quisiera mi corazón abrasado con un celo y ardor cual se requiere para celebrar el infinito amor de Jesucristo. Solo el amor puede hablar de los misterios del amor, y este misterio se llama el misterio del amor por excelencia: en él, como dice Tertuliano, llegó Jesucristo á la consumacion de la caridad (1), derramando, añade el Concilio de Trento, todas las riquezas de esa caridad sobre nosotros (2). En su omnipotencia no pudo darnos más, exclama el grande Agustino; en su sabiduría no supo hacer más; en su riqueza sin fin y en su amor inmenso, no le fué posible llegar á más para hacernos felices (3). Porque ese Sacramento es la felicidad del hombre, el bien sumo dado

(1) Sublimatus est in consummationem. (Tertul. adv. Judæos, cap. 14.)

(2) Sacramentum hoc instituit, in quo divitias divini sui erga homines amoris velut effudit. (Conc. Trid., Sess. 13, cap. 2.)

(3) Dicere audeo quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. Aug., Tract. 26 in Joann.)

á cada uno en la tierra de una manera misteriosa pero real, preludiando la posesion del mismo bien en el cielo, de una manera clara, perfecta y eterna (1).

Hé aquí el término de la grande obra de Jesucristo, el término de la restauracion, la union del hombre con Dios para ser inmensamente feliz. Sentemos una proposicion. La felicidad del hombre está en Dios, se logra por la union con él, y el lazo de esta union es el amor: primera parte. La sagrada Eucaristía, Sacramento todo de amor y vínculo de caridad, es la fuente inagotable de esa felicidad, haciendo que por la Comunión el hombre viva de Dios, sea como Dios: segunda parte.

PRIMERA PARTE.

El hombre, Señores, ha nacido para la grandeza, para la felicidad, y con todas sus fuerzas aspira siempre á ella. Esta aspiracion generosa, efecto de la semejanza de Dios que hay en el hombre, forma la pasion universal (2). Es la pasion que resume y comprende en sí todas las demás pasiones, las engendra, las fomenta y las mantiene todas; ella es el móvil de todas las acciones, de todos los deseos. ¿Y qué es la felicidad? ¿En qué consiste? En la posesion de un bien que á la vez sea verdad, belleza y bondad, para satisfacer cumplidamente las necesidades del hombre y abarcar toda su vida; para llenar

(1) Panem angelorum sub sacramento manducamus in terris; eundem sine sacramento manifestius edemus in cælis. (S. Ciprian, Serm. de Cœna Dom.)

(2) Omnes una voce si interrogari possent, utrum beati esse vellent, sine ulla dubitatione, velle, responderent. (S. Aug., Confess. lib. 10, cap. 20.)

las nobles aspiraciones de la inteligencia, los generosos deseos del corazón, y el hambre insaciable de gozar que acompaña siempre á la criatura.

Ahora bien, entregado el hombre á sí mismo, ¿descubre ese bien, esa felicidad á que aspira? No, Señores. Desde el día en que las pasiones se sobrepusieron á la razón y los deseos del hombre se desordenaron, perdió la luz y se quedó en tinieblas, perdió el gusto y el conocimiento de Dios, desconoció el mal hasta el punto de colocarlo en el lugar del soberano bien, hasta el punto de divinizarlo. Los filósofos se afanan por descubrir la esencia de ese bien, que todos buscan y nadie encuentra. La cuestión del bien sumo ha sido la más agitada en la antigüedad pagana y en la filosofía moderna; porque la cuestión de la felicidad sale de las entrañas de la humanidad. San Agustín nos dice en su Ciudad de Dios, que Varrón contaba más de doscientas ochenta sectas, entre existentes y posibles, sobre la esencia de ese bien (1). Sócrates y Zenón la colocan en una virtud indefinida; Epicuro la cifra en los deleites; Pirron en la exención de todo deber, en una vida de instinto; Epicteto en una paz inalterable, fruto de una insensibilidad perfecta (2); Séneca, remontándose sobre los demás, dice que el hombre no saldrá de su abyección si no se eleva sobre la humanidad; y otro filósofo califica de imposible la felicidad para el hombre, mientras Dios no le dé la mano, y aquel, renunciando á sí mismo

(1) Marcus Varro has quatuor adhibens differentias.... ad sectas ducentas octoginta octo pervenit; et si quæ aliæ possunt similiter adjici. (Id. id., lib. 19, cap. 2.)

(2) ¿Quid dicitis, Epicurei? ¿Quæ res facit beatam vitam? Respondent: voluptas corporis. ¿Quid dicitis, Stoici? Respondent: virtus animi. (Id. Serm. 150, de Script., in cap. 17 Act. Ap.) Balmes, Historia de la Filosofía; Aug. Nicolás, Estudios, part. 2, cap. 3.

y á sus propios medios, no se deje ayudar y conducir por medios puramente celestiales y divinos (1). Es decir, amados míos, que el hombre siempre estará desordenado, siempre caminará á tientas, como un ciego, mientras una luz superior no le descubra el soberano bien, objeto de sus constantes deseos (2).

Pasemos adelante. Para satisfacer esta pasión suprema, necesita el hombre medios proporcionados á la naturaleza del bien á que aspira. No siéndole conocido este bien, tampoco puede alcanzar los medios de encontrarlo; y siguiendo las ideas equivocadas de su razón, dominada por el apetito, se entrega á las criaturas. No ve sino á ellas, y á ellas pide auxilio; y amontona riquezas, y aspira á la soberanía, y se engolfa en la sensualidad. ¿Logra su deseo? No, Señores: las criaturas son impotentes para producir la felicidad.

Lo que busca el hombre, su aspiración, es, repito, la posesión de un bien que satisfaga todas sus necesidades. Ese bien, por lo mismo, ha de ser universal; solo así puede hacer felices á todos. Ha de ser eterno; si no lo es, el temor de perderle priva al hombre de la mejor parte del placer de gozarle. Ha de ser inmutable; de otro modo no descansará el hombre en su posesión (3). Ha de ser, finalmente, infinito: el corazón no se contenta con lo que tiene límites; siempre tiene hambre, y cuando encuentra y posee un objeto, no queda satisfecho si le ve un término, porque el deseo no le tiene, y

(1) Montaigne, citando á Séneca en sus Ensayos, lib. 2, cap. 12.

(2) Platon, Apología Socratis.

(3) Si quis beatus esse statuit, id eum sibi comparare debet quod semper manet, nec ulla sæviente fortuna eripi potest.... Qui timet, videtur tibi beatus esse? Non videtur. Ergo quod amat, si perdere timet, non potest beatus esse.... Amitti possunt illa fortuita; non ergo hæc qui amat et possidet, potest ullo modo esse beatus. (S. Aug. de Vita beata, cap. 2.)

necesita un objeto sin fin que le sacie, que le llene, que le extinga, no dejándole en qué ejercitarse (1). ¿Puede el hombre, entregado á sí mismo, y sin otros medios que su razon y las criaturas, encontrar ese bien necesario para satisfacer una pasion inmensa? No: ni las riquezas le satisfacen, porque no las posee todas; ni los placeres le sacian, porque se acaban; ni el poder es bastante, porque no le libra de sus miserias; ni los honores y los aplausos contentan su corazon, porque siente y teme la envidia, y porque nada le dan de positivo. Todos estos bienes afectan al exterior, al cuerpo, á la imaginacion tal vez; pero al fondo del alma, á esa region superior, no llegan: la materia no penetra tanto. Sus apetitos irritados excitan al hombre; las pasiones le arrastran; el vacío que hay en su corazon es preciso llenarlo; y en su frenesí se entrega á todo, lo prueba todo. San Agustín nos ofrece un ejemplo en sí mismo. Leed el sublime libro de sus Confesiones, y lo vereis. Su sabiduría le atrajo los aplausos, los honores y las riquezas: esto no llenó su corazon. Buscó los placeres, y se entregó á la sensualidad y al libertinaje: gozaba un momento, y se desesperaba porque no podia gozar más. Buscaba en su imaginacion de fuego mayores estímulos á todas sus pasiones, pero en vano; su corazon nunca se llenaba; el vacío era cada vez más horroroso. Y esto es, hermanos míos, lo que sucede á todo hombre entregado á sí mismo para satisfacer su gran pasion. Hambriento de felicidad la pide á los sentidos en el placer, á la tierra en sus producciones, á los metales en su brillo, á los hombres en sus homenajes, á las mujeres en su amor. La satis-

(1) Tantæ dignitatis est cor humanum, ut nullum bonum præter summum ei sufficere possit. (Id.)

faccion de su orgullo, la hartura de su avaricia, la embriaguez de su lujuria son su ley, su aspiracion, su bello ideal. Pero ¿cuándo se satisface? Nunca, Señores, nunca. Un instante goza, un momento se embriaga, y exclama: ¡Soy feliz! No le creais: es mentira. Esperad, esperad un instante: dejad que desaparezca de su vista el objeto que producía su efimera ilusion, que cese la momentánea agitacion de su sangre, cuyo hervor levantaba un vapor fugaz que, envolviendo su alma como en una niebla, se lo vestía todo con los colores del iris, y todo se lo presentaba bello: aguardad á que los sentidos vuelvan á su calma, que se desvanezca el vapor, que descienda del mundo de la imaginacion y de las ilusiones, á la vida positiva: es un instante; vedle; acabó el encanto. Aquel hombre ya no goza; ya no se llama feliz; tiene otra ved sed de placeres, tiene hambre de otros goces que vuelvan á agitar su naturaleza, y la agitan destruyéndola. Es decir, que el hombre, para gozar lo que él llama felicidad y placer, el placer que por sí solo puede alcanzar, ha de perder necesariamente la dulce calma del corazon. Cuando esa calma se restablece, acercaos á su corazon; golpeadle; el golpe resonará en una cavidad vacía: aplicad el oido; percibireis primero un murmullo, luego una voz clara que sale de su cavernoso fondo, gritando: *Afferte, afferte*; dadme, traedme más, salgamos de nosotros mismos, embriaguémonos, y en esta embriaguez gocemos (1). Lejos de ser el dueño, es el esclavo; y arrastrado constantemente por sus pasiones que le tiranizan, pierde con frecuencia su honor, aniquila su salud, degrada su sér, corrompe cuanto toca, siembra su camino de víctimas que le maldicen, y á

(1) Sap. II, 6; Isai. LVI, 12.

quienes desprecia y aborrece despues de haber creido amarlas. Así acaba su agitada vida; y al llegar á su término, ¿qué es lo que encuentra? ¿Ha llenado la medida de sus deseos? Tal vez ni un dia entero se ha visto satisfecho. Al hombre, nada de terreno puede satisfacerle. El corazon, dice hablando de sí mismo San Agustin, que lo probó todo, el corazon del hombre siempre está inquieto hasta que descansa en el soberano Bien, término legítimo de su deseo de felicidad: ese término legítimo, ese Bien soberano, es Dios (1).

¿Quereis oirlo de boca de un hombre de nuestros dias, que lo dijo en ocasion solemne en la cátedra de la verdad, ante muchos de sus antiguos compañeros? Escuchadle. «He corrido el mundo, le he conocido, le he amado, y he aprendido una verdad, y es, que nadie en él posee la felicidad. Yo la he buscado, y para encontrarla he recorrido las ciudades, he atravesado los reinos, he surcado los mares; la he buscado en las noches poéticas de un clima delicioso, en las limpias aguas de los lagos suizos, en los espectáculos más grandiosos de la tierra; la he buscado en la vida elegante y franca de los salones, en festines suntuosos, en el aturdimiento de las fiestas y bailes; la he buscado en la posesion del oro, en las emociones del juego, en las ilusiones de la novela; la he buscado en las doctrinas y utopias sociales, en la satisfaccion del amor propio y de una ambicion desmedida, y en los goces del amor; la he buscado en la gloria del artista, en la fe de un amigo, y en la intimidad de los hombres célebres. ¿Dónde no he buscado, Dios mio, ese

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. August., Confess. lib. 1, cap. 1.) Satis ostendis quam magnam creaturam rationalem feceris, cui nullo modo sufficit ad beatam requiem quidquid te minus est, ac per hoc nec ipsa sibi. (Id., lib. 13, cap. 8.)

idolo de mi corazon, ese ensueño de todos los dias y de todas las horas? ¡Ay! en ninguna parte lo he encontrado. Y vosotros, amigos míos, ¿habeis hallado esa felicidad? ¿No os falta nada? ¡Ah! paréceme que aquí, como en todas partes, oigo levantarse del fondo de los corazones un lúgubre concierto de gemidos y de quejas: paréceme que de vuestros corazones se escapa el grito unánime de la humanidad: ¡Felicidad, felicidad! ¿Dónde estás, dime, dónde estás y lo sacrificaré todo por ti; salud, fortuna, dias de mi vida, todo para ti.... Yo la he encontrado, por fin, y vengo á decíroslo para que la encontréis como yo. Para que nuestro corazon sea feliz, necesita de un bien incorruptible, inalienable, infinito, eterno, que reuna en sí todas las perfecciones sin mezcla alguna de imperfeccion. Ya podeis comprenderme; vuestra misma razon lo dice: no hay más que un bien de esta naturaleza; ese bien es Dios. Yo lo he encontrado; y, sabedlo, sobreabundo de gozo, mi corazon está colmado de felicidad; mi pecho ya no puede contener este volcan, y os convido á que tomeis parte en esta dicha que me inunda.» Así habla, Señores, ese hombre que ayer brillaba en la sociedad parisiense, en sus salones, en sus teatros, y hoy vive en el cláustro de los hijos del Carmelo: se llama Agustin del Santísimo Sacramento; antes le llamaban Hermann Cohen (1).

Dios, Señores; hé aquí el sumo bien, el bien único, la suprema felicidad. ¿Quién se lo mostrará al hombre, quién le conducirá á él? El Catolicismo; solo el Catolicismo. Ved cómo lo hace. El hombre ha nacido para la felicidad; debe aspirar á ella. El hombre no puede vivir

(1) Sermon predicado en la Catedral de Burdeos en 10 de Noviembre de 1853, y en la iglesia de San Sulpicio en París en 1854.

sin pasiones: el catolicismo no condena las pasiones, que son como los coadjutores de la gran pasión de la felicidad; para quitárselas, fuera menester arrancarle el corazón. Lo que hace es restablecer la armonía que destruyera el pecado, desordenando y desviando de su fin legítimo las pasiones. La felicidad requiere como base la paz y el orden; el orden reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo: la armonía se funda en la gradación. El hombre, ser compuesto de dos partes enteramente distintas, aunque misteriosamente enlazadas, la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, es un pequeño compendio de todos los seres, un mundo en miniatura (1), en que se juntan una imagen de Dios, que es el alma, y una imagen de los seres materiales, que es el cuerpo. El alma, como espíritu é imagen de Dios, es superior al cuerpo; y para que haya gradación, armonía y orden, preciso es que el alma domine al cuerpo, instrumento que Dios le ha dado para ejercer sus nobles funciones y elevarse á la grandeza. A su vez el alma ha de estar subordinada á Dios, que es su Creador, su principio y su fin.

Considerando al hombre de esta manera, le dice el Catolicismo: ¡O hombre! Tú has nacido para la grandeza y la felicidad, y á ella debes aspirar sin descanso. Si tu cuerpo te hace igual al bruto, tu alma te eleva y te hace superior á todo lo visible. No fijas en esto el corazón, porque todo es menos que tú, y te degradas uniéndote á ello. Eres imagen de Dios, que te ha dado parte de su inteligencia, de su amor, de su misma vida. Busca, pues, un término digno de tu inteligencia, de tu amor, de tu vida. Busca un bien que sea más que tú,

(1) In homine collecta est omnis creatura, et ideo microcosmos. (S. Thom. Villan., Serm. 3 in Nativ. B. M. V.)

que pueda dar algo superior á lo que tú tienes en ti mismo, para que te eleves á su altura. Ese bien, ese término solo es Dios, el eterno, el inmutable, el infinito, la verdad, la belleza, la bondad por esencia (1). Tú has nacido para él, te dice San Agustín; has nacido para conocerle; conociéndole, amarle: amándole, poseerle; y poseyéndole, gozarle (2); y de este modo satisfacer el hambre de tu inteligencia con la verdad eterna, los deseos insaciables de tu corazón con el amor infinito, y las aspiraciones de todo tu ser con la bondad esencial y sin límites. Para que le conozcas te ha dado la razón; y porque esta se ha oscurecido, te ha otorgado misericordioso otra luz, otra ciencia superior, la fe con la revelación de sus atributos y grandezas. Para que le ames te ha dado el corazón, que no puede vivir sin amar; para que le busques y le merezcas, te ha dado el alma y el cuerpo; para que te eleves sobre las criaturas, te ha dado esa noble ambición de grandeza; para atraerte por el engrandecimiento, te ha enriquecido con sus dones; para que aspirees á él con ferviente deseo; para que te goces en él, te ha infundido ese anhelo de perfeccionarte en todo, esa gran pasión de amar, que él solo puede satisfacer. Todo te lo da; todo es tuyo (3); y solo pide tu amor, que seas de él y para él (4).

¡Qué sublimidad, Señores, cuánta grandeza hay en esta doctrina, que en nada se aparta de la naturaleza

(1) Non est creaturæ rationalis vel intellectualis bonum quo beata sit, nisi Deus. (S. Aug. de Civit. Dei, lib. 12, cap. 1.)

(2) Fecit Deus rationalem creaturam quæ summum Bonum intelligeret, intelligendo amaret, amando possideret, et possidendo frueretur. (Id. de diligendo Deo, cap. 2.)

(3) I Corinth. III, 22.

(4) Deut. XXVI, 18; Prov. XXIII, 26.

del hombre! Le presenta el término á que ha de aspirar, para satisfacer su deseo de felicidad; le da como medios de llegar á él, cuanto es y cuanto tiene; y le enseña el modo de usar de todo, para que en todo encuentre la satisfacción de sus inmensos deseos. Segun ello, pues, Dios no es para el hombre un bien accesorio, accidental y pasajero; es un bien final, esencial y necesario; y el alma humana, con toda la fuerza de su voluntad, con toda la impetuosidad de su instinto, busca á Dios aun en las cosas que le apartan de él. El sábio, buscando la verdad, busca á Dios, verdad esencial; el artista, el literato, buscando la belleza, buscan á Dios, ideal de toda belleza. El hombre que quiere gozar busca el bien, busca bienes que no acaben; y la belleza suprema, la verdad eterna, el bien infinito, es Dios. Por ello decia San Dionisio, el hombre no puede menos de buscar á Dios en todo lo que conoce, en todo lo que ama (1). Yerra, como dice San Pablo de los filósofos antiguos, que adoraron como Dios á la criatura para satisfacer sus pasiones (2): pero en esto mismo, elevando á las criaturas, para adorarlas, á un rango divino, prueba que tiene un instinto, una inclinacion natural á acercarse á Dios, á estar en su compañía, á unirse íntimamente con él, para ser participante de su felicidad.

Y ¿cuál es el lazo de esta union? La caridad, hermanos míos, el amor. No puede ser otro. Ese lazo ha de nacer de la naturaleza de los séres, que se buscan para unirse; ha de haber relacion simpática entre ellos. La naturaleza de Dios es amor (3); y amor es la del hombre.

- (1) S. Dionys. Areopag., de divin. nominib.
 (2) Rom. I, 25.
 (3) I Joann. IV, 8.

semejante á Dios. Entre todas las pasiones del hombre, la reina es el amor: ni una respiracion de su pecho, ni un latido de su corazon sin amor, porque él es la vida del corazon, y el que no ama está como muerto (1). Hé aquí por qué Dios resume todo lo que quiere del hombre, en estas palabras: «Me amarás con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas (2).» Hé aquí por qué compendia todo lo que promete al hombre en la tierra en esta otra frase de Jesucristo: «Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos á él, y pondremos nuestra morada en su corazon (3).» Hé aquí, finalmente, por qué San Pablo dice, que en el cielo desaparecen la fe y la esperanza, y solo subsiste la caridad (4). Es, Señores, que Dios quiere la felicidad de su criatura: y la paz que la produce, dice el venerable Beda, solo la da el amor de Dios cuando entra á llenar el corazon del hombre (5). Grande es, exclama San Lorenzo Justiniano, grande es el don de la caridad, por la cual se alcanza la paz en una y en otra vida. A medida del grado de la caridad, se consigue el descanso de la paz y del goce divino. Donde aquella falta, falta tambien la paz del alma, la esperanza de la eterna recompensa; porque la paz del alma que ella produce, es un bien suave y agradable, por el cual la conciencia se conserva sin mancha, se destierra la tristeza, se aleja la desconfianza, se eleva el espíritu en contemplacion sublime, y poseyéndose el hombre á sí

(1) Qui non amat etiam dum vivit, mortuus à corde est: vita enim cordis, amor est. (S. Thom. Villan., Conc. I in Dominic. XVII post Pentec.)

(2) Matth. XXII, 37.

(3) Joann. XIV, 23.

(4) I Corint. XIII, 8, 13.

(5) In quocumque corde Deus per gratiam sui adest amoris, omnem tempestatem compressam facit. (Beda in Marc. cap. 6.)

misimo, se acerca á Dios, sobreabunda de gozo interior, se hace amable al prójimo, y sobre todo amado de Cristo. ¡O descanso dichoso y paz suave del corazón, que el mundo no conoce, ni experimenta la prudencia de la carne, y que el pecador ignora totalmente! ¡Cuán deliciosa eres, cuántas grandezas se predicán de ti! Introdúcelte en mi corazón, que te ama y desea tu casto desposorio (1).

Dios es caridad, dice San Juan; y el que vive de caridad está en Dios y Dios en él (2); porque el amor confunde las voluntades, confunde los pensamientos, confunde en uno dos seres: por ello, enseña San Agustín, que así como el que ama la tierra se hace tierra, el que ama á Dios se hace Dios (3). Dios ama al hombre, y la gran manifestación de su amor está en la Encarnación. Se hizo hombre y habitó con nosotros, y se dió á nosotros (4). El hombre que ama á Dios se acerca á él, se da á él, se hace como Dios. De esta manera, mutuamente enlazados por el amor y como confundidos, son como

(1) Maximum charitatis est donum per quod utriusque vitæ intratur in requiem. Juxta charitatis gradum, pacis ac fruitionis requies prærogatur. Ubi deest charitas, abest pax mentis ac spes certa remunerationis æternæ. Est quidem mentis tranquillitas suave quoddam, jucundumque bonum, per quod conscientia impolluta servatur, propulsatur mœror, abjicitur diffidentia, erigitur in contemplatione animus, suimet possessor efficitur, propinquus fit Deo, lætus in se, amabilis proximo, atque præcipue dilectus à Christo. ¡O beata requies, ò cordis delicata tranquillitas, quam nescit mundus, carnis non experitur prudentia, et penitus peccator ignorat. ¡Quam suavis es, et quam gloriosa dicta sunt de te! Cordi meo, præcor, illabere, quoniam tui amator sum, et tuum contubernium habere concupisco. (S. Laur. Just. in festo Ss. Apost. Simon. et Judæ.)

(2) I Joann. IV, 16.

(3) Amando Deum efficitur Dii, ergo amando mundum, efficitur mundus. (S. Aug. Serm. 121 de Script.) Talis est quisque, qualis ejus dilectio: terram diligit, terra es; Deum diligit, Deus es. (Id. apud Lhonner Bibliot. man. concion., tit. Charitas.)

(4) Joann. I, XIV; Isai. IX, 6.

un solo ser con una misma felicidad. Esto buscó el primer hombre, creyendo á la serpiente, que le dijo: Sereis como dioses (1). Erró el camino, y no logró su objeto. ¿Podemos conseguirlo nosotros? Sí, Señores. Dios mismo nos enseña el medio: está en ese Sacramento augusto, en la sagrada Eucaristía, Sacramento de amor, vínculo de caridad y fuente inagotable de felicidad, que hace que por la Comunión el hombre se una á Dios, viva de Dios, sea como Dios.

SEGUNDA PARTE.

En el amor se encuentran dos pensamientos que le constituyen: unión con el amado; posesión del amado. El término es la unificación del amado con el amante (2). Examinad el amor, aun en el hombre de pasiones, en el que se deja arrastrar por el amor impuro, y descubriréis la verdad de lo que acabo de decir. No puede separarse un momento de su ídolo: lejos de él todo le es enojoso, nada le contenta; la vida misma le cansa y es pesada. En él piensa durante el día; en sus ensueños preocupa su fantasía. Ved con qué afán busca los objetos que le recuerdan su memoria; cómo imprime los lábios en su imagen; con cuánta satisfacción usa las cosas que tocara su mano. Así engaña su deseo de alimentarse del objeto amado, de identificarse con él, y de formar de dos almas, de dos cuerpos, de dos personas, una sola. ¿No habeis meditado cómo una madre, cuando ha agota-

(1) Gen. III, 5.

(2) Amor vim habet faciendi unum, et colligandi præstantique modis inter se miscendi. (S. Dionys. de divin. nominib., cap. 4.)

do las frases que le inspira el amor que tiene al fruto de sus entrañas, inspirada por la naturaleza, y arrebatada por el sublime frenesí de su noble pasión por su hijo, exclama que quisiera comérselo? Esa frase, pues, que brota del corazón, lo dice todo; retrata la naturaleza y el deseo del amor. Escuchad los suspiros de amor que del pecho del Profeta Rey se exhalan y elevan á Dios: «Como el ciervo desea la fuente de las aguas, así mi alma te desea á ti, ¡ó Dios! Mi alma tiene sed de la fuente viva. ¿Cuándo vendré y estaré en tu presencia, Dios mío? (1) Entonces me saciaré en la aparición de tu gloria (2).» Oid también á la enamorada de los Cánticos: «¿Quién me dará, hermano mío, que te encuentre é imprima mis labios en tu frente, para que ya nadie me humille? Te abrazaré, y te introduciré en la casa de mi madre. Allí me enseñarás y te daré á beber el mosto de mis granados: su izquierda bajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará (3). He encontrado al que ama mi alma: le he encontrado, téngole abrazado, y no le soltaré jamás (4).» Así también, dice San Juan Crisóstomo, Job, para expresar el amor que le tenían sus criados, dice que exclamaban: «¿Quién nos dará que nos alimentemos de su carne?» (5)

Siempre el amor, Señores, en su último grado, tiende á hacer desaparecer la dualidad, para que la unión sea consumada en todo su sér; en el cuerpo y en el es-

(1) Psalm. XLI, 2, 3.

(2) Id. XVI, 15.

(3) Cant. Cantic., VIII, 1, 2, 3.

(4) Id. III, 4.

(5) Job quoque servorum suorum amorem in ipsum indicans, dicebat, quod sæpe illi ipsum valde amantes dicebant: ¿quis dederit nobis, ut de ejus carnibus saturemur? (S. Joann. Chrys. in Epist. ad Corinth., Hom. 28; Job. XXXI, 31.)

piritu, como en el corazón (1). Y como el medio más á propósito para unirse íntimamente á una cosa y asimilarsele es comerla, de aquí que el amor en su último esfuerzo anhela esta alimentación. Hé aquí el milagro que Jesucristo ha obrado en su infinito amor al hombre, y lo ha hecho porque podía: propio es del amor llegar al último límite de lo posible. Después de hacerse hombre y víctima por el hombre, su amor no está satisfecho, porque puede hacer más, y la ley suprema del amor pide que lo haga; exige que se convierta en alimento del hombre, y lo consiente, lo quiere, lo hace realmente. «Como amase á los suyos, los amó hasta el fin, hasta el extremo (2).» Toma en sus manos el pan, alimento ordinario del hombre, toma el vino, que tantas veces degrada la razón del hombre, y consagrándolos, y cambiando su sustancia en la de su propio cuerpo y su propia sangre, dice á todos y á cada uno de los hombres: «Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre (3): mi cuerpo es verdadera comida, mi sangre verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él; vive en mí y yo en él; vive de mi misma vida (4).» ¡Maravillosa analogía, amados míos! Para devolvernos la vida del alma, la felicidad verdadera, Jesucristo se vale de los mismos medios de que se valió el autor del mal para llevarnos á la muerte. Arrastrándose á los pies de la primera madre, como vil serpiente, nos perdió Satanás, diciéndole: «To-

(1) Hæc est enim amoris proprietas, secundum Dionysium: transformare diligentem in dilectum. (S. Thom. Vill. in Fer. III Paschat., Conc. de Pace.)

(2) Joann. XIII, 1.

(3) Matth. XXVI, 26.

(4) Joann. VI, 56, 57, 58.

mad y comed: sereis como dioses (1).» Así tambien Jesucristo, en su inmenso amor y para reparar aquellos males, nos dice: «Tomad y comed: si comeis este pan, que es mi cuerpo, y bebeis este vino, que es mi sangre, estareis en mí y yo en vosotros; sereis como dioses (2).»

¡Qué grandeza nos da esta union con Jesucristo en la Eucaristía! ¡Ah! ¡Cuán bello es contemplar las armonías de este Sacramento, y descubrir en él la consumacion de la grande obra de Jesucristo para restaurar al hombre, y hacerle inmensamente feliz en la union con Dios! Así como Dios en la creacion, primero formó el cuerpo del hombre, luego le infundió el alma, y despues le puso en el Paraiso de las delicias, para que lo labrase y se alimentase de sus frutos (3), así tambien en la regeneracion, primero nos une al cuerpo de Jesucristo, nos hace hermanos y miembros suyos, hijos de Dios en el bautismo, y poniéndonos en el jardín delicioso de la Iglesia, nos infunde el espíritu vivificador en la Confirmacion, para que trabajemos en la práctica de las virtudes, y comamos el fruto de la vida, el pan de los ángeles, el cuerpo y sangre de Jesucristo. El alma, trasportada al mundo de la gracia, necesita un alimento propio de la grandeza de su nuevo estado de hija de Dios. Dios mismo es su alimento: Tomad y comed, este es mi cuerpo, dice Jesucristo (4). Elevada á esa altura, su vida ha de ser toda divina. Jesucristo le dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, vive de mi misma vida (5).» Habitadora de una region que es la puerta de una eternidad de gloria, ha de tener una vida eterna, no morirá ja-

(1) Gen. III, 5.

(2) Joann. loc. cit.

(3) Gen. II, 7, 15.

(4) Matth. XXVI, 26.

(5) Joann. VI, 58.

más (1). Unida á Dios, ha de tener un lazo inefable que la haga una misma cosa con Dios. Jesucristo concluye diciéndole: «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él (2).» Hélo aquí todo: la Eucaristía alimenta al alma, le da vida, y vida eterna; le da una participacion de Dios, de la vida de Dios; le da, en fin, el derecho á la gloria de Dios. Así es como se obra el misterio de nuestra regeneracion y nuestra elevacion; así es como se realiza la promesa de la serpiente: *Eritis sicut Dií*.

Repitamos las palabras del Profeta: «Señor, oí tu palabra y temí: consideré tu obra y quedé pasmado.» ¿Quién es el hombre para que así te acuerdes de él, y pongas cerca del suyo tu corazón? (3) Débil polvo, que el menor viento esparce, hoja que el huracan arrebatara y arrastra por do quiera, ¿merece que emplees en él la omnipotente fuerza de tu brazo, y derrames en su corazón todos tus tesoros? ¡Ah! Es que ese polvo, compaginado por la mano de Dios, encierra un alma hija de Dios, imagen de Dios, esposa suya y heredera de su gloria; y Dios la ama, y Dios la quiere toda hermosa, la quiere eternamente feliz; y porque enemigos formidables amenazan robarle esa prenda de su predileccion, y empañar su belleza, y arrastrarla por el fango, Dios viene á ella para defenderla, para hacerla invencible, dándole su fortaleza y su misma vida; y porque esa alma no puede llegar al colmo de la felicidad sin unirse íntimamente á su Criador, se le da todo en este Sacramento para apagar esa sed que el amor excita. ¡O hombre! decia San Agustín, Dios quiere elevarte hasta él y hacerte Dios, no por

(1) Joann. VI, 59.

(2) Id. 57.

(3) Job. VII, 17.

naturaleza como al Verbo, á quien enjendra de su sustancia, sino por don de su amor y por adopcion. Y así como su Verbo haciéndose hombre se hace participante de tu inmortalidad, así, elevándote hasta él, te comunica su inmortalidad (1). ¡O hombre, añade San Lorenzo Justiniano, te se ha dado para elevarte hasta él y alimentarte de él mismo; ni puedes de otro modo satisfacer tu hambre y apagar el ardor de tu caridad sino en él mismo, que es el verdadero Cordero, la Víctima inmaculada, el pan y el Señor de los Angeles. Te se ha dado por compañero de tu peregrinacion, luz en tu ignorancia y remedio de tu debilidad (2). Todo se le da, dándosele él mismo en la Eucaristia. ¡Dios en nosotros, Señores! Dios y nosotros formando una sola cosa. Lo que el hombre, con toda su ambicion y su deseo de igualarse á Dios, no se atreviera á pedir, se lo da Dios por puro amor, por el deseo de comunicarle su felicidad y su misma vida. Este es el exceso del amor de Dios; el colmo de la felicidad del hombre. Este Sacramento, que se dice y es con toda propiedad la extension de la Encarnacion, reitera en cierto modo y particulariza en cada uno de los que le reciben, lo que una sola vez se verificó en el seno de la Inmaculada María: la union de la divinidad con la carne humana. Jesucristo en él se hace nuestra carne de

(1) Deus deum te vult facere; non natura, sed dono suo et adoptione, Sicut ille per humanitatem factus est particeps mortalitatis tuæ; sic te per exaltationem facit participem immortalitatis suæ. (S. Aug., Serm. 166 de Scripturis.)

(2) Præbuit se ut te elevaret ad se, ut te nutriret de se. Nec aliunde cordis tui famem æstuantemque charitatis ardorem refrigerare quæreres quam ex ipso, qui verus est agnus, immaculata victima, panisque angelorum et Dominus. Exhibuit se, ut tuæ peregrinationis sit comes, ignorantiae tuæ lux, infirmitatis tuæ remedium. (S. Laur. Just., Serm. de Christi Corp.)

una manera particular, incorporando en nosotros la suya, y uniéndonos á su divinidad, sin absorbernos en ella, más para que nuestra union sea tanto más íntima, cuanto más personal. Si la gracia nos hace templo de Dios, segun San Pablo (1), y en frase de San Pedro, participantes de la divina naturaleza (2), ¿cuánto más nos hace templo de Dios y como parte de Dios la Comunión Eucarística, en que se nos da y tenemos dentro de nosotros al Autor de la gracia, su humanidad y su divinidad, su poder y su amor; en una palabra, tenemos al Infinito?

Pero le tenemos, no con una union de afecto, dice San Cirilo de Alejandria, no como un amigo en el corazon del amigo, sino con una union perfecta y natural: porque así como poniendo al fuego un pedazo de cera cubierto con una capa de la misma materia, de las dos se forma una sola, así, por la participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, él se une á nosotros y nosotros á él (3). Notad, añade San Juan Crisóstomo, que San Pablo, para expresar esta union, no usa la palabra participacion del cuerpo de Cristo, sino la de comunicacion, más significativa que aquella, porque no solo comemos y percibimos, sino que nos unimos y comunicamos. Así como aquel cuerpo está unido al Verbo, así nosotros por la Comunión nos unimos á Cristo (4). Apo-

(1) II Corint. VI, 16.

(2) II Petr. I, 4.

(3) Hic animadvertere operæ pretium est, Christum non dicere se dumtaxat in nobis futurum secundum relationem quamdam affectualem, sed et per participationem naturalem. Ut enim si quis ceram ceræ indutam igne simul liquaverit, unum quid ex ambabus efficit, ita per Corporis Christi, et pretiosi Sanguinis participationem, ipse quidem in nobis, nos autem rursus in eo simul unimur. (S. Cyrill. Alex., Comm. in Joann., lib. 10.)

(4) ¿Et panis quem frangimus nonne communicatio Corporis Christi est? ¿Cur non dixit participatio? Quoniam voluit aliquid amplius significare, ac maguam conjunctionem ostendere. Non solum enim quod su-

yados, dice San Fulberto, en la autoridad del divino Maestro, nos atrevemos á decir que por la Comunión nos incorporamos con él, y hechos una misma cosa permanece él en nosotros, no solo por la concordia de voluntades, sino por la realidad de la naturaleza unida; porque si el Verbo se hizo carne, y nosotros recibimos ese Verbo-carne, no podemos menos de reconocer que Cristo permanece en nosotros (1). El efecto de la comunión del cuerpo y de la sangre de Cristo, es el de trasformarnos en lo que recibimos, y hacer que llevemos en nuestra alma y en nuestro cuerpo á aquel con quien por el bautismo estamos muertos y sepultados espiritualmente (2).

Hé aquí la grande obra del amor divino. Emmanuel, Dios con nosotros, Dios en nosotros, Dios dado en alimento á nosotros. ¡Qué amor! Cuán bien puede decirnos Jesucristo despues de esto: Hijos míos, ¿qué más puedo hacer por vosotros? (3) ¡Qué medio tan poderoso

mamus et percipiamus, sed et quod uniamur communicamus. Quemadmodum enim Corpus illud Christo unitum est, sic et nos illi per hunc panem unimur. (S. Joann. Chrysost. in Expos. Epist. 1 ad Corinth., Hom. 24.)

(1) Magistri auctoritate animati, dum Corpori ejus et sanguini communicamus, audenter fatemur nos in Corpus illius transfundi, et ipsum in nobis manere. In nobis ipsum manere dico, non solum per concordiam voluntatis, sed per naturæ unitæ veritatem. Si enim Verbum caro factum est, et nos vere Verbum carnem cibo Dominico sumimus, ¿quomodo non naturaliter Christus in nobis manere existimandus est, qui et naturam carnis nostræ jam inseparabilem sibi, homo natus assumpsit, et naturam carnis suæ, ad naturam æternitatis sub Sacramento nobis communicandæ carnis adhibuit? Ita ergo in Deo sumus, quia et in Christo Pater est, et Christus in nobis est. (S. Fulbert. Carnot., Epist. 1 de Vener. Euch. Sacram.)

(2) Non aliud agit participatio Corporis et Sanguinis Christi, quam ut in id, quod sumimus, transeamus; et in quo commortui et consepulti sumus, ipsum per omnia et spiritu et carne gestemus. (S. Leo, serm. 14 de Pass.)

(3) Gen. XXVII, 37.

para llegar á la felicidad! Él es la fuente de aguas vivas que salta hasta la vida eterna (1). Él es el único camino para engrandecerse el hombre y tener en su corazón el Bien supremo, que constituye la felicidad y la vida del alma. Acercaos á él y saciaos, exclama San Ambrosio, porque es el pan verdadero; acercaos á él y bebed, porque es la fuente de aguas vivas; acercaos á él y sereis iluminados, porque es la luz verdadera que ilumina al mundo de la gracia; acercaos á él y os vereis libres de la tiranía de las pasiones, porque donde está el espíritu de Dios hay libertad; acercaos á él y sereis perdonados, porque es la víctima, es el Cordero que quita los pecados (2). Oidle á él mismo que dice: «Yo soy el pan de la vida: el que viene á mí no tendrá hambre, y quien cree en mí no tendrá sed jamás (3).» ¡Cuán de distinta manera habló á la Samaritana sobre los efectos de la comunicación con las criaturas! El que bebe del agua del pozo de las criaturas, tendrá otra vez sed (4), porque no puede satisfacerle más que un momento, como vaso de agua que se da al calenturiento, que solo produce momentáneo consuelo. Solo el que bebe del agua que yo le daré, no tendrá más sed, dijo Jesucristo á aquella mujer (5). Y á los judíos: No el pan que os dió Moisés, sino el que da mi Padre trae la vida al mundo (6). Si no coméis este pan, que es mi cuerpo, y bebeis esta agua,

(1) Joann. IV, 14.

(2) Accedite ad eum, et satiamini, quia panis est; accedite ad eum, et potate, quia fons est; accedite ad eum, et illuminamini, quia lux est; accedite ad eum, et liberabimini, quia ubi Spiritus Domini, ibi libertas; accedite ad eum et absolvimini, quia remissio peccatorum est. (S. Ambr. Exposit. in Psalm. CXVIII.)

(3) Joann. VI, 35.

(4) Id. IV, 13.

(5) Id. id.

(6) Id. VI, 32.

que es mi sangre, no tendreis vida en vosotros (1). Y se comprende, Señores: si no comeis es porque no amais. El amor tiende á la posesion del amado, á la union del amado con el amante, para ser una misma cosa con él y saciar de este modo el hambre del corazon (2). Esta es la aspiracion del amor; esta su obra. Si no teneis esa aspiracion, si no anhelais esa union, es que no amais. Si no amais, no habrá felicidad para vosotros. Podrá decirse de vosotros lo que á los discípulos de Emaús dijo Jesucristo: «¿Por qué andais tristes, discurriendo y disputando (3), y como buscando lo que no sabeis encontrar?» Por ello, dice San Pablo, hay entre vosotros tantos débiles, hay tantos que duermen y están muertos (4).

Jesucristo ha hecho por su parte cuanto es posible para darnos la felicidad. Ha instituido ese Sacramento para dársenos él mismo como alimento del alma: nos espera dia y noche, nos llama, nos convida, y nos dice: «Venid, comed, amigos; bebed y embriagaos de amor, amados míos (5).» Venid, y yo os aliviare de vuestras pasiones: venid, uníos á mí y descansareis, y hallareis paz para vuestras almas agitadas por el violento huracan de vuestras pasiones (6). Sabedlo; si no os alimentais de mí mismo, no tendreis la vida de la gracia, la vida verdadera del hombre, que criado para Dios, no puede ser feliz sino en la union con Dios, en la posesion de Dios. ¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, sereis duros de corazon, y amareis la vanidad de las criaturas, y busca-

(1) Joann. VI, 54.

(2) Amor in omnibus desiderat fieri unum cum dilecto. (S. Thom. VIII, Conc. 2 in fer. 3 Pasch.)

(3) Luc. XXIV, 17.

(4) I ad Corinth. XI, 30.

(5) Cant. Cantic. V, 1.

(6) Matth. XI, 28.

reis la felicidad engañosa que os ofrecen los apetitos? (1) El que bebe esa agua, vuelve á tener sed; el que bebe de la que yo le doy, no la siente más, porque en sus entrañas se forma un manantial de aguas vivas, una fuente de goces celestiales, de suavidad inefable y divina, que le hace despreciar todas las miserias de la tierra (2).

¡Ah, Señores! Si no respondemos á esas voces amorosas, si no nos unimos á Jesus, es porque no amamos, es porque no deseamos la felicidad verdadera, es porque no queremos abrazar los sacrificios que nos impone el amor. El hombre quiere ser feliz entre los goces del cuerpo, en la vanidad del mundo, en las ilusiones de la tierra; y como carnal, no comprende las cosas de Dios y del cielo (3). Huye de Jesus, porque le pide el sacrificio de la vanidad, la muerte del sensualismo y del orgullo. El hombre quiere recibirlo todo sin dar nada; vive del egoismo, y el egoismo aparta de Jesucristo, aparta de Dios, que es todo caridad.

No sigamos nosotros ese camino. No seamos del número de los que dicen á Dios: Apártate de nosotros; no queremos la ciencia de tus caminos (4). No seamos como los judíos, que clamaron contra Jesus: No queremos que reine este sobre nosotros (5). No imitemos á los que se escandalizaron y abandonaron al Salvador, cuando le oyeron anunciar la necesidad de la Comunión Eucarística (6). Imitemos, por el contrario, á San Pedro y á los

(1) Psalm. IV, 3.

(2) Joann. VII, 38.

(3) I Corinth. II, 14.

(4) Job. XXI, 14.

(5) Luc. XIV, 14; Joann. XIX, 15.

(6) Joann. VI, 61.

Apóstoles, de cuya fe somos herederos, y digamos con ellos: ¿A quién iremos, Señor, sino á ti, que tienes palabras de vida eterna? (1) Y llenos de fe, poseidos de amor, como el niño que se cuelga al pecho de su madre, dice San Crisóstomo, apliquemos nuestros lábios á esa fuente, unámonos á Jesus en la Comunión (2), y digamos con San Pablo: Ya no vivo yo; Cristo es el que vive en mí (3).

Si esto hiciéramos, hermanos míos, ¡cuán felices viviríamos! ¡Cuán despreciable nos parecería todo lo perecedero! La Comunión obraría en nosotros sus admirables efectos: viviríamos de Dios y para Dios, hechos una misma cosa con él. ¿Quereis pruebas? Esa multitud de héroes cuyos hechos llenan las historias, los santos del catolicismo, son la demostración. Robustos por su fe, dilatados por la caridad, fieles á Dios su único amor, y no rompiendo, por el pecado, el lazo que á él los unía, se elevaron á una gloria inmensa, á un heroísmo sublime. El mundo los admira, los Angeles los aplauden, Dios los glorifica. Y esos santos no son de un siglo ó de un pueblo, de un estado ó de una ciudad. Yo ví, dice San Juan, una turba grande, que nadie pudiera contar; de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo, de toda nación, que en gloria inefable estaban ante el trono de Dios y del Cordero con palmas en sus manos, símbolo de sus triunfos (4). Ellos se llegaron al altar, comieron,

(1) Id. id. 69.

(2) Tanta igitur charitate affecti, non torpeamus. Non videtis quanta infantes animi alacritate mamillas irripiunt? Qua pressione papillis infingunt labia? Non minore cupiditate nos quoque ad hanc mensam, et ad hujus calicis spirituales papillam accedamus, imo vero majori desiderio; quasi lactentes pueri gratiam Spiritus sugamus. (S. Joann. Chrys., Hom. 83 in Matth.)

(3) Gal. II, 20.

(4) Apoc. VII, 9.

vivieron de Dios, se hicieron inmortales. Dios es el Bien sumo, la felicidad eterna, la sabiduría, la fortaleza, el amor; el amor sobre todo: y en la comunión lo da todo al hombre. El hombre que comulga lo es todo en Dios. Esos santos son solo del catolicismo. Las sectas que de él se apartan, y destruyen el principio de la fe, y niegan la gracia, y desprecian el bautismo, y se olvidan de la Eucaristía, no producen héroes. ¿Cómo han de producirlos, si no tienen vida, si no tienen el alimento de la vida? La vida del alma está en Dios; solo la comunicación y unión con Dios por Jesucristo hace que el hombre tenga vida, y la tenga sobreabundante (1): es decir, superior á la vida de la creación, y bastante para difundirse al exterior en sus acciones. Porque nadie va al Padre sino por mí, dice Jesucristo (2): yo soy la vida, vosotros los sarmientos: si estais unidos á la vida, dareis frutos de santidad; si os separais de ella, os secareis, no servireis sino para el fuego (3).

Grabemos en nuestro corazón esta doctrina sublime. Si amamos la felicidad y la vida eterna, dice San Cirilo (4), si queremos tener en nosotros al principio, al dador de ella, corramos con frecuencia á la mesa del amor. Hombres que buskais la gloria de la ciencia, buscad la esencia de la caridad de Cristo, que os hará inmortales. Hombres que buskais la grandeza, buscadla en Dios; vuestra grandeza será un reflejo de la del Infinito. Jóvenes, cuyo corazón está hecho para amar, y sentís llama ardorosa en vuestro pecho, alimentadla; pero fi-

(1) Joann. X, 10.

(2) Id. XVI, 6.

(3) Id. XV, 5, 6.

(4) Si vitæ æternæ amore flagramus; si immortalitatis largitorem in nobis habere optamus, ne, quod quidam negligentiores faciunt, Eulogiam sumere recusemus. (S. Cyril. Alex., Expos. in cap. 6 Joann.)

jadla en el único objeto digno de vosotros, en Jesucristo, en Dios, que es la belleza, la bondad, el amor eterno. Uníos á él: alimentaos de él en la Comunión Sagrada, y nunca perdereis el objeto de vuestro amor. Hombres todos que amais y buskais la felicidad, buscadla en Dios, y bebedla en la fuente inagotable de ella, en la Sagrada Eucaristía. Ella hace, dice el Crisóstomo, que brille en nosotros la imagen real de Jesucristo; ella produce una indefinible hermosura; ella impide que languidezca el alma á quien sostiene y alimenta. Es la salud del alma; es su adorno; es llama que abrasa, ilustra el entendimiento, y hace que brille todo el hombre. El que arde, lléguese á esta fuente, y sentirá fresca admirable; el que padece lléguese á ella, y hallará consuelo (1). Un hombre á quien la sociedad juzgó hace poco con todo el rigor de la justicia, y el cielo con toda la suavidad de la misericordia, decia con lágrimas de amor, despues de su última Comunión: «¡Cuántos consuelos se encuentran en la Comunión! ¡Cómo da la felicidad en medio de la desgracia! Nunca creí poder gozar tanto. ¡Oh, cómo la Comunión me hace amable la muerte! Sí: deseo ya morir para que sea eterna la felicidad que siento, y el amor á Dios, que me llena todo.» Corred, pues, á esa fuente de felicidad que riega el paraiso del alma: ella armonizará todo vuestro sér, ella os inundará de gracia, ella os conducirá á la felicidad del tiempo y á la gloria de la eternidad.

(1) Hic sanguis facit ut imago in nobis regia floreat; hic sanguis immensam pulchritudinem efficit, hic sanguis animæ ingenuitatem quam semper irrigat et nutrit, languescere non sinit.... Hic nostrarum animarum salus est, hoc lætatur anima, hoc ornatur, hoc incenditur; hic ignis clariorem nostram mentem reddit, hic animo auro splendidiorem.... Si quis æstuat, ad hunc fontem se conferat ac refrigerium sentiet, etc. (S. Joann. Chrys., Hom. 45 in Joann.)

QUINTO SERMON.

La humildad, base de la verdadera grandeza. La humillacion voluntaria de Jesus en su vida mortal y Eucarística, modelo y estimulo para todos.

*Omnis qui se exaltat, humiliabitur;
et qui se humiliat, exaltabitur.*

(Luc. XIV, 11.)

EL Apóstol San Pablo describe admirablemente en su carta á los Romanos, las riquezas de la gracia en la justificacion ó regeneracion del hombre por Jesucristo. Allí nos descubre el carácter de hijos de Dios que por ella adquirimos, la noble cualidad de hermanos y miembros de Jesucristo, y el sublime destino de herederos de la gloria de Dios á que nos da derecho. Más para que el hombre acredite aquel carácter y noble cualidad, y se haga digno de esta herencia, se requieren, segun el mismo Apóstol, dos circunstancias indispensables: vivir del espíritu de Cristo; hacerse conformes á Cristo. Los que se gobiernan por el espíritu de Dios, estos son, dice, sus hijos (1): los que no tienen el espíritu de Cristo, no le pertenecen, no son suyos (2); no pueden acreditar,

(1) Rom. VIII, 14.

(2) Id. id., 9.

jadla en el único objeto digno de vosotros, en Jesucristo, en Dios, que es la belleza, la bondad, el amor eterno. Uníos á él: alimentaos de él en la Comunión Sagrada, y nunca perdereis el objeto de vuestro amor. Hombres todos que amais y buscais la felicidad, buscadla en Dios, y bebedla en la fuente inagotable de ella, en la Sagrada Eucaristía. Ella hace, dice el Crisóstomo, que brille en nosotros la imagen real de Jesucristo; ella produce una indefinible hermosura; ella impide que languidezca el alma á quien sostiene y alimenta. Es la salud del alma; es su adorno; es llama que abrasa, ilustra el entendimiento, y hace que brille todo el hombre. El que arde, lléguese á esta fuente, y sentirá fresca admirable; el que padece lléguese á ella, y hallará consuelo (1). Un hombre á quien la sociedad juzgó hace poco con todo el rigor de la justicia, y el cielo con toda la suavidad de la misericordia, decia con lágrimas de amor, despues de su última Comunión: «¡Cuántos consuelos se encuentran en la Comunión! ¡Cómo da la felicidad en medio de la desgracia! Nunca creí poder gozar tanto. ¡Oh, cómo la Comunión me hace amable la muerte! Sí: deseo ya morir para que sea eterna la felicidad que siento, y el amor á Dios, que me llena todo.» Corred, pues, á esa fuente de felicidad que riega el paraiso del alma: ella armonizará todo vuestro sér, ella os inundará de gracia, ella os conducirá á la felicidad del tiempo y á la gloria de la eternidad.

(1) *Hic sanguis facit ut imago in nobis regia floreat; hic sanguis immensam pulchritudinem efficit, hic sanguis animæ ingenuitatem quam semper irrigat et nutrit, languescere non sinit.... Hic nostrarum animarum salus est, hoc lætatur anima, hoc ornatur, hoc incenditur; hic ignis clariorem nostram mentem reddit, hic animo auro splendidiorem.... Si quis æstuat, ad hunc fontem se conferat ac refrigerium sentiet, etc. (S. Joann. Chrys., Hom. 45 in Joann.)*

QUINTO SERMON.

La humildad, base de la verdadera grandeza. La humillacion voluntaria de Jesus en su vida mortal y Eucarística, modelo y estimulo para todos.

*Omnis qui se exaltat, humiliabitur;
et qui se humiliat, exaltabitur.*

(Luc. XIV, 11.)

EL Apóstol San Pablo describe admirablemente en su carta á los Romanos, las riquezas de la gracia en la justificacion ó regeneracion del hombre por Jesucristo. Allí nos descubre el carácter de hijos de Dios que por ella adquirimos, la noble cualidad de hermanos y miembros de Jesucristo, y el sublime destino de herederos de la gloria de Dios á que nos da derecho. Más para que el hombre acredite aquel carácter y noble cualidad, y se haga digno de esta herencia, se requieren, segun el mismo Apóstol, dos circunstancias indispensables: vivir del espíritu de Cristo; hacerse conformes á Cristo. Los que se gobiernan por el espíritu de Dios, estos son, dice, sus hijos (1): los que no tienen el espíritu de Cristo, no le pertenecen, no son suyos (2); no pueden acreditar,

(1) Rom. VIII, 14.

(2) Id. id., 9.

explica San Agustín, que son miembros de su cuerpo (1). A los que son conformes á la imágen de su Hijo, que es el primogénito de los predestinados, á estos llama el Padre á la posesion de su gloria (2). Así como para comunicarse Dios con el primer hombre y tener en él sus complacencias, le hizo á imágen y semejanza suya; así también, para dar al hombre regenerado la herencia y la gloria, que como á hijo le ha ofrecido, exige de él que se haga conforme á la imágen del primogénito de los hermanos, que, con sus méritos, compró esta herencia para todos.

Ahora bien: ¿cuál es el carácter del espíritu de Cristo? Naturalmente comprendemos que es lo contrario al espíritu que dominó al primer hombre, puesto que, dando pasos opuestos á los que este diera, vino el Salvador á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra. El principio de acción que el soplo de la serpiente infundió en el primer hombre, fué el orgullo; el principio del pecado, dice el Sábio, es la soberbia (3); y las grandes catástrofes de la humanidad, á ella deben su origen. El principio, pues, que forma el carácter especial de Jesucristo, es la humildad: por ella viene toda virtud; por ella toda elevación. El mismo lo dice: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y tendreis paz para vuestras almas (4).» La humildad brilla en su doctrina; la humildad en sus actos; la humildad en sus prodigios; la humildad, en fin, resplandece en el mayor

(1) Si enim separatur à corpore Christi, non est membrum ejus: si non est membrum ejus, non vegetatur Spiritu ejus. Quisquis autem, inquit Apostolus, Spiritum Christi non habet, hic non est ejus. (S. Aug., tract. 27 in Joann.)

(2) Rom. VIII, 29.

(3) Eccli. X, 15.

(4) Matth. XI, 29.

de ellos, en el Sacramento de nuestros altares. Unidos por él á Jesucristo, debemos vivir de su espíritu, debemos participar de su humildad, para que por ella se obre nuestra elevación, según él mismo nos dice: El que se humilla será exaltado, así como el que se exalta será humillado (1). Siendo, pues, este el carácter de Jesucristo en su doctrina, en su vida, y de un modo especial en ese augusto Sacramento, y siendo ella el fundamento de su gloria y de la nuestra, debemos ocuparnos detenidamente de esta virtud, base de todas las virtudes. Escuchad mi proposición. El catolicismo, por el camino de la humildad, conduce al hombre á la verdadera grandeza: primera parte. La humillación voluntaria de Jesucristo en su vida mortal y en su vida eucarística lo confirma, y nos ofrece el modelo más perfecto y el resultado más glorioso: segunda parte.

PRIMERA PARTE.

El Catolicismo, Señores, puede reducirse á estas dos ideas: la creencia de la verdad; la práctica de la virtud. Por ello ha sido siempre la religión que ha triunfado del entendimiento y del corazón del hombre, porque es la religión que alimenta y vivifica todo su ser. El hombre necesita para su vida perfecta ó total una idea, un sentimiento y una acción. Dotado de inteligencia, á imágen del Criador, su razón se alimenta con la idea, con la imágen que se forma en su entendimiento; pero esa idea, para ser alimento verdadero del alma, ha de llevar

(1) Luc. XIV, 11

el sello de la verdad; es decir, ha de expresar la realidad de las cosas y sus mútuas relaciones. La ficción, la ilusión, el error, no satisfacen el hambre de la inteligencia. Enriquecido con la facultad de amar, necesita el hombre de un sentimiento, de una pasión, en el sentido noble y propio de esta palabra, que nace de la misma idea que el entendimiento ha concebido. Ennoblecido con el poder de obrar, necesita, para el completo de su vida, ó más bien para la manifestación de ella, de una acción que la patente á los demás. Esto se explica con la semejanza de Dios que hay en la criatura racional. Dios existe eternamente; y esta existencia engendra en él una idea de sí mismo, el conocimiento de sí mismo, el Verbo eterno, que es el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla de la majestad de Dios, la imagen de su bondad (1), y la figura de su substancia (2); y esta idea, este Verbo produce con el Padre un sentimiento que mútuamente los enlaza; produce el amor, el Espíritu Santo. Así en el hombre. Existe; por ello tiene idea de sí mismo; y esta idea engendra un sentimiento, el amor de sí mismo. Tiene idea de los demás seres, y esta idea le conduce á amarles; y este amor de sí mismo y de los demás, se manifiesta en sus obras (3). Para que el hombre tuviera en su alma ese alimento de la verdad y del amor, que se había corrompido en él por el pecado, vino Jesucristo, el Verbo hecho carne por obra del amor, y le comunicó la verdad y la vida de Dios, regularizó su inteligencia, or-

(1) Sap. VII, 26.

(2) Hebr. 1, 3.

(3) Nos quidem in nobis, tametsi non æqualem, imo valde longeque distantem..... imaginem Dei, hoc est, summæ illius Trinitatis, agnoscimus. Nam et sumus, et nos esse novimus, et id esse ac nosse diligimus. (S. August. de Civit. Dei, lib. 11, cap. 26.)

denó su voluntad ó su amor, y puso ley á sus acciones. Hízolo con la primera, dándole conocimiento de la verdad por la fe: con las segundas, enseñándole la práctica de la virtud, de que él mismo se presentó como modelo.

Jesucristo es el tipo de la perfección; el original divino al cual ha de ajustarse el que quiera tener parte en la herencia de Dios; el modelo del hombre regenerado, que hecho Hijo de Dios, miembro de Jesucristo, que vive de su misma vida, ha de estar animado de los mismos sentimientos, y expresarlos con actos semejantes á los de su modelo. Escuchad á San Pablo: Tened interiormente en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesus, el cual, siendo igual á Dios, se anonadó á sí mismo, tomando la forma de esclavo, haciéndose semejante á los hombres y presentándose como tal. Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz; por lo cual Dios le exaltó, y le dió un nombre sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (1). Esta es la base del Catolicismo: la participación de los sentimientos de Cristo, de su abatimiento voluntario, de su obediencia espontánea y perfecta, de su humildad: el término del Catolicismo es la glorificación con Jesucristo por medio de la humildad. Antes de ser regenerado, alimentaba el hombre en su espíritu el deseo de la grandeza, aspirando á ella por el orgullo y por sus propias fuerzas: el hombre regenerado alimenta el mismo deseo, pero aspira á su término por la humildad y por la gracia de Jesucristo. El primero seguía la inspiración de la serpiente;

(1) Philip. II, 6 ad 11.

el segundo sigue la inspiracion del Hijo de Dios. ¿Cuál es esta inspiracion? Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon: el que quiera ser grande entre vosotros, sea el último, sea el siervo de todos (1).

¿Qué es la humildad? Es, dice Lacordaire, una aceptacion voluntaria del lugar que se nos ha señalado y de justicia nos toca en la gerarquía de los séres (2). Es la apreciacion que cada uno hace de sí mismo, por el conocimiento de lo que realmente es (3); y valiéndose de la sublime expresion de Santa Teresa, la humildad es la verdad; es decir, la idea verdadera que el hombre forma de sí mismo, el sentimiento que nace de esa idea, el hábito de obrar en armonía con ese sentimiento. Por ello podemos considerarla como virtud del entendimiento y del corazon: en el primer sentido es la verdad, en el segundo es la justicia.

El hombre, segun la doctrina que antes hemos sentado, vive de sus ideas. Cuando estas son falsas ó erróneas, producen en el corazon un sentimiento errado, vicioso tambien, en conformidad con aquellas. Concebida, por ejemplo, una idea falsa de Dios; miradle como un tirano cruel, que se gozara en el mal de los hombres, y naturalmente sentireis en vuestro corazon el terror y el odio. Concebid de Dios la idea verdadera: miradle como un padre todo amor y deseoso de vuestra felicidad; que si os impone sacrificios, es para que sean semilla de engrandecimiento y de gloria inefable en el seno de su amor; y al punto os sentireis movidos á amarle con todas las fuerzas de vuestro corazon. Apliquémoslo á

(1) Matth. XI, 29.

(2) Lacordaire: Conferencias de Nuestra Señora de París. Año 1844. Conf. 1.^a

(3) Ex intuitu propriae conditionis voluntaria mentis inclinatio. (Hugo à S. Vict., opusc. de fruct. carn. et spir.)

nuestro propósito. ¿Cuál es la idea verdadera del hombre? La que nos da la Religion Católica. Es una criatura de Dios, subordinada á Dios, de quien recibe la vida, la inteligencia, la libertad, cuanto es, cuanto tiene, cuanto espera. Es una criatura que nada tiene de sí misma: todo lo ha recibido de Dios; que si algo tiene suyo es el mal, el desórden que ha introducido en sí misma el pecado, la corrupcion que la degrada, porque la aparta de Dios. Falsead estas ideas, como lo hizo la serpiente en el dia de la tentacion primera, y como lo hacen las doctrinas anticatólicas, perpetuando aquella tentacion. Creed que todo lo que sois, lo sois por vosotros mismos; que la grandeza de vuestra alma es vuestra, no recibida de Dios; creed que todas las cosas, por lo mismo, os pertenecen con independenciam de Dios. ¿Cuál será el resultado? ¿Cuál será el sentimiento que esta idea falsa producirá en vosotros? El que produjo en el primer hombre, y en cuantos erradamente se alimentan de semejante idea: el orgullo, la soberbia, el espíritu de insubordinacion, de independenciam. Pasemos adelante. La idea se anima con el sentimiento y se manifiesta por la accion. Cuando el sentimiento que la anima es errado y vicioso, produce una accion viciosa tambien; cuando es legítima y noble, produce acciones virtuosas y santas. La idea y el sentimiento del orgullo enjendran el egoismo, el carácter de la dominacion, la rebelion: la idea y el sentimiento de la humildad producen la sumision, la obediencia, la armonía, el sacrificio, la humildad práctica.

Convenimos, pues, Señores, en que el hombre ha de tener precisamente de sí mismo, ó una idea y conocimiento erróneo, ó una idea exacta y verdadera: que la primera engendra en su corazon el orgullo, la segunda la humildad; ó lo que es lo mismo, la primera conduce al vicio, la segunda á la virtud. Ahora bien: esa idea

falsa del hombre tiene su origen en los sistemas del error, reproduccion de la palabra de la serpiente, que han venido á dar por consecuencia de sus diferentes principios, que el hombre lo es todo en sí mismo, de sí mismo y para sí mismo; que en él está el principio y el término de su grandeza; que todo le está subordinado absolutamente; que su sabiduría, su riqueza y su poder le dan un derecho de autoridad sobre el ignorante, el pobre y el débil; que es soberano, en fin, en el orden de la naturaleza, de la familia y de la sociedad; que es un Dios, el Dios de sí mismo, que puede aspirar á serlo de los demás, y aun Dios de Dios. La idea verdadera la da el Catolicismo, que dice al hombre: eres grande, es verdad; eres el príncipe de la creacion, el rey de la naturaleza, si así te place llamarte; pero rey y príncipe tributario de un Rey absoluto y eterno; rey y príncipe destronado porque te rebelaste contra tu Señor natural y supremo, y á quien por lo mismo insultan todas las criaturas. Eres la imagen y semejanza de Dios por la creacion; eres hijo de Dios por la redencion; pero todo lo has recibido de Dios; sin él nada eres. Ni son tuyas tus riquezas, ni tu talento superior, ni tu gracia, ni siquiera tu existencia. Son dones que Dios te ha concedido, y á él debes agradecerlo. Sin él estarías en la region de la nada: cuando á él plazca lo perderás todo, y acabará tu vida, sin que una hora, un instante tan solo puedas alargarla. Estás destinado á la grandeza, á la gloria del saber, á la gloria del cielo, sobre todo; pero esto lo debes á Dios, que ha querido distinguirté más ó menos, y ostentar en tí las riquezas de su bondad, con la comunicacion de sus perfecciones y de su gracia, con la esperanza y la promesa de la felicidad eterna. Debes pedirla como un don y esperarla de Dios; debes negociar tus talentos; debes merecerla de Dios.

Sentado que todo sentimiento es un principio de accion para el hombre, veamos la conducta que el orgullo inspira al que de él se alimenta, y la que inspira el Catolicismo con el principio de la humildad. El orgullo conduce al hombre á una soñada independenciam de Dios, á no obedecerle, á despreciarle. Tal fué el primer efecto de la soberbia en Adán; y desde él, cuantos han abrigado en su seno esa serpiente, han dicho: «*Non serviam* (1); no serviré á Dios. He engrandecido mi lengua, he elevado mis ideas. ¿Quién es mi Dios? (2) Coronémonos de rosas, entreguémonos al placer, dominemos por do quiera, hagamos ostencion de nuestra lujuria; nada nos resista (3).» Ese orgullo ha producido las herejías y los cismas en la Iglesia (4); ha hecho á los filósofos, adoradores de sus ideas; ha causado las revoluciones en la sociedad (5); ha movido siempre al hombre en direccion opuesta al impulso de Dios. Para satisfacerle, nada le han parecido los crímenes, porque el orgullo, amados míos, es la ambicion de gozar, es la ambicion de mandar, de ver á todos los seres temblando, pedir un don y besar las plantas del soberbio. Este se complace en decir con el demonio: «Todo esto te daré, si cayendo á mis piés me adoras (6);» aunque despues esté muy lejos de cumplir su promesa. El orgulloso, no solo es enemigo

(1) Jerem. II, 20.

(2) Psalm. XI, 5.

(3) Sap. II, 8.

(4) Alia secta in Africa, alia in Oriente, alia in Ægypto, alia in Mesopotamia; sed una mater, superbia, omnes genuit. (S. August., lib. de Pastor., cap. 8.)

(5) Non est pax, non est quies, nisi in humilitate. ¿Quid enim mundum inquietat nisi ambitio et superbia? (S. Thom. Villan., Serm. 2 in Ascens. Dom.)

(6) Matth. IV, 9.

de Dios, sino tambien enemigo de los hombres; porque el orgullo enjendra luego la envidia, dice San Agustín. ¿Y quién es el envidioso, que no quiere mal para aquel cuyo bien le atormenta? La envidia produce la malicia, de la cual procede el dolo, la adulacion, la detraccion, todo crimen (1). La prueba de ello nos la ofrece el primer crimen cometido en la tierra, el asesinato de Abel por su orgulloso hermano, que, en medio de su irreligion, no pudo sufrir que Dios recibiera con más agrado las ofrendas del piadoso é inocente Abel.

Cuando el hombre, embriagado por el orgullo, dice Lacordaire, tiende en derredor suyo una mirada, ¿creéis que encuentra el puesto que ambiciona? No: él descubre aquí la gerarquía del nacimiento, recuerdo de una gloria que ha sobrevivido á los siglos; allí la gerarquía del talento, que Dios ha sembrado como un sublime capricho, que hace al orgullo magníficos insultos; más allá la gerarquía de la fortuna, adquirida por la habilidad, el trabajo, la economía y la virtud; y en medio de estas grandezas, que le ajan en sus pretensiones, se indigna; y su orgullo irritado, lleva á todas partes la amenaza y el reto. Aborrece á los que le son superiores, desprecia á los inferiores, se esfuerza en sobreponerse á los iguales (2). Tal vez saldrá de sus labios la palabra igualdad. No creáis que la aclama porque la quiere, es solo porque aspira á no tener superior en los goces, ni en las riquezas, ni en el poder. Observad, para convenceros, que el

(1) Superbia continuo parit invidiam. ¿Quis vero sit invidus, qui non ei malum velit, ejus bono cruciatur? Ergo et invidia parit consequenter malitiam, unde procedit et dolo, et adulatio, et detractio, et omne opus malum quod pati nolis ab alio. (S. August. ex libro 50 Homiliar., Homil. 20.)

(2) Lacordaire, Conf. 21, primera de 1844.

que pronuncia esa palabra delante ó con relacion á otros que son más que él, lo hace en tono amenazador, con aire insultante y soberano. Si la pronuncia delante de los que son menos que él, es en tono de excitacion y de convite, no para que suban á ponerse á su lado, sino para que derriben al que está más alto, y cuyo puesto ambiciona. Si logra sobreponerse, no os hará esperar mucho tiempo la condenacion de la igualdad. Mahoma la proclamó al principio; cuando vió que el pueblo le seguia y le llamaba el Profeta de Alá, dejó de hacerlo y dijo: «¡Iguales! Tiempo há que Mahoma no los tiene: todos deben obedecerle.» La historia antigua y moderna presenta no pocos ejemplos semejantes á este.

Veamos la conducta que inspira el Catolicismo: es la misma de Jesucristo. La inmolacion del orgullo es el primer acto de la vida cristiana, es el fundamento de nuestra regeneracion. Toda la victoria que el Salvador alcanzó sobre el demonio y el mundo, dice San Leon, se fundó en la humildad, y en la humildad se consumó. Principió sus dias en la persecucion, y en ella terminó; ni le faltó el padecimiento siendo niño, ni padeciendo le faltó la mansedumbre infantil; porque con un solo acto de humillacion, con una sola inclinacion y sacrificio de Su Majestad, admitió el nacer hecho hombre y el poder morir á manos de los hombres (1). Por ello, continúa el mismo Santo Padre, todo el arte de la ciencia cristiana consiste, no en la abundancia de palabras, ni

(1) Tota enim victoria Salvatoris, quæ et diabolum superavit et mundum, humilitate est concepta, humilitate est confecta. Dispositos dies sub persecutione inchoavit, et sub persecutione finivit; nec puero tolerantia passionis, nec passuro defuit mansuetudo puerilis, quia Unigenitus Dei, sub una majestatis suæ inclinatione suscepit, ut et homo vellet nasci, et ab hominibus posset occidi. (S. Leo, Serm. 7 in Epiphani.)

en la astucia de disputas, ni en el apetito de alabanza y humana gloria, sino en la verdadera y voluntaria humildad, que, desde el seno de María hasta la Cruz, eligió como principio de su fortaleza, y enseñó como esencia de su doctrina nuestro Señor Jesucristo (1). Este anonadamiento incluye un reconocimiento perfecto de la soberanía del único sér que existe por sí mismo, y es el estado natural de toda criatura delante de Dios. La humildad produce en el cristianismo la obediencia. Jesucristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz (2); y dijo que no venía á hacer su voluntad, sino la del Padre (3), ni á valerse de su carácter de Hijo de Dios para quebrantar la ley, sino para ser el primero en cumplirla (4). A este modelo se ajusta el Católico, y obedece á las potestades que gobiernan, porque sabe que toda potestad viene de Dios (5); y en su humildad acepta el estado de dependencia en que Dios le ha puesto. Si por su nacimiento es grande, ó por su riqueza ó por su poder, no desdeña acercarse y tender la mano al pobre y al desvalido: sabe que Jesucristo trataba con ellos, y se bajó á lavar los piés á sus discípulos, diciendo: «Os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (6).» No envidia la riqueza del mundo, ni se desespera en la pobreza: recuerda que Jesucristo dijo: Bien-

(1) *Tota christianæ sapientiæ disciplina, non in abundantia verbi, non in astutia disputandi, neque in appetitu laudis et gloriæ, sed in vera et voluntaria humilitate consistit, quam Dominus Jesus Christus ab utero matris usque ad supplicium crucis pro omni fortitudine, et elegit, et docuit. (Id. id.)*

(2) Philip. II, 8.

(3) Joann. VI, 38.

(4) Matth. V, 17.

(5) Rom. XIII, 1.

(6) Joann. XIII, 15.

aventurado el pobre y el que padece (1). En una palabra, Señores, la humildad hace al hombre imágen de Jesucristo, le hace justo; porque siendo ella misma la justicia, le enseña á dar á cada uno lo que le corresponde, á Dios la adoracion, á los superiores la sumision y el respeto, á los iguales é inferiores el amor, á sí propio, nada; porque, del mismo modo que Jesucristo, no busca su gloria, sino la de Dios (2); y todo su sér emplea en corresponder á los designios de Dios, en el lugar donde este le ha puesto para su felicidad y la de sus hermanos. El orgullo quiere ser el primero, el único; la humildad se contenta con el último puesto. El orgullo quiere ser rey, la humildad súbdita. El orgullo es un tirano, que quiere mandar y oprimir á todos; la humildad es el amor, que quiere servir y darse á todos. Por ello es la madre de innumerables virtudes, dice Santo Tomás de Villanueva. El que es humilde se somete con gusto á todos; á nadie quiere ofender; las injurias que se le hacen, ó por su mansedumbre no las siente, ó por su paciencia las sufre. Quieto para sí, pacífico para los demás, para todos benigno, para todos agradable, á todos ama, á nadie oprime, á nadie desprecia, á nadie daña, de todos se hace súbdito por amor (3).

¿Cuál de estas doctrinas eleva al hombre á mayor grandeza? Así como no hay sentimiento en el hombre

(1) Matth. V, 3, 10.

(2) Joann. VIII, 50.

(3) *Ex hoc enim fonte innumeræ aliæ virtutes scaturiunt.... Qui enim humilis est, libenter omnibus obtemperat, omnes timet offendere; injurias vero, aut per mansuetudinem non sentit, aut per patientiam sustinet; quietus sibi, pacificus omnibus, omnibus mitis, omnibus gratus, omnibus innoxius, amabilis cunctis, nemini gravis: nullum despicit, nullum lædit, omnibus subditus, in neminem protervus. (S. Tom. Vill., Serm. 1 de S. Martino.)*

que no tenga manifestacion en uno de sus actos, así tampoco hay accion que no produzca un efecto propio en el mismo hombre. Ese efecto es conforme á la naturaleza del acto. Si este es vicioso, opuesto al orden y armonía de los séres, el efecto es malo; si el acto es virtuoso, obrado con arreglo á las leyes de cada orden de cosas, el efecto es bueno. El efecto malo es el desorden, la corrupcion, el envilecimiento, la degradacion. el efecto bueno es la grandeza, la perfeccion, la santidad y la gloria. Ahora, pues: el orgullo y las acciones que en él tienen su origen, contradicen á la verdad, á la armonía de los séres criados y á la ordenacion de Dios: su efecto será siempre la injusticia, la maldad, el crimen. El orgullo, dice San Agustin, es la falaz grandeza de los mezquinos; desde que se apodera del espíritu, levantándole le abate; hinchándole le deja vacío; extendiéndole le disipa (1). Vedlo en el primer hombre rebelado contra Dios. Desordenándose á sí mismo, lo desordena todo, y toda criatura le insulta, diciéndole: Hé aquí al hombre que no puso en Dios su ayuda, sino que confió en la abundancia de sus bienes, y quiso prevalecer por su vanidad (2). ¿Quereis verlo mejor? Mirad á Jesucristo en el Pretorio: tomó sobre sí nuestras iniquidades; se cargó con nuestras miserias (3). Por ello se le acusa del crimen de Adan: «Ha querido proclamarse Rey, claman sus enemigos; se hace á sí mismo Hijo de Dios (4).» Aunque en Jesucristo esto no es un crimen,

(1) *Superbia fallax infirmorum est magnitudo, quæ ubi mentem possederit erigendo dejicit, inflando evacuat, distendendo dissipat.* (S. Aug., ex lib. 50 Homiliar., Hom. 20.)

(2) Psalm. LI, 9.

(3) Isai. LIII, 4.

(4) Luc. XXIII; 3 Joann. XIX, 7.

porque es una verdad, es un derecho, sufre que se le acuse; porque hace las veces del que cometió este crimen. *Ecce homo*: hé ahí al hombre; hé ahí la humanidad culpable; hé ahí al hombre en los efectos de su orgullo. Le ha sido quitada su vestidura, y queda desnudo y afrentado ante el cielo y la tierra. En cambio no encuentra sino un manto raído, vestidura de irrision, que apenas cubre sus llagas y disfraza su desnudez. Quiso una corona, y la buscó en la tierra; y la tierra maldita no le da sino espinas, que le punzan y atormentan, mientras sirven á su vanidad. Quiso un cetro, signo de poder, y su cetro es una caña; y su autoridad, como la caña, quebradiza; y como ella, al romperse, hiere la mano que en la misma se apoya. Quiso tener súbditos, y encontró enemigos que se creen superiores; y le insultan, y le arrancan el cetro para herirle con él, y le escupen á la cara. Se presenta en público, y un clamoreo horrible le rechaza y grita: «Quita, quitadle de nuestra vista; no queremos que reine sobre nosotros; muera y sea crucificado ignominiosamente (1).» *¡Ecce homo!* Hé aquí al hombre que no puso en Dios su ayuda, y se fió en su vanidad y en sus riquezas. No aparteis la vista de ese cuadro, hombres que, en vuestro orgullo, buscáis la gloria en la carne y en las criaturas. Jesucristo, que se hizo pecado por nosotros (2), nos dice en su coronacion lo que somos, nos dice lo que merecemos y lo que logramos. Recorred tambien la historia de todos los hombres dominados por el orgullo. ¡Cuán despreciables se hacen, cuán odiosos á los demás, cuántas maldiciones se atraen! Y no sin razon, hermanos míos, porque el orgullo es hermano de la bajeza. Ansiando la

(1) Id. id. 15.

(2) II Corinth. V, 21.

elevacion, y para llegar á ella, se vende, se esclaviza, consiéntelo todo; se envilece realmente para adquirir grandeza aparente; mendiga la púrpura para cubrir su desnudez; devora los desprecios, para devolverlos más tarde, trocados en dureza, en despotismo, en brutalidad, en crímenes tal vez. Y despues de todo esto, ¡qué horrible decepcion! El fin que anhela el orgulloso, ese fin á cuyo logro todo lo sacrifica, es inasequible: el orgullo arrastra y precipita á muchos, y es imposible que todos sean lo que quieren, el primero. El Sér Supremo, solo es uno; solo es Dios.

Al contrario, la humildad, y las acciones que la patentizan, están en armonía con el plan divino, cooperan al desenvolvimiento del orden establecido por Dios. Su efecto, pues, será siempre la perfeccion, el heroismo, la gloria. Vedlo en Jesucristo: Porque se humilló, Dios le exaltó, y le dió una gloria sobre toda gloria; y al eco de su nombre se dobla toda rodilla en el cielo, y en la tierra y en los abismos (1). Su humildad fué el principio de su exaltacion: hablo, Señores, considerándole como hombre. Vedlo en los Santos, imitadores de la humildad: Fernando de Castilla, Luis de Francia, Isabel de Portugal é Isabel de Hungría, bajando del trono, y sentándose á la cabecera del pobre para curar sus llagas, ¿no han merecido por ello más bendiciones de los pueblos y más gloria que por sus títulos y conquistas? Celestino III, dejando el supremo Pontificado para encerrarse en un claustro; Francisco de Borja, el favorito de Cárlos V, abandonando el poder, y las riquezas, y las delicias de la Côte para vestir la sotana de la Compañía de Jesus, y consagrarse á las obras de humildad; y mil

(1) Philip. II, 9.

y mil otros como ellos, que en la grandeza fueron humildes, y en la humillacion resignados, ¿á qué sino á la humildad han debido la grandeza? Los hechos de los conquistadores, y los conceptos de los sábios, y los proyectos de los políticos, los sabe una mínima parte del género humano; los saben los que pasan su vida sobre los libros, porque esos nombres y esos hechos están envueltos en el polvo de las bibliotecas. Los hechos de los imitadores de la humildad de Jesucristo los sabe el mundo todo, y el mundo entero los aplaude, porque sabe apreciar y aprecia la grandeza que encierra el sacrificio, y el sacrificio va unido siempre á la humildad (1).

¿Sabeis la causa de este diferente efecto del orgullo y de la humildad? Todas las cosas dependen de Dios; de él reciben la vida, y su accion es necesaria para conservarlas, para engrandecerlas. Quitad del mundo la accion de Dios, y el mundo volverá al caos, á la nada. Esa accion de Dios se manifiesta especialmente y es necesaria en el hombre, imágen y semejanza de su Criador. Solo es grande, solo es bueno, cuando se acerca á Dios. Siempre será mezquino, siempre será víctima del mal, mientras se aleje de Dios y no se alimente de la verdad, del amor, de la vida de Dios. El orgulloso es el que se aparta de Dios; el humilde se acerca á él, á él lo pide todo, á él lo refiere todo. Y Dios dice, que resiste y rechaza á los soberbios, y solo da su gracia á los humildes (2). Dice, que con los sencillos tiene su trato (3); y que es preciso hacerse humildes como niños para entrar en el reino de los cielos (4). Hé aquí por qué exclamó

(1) Humilitas cordis sacrificium est. (S. Aug. Enarrat. in Psalm. 130.)

(2) I Petr. V, 5.

(3) Prov. III, 32.

(4) Matth. XVIII, 3.

Jesucristo: «Te bendigo, Padre, Señor y Rey del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y prudentes, y las revelaste á los pequeños (1);» es decir, has apartado tu gracia y has ocultado las maravillas de tu amor á los que se llaman sábios, á los que, llenos de orgullo, todo pretenden saberlo por sí mismos, y á sí solos atribuirlo todo; y las has revelado á los pequeños, las has comunicado á los humildes y sencillos de corazón, que no se apartan de tu ordenación sublime. La grandeza viene de Dios; de él el talento, la riqueza, el poder; de él es cuanto existe. Solo el que se acerque á Dios y á él se someta, y de su mano reciba sus dones para usarlos noblemente, según Dios, solo este será digno de la grandeza, que principia con la virtud en la tierra, y se consuma con la posesión de Dios en la eternidad.

Pero no creáis, Señores, que la doctrina de la humildad tiende á abatirlos, y á cortar el vuelo á las aspiraciones del corazón. Ninguna otra doctrina exalta al hombre como la doctrina católica: ninguna otra le propone una ambición más noble ni un fin más sublime. Ella le habla siempre de su origen y de su fin en el cielo; le ofrece la inmortalidad en la eternidad; le da á Dios por Padre y por hermano, por patria el cielo, la gloria del Infinito, y al Infinito mismo por premio y por herencia. Así es como esta doctrina armoniza la humildad con la más sublime elevación del alma, enseñando que la exaltación y la grandeza no está en la naturaleza, en la gerarquía material ó exterior de los seres, sino en el corazón, en el alma ennoblecida por la gracia y la virtud. La virtud crece más, cuanto más profunda está su raíz; y cuanto más se humilla el hombre, y del fondo de su

(1) Matth. XI, 25.

humildad eleva su corazón hasta Dios, más espacio recorre, dice San Agustín, más grandeza adquiere, mayor es su heroísmo, más encumbrada su virtud, y su santidad, y su gloria (1). Tal es la doctrina fundada en las palabras y en el ejemplo de Jesucristo, que ha regenerado al mundo, restableciendo en el individuo y en la sociedad la armonía que destruyera el orgullo hermanado con la concupiscencia, sustituyéndola con la humildad enlazada con la caridad fraterna, de que nos ocuparemos en los días siguientes. Veamos ahora la confirmación de todo en la humillación voluntaria de Jesucristo en la Eucaristía, y en los resultados que produce en los que se unen á él por este Sacramento.

SEGUNDA PARTE.

La verdadera felicidad del hombre consiste en la unión con Dios para vivir de su propia vida, obrar según su espíritu y reflejar en sí la grandeza de Dios (2). Lo vimos en el discurso anterior; y vimos también, que el medio más eficaz para elevarse á esa felicidad, es la Comunión Eucarística, que nos hace vivir de Jesucristo, nos comunica la vida de Dios. Mas para que Dios se comunique al hombre, ha de haber en este una disposición indispensable: el orden, la humildad. Lo hemos visto antes, y Jesucristo nos lo enseña en su vida eucarística como en su vida mortal. En una y otra tiene los

(1) S. Aug., Serm. 10 de Verbis Domini.

(2) *Secutio Dei, beatitudinis appetitus est; consecutio autem ipsa beatitas.* (Id. de vita beata.)

mismos caracteres; en una y otra es verdad, camino y vida del hombre; en una y otra es el modelo de nuestras acciones y el término de nuestras aspiraciones. Hombre, es nuestro modelo; Dios, es nuestro término. Hombre, primogénito de los hermanos, nuevo Adán que precede á la humanidad regenerada por él, traza el camino que hemos de recorrer para llegar á Dios. Dios, nos sostiene en el camino, nos abraza en su término, nos inunda de amor y de gloria; y Dios-hombre, compañero inseparable de la humanidad, perpetúa su vida en la Eucaristía, para que en ella y por ella se eleve el hombre hasta él, y se una con él (1).

¿Cuál es el carácter de esa vida eucarística del nuevo Adán, tipo de la humanidad, puesto constantemente ante nosotros? El mismo de su vida mortal; la humildad, la humillacion voluntaria, el sacrificio, la muerte de sí mismo. De ese modo principió su obra, dice San Leon, de ese modo quiere consumarla (2). Contempladle en esa hostia santa, y decidme: ¿Puede abatirse más? ¿Puede reducir á menor término su grandeza? En la tierra ocultó su divinidad; en el altar oculta tambien su humanidad (3). Solo ocultándola puede el hombre acercarse á él sin que le deslumbre y confunda el brillo de la gloria de esa humanidad divinizada. El amor le hace que se humille, porque solo así puede el hombre unirse á él, alimentarse de él. Ahí aparece como muerto, siendo la misma vida; aparece pequeño, siendo la misma

(1) *Ista est via: ambula per humilitatem, ut pervenias ad æternitatem. Deus Christus, patria est, quo imus; homo Christus, via est, qua imus.* (Id. de Verb. Dom., Serm. 41.)

(2) S. Leo, Serm. 7, in Epiph.

(3) *In cruce latebat sola Deitas, at hic latet simul et humanitas.* (S. Thom., Rhythm. ad Sacr. Euchar.)

grandeza; aparece como pobre, siendo la misma riqueza. ¡O amor! ¡Cuán grande eres en tus invenciones, y cuán incomprendible en tus misterios! ¿Quién, Señores, sin la fe y sin el amor, reconociera en la pequeñez de esa hostia al Hijo del Eterno Padre? ¿Quién se hubiera atrevido á decirle: Si quereis darnos una prueba de amor, anonadaos, escondeos bajo la humilde especie de pan para servirnos de alimento? Pues hé aquí, exclama San Agustin, que lo que el hombre, con toda la osadía de su orgullo, no se atreviera á pedir, lo otorga y hace voluntariamente Jesucristo (1). Su cuerpo, su alma, su divinidad, todo lo encierra en ese Sacramento. Y no solo sufre la humillacion voluntaria de anonadamiento, y la de su estado de víctima ofrecida al Padre constantemente, sino que tambien en ese Sacramento, como en su vida mortal, consiente las humillaciones que recibe de los hombres. Ahí sufre la persecucion de los herejes, y las blasfemias de los impíos, y la indiferencia de los que, llamándose cristianos, se olvidan de él, y el desprecio de los que se dan el título de espíritus fuertes; como si pudiera el hombre ser cristiano sin Cristo, ser cristiano sin fe, y ser espíritu fuerte sin el espíritu de Cristo. Para sufrirlo todo, se humilla y permanece anonadado en esa hostia veneranda. ¡O humildad de Jesus! ¡Cómo confundes nuestro orgullo! ¡O amor! ¿Cómo no triunfas con tu humillacion voluntaria de la indiferencia filosófica, de la inmoralidad libertina, de la hipocresía farisáica, del orgullo y de la tibieza tan general en nuestros tiempos?

(1) *In corpore et sanguine suo voluit esse salutem nostram. Unde autem commendavit corpus et sanguinem suum? De humilitate sua. Nisi enim esset humilis, nec manducaretur nec biberetur. Quis autem homo posset ad illum cibum? Ubi cor idoneum illi cibo?* (S. Aug. Enarrat. in Psalm. 33, Serm. I.)

Jesucristo, hermanos míos, en la Eucaristía, se humilla como hombre delante de su Padre, como se humilló en la tierra durante su vida mortal. Así correspondió y corresponde dignamente á la gracia inefable de haber sido elevado á la filiación divina, reconociendo de palabra y de obra la superioridad del Padre (1), y ofreciéndose como víctima para su gloria. «Hé aquí que vengo á cumplir vuestra voluntad (2); porque no busco mi gloria, sino la vuestra (3).» Esto dijo, y cumpliéndolo, se humilló y subió á la Cruz. Por ello el Padre le exaltó sobre todas las cosas, humillando á sus piés á los que antes le humilláran (4). En la Eucaristía repite la misma palabra, perpetúa la misma humillación y el sacrificio que el Padre le impuso para la salud del mundo; y en la Eucaristía también el Padre le glorifica, los ángeles le bendicen, el mundo le adora. «Digno es el Cordero que fué muerto de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honor, y gloria, y bendición (5). Ese es el cántico, que resuena en el cielo y se repite en la tierra. Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos (6).» Su humildad, su humillación es la condición de su gloria.

Pero al obrar de esta manera Jesucristo, no lo hace solo en su nombre. Es el segundo Adán, cabeza de la humanidad; es el hombre nuevo, á cuya imagen se ha de renovar el género humano; es el representante de todos, dice San León, puesto que en él está la naturale-

(1) Joann. XIV, 28; VIII, 29.

(2) Psalm. XXXIX, 9.

(3) Joann. VIII, 50.

(4) Philip. II, 10; Ps. CIX, 1.

(5) Apoc. V, 12.

(6) Id. id., 13.

za de todos (1). En nombre de todos, pues, se humilla; en nombre de todos, y caminando al frente de todos los hombres para servirles de guía, porque nadie va al Padre sino por él (2), traza en su humillación el camino que hemos de seguir nosotros; y el de la gloria que esperamos, en la que él recibe del Padre y de todas las criaturas. Hé aquí la gran lección que nos da desde ese Sacramento: aprended de mí, que soy humilde de corazón, y tendreis paz para vuestras almas (3). No hay descanso, dice Santo Tomás de Villanueva, no hay paz sino en la humildad. ¿De dónde, añade, de dónde tanta agitación y tantas desgracias en el mundo, sino de la hinchazón de la soberbia? Todos queremos ser honrados y tenidos en más de lo que somos. El aguijón de este deseo atormenta incesantemente á los hombres, y no les permite tener ni un día feliz en toda su vida. ¡O peso terrible sobre los hijos de Adán, é intolerable yugo que arrastran desde el día que nacen hasta su muerte! Verdaderamente se cumple lo que dijo el Profeta: «Quebranto y calamidad en los caminos de ellos: no conocieron el camino de la paz, es decir, la humildad (4).» Si por él anduvieran, tendrían días de descanso y de felicidad. ¡Cuánta felicidad hay en la incorruptibilidad de un espíritu quieto y modesto! ¡Cuánta paz hay en un corazón humilde! ¡Cuánta tranquilidad en el hombre que desprecia los favores del mundo y las pueriles glorias de la tierra, á quien nada importa el juicio del pueblo y de los que pasan! El que, contento con el testimo-

(1) Per eum agatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo, Sermon. 8 de Pass.)

(2) Joann. XIV, 6.

(3) Matth. XI, 29.

(4) Psalm. XIII, 6.

nio de Dios y de su conciencia, no atiende á las alabanzas ni á los desprecios de los hombres, sino que, elevándose sobre ellos por su virtud y como señor de todo, todo lo pisotea, y á nadie se somete por alcanzar una falsa gloria: este, feliz en su vida, goza de paz en la tierra, y se la prepara mayor en el cielo. Porque no quiso ser exaltado entre los hombres, será sublimado entre los ángeles; ambos premios tiene la humildad; la paz ahora, la bienaventuranza despues; y, en cierto modo, ya principia á gozarla el que por amor á Cristo se hace humilde (1). Acordaos de la palabra sublime que pronunció la inmaculada María: «Ha mirado el Señor la humildad de su Sierva, y por ello todas las generaciones me llamarán bienaventurada; porque ha obrado en mí cosas grandes el Omnipotente (2).»

Cristo, en la Sagrada Eucaristía, no solo es el hombre modelo, sino el Dios término del hombre; y en ella permanece para que, mediante la Comunion, el alma se eleve hasta él, se una á él, y alcance la felicidad á que aspira y á que Dios quiere conducirla. Es muy pequeño el hombre para llegarse á Dios y abismarse en él con una union casi sustancial y perfecta, cual la que quiere el amor, para el colmo de la felicidad; por eso Dios se llega al hombre, y se hace su alimento para incorporár-

(1) Non est requies, fratres, non est pax nisi in humilitate sola. Unde tanta vexatio et infelicitas in orbe, nisi ex superbiæ tumore? Quia videlicet honorari et reputari volumus plus quam sumus. Aculeus sollicitudinis hujus indesinenter pungit mortales, neque sinit eos, vel unam diem habere felicem..... ¡O pondus gravissimum super filios Adam, et intolerabile jugum à die ortus sui usque ad diem sepulturæ eorum! Vere contritio et infelicitas in viis eorum, et viam pacis, humilitatem scilicet, non cognoverunt. Si enim hac procederent via, quietissimos et felicissimos dies agerent. Quanta felicitas, etc. (S. Thom. Vill., Serm. 1 de S. Martino.)

(2) Luc. II, 48.

sele, confundiéndose en uno, así como el alimento y el que lo recibe (1). La humillacion es el medio de que Jesucristo se vale para este noble fin de su inefable amor. Y bien, Señores, si Dios se abate, se humilla, se reduce á la pequeñez de esa hostia por amor al hombre, ¿podrá el hombre buscar á Dios por el amor, sin humillarse por él, sin hacer de la humildad el carácter de su vida, y del sacrificio de sí mismo el medio de union, desapareciendo á sus propios ojos para no vivir sino de Dios? ¿Se atreverá el hombre á presentarse á su Dios, que se humilla hasta él, insultándole con su orgullo, y queriendo pasar más allá de lo que Dios en su providencia le ha señalado? El alma del hombre, gobernada por el espíritu de Satanás, que es el orgullo y la soberbia, el aprecio desordenado de sí mismo, y el vano deseo de una elevacion inmerecida, ¿podrá unirse con el Hijo de Dios, cuyo espíritu es la humildad, el sacrificio de sí mismo, la abnegacion y el anonadamiento hasta el último extremo? No es posible, Señores. La union perfecta pide simpatía, semejanza de ideas, de sentimiento, de acciones. La soberbia y la humildad se rechazan mutuamente. El hombre soberbio no tiene semejanza con Dios humillado: su union es imposible. San Pablo lo dice: «¿Qué union puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué relacion entre Cristo y Belial?» (2) La humildad, pues, principio de la verdadera grandeza, es indispensable para la union íntima entre Jesucristo y el alma por la sagrada Comunion: así como esta es indispensable para llegar á la consumacion de la felicidad, del amor y de la

(1) Nisi esset humilis, nec manducaretur nec biberetur. ¿Quis autem homo posset ad illum cibum? ¿Ubi cor idoneum illi cibo? (S. Aug., Serm. 1 in Psalm. 33.)

(2) II Corinth. VI, 15.

vida divina en la union perfecta de Dios. Sin la humildad, dice Beda, no se encuentra la puerta del cielo (1). Si quieres encontrarla, búscala en Cristo, búscala en la Comunión, dice San Agustin; porque si no andas ese camino con pié humilde, no llegarás á la sublime elevación en que termina (2).

La sagrada Eucaristía es, segun ello, el ejemplo más perfecto de humildad para el hombre, presentándole á todas horas á Jesucristo reducido voluntariamente al último extremo del anonadamiento por amor; y es tambien el estímulo más poderoso para la práctica de la humildad, que exige Jesucristo, á fin de que el hombre se una á él. El amor de Cristo nos apremia á amarle, dice San Pablo (3); la humildad de Cristo nos apremia tambien á humillarnos. Este Sacramento es, en fin, el medio más eficaz para que el hombre adquiera esta virtud: él la produce. El que me come, dice Jesucristo, vive de mi misma vida (4); le infundo mis sentimientos, le infundo mi humildad.

Hombres que vivis en el seno del Catolicismo, hombres que, sintiendo en vuestro corazon nobles deseos de llegar á la santidad y á la gloria á que Dios os llama, ¿quereis arrancar de raiz la soberbia que el desorden original inoculó en vosotros? Venid á Jesus Sacramentado; mirad, y haced segun el modelo que os presenta (5); uníos á él en la sagrada Comunión; injertaos de él para

(1) Sine humilitate janua cœlestis non potest inveniri. (Beda, Hom. in cap. 3 Joann.)

(2) Invenies humilitatis viam, quam pede superbo non carpis: quam nisi humili pede calcaveris, ad celsitudinem, quò ducit, pervenire non poteris. (S. Aug., Serm. 23 de Sanctis.)

(3) II Corinth. V, 14.

(4) Joann. VI, 58.

(5) Exod. XXV, 40.

vivir de la sávia de su humildad y animaros de su espíritu. La Comunión frecuente sustituirá en vosotros á la vida de la tierra, la del cielo; al hombre viejo, el hombre nuevo; al espíritu de Satanás, el espíritu de Cristo; á la vida del hombre, la vida de Dios. Ella os hará decir con San Pablo: «Ya no vivo yo: Cristo vive en mí (1); y presentando en vuestro exterior la imágen del Primogénito de los predestinados, sereis del número de estos, y el Padre os amará y vendrá á vuestro corazon (2); y llenándoos de sí mismo en la tierra, os exaltará, como tiene prometido á los humildes, en la gloria del cielo.

(1) Gal. II, 20.

(2) Joann. XIV, 23.

SESTO SERMON.

La caridad, fruto del catolicismo, considerada como union de voluntades para la armonía y la paz social. La Eucaristía, fuente de caridad, lazo de union y felicidad.

Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.

(Joann. XV, 12.)

A medida que avanzamos, hermanos míos, en el estudio de la Sagrada Eucaristía, nuevos y preciosos tesoros se descubren á los ojos del alma, para convencernos de que aquella es el gran medio inventado por la eterna Sabiduría, para realizar su grande obra de la restauracion de todas las cosas en el cielo y en la tierra, á fin de llevar al hombre al término de su felicidad. No hay duda que la consumacion de esta consiste en la union perfecta con Dios en el cielo, principiada en la tierra por la fe y por el amor; pero tambien es cierto que además de esta felicidad esencial, hay para el hombre otra que se realiza en el tiempo y en la sociedad, á que le lleva la misma naturaleza. Cómo conduce Jesucristo al hombre por la Sagrada Eucaristía, lo hemos visto hasta ahora. Ella es el árbol de la vida del alma, plantado en medio del paraiso de la Iglesia, para que, alimentándo-

se de él, viva el hombre de la vida de Dios (1); pero es tambien la fuente del paraiso, que dividida en brazos, forma rios abundantes que se esparcen por la tierra, para llevar á toda ella la abundancia y la felicidad (2). Por este misterio de amor, Jesucristo se propone hacer felices á los hombres tambien en su vida social, llevando á todas partes la fecundidad del bien con el riego de sus aguas divinas, que engendran las virtudes. Perpetuando en él su vida, perpetúa su accion con su ejemplo y su doctrina; y así como en su tránsito por el mundo, dice San Pedro, que pasó derramando bienes (3) y enseñando á derramarlos con el gran precepto de la mútua caridad; así en la Eucaristía, fijando su residencia entre nosotros, continúa derramando esos bienes y diciéndonos: «Os doy un precepto nuevo: que os améis mútuamente, como yo os he amado (4). En esto, y solo en esto, conocerá el mundo que sois mis discípulos; si os amais mútuamente (5).» El amor, consumando la union entre Dios y el hombre por medio de la Eucaristía, eleva al alma al término de su felicidad: el amor, la caridad, uniendo á los hombres entre sí, por medio y por efecto de la Eucaristía, produce la mayor felicidad posible en la sociedad de la tierra.

Examinemos en este discurso y en el siguiente este carácter de la doctrina de Jesucristo y de la Sagrada Eucaristía. Una y otra son la fuente de la caridad: aquella la enseña; esta la produce y alimenta en todas

(1) Hoc Sacramentum lignum vitæ appellatur, quia in præsentí vita gratiam præstat, sive vitam gratiæ, et in futura gloriam vitæ, sive vitam gloriæ donat. (S. Bernardin. Sen., Serm. 12 de Euchar.)

(2) Gen. II, 10.

(3) Act. Ap. X, 38.

(4) Joann. XV, 12.

(5) Id. XIII, 35.

sus fases. Hoy la consideraremos como principio de union: mañana como donacion y sacrificio. Propóngome hoy demostrar que la doctrina de Jesucristo es la única que enseña y enjendra la caridad, considerada como union de voluntades, para producir la armonía, el orden, la paz social: Primera parte. Que la Sagrada Eucaristía es la fuente inagotable de esta caridad; por consiguiente, el más sólido fundamento de union y felicidad: Segunda parte. El asunto es de un interés palpitante: espero, pues, que me favorecereis con vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

Hace algunos años decia un célebre orador Católico: «Al dirigir una mirada reflexiva sobre la sociedad de nuestros dias, no puede menos el hombre de llenarse de pavor. A medida que el movimiento del siglo eleva á mayor altura el bienestar físico y material, una enfermedad moral, inmensa, formidable, se descubre en la sociedad. A la manera que un enfermo de gravedad se revuelve sobre un lecho suntuoso, así la sociedad se agita en medio de su opulencia: pero estas agitaciones no hacen sino cambiar sus dolores; y percibiendo el ronco respirar que se escapa de su seno, diríais que no siente movimiento sino en la fatiga, y no percibe su vida sino en sus padecimientos (1).» Otro orador ilustre, estudiando ese mal, habia dicho antes: «Un sordo gemido, una queja unánime, anuncian á toda la tierra el resfriamiento de los corazones. Bien escuche la voz del

(1) P. Félix, Conferencias de Nuestra Señora de París, 1.^a de 1854.

hombre llamado á las funciones del foro; bien la del profesor, que trasmite á la juventud sus conceptos; bien la del hombre, que más de cerca toca los resortes de los estados; la voz, en fin, que se escapa de los poros de la sociedad; no llega á mis oídos sino una sola palabra: *Egoismo* (1). Esta palabra funesta significa exclusivismo, separacion, aislamiento. El filósofo dice: mi sistema y no otro es la verdad. El rico dice: mi dinero y mis placeres; hé aquí la felicidad. El político dice: mi pensamiento, mi voluntad; ese es el orden. Y rechazándose mutuamente unos á otros, se aíslan, se encierran en su círculo, y mientras desde allí tienden á su mútua destruccion, la sociedad padece, se desconcierta, espira. Alguna vez los vereis buscarse, acercarse, unirse; pero no tardareis en verlos separarse de nuevo, rechazarse y odiarse. El interés, el egoismo, fué el móvil de la union; el egoismo producirá la separacion.

¿Quereis saber el origen de esta horrible enfermedad? Está en la filosofía antireligiosa del último siglo, que ha infiltrado su veneno en todas las clases de la sociedad: en la filosofía, que rechazando á Jesucristo, y haciendo al hombre centro y término de sí mismo, fijando sus bienes en la tierra, su felicidad en los goces del mundo, su grandeza en la soberanía, lo arruina todo: porque todo en la tierra es limitado, y las riquezas de uno se acrecientan á costa de las de otro; los placeres de uno crean el sacrificio y las privaciones de otro; la soberanía de unos rechaza la soberanía de otros. Todo lo divide y separa el egoismo; y la division es la ruina: dividir el cuerpo, es matarlo. Jesucristo lo dijo: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur, et domus supra*

(1) Lacordaire, Conferencia 25, 5.^a de 1844.

domum cadet (1). Así se ha abierto por la filosofía anticatólica un abismo, hácia el cual corre la sociedad en las convulsiones de la agonía.

Ahora bien: ¿dónde está el remedio? En el Catolicismo, Señores. Un abismo, dice el Profeta, invoca otro abismo (2). El abismo del egoísmo invoca á voz en grito el abismo de la caridad; y la caridad solo está en la doctrina de Jesucristo. Solo esta doctrina la enseña, solo ella la enjendra, solo ella la extiende y le da la fuerza necesaria para producir sus admirables efectos de union, armonía, paz y felicidad. Veámoslo. San Pablo nos dice: «Amad sobre todas cosas la caridad, que es un vínculo de perfeccion (3);» es decir, un lazo que perfecciona las cosas, que por ella se estrechan. La caridad, Señores, es el amor noble y puro que nace de Dios y en Dios termina; y este es un sentimiento que acerca, une y confunde seres distintos, dándoles un centro comun y una vida comun. Oid el grande y sencillo precepto de Jesucristo: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis mutuamente, como yo os he amado (4).» Que os améis mutuamente. *Ut diligatis invicem*. Hé aquí la gran ley de la caridad: amaos mutuamente; porque amándoos, buscareis la mútua felicidad en la comun armonía, en la union comun.

Así como el hombre, considerado aisladamente ó en el individuo, necesita, para ser grande y feliz, vivir á imájen del Sér esencial, de Dios, porque en tanto es hermosa y perfecta la copia, en cuanto mejor reproducidos tiene en sí los rasgos del original; así tambien,

(1) Luc. XI, 17.

(2) Psalm. XLI, 8.

(3) Colos. III, 14.

(4) Joann. XIII, 34.

considerado en sociedad, necesita de esta semejanza. Dios es en su Trinidad la sociedad esencial y eterna, infinitamente desenvuelta en sí misma. Esta sociedad de las Divinas personas es el modelo necesario de las sociedades humanas, si es que aspiran á la perfeccion y á la felicidad. El constitutivo esencial de esta sociedad inefable, es la unidad; la union perfecta de las Divinas personas: unidad y union que forma de ellas un solo Sér, un solo Dios en su naturaleza. El lazo que las estrecha formando como su ley, es el amor. «¿Quién sino la caridad, dice San Bernardo, conserva esa suma é inefable unidad en la suma y bienaventurada Trinidad? La ley del Señor es la caridad, que mantiene en unidad á la Trinidad, y como que la estrecha con lazo de paz (1).» Hé aquí la sociedad del Infinito, tipo de toda sociedad finita, y cuya inefable union y armonía solo comprende el mismo Dios.

Queriendo el Hijo de Dios aproximar, por decirlo así, al hombre este modelo, se hace hombre, y presenta al mundo su union con el Padre, como sociedad y union que la criatura admire y desee imitar. Jesucristo dice: «El Padre y yo somos una misma cosa (2), y yo hago siempre su voluntad (3).» Bajando más en la gradacion del modelo, el Hombre-Dios se une á los hombres, y forma de ellos y de Dios una sociedad perfecta por medio de la Iglesia, por medio del Catolicismo; y la funda sobre el mismo principio; el amor, la caridad, y por ella la

(1) *¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate summam et ineffabilem illam conservat unitatem, nisi charitas? Lex est ergo, et lex Domini charitas, quæ Trinitatem in unitate quodammodo cohibet, et colligat in vinculo pacis. (S. Bern. Epist. 11 ad Guiconem, etc.)*

(2) Joann. X, 30.

(3) Id. VIII, 29.

unidad. Da, en fin, reglas á la humanidad para que, cimentada sobre ellas, la sociedad de los hombres sea una imájen de la sociedad esencial y eterna. Cuando se une á ellos y les explica el lazo de su union, les dice: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos (1);» una misma sávia ó sustancia nos alimenta. Al tiempo de ir á sacrificarse por los hombres, exclama levantando los ojos al cielo: «Padre Santo, guarda en tu nombre á aquellos que me diste para que sean una misma cosa, como somos nosotros: para que sean todos una misma cosa, como tú en mí y yo en ti (2).» ¡Cuán tiernas, cuán sublimes y cuán misteriosas son á la vez estas palabras! Ellas proclaman la necesidad de la union de voluntades para la existencia de la sociedad: «Guárdalos, Padre Santo, para que tengan esa union.» Ellas presentan el lazo de la verdadera sociedad: «Para que sean una misma cosa como nosotros; así como tú lo eres en mí y yo en ti; para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos (3),» es decir, por la caridad. Expresan, en fin, la necesidad de la accion de Dios, sin la cual en vano trabajan los que edifican la casa (4). «Guárdalos:» te ruego que los guardes, que los conserves, Padre Santo (5).

(1) Joann. XV, 5.

(2) Id. XVII, 11.

(3) Id. id., 26.

(4) Psalm. CXXXVI, 1.

(5) Son hermosas las ideas que sobre esta union por caridad, desenvuelve Santo Tomás de Villanueva en su segundo sermón sobre la paz, para la feria tercera de Pascua: y encontrando en ellas confirmacion de lo que he dicho en los párrafos anteriores, no puedo resistir al deseo de trascribir algunas de ellas. Es un sermón, un comentario de las palabras del salmo: *Quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum, sicut unguentum, etc.*; y dice: «Fraternitas optima est et jucunda, illa tamen quæ ab unguento charitatis procedit. Hæc unctio quatuor situs ha-

El Catolicismo, amados míos, es el único que enseña á los hombres estos misterios; el único que presenta á la sociedad ese modelo perfecto de sí misma. La sociedad significa diversidad de seres racionales unidos, formando un solo sér, como miembros de un mismo cuerpo, para comunicarse sus bienes, remediar sus males, multiplicar sus fuerzas, y elevarse á la grandeza. Se funda, pues, en la union, en la unidad; y esta solo es duradera cuando se apoya en el amor. El interés, la pasion, ó cualquier otro móvil de union, son pasajeros; pronto se irritan, arrastrando á los asociados en distintas direcciones, y destruyendo el todo que eran llamados á componer. Solo la caridad, la pasion y el sentimiento más noble del corazón humano, revestido de la gracia, subsiste siempre; y llevando en sí el sacrificio, la donacion de sí propio al amado para satisfacer sus nobles aspiraciones, nunca

bet: primum in capite; secundum in barba; tertium in veste; quartum in ora vestimenti; et ita facit quatuor maximas et singulares conformitates, sive concordias.... in capite: Caput Christi Deus; id est inter divinas personas. ¿Qualem putas esse concordiam in illa super benedicta Trinitate? Ubi tres, unus Deus; una substantia, una bonitas, una voluntas, unus amor sunt. Neque enim ibi concordia amorum est, sed unus amor; non concordia voluntatum, sed una voluntas in omnibus, imo omnes una voluntas. Non potest imaginari major concordia in mundo: nam sicut unio infinita, ita et concordia infinita est. Nam ubi infinitus est amor, necesse est quoque infinitam esse concordiam; infinita autem concordia identitas est.... In barbam, id est, in Humanitatem Christi.... Sicut hæc secunda charitas est, ita etiam secunda concordia. Nam in prima sunt tres amantes et unus amor: hic autem, è contrario, sunt duo amores et unus amans. In prima tres volentes, et una voluntas: in secunda duæ voluntates, et unus volens. In prima est concordia amantium in amore, in secunda concordia amorum in volente. Sed neque hic stetit unctio salutaris, sed descendit à barba in vestimentum; id est, supernos illos spiritus, et beatas mentes civitatis supernæ.... Sed adhuc descendit ad oram vestimenti; id est, Ecclesiam militantem.... Hæc autem sic distillata charitas, bone Deus, quantam fecit in toto orbe concordiam, quantam peperit unitatem.... Omnes nationes.... in unam fidem mirifico glutine hac unctione copulatæ, et agglutinatæ sunt.»

opone resistencia á la unidad social. El que ama se refunde en el amado, se hace una misma cosa con él, vive en él y para él; porque, como dice San Pablo, la caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira; todo lo cree, todo lo espera; todo lo sufre por el bien del objeto de sus sentimientos (1).

Continuemos, Señores, la demostracion. Al hablaros de la humildad en el discurso anterior, dije que el hombre vive de la idea, del sentimiento que ella enjendra, y de la accion que patentiza este sentimiento. Para que el hombre esté unido á otros, es preciso que haya entre ellos unidad de ideas, de sentimientos y de acciones. Solo el Catolicismo tiene esta unidad, y él solo, por consiguiente, produce la armonía y la paz por la caridad, que solo se halla en la unidad de la Iglesia, como dice San Agustin (2). La unidad de principios y de ideas en el Catolicismo, consiste en la fe. La fe católica es una. Recorred los pueblos: desde el centro del orbe Católico marchad á los extremos de Europa; atravesad los mares; penetrad en los bosques de América y en las pagodas de la India; llegad á los confines de la Australia; y allí, al último de los cristianos, preguntadle qué es lo que cree de Dios, y del hombre, y de Jesucristo, y de la Iglesia, y de la eternidad. Su respuesta es la misma que os dará el Romano Pontífice; la misma que vereis en los escritos de los Santos Padres; la misma que os explica cada dia el sacerdote católico. Esta unidad perpétua de ideas y de principios es el origen de la gran fuerza del Catolicismo. Preguntadle luego qué senti-

(1) I Corinth. XIII, 4, et seq.

(2) Charitas ista non tenetur nisi in unitate Ecclesiae. (S. Aug., Serm. 6 in lib. 17 Homil.)

mientos le inspira esta fe: en todo el mundo vereis igual sentimiento, la esperanza, la caridad; porque la fe es la flor de la esperanza y la raiz de la caridad. Examinad sus acciones, sus ceremonias, y los actos de su Religion: do quiera los mismos sacramentos; do quiera el mismo culto; do quiera el amor, la caridad, el sacrificio de sí mismo por los demás. Es admirable esta uniformidad, esta union. Los siglos nada han añadido al Catolicismo: las revoluciones nada le han quitado. Hé aquí por qué esta sociedad es grande, robusta, imperecedera: fuera de ella todo es fugaz. Al punto que los herejes se separan de la Iglesia para formar un cuerpo aparte, vedlos fraccionarse, dividirse, rechazarse, armarse y combatirse las fracciones. Levanta Lutero el estandarte de la rebellion contra la Iglesia Católica, y á poco sus discípulos enarbolan otro contra él. No pasan dos generaciones, cuando ya se cuentan muchas sectas protestantes; y á los tres siglos son más de trescientas las fracciones que se conocen de ellos. Para dar á conocer la corrupcion de los Romanos, dijo un escritor, que contaban los años, no por los Cónsules, que anualmente se sucedian en el gobierno, sino por las mujeres que repudiaban. Así tambien de los protestantes podemos decir, que pueden contar los años, no por la revolucion de los astros, sino por las revoluciones de sus principios religiosos, por sus cambios de fe. Y las creencias del protestante inglés, difiriendo de las del francés, y las de este de las del alemán y suizo, nos presentan, Señores, reproducida la confusion de lenguas en la torre de Babel. ¡Cómo es posible la union entre esos hombres! ¡Cómo es posible la unidad de sentimientos y de acciones! Solo se unen en una cosa: en el odio á la Iglesia Católica, á la cual todos se empeñan en arruinar. ¡Cómo es posible la duracion de esa sociedad herética! Por ello ha entrado en el período

de la disolucion, sintoma de la muerte: y abortando sectas filosóficas, cuando ya no puede darlas á luz religiosas, ha dado por fruto la indiferencia absoluta, la libertad de creer cada uno lo que le acomode, y de cambiar de creencias cada día, y de obrar en consecuencia de estas creencias. El egoismo de la idea, el egoismo de la voluntad, el egoismo en todo, hé aquí su natural consecuencia. ¡Y esto es, hermanos míos, lo que en nombre de una libertad funesta quieren y piden para España, para la nacion Católica, hombres que se esfuerzan en probarnos que son los más amantes de sus glorias y los más entusiastas de su grandeza! Han olvidado la terrible verdad que encierra el oráculo antiguo: *Divide, et vinces*; divide, y vencerás. ¿No tenemos bastante con las divisiones, con las sectas políticas, que enjendran el ódio, las revoluciones y los crímenes, para que aún se quieran añadir otras divisiones más radicales, otros gérmenes de disolucion y de ruina? La union es la fuerza, la division es la muerte; y se nos quiere quitar, se hacen esfuerzos para romper el único lazo de union que nos queda, la única áncora de nuestra esperanza. ¡Y esto, dicen, para que seamos más grandes, más fuertes! Se nos quiere dividir para vencernos. ¡Qué será de nosotros!

Inmensa influencia ejercen en la sociedad las ideas religiosas, porque el sentimiento moral es el principio de accion en los hombres y en los pueblos. Hombres que difieren en sus ideas y se rechazan mutuamente, no pueden amarse, no pueden unirse. Hombres indiferentes en sus relaciones con Dios, deben serlo precisamente en las que se refieren á la sociedad; y ni la suerte de sus semejantes, ni el porvenir de los pueblos les importa. Sea satisfecho su egoismo; vivan ellos en el estado que su ambicion les propone; triunfe su idea; lo demás ¿qué importa? Así, Señores, se explican las discordias en las

familias, las revoluciones en los pueblos, la anarquía en las naciones. Sin unidad de ideas, no hay unidad de voluntades y de intereses; no hay caridad. El hombre nunca ama lo que se le opone, lo que mira como un obstáculo para la satisfaccion de su egoismo.

Volvamos la vista al Catolicismo, y veamos el efecto social de la unidad de origen, de interés y de destino que enseña al hombre, y de la uniformidad de ideas, de sentimientos y de accion que le distinguen. ¿Qué idea nos da el Catolicismo de la humanidad? Los hombres, dice, son la gran familia del Criador; los cristianos, la familia adoptada por los méritos del Redentor. Todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, miembros de un mismo cuerpo. El interés de todos, es el mismo; la misma la suerte á que Dios los llama. Amaos, pues, mutuamente, dice Jesucristo; procurad el interés comun: no hagais á otro lo que no querais que se os haga á vosotros (1). Andad solícitos en conservar la unidad de espíritu con el lazo de paz. Sois un cuerpo, sed un espíritu, puesto que es una la esperanza de vuestra vocacion (2). Amad y conservad la caridad, que es vínculo ó lazo de perfeccion (3). Amaos, en fin, como Dios os ama. ¿Y cómo os ama Dios? Mirad, dice, que él se da á todos: haciéndose hombre, vertió su sangre por todos; pasó derramando bienes, hace salir el sol sobre el bueno y el malo, y llover en el campo del justo y del pecador (4). Haced lo mismo, y sed perfectos como el Padre celestial (5). Esto dice; ¿y qué más se necesita, Señores? Estudiemos sus consecuencias.

(1) Matth. VII, 12.

(2) Ephes. IV, 3.

(3) Coloss. III, 14.

(4) Matth. V, 45.

(5) Id. id., 48.

Apenas esta doctrina se promulga, cuando la Judea presenta un espectáculo nuevo. El pueblo cristiano ya no es un pueblo, es una familia; es más, dice el Libro sagrado, era una sola alma, un solo corazón, una sola voluntad (1). Arrojada, como una semilla fecunda, en medio de una sociedad gastada, esta doctrina reanima á la humanidad, y creciendo se extiende por el mundo, que la acoge como único principio que puede devolverle la grandeza y la felicidad: domina la tierra, y se repite lo que la Historia Sagrada nos dice de los descendientes de Noé: «La tierra tenía un solo labio, una sola voluntad (2).» Hacer la felicidad de todos, para encontrar la felicidad individual; hacer bien al pobre, para que el pobre devuelva la bendición y el amor; hacer bien á los inferiores, porque son hermanos; amar á los iguales, porque son hermanos; respetar á los superiores, porque son hermanos. Ya no hay diferencias para el hombre, dice San Pablo, porque no hay para Dios diferencia de griego y de romano, de bárbaro y de escita, de grande y de pequeño (3): todos son hermanos. El lazo que los une es la fe con la caridad. Así como en un edificio material, dice un Santo Padre, una piedra se une con otra, mediante el cemento ó argamasa, y todas juntas forman un solo cuerpo; así también en el edificio de Jesucristo, el cristiano se une al cristiano, mediante la caridad (4). Me he hecho todo para todos, dice el Apóstol (5); ¿quién padece y no siento sus penas? ¿Quién goza y yo no tomo

(1) Act. Apost. IV, 32.

(2) Genes. XI, 1.

(3) Rom. III, 29; X, 12.

(4) Sicut in corporali ædificio lapis ad lapidem cœmento mediante constringitur; sic in ædificio Ecclesiæ, christianus ad christianum charitate mediante connectitur. (Auct. imperf. Hom. 7 in Matth.)

(5) I Corinth. IX, 22.

parte en sus goces? ¿Quién me busca y no me encuentra? (1) Imitadme, como yo imito á Cristo (2); porque la caridad de Cristo nos apremia a amarnos mutuamente (3). ¡Qué armonía engendran estas palabras! La sociedad, Señores, no consiste en la reunión de los cuerpos, sino en la unión de los espíritus y voluntades; y esta unión es irrealizable sin el sacrificio del propio interés y de la propia voluntad; y este sacrificio no se concibe verdadero y durable sin la caridad.

Quando el hombre medita estas verdades tan elevadas sobre el sistema antiguo de la sociedad, no puede menos de reconocer el pensamiento de Dios, el dedo de Dios. Cuando con suave influencia se apoderan del espíritu, siéntese este renovado en todo su ser. Esa criatura, que no amaba más que á sí, que no buscaba más que á sí misma, que abusaba de lo que era en perjuicio de los demás, ó esclavizada á su vez por una fuerza superior, agitaba con desesperación sus cadenas, y no soñaba sino en el modo de romperlas, no se busca ya á sí misma. Poseída de una pasión noble y santa, de la caridad, que le hace mirar á todos como hermanos, á los superiores como hermanos primogénitos dignos de respeto, á los inferiores como hermanos más pequeños, acreedores á su solicitud y su cariño, hace de sí misma una donación voluntaria para enlazarse y estar en íntima unión con todos ellos, sacrificando sus pretensiones y su egoísmo. Este espíritu de la caridad es el único que une á los hombres (4). Él forma los súbditos como forma los re-

(1) II Corinth. XI, 29.

(2) Philip. III, 17.

(3) II Corinth. V, 14.

(4) Charitas fraternitatis vinculum est, fundamentum pacis, tenacitas ac firmitas unitatis. (S. Cyprian. lib. de bono patientiæ, 15.)

yes. Nada cuesta obedecer al que ha oído las palabras de Jesucristo: «El que quiera venir en pos de mí, niegue-se á sí mismo como yo (1): hágase obediente como yo: pase derramando bienes como yo, á fin de conservar en la sociedad del tiempo una imagen de la sociedad eterna.

Desde el momento que el hombre renuncia su orgullo y su egoismo, que es lo que Jesucristo nos manda renunciar, nace la union, nace el orden: ya no depende más que de Dios. San Pablo nos dice: «Todos estamos sometidos á las potestades superiores, porque toda potestad viene de Dios, y él es el que lo ha ordenado. Por ello, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. El príncipe es el representante, el ministro de Dios para el bien. Es necesario, pues, continúa el Apóstol, que le esteis sometidos, no por el temor, sino por un deber de conciencia; por la caridad. Dad á cada uno lo que le es debido: tributo á quien se debe el tributo; á quien temor, temor; á quien honra, honra. No debais nada á nadie, excepto el amor, que es debido á todos; porque el que ama á su prójimo cumple la ley (2). ¿Sabéis á quién dirige San Pablo estas palabras? A los orgullosos romanos, al pueblo que vivía con más ideas de dominacion y de independencia.

Así enseña el Catolicismo la obediencia por la union de voluntades, por la caridad. De la misma manera, Jesucristo, en su palabra y en su ejemplo, se hace modelo y maestro de los que mandan. Los príncipes de las naciones, dice á sus discípulos, dominan sobre ellas: vosotros no lo hagais así, sino más bien el que quiera ser mayor, sirva á todos; el que quiera ser el primero, sea

(1) Luc. IX, 23.

(2) Rom. XIII.

siervo de todos, á imitacion del Hijo del hombre, que siendo Dios, no vino á reinar con el egoismo, haciéndose servir, sino con la humildad, sirviendo á todos, y con la caridad, amando á todos hasta morir por ellos (1). De este modo, Señores, el trono del rey, la silla del juez, la cátedra del sábio y todo lugar de autoridad es un altar, donde el que lo ocupa se da todo por Jesucristo, se sacrifica todo por el bien de los demás; y los miembros todos del gran cuerpo, sacrificando sus bienes, su poder, su inteligencia y su vida por el bien comun, realizan el bello ideal de la perfeccion y de la felicidad social. No la busqueis fuera del sacrificio y de la union por la caridad que inspira el Catolicismo, y que quitando su dureza á la dominacion y á la sumision su bajeza, lo ennoblece todo con la pasion del amor, y enseña ser el más grande aquel que, desprendido de su egoismo y consagrado sin reserva al bien de sus hermanos, vive para servirlos, muere para salvarlos.

Concluyamos la demostracion viendo en la sagrada Eucaristía la fuente inagotable de esta caridad, y por consiguiente, el más sólido fundamento de la union y de la felicidad social.

SEGUNDA PARTE.

Todos los siglos han reconocido que solo el catolicismo es el árbol que produce la caridad, fruto que da vida social. Recordemos dos testimonios de esta verdad. Juliano Apóstata, consagrando todo su poder á resucitar el

(1) Matth. XX, 25 ad 29.

politeísmo y á darle un principio de vida, para con ello borrar de la tierra hasta la memoria de Cristo, repetía con frecuencia á los que le rodeaban y servían de instrumentos para realizar sus designios: «Tratemos de imitar á los discípulos del Nazareno: ved, ved cómo se aman (1).» Dió testimonio de un hecho grande y sublime que le descubría la fuerza social del Catolicismo; pero no pudo reproducirlo fuera de él, como quisiera, para arruinarlo, oponiendo potencia á potencia. El amor verdadero, que hace olvidarse de sí mismo al amante para que se refunda en el amado, no lo engendra el hombre. Ni los filósofos con sus sistemas, ni los Césares con su poder, pudieron ni podrán hacerlo, porque no son dueños de los corazones. Es obra de Dios, que es caridad (2); es obra de Dios, en cuya mano está el corazón del hombre. Solo el que permanece unido á Dios, vive de la caridad.

El otro testimonio es más reciente, escapado también, como á su pesar, de la pluma del mayor enemigo del Catolicismo; de Voltaire. En su Ensayo sobre las costumbres, dice: «Todas las comuniones separadas de la Iglesia Romana no han podido imitar, sino muy imperfectamente, la caridad generosa que la caracteriza (3).» Tiene mucha fuerza esta confesión salida de boca del hombre que juró acabar con la obra de Jesucristo.

Este carácter constante de la Iglesia católica, manifestado por millares de hechos que brillan en la historia de los siglos, debe tener un origen superior; debe tener

(1) Julian., Epist., 49. Ya también en tiempo de Tertuliano reconocían esto mismo los gentiles, los cuales, hablando de los cristianos, decían: *Vide ut invicem se diligant, et ut pro alterutro mori sint parati.* (Tertul. Apolog., cap. 39.)

(2) I Joann., IV, 16.

(3) Voltaire: Ensayo sobre las costumbres, cap. 139.

un manantial divino, cuyas aguas conserven la lozanía del fruto y del árbol á la vez. Ese manantial, hermanos míos, lo ha poseído la Iglesia, lo posee, y jamás podrá serle robado. Lo teneis á la vista: es la sagrada Eucaristía. Ella sola posee ese tesoro, y en él el conjunto de toda la religión, el alma del Catolicismo. Tres misterios principalmente constituyen el Catolicismo: la Encarnación; Dios que se acerca al hombre, Dios unido á la naturaleza humana; la Pasión; Dios inmolado por el hombre; la sagrada Eucaristía; Dios unido, estrechado cuanto es posible estarlo en la tierra, con cada hombre que lo quiere. El amor es el principio de estos tres misterios, que son la manifestación del amor de Dios al hombre, y en el de la Eucaristía se resumen los otros dos, porque es la Encarnación perpetuada, el sacrificio continuado; es la Encarnación y el sacrificio llevados al último extremo por el amor que los produce.

La sagrada Eucaristía, con relación al hombre que la recibe, se llama Comunión, unión común, unión de Dios y del hombre, comunicación de Dios al hombre, para que el hombre, embebido en Dios y hecho como Dios, se una también al hombre su hermano, y se realice el gran designio de Jesucristo: *Ut sint unum, sicut et nos*; y se realice por la caridad: *Ut diligatis invicem*. Las sectas no tienen esta sávia vivificadora, porque no tienen el tronco hermoso de donde procede; no tienen la vid de Jesucristo. Son sarmientos cortados de la vid, y no producen fruto, porque Jesucristo lo dijo: «No podeis producir si no permaneceis en la vid; el que permanece en mí y yo en él, ese es el que produce fruto en abundancia; porque sin mí nada podeis hacer (1).» «Esos hombres no poseen

(1) Joann., XV, 5.

á Jesucristo; no quieren que esté entre ellos; lo rechazan negando su presencia en el Sacramento adorable, y lo conservan solo como un recuerdo. Para ellos, la Encarnacion es un hecho aislado. Jesucristo pasó por la tierra como otro cualquiera, y volvió al cielo, dejando á los hombres la libertad de creer lo que quieran acerca de su persona y de su doctrina. La pasion para ellos, es un hecho histórico, una redencion nominal: la Eucaristía, una figura, una representacion sin objeto, una sombra sin realidad; la Comunion, una pura ceremonia, ni aun el nombre de Comunion les merece; llámanla Cena. No es ni puede llamarse de otra manera, porque no hay allí union de Dios con el hombre, ni principio de union de los hombres entre sí. Solo la Iglesia católica posee á Jesucristo; solo ella se alimenta de Jesucristo; solo ella vive de la vida de Jesucristo.

El modelo de toda sociedad perfecta entre los hombres, hemos dicho antes, es la de las Divinas Personas entre sí; la del Padre con Jesucristo, la de este con su Iglesia, la de Dios con el hombre. Ese modelo está siempre entre nosotros en la sagrada Eucaristía. Ahí se nos explica esta sociedad; ahí se nos revela y se nos infunde su espíritu. Recordad que Jesucristo en la última cena oró, diciendo: «Guárdalos, Padre Santo, para que sean una misma cosa, como nosotros; para que todos caminen en unidad, como tú en mí y yo en ti. Yo en ellos y tú en mí, para que permanezcan en la consumacion de la unidad (1).» Notad que esta oracion fué hecha despues que habia instituido el sacramento augusto de nuestros altares; despues que habia dado á sus Apóstoles su cuerpo y su sangre en alimento. El Padre estaba en Je-

(1) Id. XVII, 12.

sucristo; Jesucristo en sus discípulos, á quienes se habia comunicado en la sagrada Comunion; entonces es cuando exclama: «Yo en ellos y tú en mí, para que permanezcan en perfecta unidad: guárdalos, Padre Santo.» ¿Quién no descubre aquí el fin principal de la Eucaristía? ¿Quién no ve en ella el lazo de union que Jesucristo quiere establecer entre los hombres, para que se verifique en ellos lo que cantaron los ángeles en la campiña de Belén: «Paz á los hombres de buena voluntad?» (1) Así se cumple lo que siglos antes anunciara el Profeta: «Puso paz en todos tus términos, y para ello te alimenta con la grosura, con la flor del trigo (2).»

Entonces tambien, en esa noche memorable, y despues de haber llevado su amor hasta el último extremo, uniéndose al corazon de cada uno, es cuando Jesucristo ve la ocasion de hablar á sus discípulos de la caridad, de la union entre sí, del mútuo amor, pronunciando el sublime discurso que admiran y admirarán todos los siglos. ¿Cuándo mejor pudiera hacerlo? ¿Cuándo hacer el último esfuerzo para extirpar del corazon humano la raiz del egoismo, mejor que en esa hora en que, llenos de Dios, extasiados por la inefable dignacion de su Maestro, que se les daba en alimento, sentian en sí mismos la caridad de Dios? Entonces comprendieron los Apóstoles el admirable sentido de aquel precepto: «Amaos como yo os he amado (3);» entonces comprendieron el significado de aquellas palabras: «Tú en mí, Padre mio, y yo en ellos, para que sean uno con nosotros (4): el Padre y yo somos una misma cosa; vosotros y yo una misma cosa, como el alimento y el que lo toma. Como yo os he ama-

(1) Luc. II, 14.

(2) Psalm. CXLVII, 3.

(3) Joann. XIII, 34.

(4) Id. XVII, 23.

do, amaos los unos á los otros.» Uníos, sed una misma cosa, incorporando vuestros corazones, enlazando vuestros espíritus por el amor. ¡Oh, que es admirable, Señores, la conducta de Jesucristo! ¡Es sublime su desig- nio! ¡Es adorable el medio por el cual llega á su conse- cución! Meditad esas palabras; admirad esa conducta; contemplad su resultado.

Jesucristo dijo: yo he venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (1). Esa vida, dice San Juan, es la caridad; el que no ama, permanece en la muerte; y nosotros sabemos que no permanecemos en ella, que hemos pasado de la muerte á la vida, en que amamos á los hermanos (2). Esa vida-caridad es Jesu- cristo; él lo dice: «Yo soy la vida (3).» El medio de lo- grarla el hombre es la Comunión. «Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, no tendreis vida en vos- otros (4). Jesucristo ha venido para reunir los hijos de Dios, que estaban dispersos (5). Les da esta union, for- mando de todos un cuerpo con un solo espíritu en la fe y en el bautismo (6). Quiere que este cuerpo crezca en todas las cosas en el mismo Cristo, que es su cabeza; por el cual, todo el cuerpo, coligado y unido por toda coyuntura por donde se le suministra el alimento, obrando á proporción de cada miembro, tome aumento para edificarse en caridad (7). ¿Cómo se mantiene este cuerpo, cómo por Cristo se le infunde el principio vital que le hace crecer y edificarse en caridad? El mismo

(1) Joann. X, 10.

(2) I Joann. III, 14.

(3) Joann. XIV, 6.

(4) Id. VI, 54.

(5) Id. XI, 52.

(6) Ephes. IV, 4, 5.

(7) Id. id., 16.

Apóstol lo dice: «Un pan, un cuerpo, somos muchos;» es decir, todos los que participamos de un mismo pan. «Y el pan que participamos, añade, ¿no es la comuni- cación del cuerpo del Señor?» (1) Él es el que, alimen- tando á cada uno de los miembros, les hace concurrir á la edificación comun por la caridad; él es el que, enla- zándolos consigo mismo, los une entre sí con union la más perfecta.

Es un axioma, Señores, que dos cosas que son igua- les á una tercera, son iguales entre sí: dos cosas igual- mente unidas á una tercera, están unidas entre sí. En la sagrada Comunión nos hacemos una misma cosa con Cristo. ¿Cómo podrán menos de ser una misma cosa y estar íntimamente unidos los cristianos que se unen á Cristo? Un cuerpo somos, dice el Apóstol, los que come- mos de un mismo pan y participamos de Cristo. Así como un pan se forma de muchos granos de trigo, tan unidos que no aparece distinción, y este pan se convier- te en el cuerpo de Cristo por las palabras de la consa- gración: así los diversos participantes de este cuerpo, en unidad de fe, esperanza y caridad, se hacen un solo cuerpo con Cristo (2). Él es quien nos une, él quien nos estrecha; él es el humor vital de este gran cuerpo, que sin él no puede conservar su integridad y su vida. Jesu- cristo, en la sagrada Eucaristía, es el centro hácia el

(1) I Corinth. X, 17.

(2) Sicut unus panis ex multis granis conficitur, qui postea in corpus Christi, et per fidem, et per sancta verba quæ Christus suos docuit, con- vertitur; sic diversi participantes hoc corpore in unitate fidei, spei et charitatis unum corpus cum Christo sunt. (Guerric. Abb., Serm. 5 de Purif. B. M. V.) Quomodo panis multis ex granis compositus, sic coa- lesceat, ut nusquam grana appareant, sed sint quidem ipsa, haud tamen eorum manifesta distinctio sit propter conjunctionem, ita nos quoque cum alii aliis, tum Christo jungimur. (S. Joann. Chrysost., Hom. 24 in expos. Epist. 1 ad Corinth.)

cual converjen todos los cristianos; es como betun divino, que une entre si los corazones de los fieles; es la piedra angular que une ambos extremos (1); es la enseña gloriosa en torno de la cual se agrupan todos los fieles, adunando sus esfuerzos para llegar al término que él mismo les propone. Con razon le llama San Agustin Sacramento de la piedad, signo de la unidad, vínculo ó lazo de la caridad (2).

Acostumbraban los antiguos, para celebrar sus alianzas, ofrecer un sacrificio y celebrar un banquete sagrado, en el cual los aliados comian la carne de las víctimas; y siendo doctrina suya que, comiendo estas carnes, comunicaban con la Divinidad á quien se habian consagrado, daban á entender que ponian á Dios como lazo de union, como signo y principio, testigo y garante de la alianza, haciéndose cada parte una misma cosa con ella. Aun fuera de la religion, la gran prueba de amistad, la demostracion más frecuente de union en el mundo, es comunicarse el alimento, comer en una misma mesa y de una misma sustancia, como significando que es uno mismo el principio de vida de los amigos, y que se identifican mediante aquella comunicacion. Hé aquí lo que quiso Jesucristo en la sagrada Eucaristía: que alimentándose los hombres del mismo manjar divino, tengan el mismo principio de vida, el mismo origen de sentimientos, la misma sustancia, por así decirlo; y de este modo se enlacen y sean una misma cosa. Y Él es el único que produce este efecto. Los medios humanos de comunicacion para la comida, obran solo directamente sobre el cuerpo; la comida material no obra sobre el co-

(1) Act. Apost. IV, 11.

(2) O Sacramentum pietatis, ò signum unitatis, ò vinculum charitatis! (S. August., Tract. 26 in Joann.)

razon: si algo hay en este, es por el espíritu con que aquella se celebra. En la sagrada Comunion no sucede así. Jesucristo se comunica al corazon; obra directamente sobre él; y esta obra de la caridad divina sobre los corazones, difunde la caridad en todos los que de él se alimentan. Allí es donde los hombres, á quienes enlaza la fe por la unidad de origen y de destino, se estrechan por la unidad de espíritu y de vida.

Fijad los ojos en la Sagrada Mesa: hombres de todas clases y condiciones se agrupan en torno de ella, realizando la sublime igualdad de los hombres delante de Dios, única posible. El hombre de la inteligencia y el hombre del trabajo; el que viste púrpura, y el que apenas mal cubre su cuerpo con rústica tela, todos son llamados á la vez, y á la vez concurren todos; el mismo manjar se les sirve, el mismo pan comen; á todos les dice Jesucristo: «Tomad y comed, este es mi cuerpo (1).» A todos dice: «Vosotros estais en mí y yo en vosotros; somos una misma cosa, vivimos una misma vida (2).» Esos hombres se levantan, y en santo recogimiento contemplan el amor de Dios, que en ellos ha hecho cosas grandes; y en su espíritu se forman ideas sublimes. Dios está en mí, dice el cristiano: tengo á Jesucristo en mi corazon, le siento en mi alma, se me ha dado en alimento, porque me ama; me inunda de amor; él es mi vida, él es mi todo. *Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi?* (3) Recójese más en su espíritu, y espera en silencio que Dios deje oír su voz, sin ruido de palabras, allá en el fondo del corazon (4): ya la per-

(1) Matth. XXVI, 26

(2) Joann. VI, 57.

(3) Psalm. CXV, 3.

(4) Osee, II, 14.

cibe, porque no se hace esperar; y esa voz le habla, como grabando en el corazón estas palabras: «Si me amas, ama á tus hermanos; este es mi precepto: que os améis mutuamente (1).» Sí; yo amo, yo amo, responde el hombre fiel. ¿Cómo no amar, si Dios lo quiere? ¿Cómo no amar, si Dios lo pide? ¿Cómo no amar, si Dios lo manda? ¿Cómo no amar, si mi corazón está lleno del amor de Dios, que me apremia, me precisa á amar? Dirije una mirada en torno suyo, la extiende por la fe á todo el mundo, y exclama: Hé aquí hombres que también tienen á Dios en su corazón. El que ama, y por su amor se ha unido á mí, también los ama á ellos, y por amor se les ha unido como á mí. Ellos le aman, y por amor han venido á unirse á él. ¿Cómo no amaré yo á los que Dios ama, y á los que aman á Dios? ¿Cómo no me uniré á los que están unidos á Dios, como yo me siento unido? ¡O amor! ¡O caridad! O Dios-Caridad! Dios, lazo que nos unes, yo amo á los que tú amas; yo amo á los que te poseen; yo amo á los que te buscan á ti y á ti se unen. Os amo, hermanos. Somos hermanos, somos una misma cosa: unámonos, amémonos, confundámonos en un solo ser, en un solo corazón. Sea uno mismo nuestro interés, una misma nuestra gloria.

No son ideas abstractas: no son ideas de una imaginación exaltada por el misticismo: los hechos responden, y la lógica de los hechos es irresistible. Nada hay que descienda tanto al terreno positivo de la práctica, como la caridad. Los primeros fieles, dice el libro de los Actos Apostólicos, perseveraban constantes en la fracción del pan, es decir, en la sagrada Comunión; y la multitud de los creyentes era un solo corazón, una sola alma (2), y

(1) Joann. XV, 12.

(2) Act. Apost. IV, 32.

todos atendían á las necesidades de todos. Ved cómo se aman, decía Juliano Apóstata. La caridad perfecta no pertenece sino al Catolicismo; fuera de él no se encuentra, dice Voltaire. Algo hay, pues, en los Católicos, que no tienen los demás; algo que los une y les infunde la caridad. Sí, algo hay; es la Eucaristía. Dios, que por amor se da al hombre, para que el hombre ame á su hermano; Dios, que por amor se une al hombre, para que el hombre por amor se una á sus hermanos, y unidos vivan felices.

Y bien, hermanos: lamentamos el estado de división de los pueblos, y los políticos discurren en vano sobre sus causas y sobre sus remedios. Uno y otro descubre el Catolicismo. Desde que el hombre se separa de Dios, no se halla sino á sí mismo; desde que el hombre no se une á Dios, no se adhiere sino á sí mismo; á medida que los hombres se apartan de la Eucaristía, se enfrian los corazones, el egoísmo crece, la discordia aumenta, la disolución amenaza. Roto el lazo de unión, la unión es imposible. Que los pueblos vuelvan á Jesucristo; que vuelvan á alimentarse de la Eucaristía con la frecuencia y el amor que Jesucristo desea, y la vida de Dios se manifestará, como dice San Pablo, en nuestra carne, en nuestras acciones (1). Los hombres se estrecharán, se amarán, volverán á ser un solo corazón y una sola alma; y en perpétua alianza, harán desaparecer, hasta donde es posible en la tierra, los males de la sociedad. Sin caridad no hay unión; sin Eucaristía no hay caridad.

Conocemos el mal, conocemos el remedio; apliquémoslo á la sociedad enferma, y sanará. Lleguémonos con frecuencia al Altar Santo; y cada uno, uniéndose á Je-

(1) II Corinth. IV, 11

sucristo, restablezca en su corazón el imperio de la caridad, destronando al disolvente egoísmo. En la vida privada y en la vida pública; en el seno de la familia y en el seno de la sociedad, mirémonos todos como hermanos: amémonos como tales; obremos la justicia; vivamos de la caridad, uniéndonos unos á otros, sacrificándonos unos por otros. Nuestro interés sea la gloria de Dios y el bien de la sociedad: para nosotros, solo la parte que nos alcance del bien común. De este modo seremos como un solo cuerpo en el orden de la sociedad, como un solo cuerpo en el orden de la religión, y lograremos la felicidad temporal y la felicidad eterna.

SEPTIMO SERMON.

La caridad, como donación y sacrificio. La Eucaristía, estímulo, sosten y recompensa de esta unión y sacrificio.

Mandatum novum do vobis; ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.

(Joann. XIII. 34.)

CONTINUEMOS, Señores, nuestros estudios sobre la caridad. Es tan vasto el círculo á que se extiende, son tan hermosas y variadas sus fases, son tan felices y magníficos sus efectos, que ella sola pudiera darnos materia para todos los discursos de estos santos ejercicios. Basta decir que el Catolicismo es amor, es caridad; que esta comprende todas las relaciones del hombre con Dios, consigo mismo y con los demás hombres; más aún, que es la vida del mismo Dios (1), y el lazo que estrecha á las Divinas Personas en su unidad (2), para conocer que la ciencia de la caridad es inagotable é infinita. Ella forma la supereminente ciencia de Cristo, que ambicionaba

(1) I Joann. IV, 26.

(2) *¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate, summam et ineffabilem illam conservat unitatem, nisi charitas? (S. Bern. Epist. 11, ad Guiconem.)*

San Pablo (1); ella la que nos hace comprender la longitud y la latitud, la altura y la profundidad del gran misterio de Dios (2), del gran Sacramento de la piedad divina (3) en la restauracion del Universo. Pero ya que no nos sea posible recorrer el inmenso campo de la caridad en todas sus manifestaciones, y que es fuerza reducirnos á consideraciones generales, ocupémosnos hoy de ella, como indiqué ayer, mirándola como donacion y sacrificio. Tambien bajo este punto de vista se nos presenta la Sagrada Eucaristía como la fuente de la caridad, y por consiguiente como principio fundamental de felicidad pública, elevando al hombre al sublime heroismo de todas las virtudes. Compendio de las admirables invenciones de Dios en favor de la humanidad, memorial eterno de los prodigios del amor divino que se da en alimento á los que le temen (4), el augusto Sacramento de nuestros altares es el foco de la caridad del hombre con el hombre, para que llegue la criatura á reflejar en la tierra la inefable bondad y caridad de Dios, y cumpla lo que dijo Jesucristo: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial (5).» Fijemos la proposicion. La doctrina de Jesucristo, única que inspira y enseña al hombre la caridad, considerada como donacion y sacrificio de sí mismo por sus hermanos: Primera parte. La Sagrada Eucaristía, estímulo, fortaleza y recompensa del hombre que se da y se sacrifica por caridad; Segunda parte.

(1) Ephes. III. 19.

(2) Ephes. III. 11, 18.

(3) I Timoth. III. 16.

(4) Psalm. CX. 4.

(5) Matth. V. 48.

PRIMERA PARTE.

La caridad, hermanos míos, es la donacion de sí mismo, el sacrificio que hace el hombre de lo que es y de lo que tiene en beneficio de los demás y en fuerza del amor, para que resulte de ello la felicidad comun. La caridad es por lo mismo la base de la perfecta sociedad. El hombre es esencialmente sociable. Sér que necesita de otros séres para el complemento de su vida y para la realizacion de sus destinos; sér que necesita de Dios y de los demás hombres, naturalmente se une á Dios y á sus semejantes.

Fijémosnos hoy en esta segunda sociedad. La constituye la reunion de hombres solidariamente unidos por los mismos derechos y obligaciones bajo la direccion de un Gobierno. Consiste principal y esencialmente en la comunicacion mútua de bienes y males, en la mancomunidad de derechos y deberes para la consecucion de la felicidad posible en el órden humano. Esta mancomunidad perfecta no puede existir sin la caridad, sin el verdadero amor. El hombre precisamente se alimenta en su corazon del egoismo ó de la caridad. El egoismo produce una repulsion, un rechazo de cuanto nos rodea. El egoista se aísla, cierra su corazon por miedo de que llegue hasta él un sentimiento que le obligue á ceder una parte de lo que mira como suyo, ó de lo que quiere para sí. El amor, por el contrario, produce la atraccion, es expansivo y generoso, y quiere la comunicacion de cuanto tiene, para hacer feliz al objeto de sus sentimientos. El egoismo, pues, se opone á la sociedad en sí mis-

ma y en su noble fin: es preciso matarle, acabar con él; y esto solo sabe y puede hacerlo la caridad, esa pasión que, cuando es noble y pura, es también esencialmente liberal y comunicativa. El amor no puede contenerse en sí mismo, necesita salir de sí, trasladarse totalmente al corazón amado, tener con él una misma vida, sacrificarse por él, dándose todo para satisfacerse á sí propio. Hé aquí lo que decía San Agustín: «A cualquier parte que me dirija, el amor me lleva: si él marcha, yo le sigo; si se detiene, me detengo; si sube ó baja, con él subo ó bajo también (1).»

El que ama, lo quiere todo para el amado. Si se ama á sí mismo, como el egoísta, lo quiere todo para sí: si ama á Dios, todo lo quiere para Dios: si ama á sus semejantes, para ellos lo quiere todo. Y el amor, que es un sentimiento que se manifiesta exteriormente en las acciones, se refunde por lo mismo en la donación y el sacrificio. Ved por qué he dicho que la caridad, que es el amor perfecto y santo, es la donación y sacrificio de cuanto el hombre es y de cuanto tiene, en beneficio del amado: la donación de sí mismo y de todos sus bienes, transmitiéndolo todo al amado, para comunicarle sus goces y remediar sus males, como si fueran propios. Tal es el verdadero lazo social; y este lazo lo establece solo el Catolicismo, porque él solo posee la fuente de la caridad.

El Catolicismo, Señores, es la sociedad del hombre con Dios, establecida por Jesucristo y perpetuada por la Iglesia que él fundó, mediante la fe, la gracia y los Sacramentos. Esta sociedad comunica al hombre la vida de

(1) *Pondus meum, amor meus; eo feror quocumque feror.* (S. Aug. Confes., lib. 13, cap. 9.)

Dios, y la vida de Dios es amor; y comunicada al hombre le hace participar de los sentimientos de Dios. Por ello promulgó Jesucristo el gran precepto, el mandamiento nuevo, no conocido antes en el mundo: «Amaos mutuamente, sin diferencia de amigos y enemigos: amaos todos, pero amaos como yo os he amado (1).» ¿Cómo nos ama Jesucristo; cómo nos manifiesta su amor? Por medio de la donación, por medio del sacrificio de sí mismo.

Dios, que lo criara todo, y todo lo dió al hombre en testimonio de amor, va más adelante en su donación, y sintiendo en sí un amor infinito, le hace un don infinito también; le da á su Hijo (2). Se nos ha dado un niño, nos ha nacido un hijo, exclama Isaías (3). ¿Cuál es su nombre? Emmanuel (4), Dios dado al hombre, Dios comunicado al hombre, Dios hecho compañero del hombre (5). Hé aquí la Encarnación: hé aquí toda la vida de Jesucristo. Dios, que se da al hombre como inteligencia; Dios, que se da al hombre como poder; Dios, que se da al hombre como amor; Dios, que se da todo al hombre, tomando la naturaleza humana. En esto, dice el discípulo amado de Jesucristo, en esto se manifestó la caridad de Dios hácia nosotros, en que envió á su Unigénito al mundo para que vivamos por él y vivamos de su misma vida (6). Este amor es el gran modelo presentado por el Catolicismo al género humano, y en vista del cual dice Jesucristo: «Amaos como yo os he amado:» daos unos á otros como yo soy un don del Padre, y como yo me doy

(1) Joann. XIII, 34.

(2) Id. III, 16.

(3) Isai. X, 6.

(4) Id. VII, 14.

(5) Matth. I, 23.

(6) I Joann. IV, 9.

á vosotros. Dad vuestros bienes, daos á vosotros mismos. Ved ahí la fuente de la caridad católica. Así es como Jesucristo excita en el corazón del individuo y en la sociedad esa pasión noble, esa necesidad de darse como inteligencia para ilustración del ignorante, como fuerza para apoyo del débil, y como riqueza, sobre todo, para socorro del desgraciado. Y cuando el hombre, sintiendo la presión del amor divino, exclama: Yo quiero amar, yo quiero dar; ¿cómo lo haré para corresponder á mi Dios? la religión dice: Da, da á Jesucristo en la persona del niño, en la persona del ignorante, en la persona del pobre. Fijándose en este último, en el pobre, dice Jesucristo al hombre: «Lo que hagas en favor suyo, á mí mismo me lo haces (1).» ¡Qué ideas tan sublimes inspira esta doctrina! ¡Qué armonía tan sorprendente prepara para el desenvolvimiento del plan divino en el orden social.

Por más esfuerzos que se hagan en el mundo, siempre habrá en la sociedad hombres que nadan en la abundancia, y hombres que viven en la privación y la indigencia. Así ha sido siempre, y así será. Son muchas las causas de esta desigualdad. Jesucristo ha dicho: «Siempre tendreis pobres entre vosotros (2);» y de esta palabra, como de todas las demás del Evangelio, dice el mismo Hijo de Dios: «No pasarán; antes pasarán el cielo y la tierra (3).» Como en prueba de ello, Jesucristo, que vino á ser el modelo del hombre en todos los estados, quiso ser pobre y serlo hasta el último extremo, para que no faltase al desgraciado un ejemplo divino y un consuelo celestial, viendo divinizada la pobreza en

(1) Matth. XXV, 40.

(2) Joann. XII, 8.

(3) Luc. XXI, 33.

Jesucristo, que llama además bienaventurado al pobre (1), y á él dice haber sido enviado de un modo especial (2). ¿Cuál es el designio de Dios sobre la humanidad, al dar á uno los bienes, la riqueza que niega á otros? Es, amados míos, el de que la abundancia de unos supla la indigencia de otros, á fin de establecer la armonía, que solo está en la gradación. Ved el grande orden de la Providencia. Según él, la donación de bienes, es decir, la limosna, es la primera y esencial condición de la vida social; y para que esta condición se cumpla, y esta donación se haga por la caridad, Jesucristo trasfiere sus derechos al pobre, haciéndole representante suyo, para que á él dirija el hombre el amor que debe á Dios. ¿Y quién será el rico que se olvidará del pobre ó le rechazará cuando en su persona viene el mismo Jesucristo á implorar su piedad, cuando es un Dios el que le dice: «Yo, que soy el Criador, de quien has recibido cuanto tienes; yo, que soy el Redentor, que por tu salud he bajado del cielo y me he dado á ti; yo, que te prometo una felicidad eterna, en reconocimiento de lo que te he dado, en retorno de lo que te tengo prometido, te pido un don? ¿Me negarás un tributo de las riquezas que por mí has recibido? Con esta doctrina desaparece el desorden de todas las pasiones. Conmóvidos por la voz de su Dios, comprendiendo los sufrimientos y respetando los derechos del pobre, los ricos dan y se santifican por la caridad. A su vez los pobres devuelven al rico amor y gratitud, y se santifican con la humildad y la paciencia. El rico imita á Dios Criador, que lo posee todo, y pone su gloria en darlo todo; el pobre imita á Dios Redentor, que no poseyendo nada, pone su gloria en la desnudez

(1) Matth. V, 3.

(2) Luc. IV, 18.

y el sacrificio; y enlazados ambos por la caridad, y abrazándose con la efusion de esta pasión divina, labran su mútua felicidad. Hé aquí la idea católica: hé aquí el plan social del Catolicismo, que une y estrecha los extremos por la caridad. En él, dice San Agustín, no se oye decir como á aquel jóven del Evangelio: «Señor, decid, mandad á mi hermano que divida conmigo su hacienda;» y á quien Jesucristo respondió: «Hombre, ¿quién me ha puesto por juez ó repartidor entre vosotros? Guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no está en la abundancia de las cosas que posee (1).» Nosotros, continúa el santo Doctor, llevando la caridad hasta donde nos es posible, interpelamos al Señor, pero con otras palabras. «Señor, le decimos, decid á mi hermano que posea conmigo mi herencia. La codicia, el amor de la tierra, pide y quiere la division; la caridad no desea sino la reunion (2).

Volvamos al amor de Dios, á la caridad de Jesucristo. No solo nos la manifiesta con la donacion, sino tambien con el sacrificio. Se abate, se humilla, sufre, y muere; muriendo perdona, y perdonando salva. Nos amó, dice San Pablo, y se entregó á la muerte por nosotros (3). ¡Cuán grande aparece esta caridad! continúa el mismo

(1) Luc. XII, 15.

(2) Merito non audivit fratrem contra fratrem interpellantem et dicentem: Domine, dic fratri meo, ut dividat mecum hæreditatem..... ¿Quis constituit me divisorem hæreditatis inter vos? Colligere veni, non dividere; ideo, inquit, dico vobis: cavete ab omni cupiditate. Cupiditas enim cupit dividere, sicut charitas colligere. ¿Quid est autem cavete ab omni cupiditate, nisi impleamini charitate? Nos charitatem pro captu nostro habentes interpellamus Dominum..... sed non hac voce, non hac postulatione; ille enim dixit: Domine, dic fratri meo dividat mecum hæreditatem; nos dicimus: Domine, dic fratri meo, teneat mecum hæreditatem. (S. Aug. Serm. 6, lib. 17 Homil.)

(3) Gal. II, 20.

Apóstol. Apenas se encontrará quien se sacrifique por un hombre justo, mientras que Jesucristo se sacrifica por los pecadores, por los que la iniquidad tenia muertos, á fin de que recobren la vida (1): aún más; muere á sus manos, y ruega por los que le crucifican, y perdona á los que le insultan (2). ¡O caridad! ¡Cómo llega al exceso de que Cristo hablara con Moisés y Elías en el Tabór! (3) En esto, exclama San Juan, en esto acabamos de conocer el amor que Dios nos tiene, en que sacrificó su vida por nosotros: nosotros, á su ejemplo, debemos sacrificarla por nuestros hermanos (4).

En efecto; Jesucristo, perdonando á sus enemigos y sacrificándose por todos, confirma el sublime precepto del Cenáculo: amaos como yo os he amado. Con ello da un golpe de muerte al egoismo que domina el corazón humano; penetra los abismos de ese corazón, busca en sus más recónditos pliegues al egoismo, y lo arranca; se eleva á la region de las ideas, y las ilustra; desciende á la esfera de las acciones, y presenta el modelo. Recordemos la doctrina de Jesucristo. «Habeis oido que fué dicho: amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; más yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os hacen mal, rogad por los que os persiguen y os calumnian, para que seais hijos del Padre que está en los cielos, el cual hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos y los pecadores (5).» ¿Habeis alguna vez fijado la atención en estas máximas del Catolicismo: amad á vuestros enemigos; es

(1) Rom. V, 7, 8.

(2) Isai. LIII, 12; Luc. XXIII, 34.

(3) Luc. IX, 31.

(4) I Joann. III, 16.

(5) Matth. V, 43 et seq.

decir, no aborrezcais á nadie, á nadie trateis como enemigo? Si los demás no te aman, ámales tú. El amor engendra amor. No distingas de buenos y malos, de amigos y enemigos; haz bien á todos. Si ellos te ofenden, tú bendícelos; favorece al que te ha ofendido, en vez de vengarte, y vécele con el amor (1). En esto se conocerá que sois mis discípulos (2): así sereis hijos del Padre que está en los cielos; esto es, así sereis todos hermanos (3). Jamás filósofo alguno habló de esta manera. Los sistemas anticatólicos, partiendo del egoísmo ó dirigiéndose á él, sancionan la division, la venganza y el odio; y mientras el hombre sea egoísta, es decir, mientras se mire como principio y término de sí mismo, como centro al cual han de dirigirse todas las cosas, encontrará enemigos por do quiera, porque siempre verá hombres que sirven de obstáculo á sus aspiraciones; siempre se creará perjudicado y herido por ellos.

El Catolicismo, por el contrario, mata el egoísmo, condenando la division, el odio, la venganza. Hé aquí la verdadera fraternidad: *Amaos, y sereis hijos del Padre que está en los cielos*. La que los demás sistemas tratan de fundar, es una fraternidad de teoría, y si se quiere de derecho. Todos los hombres, dicen, son hermanos; todos tienen derecho á ser tratados como hermanos. Y escriben estas hermosas palabras con gruesos caracteres en los libros, y las repiten en pomposos discursos, y las imprimen en la primera página del libro de las leyes. ¿Qué más hacen? Nada más: esto es todo, porque no pueden más. Ni dan al hombre la fuerza necesaria para elevarse sobre las miserias de su propio sér, ni destru-

(1) Rom. XII, 14, usq. in finem.

(2) Joann. XIII, 35.

(3) Matth. V, 45.

yen el egoísmo, ni ponen en su lugar la planta fecunda de la abnegacion y del sacrificio. Hacen más bien lo contrario, porque olvidando ó aparentando olvidar, que entre los hermanos hay mayores y menores, proponen y predicán una igualdad absurda; engendran el orgullo, provocan la insubordinacion, sin la cual no es posible la sociedad; y si gradacion llegan á admitir, porque es necesaria, estos predicadores de la igualdad, la admiten solo á condicion de ser ellos los primogénitos de la gran familia, anulando en su favor la máxima fundamental de su doctrina, y produciendo el absurdo de igualdad y desigualdad al mismo tiempo. Quieren todos ser primogénitos, ser cabezas; y estorbándose mutuamente, se odian y persiguen; y teniendo siempre en sus lábios la hermosa palabra *hermanos*, tienen en su corazon egoísta la horrible palabra *enemigos*, y en su mano la espada, si no el puñal, para conquistar la pretendida fraternidad, sacrificando á sus hermanos. Lo que el hombre necesita, Señores, no es una frase sonora; no es una idea pomposa impresa en un libro; no es un derecho nominal consignado en un código; es una virtud real y práctica, arraigada en el corazon; y la virtud no nace en los libros de los filósofos, ni en los códigos de los legisladores, ni en las convulsiones de la revolucion; nace solo en la tierra donde Dios esparce su semilla. Esa tierra es nuestro corazon; esa semilla el amor de Dios, y con él sus palabras: «Amaos como yo os amo; perdonaos como yo os perdono; más aún, haced bien á los que os hacen mal, como yo lo hago.» Hé aquí la verdadera fraternidad. Su esencia es una virtud; la virtud es la victoria que el hombre alcanza sobre sus pasiones; es el sacrificio del egoísmo en aras de la caridad.

Esa virtud, dice San Pablo, engendra la paciencia, la benignidad y la dulzura, y rechaza la envidia, la am-

bición, la ira y toda iniquidad (1). Donde hay caridad no vereis estos males, no vereis el egoísmo; vereis por lo mismo la unión, el sacrificio, el amor á todos. Por ello concluye el Apóstol: esforzaos en conservar la caridad, el amor de la fraternidad (2). Hé aquí la caridad católica, Señores. ¿La encontrareis igual en los sistemas filosóficos? ¿Por qué no hemos de buscar sencillamente la verdad, que ha civilizado al mundo, y se ha de sustituir con pomposas frases que nada tienen de positivo, y que, como dice San Judas, sembrando vientos, no dan sino cosecha de tempestades? (3) Escuchad ahora las últimas palabras de Jesucristo en orden á la caridad. «Amaos, y sabed que nadie tiene un amor tan perfecto como el que muere por los que ama (4). Yo lo hago por vosotros, para daros ejemplo de este perfecto amor.» Nosotros, añade San Juan, nosotros debemos por lo mismo morir por nuestros hermanos (5). Ved el término de la caridad: la muerte, el sacrificio de la vida por amor á los demás. ¿No es esta la más sublime fraternidad?

De este modo nos conduce Jesucristo al fin propuesto. Primero estrecha y une las voluntades; despues enseña la donación de bienes; luego infunde el amor á los enemigos; y por fin, prescribe el sacrificio de sí mismo en las aras del amor al prójimo; y siempre al lado del precepto coloca el modelo, y el modelo es él mismo, el hombre perfecto, á quien nadie pudo argüir de pecado (6), el objeto de las complacencias del Eterno Padre, que nos

(1) I Corinth. XIII, 4.

(2) Rom. XII, 10; Coloss. III, 14; Hebr. XIII, 1.

(3) Osee VIII, 7.

(4) Joann. XV, 13.

(5) I Joann. XIII, 3.

(6) Joann. VIII, 46.

dice: «Es mi Hijo muy amado; escuchadle (1). Mirad, y haced segun el modelo que en él os he presentado (2).» El hombre, contemplándole, se confunde al ver su egoísmo, sale de su apatía, y exclama: yo tambien quiero darme como él; yo tambien quiero morir como él, sacrificarme como él: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo* (3). El verdadero católico lo ha hecho siempre, sacrificando su reposo, su salud y su vida por sus hermanos.

El hombre, poseido de la caridad se da á sí mismo en todo cuanto es. El Apostolado, con todos sus trabajos, ha sido siempre la donación del hombre como inteligencia. El deseo de comunicar á los otros la verdad y la vida eterna, que consiste en conocer al Padre y á Jesucristo (4), ha llevado y lleva al católico por el camino de los sacrificios á las últimas regiones del mundo. ¿Qué interés mueve al misionero en sus empresas? Interés de la tierra ninguno: en ella no recoge sino la privación, la pobreza, la enfermedad, tal vez el tormento y la muerte. Su interés se reduce á la gloria de Dios, y á la felicidad de sus hermanos. Encendido su corazón con la llama del amor, quiere cumplir el deseo de Jesucristo: *Ignem veni mittere in terram. ¿Et quid volo nisi ut accendantur?* (5) Sus armas son su Crucifijo; su elocuencia, la caridad. Cuando un pueblo le ha oído, y conoce ya á Dios, y viviendo segun su ley es feliz, el misionero no descansa gozando el fruto de su conquista. Deja este pueblo, civilizado ya por su trabajo, y corre en busca de otro inculto, y despues á otro; y si la muerte no le detu-

(1) Matth. XVII, 5.

(2) Exod. XXV, 40.

(3) Joann. XI, 16.

(4) Id. XVII, 3.

(5) Luc. XII, 49.

viese en su carrera, el mundo entero vería al Apóstol de Jesucristo, porque el amor nunca dice: *basta*. El ejemplo lo teneis en Vicente Ferrer, que á pié evangelizó casi toda Europa: lo teneis en Francisco Javier, que recorrió del mismo modo más de diez reinos de la India y del Japon; y en tantos otros, cuya sangre ha regado la China y el Tong-King, cuyos sudores han fertilizado las Américas, y están fecundando el centro del Africa.

El protestantismo ha querido parodiar el apostolado Católico. Pero ¿qué ha hecho? Especulaciones mercantiles, levantando en vez de templos, factorías, á cuya sombra ha difundido sus libros y sus máximas de egoísmo, y ha perseguido al misionero Católico. Falto de caridad, y no buscando sino la tierra y el dinero, se ha lanzado allá donde ha previsto el goce y la abundancia: donde ha visto la privación y el sacrificio, se ha retirado, dejando el campo al misionero de la verdad y de la caridad. El protestante, lo mismo que el filántropo, no deben sacrificarse. El sufrimiento lo busca solo la caridad: cuanto más padece, cuanto más se humilla, tanto más se esfuerza, y crece, y se dilata, porque oye siempre aquella palabra: «Nadie ama tanto, como el que sacrifica su vida por sus hermanos.» Al eco de esta palabra, salida de los labios de un Dios Crucificado por el hombre, el que le ama ya no se detiene, lo vence todo, lo da todo, lo sacrifica todo por imitar y seguir á su Dios, haciendo bien á los que padecen y á los que lloran. Quiere dar á todos cuanto tiene, y les da su corazón con su amor, su salud y sus fuerzas con sus servicios, su vida con sus sacrificios. La caridad católica, abrazando á todos los hombres, para todas las miserias humanas crea un servicio gratuito de consagración y de sacrificio, que hace llegar á la morada del más desconocido de los hombres, lo que sin ella apenas se da á la propia familia,

¿Quién ignora la ingeniosa fecundidad con que ha dado padres y madres á todos los desgraciados? Estudiando en cada siglo la miseria que le era propia, ha suscitado cada vez nuevos servidores del hombre. Los moros invaden el Mediodía de Europa, y reducen á esclavitud á los cristianos. La Iglesia tiene un Pedro Nolasco y un Juan de Mata, que instituyen una orden de hombres caritativos, que se consagran á trabajar por la libertad de sus hermanos cautivos, y se obligan con voto á hacerse voluntariamente esclavos para que sus hermanos sean libres; á dar su propia libertad por la de sus hermanos. ¿El cálculo y el interés reducen á amarga servidumbre á los pobres negros, para que, trabajando como bestias, hagan ricos á los blancos? En el campo de la caridad aparece, entre otros, Pedro Claver, que jura hacerse esclavo de los esclavos, y morir sirviéndolos por amor de Jesucristo; y lo cumple, pasando cuarenta años en este sacrificio. ¿El crimen y el libertinaje cunden, y dan por fruto seres desgraciados, cuya existencia amenaza la desesperación, ó el cinismo de los mismos autores de sus dias? Un Vicente de Paul, un Gerónimo Emiliano se encargan de recojerlos, y levantan casas de asilo donde los expósitos encuentran padres y madres, que les aman más que los mismos autores de sus dias. ¿Crecen la miseria y el dolor? La caridad funda y mantiene hospitales; las Hermanas de la Caridad vienen á sentarse á la cabecera del enfermo y del moribundo para compartir sus dolores; y las Conferencias de San Vicente de Paul, llevan el pan y el consuelo á cuantos padecen en medio del mundo, embriagado en sus goces, que pregonando fraternidad y filantropía, hasta se desdeña de mirarles.

Para alcanzar tan magníficos resultados, la Iglesia no hace sino repetir la palabra de su Fundador: «Amaos unos á otros; miradme á mí en la persona del pobre y

del pequeño.» Fruto de esta doctrina son esas nuevas creaciones del Catolicismo, que se multiplican cada día, y en las que el poder de la caridad lucha constantemente contra el poder de la miseria, y no le permite penetrar en ningún rincón de la tierra, sin que llegue al mismo tiempo el consuelo para el desgraciado. Así se establece la fraternidad verdadera entre los hombres: fuera de la caridad no puede existir. La ley podrá decir: os mando dar para el que no tiene. Pero esto irrita al egoísta, que resiste cuanto puede, é inventa mil recursos para no obedecer. El egoísta, ó no da nada, ó dando por fuerza da lo menos que puede. El filósofo podrá decir: es un deber socorrer á la humanidad; pero admirando su frase y aplaudiendo su discurso, nadie se sacrificará.

El hombre solo da, solo se sacrifica cuando ama; la ley y la filosofía no engendran el amor. Aún más, la ley y la falsa filosofía suelen destruir la obra del amor. ¿Quién ha tratado de destruir, y ha destruido en parte, esos institutos de caridad y de sacrificio, fundados por el Catolicismo en todos los siglos? La filosofía, y su hija la ley, diciendo que son inútiles. ¿Será que en nuestro siglo es inútil la caridad, porque ya no hay miserias?

Detengámonos..... y pasemos á estudiar el segundo extremo de mi proposición. La Sagrada Eucaristía, estímulo, fortaleza y recompensa del hombre que se da y se sacrifica por la caridad.

SEGUNDA PARTE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El amor de Dios, hemos dicho antes, es el modelo de la caridad entre los hombres, y este amor se manifiesta

en la donación que el Padre nos hace de su Hijo, y que este hace de sí mismo á la humanidad en la Encarnación; se manifiesta en el sacrificio á que el Padre sujeta al Hijo, y que este abraza voluntariamente consumiéndose en la Cruz. El fin de uno y otro es que el hombre viva de la vida de Dios, que el hombre sea hijo de Dios (1), una misma cosa con él. Pero estas demostraciones de la infinita caridad de Dios, no serían más que un recuerdo si no las tuviera presentes en un misterio que, reproduciendo á la vez los dos primeros, les da vida, les hace sensibles al corazón. Ese misterio es la Sagrada Eucaristía; Encarnación y Pasión perpetuadas ante el hombre hasta la consumación de los siglos; sacrificio elevado al mayor grado posible por la fuerza infinita de la caridad de Jesucristo. En aquellos misterios se comunica Dios á la naturaleza humana, y por todos los hombres se sacrifica á la vez; en esta se da á cada uno, á cada uno se comunica, por cada uno se sacrifica. Es el último esfuerzo del amor de Dios á la criatura; es el perfecto y acabado modelo de donación y sacrificio, que presenta al hombre cuando dice: *Amaos como yo os he amado*; y por lo mismo el estímulo más poderoso para llevar al hombre al heroísmo de la caridad.

El hombre por la sagrada Comunión posee á Dios en su corazón, siéntese inundado de amor divino, siéntese rico de Dios, es decir, de caridad, y exclama: «Os amaré, Señor, que sois mi fortaleza y mi virtud (2). ¿Pero qué os daré en cambio de lo que me habeis dado? (3) Oigo vuestra voz que me dice: Hijo, dame tu

- (1) Gal. IV, 5.
- (2) Psalm. XVII, 2.
- (3) Id. CXV, 3.

corazon (1).—Tomadlo, Señor, vuestro es; preparado está para hacer vuestra voluntad (2). Señor, ¿qué quereis que haga? (3)—Ama á tus hermanos, ama á todos como yo te amo á ti, responde Jesus; conságrate á ellos, sacrificate por ellos, como yo me he dado y me sacrifico por ti.—¿Es posible, Señores, tener fe en la Sagrada Eucaristía, es posible acercarse á la sagrada mesa y recibir á Jesus en el corazon, sin sentir la presion fuerte y dulce á la vez de su caridad inmensa? ¿Es posible que el hombre, abismado en el océano del amor divino, deje de tener el corazon abrasado en santo ardor, como los discípulos de Emaús, y que no quiera devolver amor por amor, donacion por donacion, sacrificio por sacrificio? El hombre de fe y de amor, viviendo entonces de la vida de Jesus, dice lo que este dijo á su Eterno Padre: «Hé aquí que vengo á cumplir vuestra voluntad. Quiero, Dios mio; y vuestra ley, vuestro amor, está en medio de mi corazon (4).» El hombre de fe y de amor quisiera entonces dar á Dios tanto como ha recibido; pero conociendo como el Profeta que toda su sustancia es como nada delante de Dios (5), y que Dios de nada necesita, quedaria oprimido su corazon si no oyera la voz del Señor que le dice: «Si me amas, ama á tus hermanos; haz con ellos lo que quisieras hacer conmigo; conmigo lo haces porque yo les trasmito á ellos todos mis derechos.» El cristiano, dirigiéndose entonces á sus hermanos, dice, como Jesucristo le inspira: «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba (6); si alguno es pequeño, venga á mí; si alguno

(1) Prov. XXIII, 26.

(2) Psalm. LVI, 8; CXVIII, 60.

(3) Act. Apost. IX, 6.

(4) Psalm. XXXIX, 9.

(5) Id. XXXVIII, 6.

(6) Joann. VII, 37.

es pobre, venga á mí: venid y comed mi pan; venid, y llenaos de los frutos de mi caridad (1).» Ved aquí el origen de esos actos heroicos de caridad que á cada paso presenta la historia del Catolicismo. La Comunion Eucarística los engendra; sin ella no se practican ni se comprenden.

Pero la caridad, hermanos míos, no es virtud de un dia; el sacrificio que la constituye no es de una hora, es de siempre, de todos los dias y de todas las horas, como el de Jesucristo que lo inspira; y ese sacrificio perpetuado tiene obstáculos que superar, enemigos que vencer. En el corazon del hombre hay lucha incesante; la carne y el espíritu se hacen guerra sin tregua, dice San Pablo (2). La naturaleza y la gracia se disputan el imperio del corazon. Si esta atrae al hombre hácia el sacrificio, hácia la caridad; aquella lo repugna y resiste, y pelea para dar el triunfo al egoismo, y hacer que el hombre se busque á sí mismo y olvide á los demás. La ingratitud del que es objeto de la caridad; el espectáculo de la miseria, repugnante al que no está á ella acostumbrado; la resistencia de la carne al dolor, á la privacion, á la fatiga; el respeto humano, el temor á la sátira y al desprecio, y otros mil sentimientos egoistas, vienen á interponerse entre el corazon y la caridad. No hay duda que esta pide heroismo, que no se alcanza sin un principio de fortaleza superior á las fuerzas naturales, sin un manjar que vigorice el espíritu, y convierta al hombre en héroe y lo haga semi-Dios, como de la ambrosía de los dioses mitológicos creian los antiguos. Jesucristo lo sabe, y prepara ese manjar; tomad y comed,

(1) Prov. IX, 4, 5.

(2) Gal. V, 17.

dice: comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y tendreis vida, y sereis lo que yo soy, y podreis lo que yo puedo, porque yo mismo viviré en vosotros (1).

Escuchad á San Agustin, que explica el consejo del Sábio. Cuando te sentares á la mesa de un príncipe, observa con atencion las cosas que te ponen delante, sabiendo que tú debes preparar tambien otras semejantes (2). ¿Cuál es esta mesa del príncipe, sino aquella en que se nos da el cuerpo y la sangre del que murió por nosotros? ¿Y qué significa el consejo de observar lo que se nos da para saber lo que debemos preparar á nuestra vez, sino que así como Cristo murió por nosotros, así nosotros debemos estar dispuestos á sacrificarnos por nuestros hermanos? Esto hicieron los santos mártires, llevados de su ardiente caridad, hasta el grado que Jesucristo dice ser el mayor. Hicieron por sus hermanos lo que por ellos hizo Jesucristo; dieron á sus hermanos lo que por ellos recibieron en la mesa de Jesucristo, imitando el heroismo de su amor (3). Por esto la Eucaristía se llama el pan de los fuertes.

Los que le comieron en tiempo de las persecuciones, caminaron impávidos al martirio por la fe, desafiando los tormentos, y muriendo con el himno de triunfo en los lábios y la alegría en el corazón. Los que le comen en todo tiempo, son fuertes en la lucha de la carne con-

(1) Joann. VI, 58.

(2) Prov. XXIII, 1.

(3) *Quæ mensa potentis, nisi unde sumitur corpus et sanguis ejus, qui animam suam posuit pro nobis?.... Et quid est sic mittere manum ut scias quia talia te oportet præparare, nisi quod jam dixi, quia sicut Christus pro nobis animam suam posuit, sic et nos debemus pro fratribus animas ponere? Hoc est: talia præparare; hoc beati martyres ardenti dilectione fecerunt.... impleverunt ipsi charitatem, qua Dominus dixit non posse esse majorem.... Talia enim fratribus exhibuerunt, qualia de Domini mensa pariter acceperunt. (S. Aug., tract. 84 in Joann.)*

tra el espíritu; son héroes; son mártires por el sacrificio á que los lleva su caridad. No es difícil de comprender este misterio. Cuando el hombre recibe á Dios en su corazón y se une á él por el adorable sacramento de la Eucaristía, puede decir como San Pablo: Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (1). Ahora bien, si Dios vive en mí, yo debo vivir de la vida de Dios; y como su vida en la Eucaristía es de inmolacion y de víctima, yo debo inmolarme tambien; quiero sacrificarme tambien: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo* (2).

Hé aquí lo que tanto ha hecho desear la sagrada Comunion á los héroes de la caridad, y lo que hace que en todas las instituciones caritativas, se mande ó se recomiende al menos la frecuente Comunion. Cuanto más ardiente llama ha levantado la caridad en el corazón, mayores ansias han tenido los santos de unirse á Jesus, de hacerse propia la vida y la fortaleza de Cristo, exclamando con San Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta (3). ¿Quién me separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro y la espada? Ciertamente estoy que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni los principados, ni las potestades, ni otra criatura, podrá arrancarme de la caridad de Dios, que es en Cristo Jesus (4), que me apremia á darme, á sacrificarme todo por él y como él (5).» La experiencia de estos admirables efectos de la Eucaristía inspiró al Apóstol de la caridad, al gran Vicente de Paul, este consejo que dirige á sus

(1) Gal. II, 20.

(2) Joann. XI, 16.

(3) Philip. IV, 13.

(4) Rom. VIII, 35 et seq.

(5) II Corinth. V, 14.

discípulos: «Hijos míos, cuando sintais la lucha de la naturaleza y de la gracia agitarse en vuestros corazones con el recuerdo de lo que habeis dejado, y se levante en vuestro corazón la tentación de dejar la casa de los pobres, y de renunciar á vuestra vocación y al sacrificio de la caridad, corred á la sagrada mesa, comulgad, y recobraréis la paz. Tres veces repite esta palabra: Comunión, Comunión, Comunión; y concluye diciendo: «Cuando vereis y tendreis á Dios, que se da á vosotros por amor, permaneceréis fieles al lado de los pobres, consagrándoos á su servicio por caridad (1).» ¡Qué sublimidad! ¡Qué heroísmo! Solo la Comunión lo inspira y lo mantiene. Quitad al hombre cristiano la Comunión, y quedará sin fuerzas, como Sansón cuando le fué cortado el cabello. ¿Quién sostiene al misionero y á la Hermana de la caridad, sino la comunicación con Cristo? ¿Quién les inspira el sacrificio de su familia, de su juventud y de su vida? ¿Quién da valor á esas débiles vírgenes para correr al campo de batalla, y allí, entre el pavoroso estruendo de la artillería y los horrores del combate, permanecer tranquilas esperando á las víctimas de las pasiones humanas para curar sus heridas, y en su muerte mostrarles el cielo? Solo la Comunión, Señores, solo Jesús Sacramentado, que las eleva sobre la debilidad del sexo y las miserias de la naturaleza. Así lo han comprendido hasta los mismos paganos. En un edicto del bárbaro perseguidor de los cristianos en la Cochinchina, que en los años de 1832 á 1841 reprodujo, y aun llevó más allá, los horrores que los Césares Romanos hicieron presenciar á los primeros siglos de la Iglesia, se leía esta instrucción dada á sus ministros: «Cuidad, sobre todo,

(1) Véanse las constituciones y pláticas familiares del Santo.

cuando os apodereis de los predicadores de la religión extranjera, y los tengais en la cárcel, cuidad, repito, de que no puedan alimentarse de ese pan encantado, que les da toda su fortaleza, y les hace invencibles en el martirio, en presencia de un pueblo que los admira porque mueren con tanto valor (1).» ¡Qué confesión, hermanos míos! ¡Qué documento en favor de los efectos admirables de la sagrada Comunión! Lo que en él se dice del heroísmo de los mártires de la fe, se dice también del heroísmo de los mártires de la caridad. El segundo martirio es el prelude del primero; este es el término de aquel.

La Eucaristía es todavía más, bajo este punto de vista: es la recompensa de la caridad. David exclamaba un día: «¿Qué hay para mí en el cielo, y qué quiero de ti, Dios mío, sobre la tierra?» Y responde él mismo: «El Dios de mi corazón, Dios, mi herencia para la eternidad (2).» David preludiaba la sublime aspiración del hombre de la caridad, á quien Dios ofrece un premio. El ángel de las Escuelas, el incomparable Tomás de Aquino, oyó un día también la voz de Jesús que le decía: «Bien has escrito de mí, Tomás; ¿qué premio quieres recibir por tu trabajo?» Y aquel hombre, lleno de fe y de amor, respondió prontamente: «Ninguna otra cosa sino á ti mismo, Señor, Dios mío (3).» Y en verdad, ¿qué puede satisfacer al hombre que conoce á Dios y que le ama, sino Dios mismo? «No me saciaría, exclama San Agustín, si él mismo no se me ofreciera por premio (4).»

(1) Historia de las Misiones. Edictos de Minh-Manh de 1832, y ley de enero de 1836.

(2) Psalm. LXXII, 25, 26.

(3) In lect. 2 Nocturni Offic. ejusd. Sancti.

(4) Omnino me non satiaret Deus, nisi promitteret se ipsum Deum. (S. Aug., Serm. 158 in Epist. ad Rom., cap. 4.)

«Todo lo miro como heno y basura, exclamaba el Apóstol, á trueque de lucrar á Cristo (1).» Esto solo pide, esto solo desea el hombre que por la caridad se sacrifica. No quiero, dice, otra cosa sino á ti, Dios mio. A ti en la tierra dentro de mi corazon, á ti en el cielo para eternamente abismarme en tu gloria. El hombre que lo sacrifica todo por la caridad, no puede anhelar por premio lo mismo que sacrifica; más altas son sus miras, más noble su ambicion, el Infinito; este es su objeto. Lo que no es él, es nada para quien lo renuncia todo por asemejarse á él, por unirse á él.

Dios lo dice: Yo seré tu recompensa: *Ego ero merces tua magna nimis* (2). Vendré á tu corazon, y lo llenaré de mis delicias, te introduciré en mi gloria, y te colmaré de felicidad. Venid, amigos, venid; comed y embriagaos (3). El héroe de la caridad llega fatigado y sediento por el sacrificio, come, bebe, y exclama con la enamorada de los místicos Cantares: «Me he sentado á la sombra del que ama mi alma, y su fruto es dulce á mi garganta (4).» Allí se rejuvenece, olvida sus fatigas, y adquiere nuevas fuerzas para continuarlas con mayores bríos. No habléis á ese hombre de honores, no le presentéis riquezas, no le deis títulos pomposos; todo lo desprecia; y si algo acepta, es solo para tener más que sacrificar, empleándolo en auxilio de su caridad. Con el Serafin de Asís oireis que exclama: «Mi Dios es mi todo, soy feliz con él.»

Ved la obra de la Sagrada Eucaristía: contempladla, admiradla y tomad parte en ella. Por este medio, el Ca-

(1) Philip. III, 8.

(2) Gen. XV, 1.

(3) Prov. IX, 4.

(4) Cant. Cantic., II, 3.

tolicismo labra la felicidad de todos, une y enlaza á los hombres, y les enseña á sacrificarse por caridad. El modelo que presenta es Dios, Jesucristo, Dios unido á la humanidad, Dios-hombre sacrificado por los hombres. El premio que ofrece es Dios, el Infinito, por la comunión en la tierra, por la participacion de su gloria en el cielo. Los sistemas anticatólicos enseñan y hacen lo contrario. Lejos de acercar á los hombres para que se unan, los alejan fomentando la discordia. Tienen la fraternidad en los lábios, pero quieren exigirla por la fuerza, y con ello solo consiguen arraigar el odio en los corazones, perpetuándolo antes y despues de la lucha. Proclaman la union de todas las clases, pero la imposibilitan armándolas unas contra otras. Predican la extincion de la miseria y el dolor, y no hacen sino multiplicar uno y otro por todas partes. Es que tienen el egoismo por base, los goces materiales por término. No dando al hombre más felicidad que la de la tierra, cierran el corazon de los que poseen para no perder lo que aman, y precipitan en el abismo de la desesperacion al pobre, que no alcanza lo que le hacen ver y desear como término único de su felicidad. No teniéndolo el pobre se irrita, porque se siente con tanto deseo de ser feliz como los demás, y se cree con el mismo derecho; y viéndose como Tántalo condenado al tormento de mirar cómo otros abundan en lo que se le dice que constituye la felicidad, mientras él carece y sufre, una fiebre devoradora se apodera de su corazon, y le arrastra á levantarse contra los privilegiados del mundo, no ya para que le cedan una parte, sino para arrebatárselo todo, y cambiando la suerte, ser él feliz y gozarse en la miseria de los ricos. Estos resultados dan las doctrinas anticatólicas; secan el corazon del rico, y excitan la avaricia y el odio en el corazon del pobre.

La felicidad en la tierra nunca la han tenido ni es

posible que la tengan todos. Como que no es el término señalado al hombre por el Criador, es muy limitada, y no puede satisfacer y apagar la sed de todos. Si los pocos que la poseen no se ven saciados, ¿cómo se saciarían todos subdividiéndola? La envidia, el odio, el crimen, son los medios con que se quiere su conquista; ¿cómo fundar en ellos la felicidad?

Donde esos sistemas logran introducirse, y, quitando al hombre la idea y la esperanza del cielo, se predica la cruzada para la conquista de los goces materiales, que nunca tendrán todos, porque la Providencia y la naturaleza lo repugnan, rómpense los lazos con que el Catolicismo une al rico y al pobre, al hermano primogénito y al hermano menor, al que posee y goza y al que carece y sufre; y al romperse dejan desbordarse las furiosas olas de los deseos insaciables y de todos los malos instintos. Ante esa tremenda tempestad, provocada y desencadenada por la torpe ignorancia ó la satánica malicia, la sabiduría de los filósofos se turba, y se desconciertan la ciencia y los cálculos de los políticos; y no encontrándose remedio ni recurso humano, por no levantar los ojos al cielo, se cae en criminal indiferencia, y la sociedad se cubre de luto; gime por lo presente y tiembla por el porvenir. ¿Cuándo y dónde se detendrá la tormenta? Dios lo sabe: solo en el cielo está escrito. Lo que nosotros sabemos es, que la desesperación y el odio fuera del Catolicismo, conducen al crimen. Lo que sabemos es, que solo la doctrina y la caridad católica pueden detener el torrente. Que la religión se adelante con el signo de la redención en una mano y la Sagrada Eucaristía en la otra; que plante aquel árbol de salud en medio de las masas, y las alimente con aquel pan divino; que les haga ver y conocer dónde está la felicidad, que no habita en este valle de miserias; que les haga comprender

cómo y por dónde se llega á ella, y que está más cerca del pobre que del rico; que haciendo esto diga, como Dios á las olas del mar: «Deteneos, no paseis de aquí.» La religión que, en la persona de Leon I, detuvo á las puertas de Roma al fiero Atila, que se llamaba el Azote de Dios, detendrá al pueblo engañado y precipitado por el génio del mal, que se cierne sobre nuestra sociedad, inficionándola con su infernal ponzoña. Solo la religión puede hacer renacer la esperanza y salvar al mundo. La cruz y la Eucaristía, con su sublime enseñanza de verdad y de amor; hé aquí el arco iris de la esperanza social.

Hombres todos, mirad ese arco, agrupaos á la sombra de ese árbol, alimentaos con ese fruto del amor divino. Él presenta la felicidad eterna en el cielo, y el medio de llegar á ella y de ser felices, cuanto es posible serlo en la tierra. Hombres que vivís en la privación y en el dolor, uníos á Dios en la Comunión, y aprenderéis la ciencia del sacrificio, que convierte al hombre en héroe. Uníos á Dios, que quiso ser pobre y padecer, y encontrareis en vuestro estado, santificado por el Redentor, el principio de la virtud y la senda de la gloria. Oid cómo os dice: «Bienaventurados los pobres y los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos, donde eternamente serán consolados (1).» No busqueis tesoros en la tierra, porque son limitados y pasajeros, y se corrompen; y si dan placer al cuerpo, no dan nobleza al corazón: buscad el tesoro del cielo á donde os llama Dios (2). Hombres que vivís en la abundancia y en el poder, comulgad, y aprenderéis la ciencia de la caridad, que hace del rico el padre, la providencia y el consuelo

(1) Matth. V, 3, 5.

(2) Id. VI, 19.

del pobre. Unidos á Dios, que os lo da todo, y él mismo se os da por amor, aprenderéis á daros y á dar por caridad lo que teneis. Oid que os dice: «Bienaventurado el que extiende y dirige su mirada sobre el necesitado y el pobre, en el día malo le libraré el Señor. Guárdele el Señor y déle vida, y hágale bienaventurado en la tierra, y no le deje caer en manos de sus enemigos (1).» Unidos á un Dios sacrificado por amor, aprenderéis á sacrificaros por el hombre, que es imagen de Dios. Él os dirá: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer mi reino, porque me habeis alimentado, vestido y consolado en la persona del pobre (2).» Hombres todos, ricos y pobres, fuertes y débiles, poderosos y desvalidos, comulgad. Unidos á Dios, poseedores de Dios, que se da á todos, os sentireis unidos, y os amareis como hermanos, y os hareis mutuamente felices, cuanto es posible serlo en la tierra, y lo sereis despues todos en el cielo.

(1) Psalm. XL, 1, 2.

(2) Matth. XXV, 34, 40

OCTAVO SERMON.

El alejamiento de la Sagrada Eucaristia en unos, y el abuso en otros, causa de los males que nos aflijen.

Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi.

(Corinth. XI, 30.)

HEMOS estudiado, Señores, en los días anteriores, las sublimes armonías de la Sagrada Eucaristía, memorial eterno de las divinas maravillas, prenda suprema del amor de Dios y compendio admirable de sus beneficios. No por haberse agotado la materia, que es inagotable como el Océano é infinita como el Dios de la misma Eucaristía, sino porque tocamos ya al fin de estos santos ejercicios, no es posible pasar más adelante en el descubrimiento de sus tesoros de santidad y pureza, de heroísmo y de virtud. Baste decir que todo en el mundo se refiere á la religion, todo en la religion se refiere á Jesucristo, todo en Jesucristo se refiere á la Eucaristía. Ella es, por lo mismo, la piedra preciosa y el tesoro de que habla el santo Evangelio, por el cual da cuanto tiene quien lo encuentra (1). La hemos considerado, Señores,

(1) Matth. XIII, 46.

del pobre. Unidos á Dios, que os lo da todo, y él mismo se os da por amor, aprenderéis á daros y á dar por caridad lo que teneis. Oid que os dice: «Bienaventurado el que extiende y dirige su mirada sobre el necesitado y el pobre, en el día malo le libraré el Señor. Guárdele el Señor y déle vida, y hágale bienaventurado en la tierra, y no le deje caer en manos de sus enemigos (1).» Unidos á un Dios sacrificado por amor, aprenderéis á sacrificaros por el hombre, que es imagen de Dios. Él os dirá: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer mi reino, porque me habeis alimentado, vestido y consolado en la persona del pobre (2).» Hombres todos, ricos y pobres, fuertes y débiles, poderosos y desvalidos, comulgad. Unidos á Dios, poseedores de Dios, que se da á todos, os sentireis unidos, y os amareis como hermanos, y os hareis mutuamente felices, cuanto es posible serlo en la tierra, y lo sereis despues todos en el cielo.

(1) Psalm. XL, 1, 2.

(2) Matth. XXV, 34, 40

OCTAVO SERMON.

El alejamiento de la Sagrada Eucaristia en unos, y el abuso en otros, causa de los males que nos aflijen.

Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi.

(Corinth. XI, 30.)

HEMOS estudiado, Señores, en los días anteriores, las sublimes armonías de la Sagrada Eucaristía, memorial eterno de las divinas maravillas, prenda suprema del amor de Dios y compendio admirable de sus beneficios. No por haberse agotado la materia, que es inagotable como el Océano é infinita como el Dios de la misma Eucaristía, sino porque tocamos ya al fin de estos santos ejercicios, no es posible pasar más adelante en el descubrimiento de sus tesoros de santidad y pureza, de heroísmo y de virtud. Baste decir que todo en el mundo se refiere á la religion, todo en la religion se refiere á Jesucristo, todo en Jesucristo se refiere á la Eucaristía. Ella es, por lo mismo, la piedra preciosa y el tesoro de que habla el santo Evangelio, por el cual da cuanto tiene quien lo encuentra (1). La hemos considerado, Señores,

(1) Matth. XIII, 46.

en lo que es y lo que hace, consumando la obra de la restauracion de todas las cosas, objeto de la doctrina y del sacrificio de Jesucristo, y elevando al hombre y á la sociedad al mayor grado de perfeccion y de felicidad posible en este valle de miserias.

Pero pareceme que al oír en estos dias los sublimes efectos de que es causa la Sagrada Eucaristía, habrá nacido tal vez la duda en el espíritu de alguno de vosotros, y habrá dicho: Si eso es cual se dice, ¿cómo es que en los hombres y en la sociedad de nuestros dias se descubren tan poco esos admirables resultados? En todas las calles hay templos: en todos los templos está el augusto Sacramento: ¿cómo es, pues, que ni aun en pequeño círculo, tal vez al rededor del templo, vemos esos deliciosos frutos de la Sagrada Comunión? De esta duda, de esta observacion con que pudiera argüirse á mi doctrina, mejor á la doctrina del santo Evangelio, vengo á ocuparme en esta tarde. Es cierto que no aparecen esos frutos de santidad y caridad en muchos de los hombres que se llaman cristianos y blasonan de católicos; es cierto que cunde el mal, se arraiga y se extiende la corrupcion, la division y la discordia con la miseria y el crimen, que llevan la gangrena al corazon de la sociedad; pero esto no es porque la Sagrada Eucaristía haya perdido nada de su grandeza y de su eficacia infinitas; no es porque se haya abreviado la mano de Dios, ni se haya inutilizado por viejo el Catolicismo: Cristo y su obra es de ayer, es de hoy y de todos los siglos (1). La causa está en el hombre, está en la sociedad; y la prueba es, que al lado de ese espectáculo desgarrador del crecimiento espantoso del mal, vemos todos los dias acciones heroicas,

(1) Hebr. XIII, 8.

virtudes sublimes en los hombres de la fe y de la caridad, que en el círculo donde se les permite obrar atajan el mal, introducen la semilla del bien, y demuestran á dónde llegarían si no se les crearan tantos obstáculos; á dónde llegaría la sociedad entera si toda ella volviera al Catolicismo, y en el Catolicismo á lo que es su alma y su vida, á la Sagrada Eucaristía, á la Comunión. La causa, repito, está en el hombre, está en la sociedad: yo la encuentro, Señores, en el alejamiento y en el abuso de este divino Sacramento. Muchos, la mayor parte, se alejan de la Sagrada Eucaristía; otros se acercan, pero abusan de ella. Hé aquí lo que impide que se perciban y generalicen los admirables efectos que quiso y quiere Jesucristo que produzca este Sacramento de amor. Examinemos estos dos males en sus causas y en sus efectos. Quiera Dios que este exámen, además de la demostracion produzca el remedio.

PRIMERA PARTE.

De la boca del grande Agustino salió, hermanos míos, esta sencilla y sublime frase: El que te ha criado sin tu cooperacion, no te salvará sin ella (1). Así como en el paraíso terrenal, para que gozase de sus frutos el hombre, á quien lo diera Dios, le mandó el trabajo y el cultivo (2); así, para que llegue á la felicidad del cielo y

(1) Qui creavit te sine te, non justificat te sine te; creavit nescientem, justificat volentem. (S. Aug., Serm. 15 de verb. Apost., cap. 11.)

(2) Gen. II, 15.

á la que en la tierra es su prelude, quiere que con esfuerzo poderoso se haga digno de ella. Por do quiera le presenta medios: la doctrina de la verdad, el ejemplo de la virtud, la esperanza del premio, el alimento del alma, Dios mismo dado al hombre como medio de llegar á él; todo está á su alcance en el seno del Catolicismo. Ante el hombre, dice el Señor, está el bien y el mal, la vida y la muerte; lo que él quiera, eso se le dará. Te ha puesto delante el agua y el fuego; alarga la mano á lo que quieras (1). Tal es la doctrina de la libertad del alma, condicion indispensable del mérito, y base por lo mismo del premio y de la gloria. ¿Qué uso hace la mayor parte de los hombres de nuestros días de esa preciosa libertad? ¿Someten su entendimiento á la verdad, inclinan su corazón á la virtud, buscan á Dios y corren hácia él para alimentarse de él mismo y ser como Dioses?

Eseuchad una de las sublimes parábolas de Jesucristo: ella nos explica el estado de estos hombres, las causas de él, y el resultado que tiene y tendrá necesariamente. «Un hombre-Rey hizo un gran convite para celebrar las bodas de su hijo, y convidó á muchos; envió sus criados á la hora señalada á llamar á los convidados, y todos comenzaron á excusarse. El primero dijo: he comprado una granja, y necesito ir á verla; te ruego me tengas por excusado. Dijo otro: he comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas. Otro dijo: he tomado mujer, y no puedo ir allá. Todos le despreciaron y se marcharon, el uno á su granja, el otro á su tráfico. Irritado el Rey dijo: en verdad os digo que ninguno de estos hombres gustará mi cena; y enviando sus ejércitos acabó con ellos y puso fuego á su ciudad. Entonces dijo

(1) Eccli. XV, 17, 18.

á sus criados: id á las salidas de los caminos, y á cuantos halláreis, llamadlos á las bodas. Hiciéronlo así, y congregaron á cuantos hallaron, malos y buenos, y se llenó la sala. Entró el Rey á verlos, y vió allí un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido nupcial? Más aquel hombre enmudeció, y el Rey dijo á sus ministros: atado de piés y manos arrojadle á las tinieblas exteriores: allí será el llorar y crujir de dientes (1).»

Ved aquí lo que sucede en todo tiempo. De los llamados al convite, unos se alejan y otros abusan. ¿Cuáles son las causas del alejamiento? Yo las reduzco á una sola, que las comprende todas: la indiferencia religiosa, bien la consideremos en el orden de las ideas ó de la fe, bien en el de las acciones ó de la moral y del culto. La indiferencia religiosa, enfermedad gangrenosa de la sociedad moderna, principio de desorden y de corrupcion, que abstrayendo y apartando al hombre de Dios, le reduce á la esfera de sí mismo, le inclina á la tierra, y le incapacita para el heroismo de la virtud. La indiferencia religiosa, que adormece al rico en sus goces y sus fiestas, y al pretendido sábio en su orgullo, que rechaza toda revelacion; y al pobre en su trabajo, y al hombre maduro en su fuerza; y al jóven en sus pasiones y sus locuras: la indiferencia, que reposando sobre inconsecuencias, conduce infaliblemente á un abismo.

¿Quién duda, Señores, de la existencia de esa enfermedad del espíritu y del corazón? ¿Quién duda de que la mayor parte de los hombres no se ocupa sino de lo que pasa, de lo presente, de lo terreno, y ni una hora dedica al pensamiento de Dios y de la eternidad? Examinad la

(1) Matth. XXII; Luc. XIV, 16 et seq.

vida del hombre que vive en el mundo material. Atravesará los montes, surcará los mares, consumirá sus fuerzas y gastará su salud y su vida en descubrimientos peligrosos; comprometerá á los ojos del mundo lo que llama su honor, para aumentar su fortuna, para satisfacer su ambición, para aparecer superior á los demás. Preguntadle: ¿á dónde diriges tus pasos? Al goce, á la abundancia, al poder. ¿Y despues? A la tumba. ¿Y despues? No lo sé, responderá. ¿Es que no quieres saberlo? ¿Es que no te importa saberlo?

Buscad el origen de esa indiferencia hácia la religion, y especialmente hácia la Sagrada Eucaristía. El mundo lo presenta en el espíritu que le domina, en el orgullo, en la avaricia, en la sensualidad (1). Estas son, dice San Agustín, las tres excusas con que se negaron á asistir al convite del Rey de la Parábola los que fueron llamados á celebrar las bodas de su hijo; estas son las que impiden á muchos hombres el acercarse á la sagrada mesa (2). El hombre busca en su alma la soberanía, la independencia, la primacía del yo; en su cuerpo, la sensación, el placer; en la tierra el dinero. Estos tres términos de acción le hacen despreciar á Dios, y mirarle, ó como demasiado grande para que se cuide del hombre, ó como demasiado pequeño para exigirle un tributo de su razón y de su corazón; á Jesucristo, como un filósofo, como un sábio antiguo, que ningún derecho tiene sobre el hombre; y á la religion, como una institución

(1) I Joann. II, 16.

(2) Excusaverunt qui venire noluerunt. ¿Quomodo? Tres fuerunt excusationes..... ¿Putamus non istæ sunt excusationes quæ impediunt omnes homines qui ad istam cœnam venire detrectant?..... Concupiscentia carnis: uxorem duxi. Concupiscentia oculorum: quinque juga boum emi. Ambitio sæculi: villam emi. (S. Aug., Serm. 33 de verb. Domini.)

gastada, cuyo tiempo ya pasó. Todo lo olvida menos la tierra: lo olvida todo menos á sí mismo.

El orgullo es la primera fuente de la indiferencia. Apoderándose de la razón, hace creer al hombre que solo ella es el criterio de la verdad, y que tiene derecho de dudar de cuanto no comprende, y á despreciar cuanto le humilla. Desde entonces cree que ostenta una fuerza superior en su razón y una grandeza de alma que le honra, si desprecia toda idea, todo sentimiento, toda práctica de religion. Estudiarla es rebajarse; practicarla es ponerse al nivel del pueblo ignorante; dejarse gobernar por ella, es esclavizarse, es reducirse á una vida de preocupación y fanatismo. Ese hombre se avergüenza de tener nada comun con lo que se llama pueblo. Le ve dirigirse al templo, y se compadece de su ignorancia. Le ve delante del altar santo, humildemente prosternado ante Dios para adorarle y pedirle sus gracias, y llama á esto pobreza de espíritu; él hace alarde de no adorar, de no pedir. Le ve á los piés del ministro de la misericordia de Dios, confesando sus culpas y esperando el perdón, y la sonrisa del desprecio asoma á sus labios, y rechaza toda solidaridad con esa gente crédula, de quien dice que se abusa. Le ve postrado ante la Sagrada Eucaristía, ó alimentándose de su Dios, y se burla, y apresura el paso para no verle siquiera. Sabe, en fin, que el pueblo espera en Dios y espera el cielo, y para aparentar superioridad, renuncia á esta esperanza.

Hé aquí una de las causas de la indiferencia religiosa, y por ella del alejamiento de la Sagrada Eucaristía. Hay hombres que miran como una humillación el creer, y en cuyo concepto es bajeza adorar á Dios y recibir en su corazón á Jesucristo. Esto, dicen, es bueno para el pueblo, es bueno para las mujeres. ¿Cómo si fueran ellos más que el pueblo! ¿Cómo si pudieran pasar sin Dios,

mejor que el pueblo y que las mujeres! ¿Sois más sábios que Leibnitz y Descartes, que Newton y Fenelon, que Bossuet y que Balmes? Ellos, pues, pusieron su gloria en creer, en adorar, en mostrarse religiosos, y, los que entre ellos eran católicos, en recibir la Sagrada Comunion.

Esa indiferencia hácia la religion en general, y hácia la Sagrada Eucaristía en particular, nace además de la avaricia, de la sed de dinero que devora á todas las clases de la sociedad. En otro tiempo, mientras Moisés recibía de la mano de Dios las tablas de la Ley, que debía enseñar al pueblo como alianza que con él hacia el Señor, el pueblo, al pié del monte, se fabricó un becerro de oro y le rindió adoracion (1). Esto mismo sucede entre nosotros. El oro es el ídolo de nuestra sociedad; la sed de oro es el móvil de las acciones humanas. Un autor ha dicho que el Evangelio de nuestro siglo es un libro de cuentas; el templo, una fábrica ó una casa de negociacion; el altar, un mostrador; Dios, el dinero. Dominado el hombre por esta pasion, gastando sus fuerzas, su salud y su inteligencia de dia y de noche, en el cálculo y el afanoso trabajo con que pretende y espera hacerse rico, no piensa en Dios, no se ocupa de su alma; y aun cuando oiga la voz que le llama, aun cuando reciba esquila de convite para la boda del Rey del cielo, aun cuando vea el templo y en él á Jesucristo, que le espera y lo convida, no se detiene, no se ocupa de él. Esto, dice con los convidados de la parábola, es bueno para los que viven ociosos: yo conozco que es bueno tener religion, conozco que es buena la Comunion; pero el trabajo me llama, los negocios me apremian, mi interés está en otra parte: ruego, Señor, que me tengas por escusado; he de

(1) Exod. XXXII.

comprar una casa, he de visitar una viña que he adquirido, he de dar movimiento á mis negocios, he de calcular y combinar mis especulaciones: *Rogo te, habe me excusatum* (1).

Segunda causa de alejamiento de la Sagrada Eucaristía; segundo obstáculo á la realizacion de los designios de Dios por este medio sublime de restauracion del mundo. ¿Cómo ha de obrar Jesucristo en los que huyen de él? ¿Cómo ha de obrar en los que, calculando hacer una mezquina ganancia, exclaman: Disminúyanse las fiestas; hagamos cesar los dias festivos de Dios sobre la tierra (2); anulemos esos dias en que el hombre, levantando los ojos al cielo, recuerda que allí está su Padre, y que aquella es su pátria? Reduzcamos al hombre á una máquina de producir riquezas, aun cuando su corazon no sea jamás una oficina de virtudes. En la clase obrera, apenas el niño tiene fuerza para la menor fatiga, ya se le sujeta al trabajo, se le esclaviza, se hace de él una bestia de carga, una máquina, atendiendo solo á que produzca riqueza, prescindiendo de enseñarle que hay un Dios; y ni sabe que es cristiano, ni aprende á conocer ni á amar á Jesucristo, á pesar de que los niños fueron y son siempre el objeto especial de la ternura del Salvador. Dejad, decia, dejad que se acerquen á mí los niños, para llenarlos de mí espíritu, para darles mi bendicion (5). El mundo se los roba, los arrastra lejos de él, y engendrando en su corazon por única pasion la del dinero por el trabajo, los sujeta á las privaciones de este, sin darles el consuelo de la esperanza y de la fe. ¡Cuántos llegan á la edad madura sin saber que Jesucristo está

(1) Luc. XIV, 19.

(2) Psalm. LXXIII, 8.

(3) Matth. XIX, 14.

dia y noche en el tabernáculo, diciendo: «Venid los que estais cansados y oprimidos, y os aliviare (1),» y ofreciéndoles en la sagrada Comunion el consuelo, la resignacion y la esperanza! ¿Y extrañaremos que esos niños, hechos hombres, sean criminales, y que un dia, cansados de trabajar y de ver que, mientras ellos se consumen, otros se engrandecen con el producto de sus sudores, faltos de educacion para comprender el valor del génio y del talento, y mucho más faltos de religion que modere y contenga sus pasiones y naturales instintos; extrañaremos, repito, que aborrezcan á los que no se les enseñó á mirar como hermanos y miran como opresores, y los maldigan, y levantando contra ellos un brazo de hierro, instrumento de un corazon de roca, le dejen caer con el furor de la desesperacion, y magullen y tronchen y desmenucen cuanto se les opone?

Pasemos á la tercera fuente de indiferencia y de alejamiento: es la sensualidad. El goce del sentido, el placer; hé ahí el término á que el hombre del mundo dirige todos sus pasos. ¿Qué vemos en la sociedad de nuestros dias sino sensualismo? Los adelantos de las artes, los progresos de la industria en todos sus ramos, las conquistas de la razon, ¿se dirijen á elevar al hombre sobre la tierra, á ennoblecerle con la virtud, á acercarle al cielo, á hacerle imágen perfecta del Hombre-Dios, modelo de la humanidad? Vosotros lo sabeis: todo se hace concurrir al refinamiento del sensualismo; todo es instrumento para dar á la carne el triunfo sobre el espíritu. Y en verdad que se consigue el objeto. La sensualidad lo domina todo; y rebajando al hombre á la vida del sentido, acostumbándole desde sus primeros años á no gozar sino en

(1) Matth. XI, 28.

lo que halaga las pasiones, en lo que satisface la vanidad, en lo que llena de ilusiones la imaginacion y agita la sangre, pone una barrera insuperable entre el hombre y Dios. San Pablo lo dice: «El hombre animal no percibe las cosas del espíritu (1);» su entendimiento se cubre de tinieblas; la luz de la fe no llega á él; el amor de Dios no hiere su corazon. El sensual necesita salir de sí mismo, agitarse, embriagarse para gozar; y por ello nada siente hácia Dios, que no está en la conmocion y el tumulto (2); nada hácia Jesucristo, que es Príncipe de paz (3); nada hácia la Sagrada Eucaristía, que no afecta al sentido ni obra sobre el corazon en quien domina la tempestad de los apetitos carnales (4).

Dios, Jesucristo, la Eucaristía, exigen del hombre el sacrificio, la abnegacion, la muerte de la sensualidad para obrar su renovacion, y esto se resiste soberanamente al corazon sensual. Prefiere renunciar á Dios, prefiere hacer alarde de no temerle ni amarle, antes que sometersele; prefiere persuadirse á sí mismo que no tiene alma, que todo acaba en la tumba, que es una bestia, antes que dejar los goces de bestia para sentir los de Dios. *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* (5). Cierra sus oidos á la voz de Dios, al llamamiento de Jesucristo; y pretextando su desposorio con la carne y la materia, desprecia el convite del Salvador del mundo: *Uxorem duxi, et ideo non possum venire* (6). Estos son,

(1) I Corinth. II, 14.

(2) III Reg. XIX, 11.

(3) Isai. VIII, 6.

(4) Sap. I, 4, 5.

(5) Psalm. XLVIII, 13.

(6) Luc. XIV, 20.

dice San Agustín (1), los que, según el Apóstol, no tienen sino esta máxima: Comamos, bebamos y gocemos hoy, que mañana moriremos (2). ¡Cuán cierto es, que cuando el hombre llega á lo profundo del mal, todo lo desprecia (3). Y es, Señores, que, como dice Isaías, Dios, en castigo de la sensualidad, infunde en el cáliz de sus placeres un espíritu de sopor (4). Dios castiga al sensual, como castigaban los antiguos á los homicidas: ataban su cuerpo al cadáver de su víctima. Así Dios ata al sensual con la corrupción; y el vapor deletéreo del pecado adormece al hombre, y castiga con un sopor voluntario la inteligencia y el corazón. Desde entonces, ni oye la voz de lo alto, ni siente el remordimiento. Hé aquí por qué para tantos es inútil la religión, inútil el alma de ella, la sagrada Eucaristía.

Tal vez, Señores, en esta descripción encontrareis el retrato de muchos á quienes conocéis: acaso algunos, muchos quizá de vosotros mismos, os reconoceréis diseñados. ¿Sabéis lo que es en sí misma esa indiferencia? En lo que se refiere al conocimiento general de la religión, es un desorden, una violación de las leyes mismas de la naturaleza del hombre. En él hay siempre una pasión que le devora, que le atormenta con una inquietud sublime, y le hace elevarse al cielo y descender al

(1) Tertius dixit: *Uxorem duxi*. Ista est voluptas carnis, quæ multos impedit: utinam foris et non intus. Sunt homines qui dicunt: non est homini bene, nisi cui adsunt carnis deliciae. Ipsi sunt quos notat Apostolus, dicentes: manducemus et bibamus, cras enim moriemur.... Qui hoc dicit, uxorem duxit, carnem amplexatur, carnis voluptatibus jucundatur, à cœna excusatur; observet ne fame interiori moriatur. (S. Aug., Serm. 33 de verb. Dom.)

(2) I Corinth. XV, 32.

(3) Prov. XVIII, 3.

(4) Isai. XXIX, 10.

fondo de la tierra, estudiar la magnífica y misteriosa armonía de los astros, y la maravillosa vida del insecto y de la planta, examinar lo presente y revolver las ruinas de lo pasado, y dirigir atrevida mirada al oscuro porvenir. Esta pasión celestial es el deseo de saber, el amor de la verdad; y esta pasión, este deseo tan vehemente é imperioso, no es sino la acción de la naturaleza que lleva á la criatura hácia su Criador; no es sino la acción de la criatura, que siente la necesidad de buscar su principio; no es sino una ley solemnemente intimada al hombre, de conocer á su Autor, su destino y su eternidad. El indiferente, pues, viola esa ley de su inteligencia y de su corazón; y renunciando á su fin esencial, por el mero hecho de negarse á conocerle, desordena todo su ser.

Si la considerais en lo que se refiere á la Religión práctica, y especialmente á su centro y alma, que es la Sagrada Eucaristía, la conducta del indiferentista importa en sí un desprecio de Dios que se acerca al hombre. El Señor dice por boca del Profeta: *Filios enutrevi et exaltavi; illi autem spreverunt me* (1). Es una ingratitud hácia el dador, y hácia el don mismo de un Dios hecho alimento del hombre, para que viva de su propia vida. Es, en fin, una idolatría. El Profeta lo dice también en nombre de Dios: dos males ha hecho mi pueblo: me ha dejado á mí, que soy fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas disipadas ó abiertas, que no pueden contener las aguas (2). La idolatría, según San Pablo, no consiste en la adoración de esta ó la otra divinidad; consiste en la pasión á que el hombre consagra su corazón, como á su principio y fin. La sensualidad, dice, es

(1) Isai. I, 2.

(2) Jerem. II, 13.

una idolatría: el vientre, el cuerpo, los sentidos, hé aquí el ídolo, el Dios del sensual (1). La avaricia es una idolatría; el oro es el Dios del avaro (2). Los que desprecian la Sagrada Eucaristía, tienen esta enfermedad; todos son idólatras. Vedlos de cerca: esa sed de oro, esa sed de placeres, de goces materiales; esa hambre del poder, ese deseo inmoderado de los primeros puestos; esa vida toda material, de negocios, de intrigas, de espectáculos en que el hombre se sumerge todo entero, haciendo de ello su principio y su fin, y el único objeto de su existencia, ¿qué es sino una idolatría? De los antiguos paganos se dijo: todo para ellos era Dios, menos Dios. ¿No puede decirse lo mismo de los modernos idólatras?

¿Cuáles son los efectos de esta indiferencia, de este desprecio? Son espantosos, hermanos míos, en orden al individuo y en orden á la sociedad. En el primero, la muerte del alma. La vida del alma es la verdad; el que desprecia la fe y no quiere alimentarse de ella, se sumerge en el error, en la duda, en la negacion: arrastra una existencia de acaso; se materializa. La vida del alma es el amor: el que no vive del amor esencial, está muerto (3); su nombre, dice el Profeta (4), se escribe en la tierra, y su vida pasa como un sueño; nada de nobleza en sus sentimientos, nada divino en sus aspiraciones; todo en él es miseria, todo tierra, todo muerte del alma. La vida del alma es Dios, que es su principio y su fin: el que desprecia á Dios y se muestra indiferente hácia el augusto Sacramento donde se comunica al hombre, no puede tener vida. Si no comiéreis la carne del Hijo del

(1) Philip. III, 19.

(2) Ephes. V, 5.

(3) I Joann. III, 14.

(4) Jerem. XVII, 13.

hombre, dijo Jesucristo, no tendreis vida en vosotros, no tendreis vida espiritual en el tiempo, no tendreis vida en la eternidad (1). Os juro, dijo el Rey, que de aquellos hombres que me despreciaron y no admitieron mi convite, ninguno gustará mi cena (2).

En el orden social, los efectos no son menos terribles. Jesucristo los anuncia tambien en su parábola. El Rey irritado, envió sus ejércitos y perdió á aquellos hombres, sembrando entre ellos la confusion, y poniendo fuego á su ciudad (3). Sin unidad de ideas, sin elevacion de miras, sin lazo de union, sin esperanza del cielo, sin Dios, el pueblo que se aleja de la Eucaristía no puede menos de ser víctima de sí mismo. La confusion, el desorden, el fuego de la discordia, el incendio de las revoluciones le aniquilarán y acabarán con él. Dios no abandona jamás su accion sobre el mundo: siempre se deja sentir en él, ó por la accion de su misericordia, ó por la de su justicia. Para esta le basta hacer lo que hizo con los pueblos gentiles, á quienes la sociedad moderna imita en su idolatría. Escuchad á San Pablo: «Por cuanto no dieron pruebas de conocer á Dios, los entregó á su réprobo sentido, abandonándolos para que hicieran cosas que no convienen. Llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia y de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidad y de chismes, murmuradores, aborrecidos de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres, necios, inmodestos, malévolos, sin fe, sin misericordia. Habiendo conocido la justicia de Dios, no entendieron que los que tales cosas hacen son

(1) Joann. VI, 54.

(2) Luc. XIV, 24.

(3) Matth. XXII, 7.

dignos de muerte, y no solo los que las hacen, sino tambien los que las consienten y toleran á los que las hacen (1).» Decidme, Señores, ¿describe San Pablo el estado de Roma pagana, ó traza el cuadro de la sociedad moderna? Las mismas causas producen iguales efectos. Aquellos hombres, desconociendo á Dios, adoraron la criatura; lo mismo hacen los que se alejan de la Eucaristía. No quieren á Dios, renuncian á Jesucristo, y sin él es preciso que el mundo vuelva al estado que tenia antes de la redencion, y á él precipitadamente camina la sociedad. ¿Quereis detenerla en su carrera de retroceso y salvarla? Ayer lo dije: Volved á Dios, volved á llamar á Jesucristo, cerca está, y dispuesto á escucharos. Vive entre vosotros, en la Eucaristía: uníos á él, alimentaos de él, y vivireis de su vida, y se obrará de nuevo la restauracion de todas las cosas, objeto sublime de su venida al mundo y de su permanencia en ese Sacramento.

Hemos examinado la primera causa que impide el que produzca en la tierra sus frutos de virtud ese árbol divino de la vida: el alejamiento de él en que vive la mayor parte de los hombres. Estudiemos la segunda: entre muchos de los que se acercan á él no produce sus frutos, por el abuso que hacen de la Sagrada Eucaristía.

SEGUNDA PARTE.

Muy lejos de mí, amados míos, condenar el uso frecuente de ese manjar del cielo. Yo quisiera, como Jesucristo y su santa Iglesia desean, que todos los fieles per-

(1) Rom. I, 28 ad 32.

severasen unánimes, como los primeros cristianos, en la fraccion del pan (1). Yo quisiera que todos comieran todos los dias ese pan de cada dia, haciéndose dignos de él, como dice San Ambrosio (2). Lejos de mí tambien el querer excluir de la mesa Eucarística á ninguna clase de cristianos verdaderos. Jesucristo en la parábola de las bodas, quiere que entren los pobres, los débiles, los ciegos y los cojos; porque es el Dios de todos, y á todos quiere darse (3). Y en verdad que de todas las clases, y con más ó menos frecuencia, vemos acercarse hombres á la sagrada mesa. Todos ellos comen ese pan de vida, todos ellos reciben ese misterio de fe, ese alimento de la caridad, ese estímulo de la humildad.

¿Cómo es, pues, que en muchos no vemos ni la viveza de la fe, ni la práctica de la humildad, ni el sacrificio de la caridad, ni la vida de Jesucristo? Es, Señores, que no todos se llegan á la sagrada Mesa con las disposiciones necesarias. Recordad la palabra de San Agustín: «El que te ha criado sin ti, no te salvará sin ti (4).» No es defecto del fuego si no prende en el tronco verde ó saturado de agua. Escuchad lo que dice el Evangelio: «Entró el Rey en la sala del convite, y vió á uno que no llevaba vestido de boda, y le dijo: amigo, ¿cómo te has atrevido á entrar sin vestido nupcial? Y aquel hombre

(1) Optaret quidem Sancta Synodus, ut in singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed Sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent. (Conc. Trid., Sess. 22, cap. 6.)

(2) Si quotidianus est panis, ¿cur post annum illum sumis? Accipe quotidie, quod quotidie tibi prosit. Sic vive, ut quotidie merearis accipere. Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. (S. Ambr., de Sacram. lib. 6.)

(3) Luc. XIV, 21.

(4) Qui nos creavit sine nobis, non nos justificat sine nobis. (S. Aug., Serm. de Verb. Apost. 15, cap. 11.)

enmudeció. Arrojadle, dijo el Rey, arrojadle atado de piés y manos á las tinieblas exteriores (1).» Hé aquí la explicacion del poco ó ningun efecto de la Sagrada Eucaristía en muchos que la reciben. «Hay muchos débiles, dice San Pablo; muchos que duermen en sopor de muerte (2).» En una palabra, hay muchos que comulgan mal, abusan de la Sagrada Comunión. Les falta el vestido nupcial, el vestido de la caridad que anima la fe, el vestido de la gracia y la virtud. Son troncos verdes por la concupiscencia, saturados del agua del pecado; y en ellos, por lo mismo, no puede prender el fuego que Jesucristo trajo á la tierra. Son enfermos por el vicio, cuyos estómagos no pueden sufrir el alimento de los fuertes (3). Quieren unir en su corazón á Jesucristo y á Belial, y esta union es imposible.

¿De dónde este abuso? ¿De dónde el sacrilegio que impide los efectos de la Sagrada Eucaristía? A una sola pueden reducirse todas las causas: es la hipocresía. Ese homenaje que el vicio rinde á la virtud, vistiéndose de ella en público; esa bajeza del corazón, que conoce el precio de la virtud, sin tener valor para practicarla; esa mentira personificada, que envuelve á un malvado con el manto de un hombre de bien, y oculta un corazón de demonio tras un rostro de ángel. Hé aquí lo que lleva en sí el que se acerca á la sagrada mesa sin las disposiciones necesarias; es un Judas, que con el beso de paz vende al Hijo del hombre.

Esa hipocresía nace de malicia en unos, en otros de

(1) Matth. XXII, 12.

(2) I Corinth. XI, 30.

(3) Sicut enim cibus qui natura vim habet nutriendi, si in stomacho vitio fastidientem inciderit, omnia perdit et corrumpit, ac morbi occasio fit; ita etiam hæc veneranda Mysteria. (S. Joann. Chrysost. Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

respeto humano, de vergüenza. Sin duda que es más horrorosa y criminal la de los primeros, porque es obra del cálculo; es un medio por el cual se busca un fin tal vez inícuo. Se conoce el instintivo aprecio que en todas partes se hace de la virtud; se sabe que para el mundo religioso la Sagrada Comunión es un testimonio en favor de quien la recibe; y sin fe, sin amor, sin pensar siquiera lo que se hace, el hombre se hace hipócrita, aparenta virtud, se acerca al altar santo, recibe á Jesucristo. Aquella Comunión sacrilega es una moneda con que se quiere comprar un ídolo, ó el corazón de una criatura, ó un puesto elevado; es un documento de seguridad con que se quiere encubrir un crimen, ó desarmar á quien justamente se teme, ó engañar á aquel de quien algo se espera. La Comunión, para esta clase de hipócritas, no es un acto religioso; no es sino una especulación, un medio como otro cualquiera de llegar á un fin. Se rien de Dios, insultan á Jesucristo, se burlan de la Iglesia; no importa: lógrese el fin, alcáncese lo que se desea, no se pierda el nombre de cristiano, lo demás importa poco. Los efectos de la mala Comunión el mundo no los ve; y lo que conviene es engañar al mundo para estar bien con él. Jesucristo es una víctima, que el hipócrita sacrifica al mundo y á sus pasiones. ¿Es posible que exista una clase tal de hombres? Ha existido y existe, hermanos: la historia antigua y moderna ofrece ejemplos públicos y solemnes: en un orden más inferior se multiplican bastante. ¡Qué horror! ¿Qué es Dios, qué es Jesucristo, qué es su alma para esos hombres? Nada. Todo es nada menos sus pasiones, que son su Dios.

He dicho que esta hipocresía nace también del respeto humano ó de la vergüenza. Hay hombres que se avergüenzan de parecer cristianos en la sociedad del mundo, y se avergüenzan también de parecer mundanos

en la sociedad cristiana. Entre sus amigos ó compañeros, entre los jóvenes con quienes se unen en público, hacen alarde de impiedad, hablan con desprecio de la religion, se rien de las prácticas cristianas, satirizan á los que las observan; y esto muchas veces sintiendo en su corazon el aguijon del remordimiento. Esos jóvenes en el seno de la familia, ó en otro círculo, hablan y obran de otra manera tal vez; su corazon entonces se encuentra en su centro, porque no se han borrado aún de él las impresiones de una educacion cristiana, con que tratara de formarle una madre toda piedad, toda virtud. Acuden al templo, aunque con ciertas precauciones, para no ser observados por sus compañeros de desórden: comulgan, se unen á Jesucristo; pero el qué dirán los amigos, les impide cambiar totalmente de conducta y vomitar el veneno de su alma en el Sacramento de la penitencia, y vuelven al camino de la perdicion, llevando aún á Jesucristo en su corazon. Un vicio vergonzoso, una pasion criminal se apodera del corazon: siéntese su peso, que oprime, se conoce su desórden; pero no se quiere hacer el esfuerzo supremo para salir de él, no se tiene valor para romper la cadena. El precepto de la confesion apremia: si descubre la conciencia y aparece el corazon en su verdadero estado, ¿qué concepto formará el confesor? Si se presentan las cosas en su verdad, la absolucion debe suspenderse, y se prohibirá la sagrada Comunion. Si no comulga, ¿qué dirán los que lo adviertan, qué dirá una madre vigilante y solícita, ó una esposa oprimida y buena; qué dirá el mismo mundo? Todos estos pensamientos turban al vicioso, al apasionado que no ha roto aún totalmente con la religion y con la Iglesia; y el respeto humano le vence, se presenta al confesor, calla por vergüenza y comulga en pecado, cuidando más del concepto de los hombres que del juicio de Dios. ¡Cuán frecuen-

te es este desórden! ¡Qué desprecio envuelve hácia Jesucristo!

¿Sabeis á dónde llega la malicia de esta hipocresía, de ese abuso de la Sagrada Eucaristía? Recordad el crimen de Judas: el mismo, mayor tal vez, es el del sacrilego. Judas, antes de consumir su traicion horrenda, trata con los príncipes de la Sinagoga. «¿Cuánto me dareis, les dice, si os entrego á Jesucristo? Treinta denarios, responden (1).» Judas acepta. Para él, treinta denarios valen más que Jesucristo. El sacrilego, que se precia de discípulo de Jesucristo, negocia tambien su infame traicion con el mundo y con sus pasiones. Le ofrecen un interés pecuniario, un placer carnal, la continuacion de una pasion, la satisfaccion de un apetito, y consiente en el sacrilegio. Para él todo vale más que Jesucristo.

Judas, despues de su inicuo trato, vuelve á la compañía de su maestro y se sienta á la mesa con los demás. Jesus, que ha anunciado ya su pasion, anuncia tambien quién es el traidor, dice el V. Beda, para infundirle remordimientos y darle lugar á la penitencia, sabiendo que estaban descubiertos para Jesucristo sus planes de iniquidad (2). No todos, dice, no todos los que estais conmigo sois puros de corazon: hay uno que me entregará á mis enemigos (3). Los Apóstoles, llenos de amargura, responden sucesivamente: ¿soy yo, Maestro? Judas tiene la hipócrita desfachatez de preguntárselo tambien, y el divino Salvador, para ver si la vergüenza mueve el

(1) Matth. XXVI, 15.

(2) Qui de passione prædixerat, et de prodicione prædicit, dans locum penitentiae, ut cum intellexisset sciri cogitationes suas, et occulta consilia, poeniteret sui facti. (Beda, Comment. in Luc., cap. 22.)

(3) Joann. XIII, 10.

corazon del pérfido, responde: Tú lo has dicho: tú eres (1). El Hijo del hombre será entregado; pero ¡ay del que lo entrega! Más le valiera no haber nacido (2). Así le habla para que le contenga el temor del castigo, ya que no lo ha hecho la vergüenza del crimen (3). Judas, sin embargo, permanece insensible: Jesucristo, todo caridad, no ha dicho claramente á los demás que él es el traidor, y esto le basta: para ellos su crimen está oculto, aún no se cree deshonrado (4). Así el sacrilego viene á ocupar un puesto entre los fieles, asiste á los Oficios Divinos, va á postrarse á los piés del tribunal donde las aguas de la misericordia, mezclándose con las lágrimas de la penitencia, lavan los pecados. En vano Jesucristo, por la voz del remordimiento, le descubre su crimen, y le hace entrever sus fatales consecuencias: como Judas permanece insensible.

Llegada la hora, el Apóstol traidor corre á ejecutar su crimen, pero oculta sus negros designios bajo las apariencias del respeto y la amistad. Maestro, dice, imprimiendo sus inmundos lábios en el divino rostro de éste, Maestro, yo os saludo (5). Jesus admite este ósculo, que le es más sensible que todos los ultrajes de la Pasión, y se contenta con responderle dulcemente: Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso de paz haces traición al Hijo del hombre? (6)

(1) Matth. XXVI, 22, 25.

(2) Matth. XXVI, 24.

(3) Prædicit et pœnam, ut quem pudor non vicerat, corrigant denunciata supplicia. (Beda, loc. cit.)

(4) Et tamen non designat specialiter, ne manifeste correptus, impudentior fieret. Mittit crimen in numero, ut agat conscius pœnitentiam. (Id. id.)

(5) Matth. XXVI, 49,

(6) Id. id.: Luc. XXII, 48.

Fiel á su compromiso infernal con el mundo y con sus pasiones, el nuevo Judas, engañando á todos menos á Dios, en medio del día y entre la multitud de los fieles, se levanta insensible y avanza friamente para consumir su obra. En vano desde el fondo del tabernáculo Jesucristo le dice, como al pérfido discípulo: Amigo, ¿á qué has venido? ¿Por qué quieres hacerme traición con un beso de paz? Tú, mi hijo, á quien he amado tanto; tú, mi amigo, á quien convidó á mi mesa; tú me vendes con una apariencia de amor? Si un extraño, si un enemigo lo hiciera, sufríralo yo; pero de ti, amigo mio, ¡cuán amargo se me hace este insulto! (1) Todo en vano. El sacrilego no se detiene: el hipócrita está allí al pié del altar. El Sacerdote se acerca, llevando al Salvador; y el impío, aplicando su impura boca al rostro divino de Jesus, recibe el Pan del cielo, y lo introduce en un corazon más impuro todavía. ¡Desgraciado! Escucha la voz del que recibes tan indignamente. ¡Ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado: más le valiera no haber nacido (2). Esta sentencia, dice el V. Beda (3), no se pronuncia solo contra Judas. Hoy y siempre, ¡ay de aquel que de este modo se acerca á la Mesa del Señor!

(1) Psalm. LIV, 13, 14, 15.

(2) Matth. XXVI, 24.

(3) Sed et hodie quoque et in sempiternum vae homini illi qui ad mensam Domini malignus accedit; qui insidiis mente conditis, qui præcordiis aliquo scelere pollutis, mysteriorum Christi secretis participare non metuit. Et ille enim in exemplum Judæ Filium hominis tradit, non quidem judæis peccatoribus, sed tamen peccatoribus membris, videlicet suis, quibus illud inæstimabile et inviolabile Domini Corpus violare præsumit. Ille Dominum vendit qui, ejus amore ac timore neglecto, terrena et caduca, imo etiam criminosa plus amare et curare convicitur. Vae, inquam, illi homini de quo Jesus, qui altaribus sacris inter immolandum, utpote proposita consecraturus, adesse non dubitatur, adstantibus sibi ministris cœlestibus, queri cogitur, ecce, inquit, manus tradentis me mecum est in mensa. (Beda, loc. cit.)

¡Ay del que con planes de iniquidad, con corazón manchado por el pecado, no teme participar de los misterios de Cristo! ¡Ay del que, como Judas, le entrega, no á los judíos, sino á sus miembros pecadores, con los que se atreve á violar el inestimable cuerpo de Jesús. Él le vende, porque despreciando el amor y el temor, prefiere las cosas caducas, las mundanas y aun las criminales. ¡Ay de aquel de quien Jesús dice á sus ministros celestiales, ejecutores de su justicia: Hé aquí que la mano del que me entrega está en mi mesa; más le valiera no haber nacido! (1) Desgraciado, sacrilego, medita estas palabras. Ellas te explican tu crimen y sus consecuencias espantosas.

Lo son, en verdad, Señores. El que no come mi carne ni bebe mi sangre, dice Jesucristo, no tiene vida en su alma; está muerto para el bien y para Dios (2): pero en él no hay más que la privación de la vida divina; al paso que el que comulga hipócrita y sacrilegamente, no solo no tiene esta vida, sino que se hace reo del cuerpo y sangre de Cristo; reo de Deicidio como los judíos (3). Desde entonces el hombre se endurece en su corazón; y afanándose por sofocar la voz del remordimiento, multiplica sus sacrilegios, á fin de que la costumbre haga desaparecer el horror que tamaño crimen causa naturalmente al cristiano. Escuchad otra vez á Jesucristo en su parábola: Atado de pies y manos, arrojadlo á las tinieblas exteriores (4). La comunión sacrilega, hermanos míos, es una cadena que ata al hombre en su alma, y le impide librarse del imperio del pecado: ella le arroja en las

(1) Luc. XXII, 21.

(2) Joann. VI, 54.

(3) I Corinth. XI, 27. Vide à Lapide et Pinconio in hunc locum.

(4) Matth. XXII, 13.

tinieblas de la indiferencia; ella le roba la luz de la fe; ella le infunde un principio de muerte eterna. San Pablo lo dice: El que come y bebe indignamente este Sacramento, come y bebe su propio juicio, su propia condenación (1). Es decir, el alimento celestial, que profana, se convierte en un veneno, que se incorpora con él y penetra todo su ser: la sentencia de muerte, que como á reo del cuerpo y sangre de Cristo atrae sobre sí, se mezcla con su sustancia, se hace una misma cosa con él, se encarna en él, así como dice Jesucristo, que su vida se hace la vida del que santamente comulga (2). Va unida al crimen de la mala Comunión la maldición que Jesucristo pronunció contra Judas, y difícilmente se borra de la frente del sacrilego. De aquel se dice en el Evangelio, que en cuanto comulgó, entró Satanás en su corazón (3): lo mismo sucede en el nuevo Judas de la indigna Comunión.

Y bien, Señores, siendo Satanás el que reina en el corazón del sacrilego, ¿podrá menos de encontrarse en él todo género de males? Así como la historia y la experiencia nos prueban los admirables y divinos efectos de la unión amorosa con Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, y vemos la humildad, la pureza, la caridad y todas las virtudes, en los que, por este Sacramento, viven la vida de Cristo; así en los que profanan este medio de santificación y de felicidad verdadera, los efectos son y deben ser totalmente contrarios. ¿Extrañaremos, pues, que en muchos de los que comulgan no aparezcan aquellos efectos de santidad? ¿Acusaremos por ello á Jesucris-

(1) I Corinth. XI, 29.

(2) Joann. VI, 58.

(3) Id. XIII, 27.

to? ¿Acusaremos á la Sagrada Eucaristía? Lejos de nosotros tan atroz blasfemia.

Concluyamos. La Comunión, ahora como siempre, es el árbol de la vida en el paraíso de la Iglesia; ahora, como siempre, es el medio sublime de restauración y regeneración dejado por Jesucristo á la tierra. Si el hombre no vive de sus frutos, es porque no se acerca á comer de él. Si el hombre no deja la vestidura del viejo Adán y toma la del nuevo, es porque come indignamente. Acérquese á ese árbol, probándose y examinándose antes, como dice San Pablo (1): es decir, arrojando de su corazón el manjar indigesto de la concupiscencia, y el pan divino le hará hombre nuevo, hombre de virtud, hombre santo. Los que se apartan de ti, dice el Profeta, perecerán (2). Si te alejas, ó cristiano, morirás; por el contrario, si te acercas, tendrás vida, porque es el pan de la vida el que recibes, y el que come la vida no puede morir. ¿Cómo morirá el que se alimenta de la vida? ¿Cómo desfallecerá el que recibe esta sustancia vital? (3) Acércate, dice San Cirilo, pero hazlo preparándote con una vida de virtudes. Viviendo así, cree que este pan no solo te librá de la muerte, sino también de la enfermedad y flaqueza, porque estando Cristo en nosotros adormece las pasiones, excita la piedad, da la paz al alma, y nos eleva hasta él por la gracia y la virtud (4). Que Je-

(1) I Corinth. XI, 28.

(2) Psalm. LXXII, 27.

(3) Si te elongaveris ab eo, peribis; si appropinquaveris ad eum, vi-
ves. Hic est panis vitæ. Qui ergo vitam manducat, mori non potest.
¿Quomodo enim morietur, cui cibus vita est? ¿Quomodo deficiet qui ha-
buerit vitalem substantiam? (S. Ambr. ex expos. in Psalm. CXVIII.)

(4) Quare pie apud te statuas, recte ac honestius vivere, atque ita
Eulogiæ particeps fias; credens eam nedom mortis, sed et nostrorum
morborum suapte vi depultricem esse. Christus enim in nobis existens,
sævientem in membris nostris sopit carnis legem, pietatem in Deum ex-

sucristo, pues, no entre en vano en vuestros corazones, hermanos míos: haceos dignos de recibir á un Dios que quiere darse á vosotros; y recibéndole, encontrareis en la Comunión la fuente de todas las gracias, el estímulo de todas las virtudes, y la prenda de la gloriosa inmortalidad.

suscitat, animi perturbationes mortificat, quibus obnoxii sumus, delicta non imputans, sed potius ut ægrotos sanans. Confractum enim lapsum erigit tanquam Pastor bonus, et qui animam suam ponit pro ovibus suis. (S. Cyrill. Alexandr. in cap. V Joann.)

NOVENO SERMON.

Nuestros deberes con Jesucristo Sacramentado.

*¿Quid retribuam Domino, pro
omnibus que retribuit mihi?*

(Psalm. CXV, 2.)

LLEGAMOS, Señores, al término de estos santos ejercicios, consagrados á la adoracion del Santísimo Sacramento; y en este día debo concluir mis discursos sobre este admirable misterio. Naturalmente debo resumir mi doctrina para deducir una consecuencia práctica. Jesucristo, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra, permanece perpétuamente en esta bajo las especies sacramentales para consumir su obra, que es de ayer, de hoy y de todos los siglos. Esta restauracion realiza por la fe, que acerca el hombre á Dios mediante su presencia real en el augusto Sacramento, misterio que exige la fe: la fecundiza por la esperanza y el sacrificio en que se funda, perpetuado en la Eucaristía, que es la prenda de la gloria inspirando el sacrificio; por la caridad, que une y estrecha á Dios y al hombre para que reciba esta la verdadera felicidad, realizando esta union en la Sagrada Comunión, que da al hombre la vida de Dios; por la humildad, que ordenando al hombre, le ele-

va á la verdadera grandeza, de la cual le da ejemplo en la Sagrada Eucaristía; por la caridad fraterna, en fin, que uniendo á los hombres, armoniza la sociedad, y enseña la donacion y el sacrificio, para llevar el remedio á todas las miserias, produciendo la felicidad posible en este mundo. Hé ahí la obra de Jesucristo, que he procurado haceros comprender. ¿Lo he logrado? Quiera Dios que sí, y que la conviccion produzca sus frutos de salud y de vida en cuantos os habeis dignado escucharme.

Bien sabeis, Dios mio, que no he deseado ni me he propuesto otra cosa en mi predicacion: someteros el entendimiento y el corazon de todos mis hermanos, para que creyendo os amen, amándoos os busquen, buscándoos os introduzcan en su corazon, y unidos á vos vivan de vuestra vida, sean una misma cosa con vos. ¿Cuál ha de ser pues, hermanos míos, la conclusion de todo para lograr este resultado? Conocer lo que debemos á Jesucristo en la sagrada Eucaristía, para cumplirlo; compararlo con lo que le damos, para reformar lo que no hallemos digno de Jesus. Hé aquí la idea que hoy me propongo examinar y desenvolver. ¿Qué debemos á Jesucristo Sacramentado? ¿Qué hemos dado hasta ahora, que queremos dar en adelante á Jesus Sacramentado?

PRIMERA PARTE.

¿Qué debemos á Jesus Sacramentado? La contestacion á esta pregunta la teneis en las ideas emitidas en todos los discursos anteriores, especialmente en los primeros. El Sacramento del Altar es la perpetuacion del

Misterio de la Encarnacion, y por consiguiente el cumplimiento de lo que Jesucristo dijo á los Apóstoles: *Hé aquí que estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos* (1). Es la renovacion constante del Sacrificio del Calvario y del llamamiento que Jesus hace á los hombres. *El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame* (2). Es, en fin, la continuacion de la última cena del Salvador con sus Apóstoles, testamento de su amor y alianza nueva, en que llevando al último término su caridad divina, dice á todos lo que dijo á aquellos: *Tomad y comed; este es mi cuerpo* (3). Jesucristo, pues, Dios presente, Dios sacrificado, Dios dado al hombre: lo primero, alimentando la fe, pide la adoracion; lo segundo, afianzando la esperanza, pide la imitacion; lo tercero, excitando el amor, pide la union y la consagracion. Hé aquí nuestros deberes: examinémoslos.

Toda la religion se encierra en una sola idea: Emmanuel, Dios con nosotros, Dios cerca del hombre, union de Dios y del hombre; así como la irreligion y la impiedad, cualquiera que sea el nombre que se le dé, se comprende en esta otra: Dios fuera del hombre, el hombre lejos de Dios, el hombre sin Dios. Siendo la Religion la gran pasion de la humanidad, de la cual ningun pueblo ha sabido prescindir, viviendo en completo ateismo, no puede satisfacerse esta pasion sin la aproximacion, la presencia y la posesion de su objeto, para hacer sensible la manifestacion de los sentimientos que inspira. Esta necesidad, vivamente sentida, y más y más excitada, cuanto más lejos se halla el hombre de su verdadero Dios,

(1) Math. XXVIII, 20.

(2) Luc. IX, 23.

(3) Matth. XXVI, 26.

produce esa idolatría de las pasiones, que le hace tener tantos dioses cuantos son los objetos que ama, como produjo en otro tiempo la idolatría de las naciones, que ansiosas de Dios, y de Dios que viviera cerca del hombre, multiplicaron los dioses y llenaron de ellos las casas, las calles, las ciudades, los campos y los bosques, para que presidiesen á todas sus acciones, á todos los usos de la vida. De aquí el celo por poner la paternidad, la familia, el estado, el comercio, los tribunales, los ejércitos, la paz y la guerra, todo, en fin, bajo la tutela de un Dios, para recibir su proteccion, para tenerle siempre presente, y rendirle mil y mil veces el homenaje del corazon. Y hé aquí por qué Moisés celebraba las prerogativas del pueblo hebreo, diciendo: No hay otra nacion tan grande que tenga sus dioses tan cerca como nosotros tenemos á nuestro Dios (1). Sobre el pueblo hebreo está el pueblo cristiano, sobre la Sinagoga está la Iglesia Católica, que posee en ese divino Sacramento, no un símbolo de Dios, no el oráculo donde el Señor hablaba á Moisés, sino al mismo Dios, que para satisfacer la pasion que él mismo inspiró al hombre, se hizo hombre; y para alimentarla constantemente permanece oculto, pero realmente en la Sagrada Eucaristía.

Esa aproximacion tiene por objeto facilitar á la criatura sus relaciones con Dios, y el cumplimiento de los deberes que la misma naturaleza le impone, y que la religion ratifica y perfecciona. La primera de esas relaciones, el primero de esos deberes, es el amor; y el amor enjendra la veneracion, la gratitud, el reconocimiento de que todo lo hemos recibido de su mano bondadosa; y por lo mismo la adoracion interior y exterior con que

(1) Deuter. IV, 7.

nos humillamos en su presencia, rindiéndole el debido homenaje (1). Esto exige de nosotros la Sagrada Eucaristía. ¿Creemos que en ella está presente realmente Jesucristo, Dios y hombre, Salvador del mundo? Debemos amarle, debemos adorarle. Ante él, dice San Pablo, y al solo eco de su nombre, quiere el Padre que se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno (2). Recordad la palabra de Dios: *Et adorent eum omnes angeli eius*: adórenle todos sus Angeles (3). Esta orden recibieron cuando se les reveló el gran Misterio de la Encarnación. Los que á ella resistieron, desterrados del cielo, cayeron en el abismo para siempre, donde á pesar suyo se ven obligados á adorarle, temblando en su presencia por la fe de sus grandezas, que les llena de terror y espanto (4). Esta orden recibieron cuando nació Jesucristo, y cuando renació resucitando: esta orden, en fin, dice el Apóstol, recibirán cuando aparezca glorioso en el juicio; y todos, buenos y malos, por amor ó por fuerza, la cumplirán (5). Si los Angeles le adoran, ¿cuánto más debemos hacerlo nosotros?

Descorred con San Juan el velo del cielo, y contemplad la sublime vision que nos describe en el Apocalipsis. «Vi abierto el cielo, y en trono brillante de gloria al Anciano de días; y habia al rededor del trono un iris de color de esmeralda, y junto al Trono veinticuatro sillas, y sentados en ellas veinticuatro ancianos vestidos de ro-

(1) Balmes: Filosofía elemental, Ética, cap. 14.

(2) Philip. II, 10.

(3) Psalm. XCVI, 8; Hebr. I, 6.

(4) Jacob. II, 19.

(5) Hebr. I, 6. Tunc (in secundo ejus adventu) Dei jussu, publice et toto orbe spectante, Christum adorabunt omnes angeli, boni quidem gaudentes ac venerabundi, mali vero dolentes et inviti. (Piconio in hunc loc.: vide à Lapide.)

pas blancas, y en sus cabezas coronas de oro; y delante del Trono siete lámparas ardiendo, que son los siete espíritus de Dios, y al rededor y á los piés del Trono cuatro animales misteriosos; y mirando vi en medio del Trono y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, un cordero en pié así como muerto, y oí la voz de muchos Angeles que decian en alta voz: Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendicion. Y á toda criatura que hay en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y á las que hay en el mar y cuantos allí hay, oí decir á todas: Al que está sentado en el Trono, y al Cordero, bendicion, y honra, y gloria, y poder en los siglos de los siglos; y los cuatro animales decian: Amen; y los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros, y adoraron al que vive en los siglos de los siglos (1).»

Tal es la adoracion eterna que en el cielo rinde á Jesucristo la Iglesia triunfante, poseedora de su cuerpo glorioso; tal es la que, unida á ella, le rinde en la tierra la Iglesia militante, poseedora de su cuerpo Sacramentado; tal es la que debe rendirle cada miembro de esta Iglesia. Esta adoracion á Jesucristo Sacramentado es una consecuencia inmediata de la fe, de la esperanza y del amor. Cuantos durante su vida mortal le reconocieron Hijo de Dios, le adoraron; cuantos, movidos de la fe, esperaron de él el perdon ó la salud, le adoraron; cuantos le amaron y quisieron testificarle su gratitud, le adoraron tambien. Ved á los pastores en la rústica cueva de Belén (2), y tras ellos á los Magos, postrados ante aquel Niño pobre, á quien los Angeles y las estrellas les hicie-

(1) Apoc. IV, 5.

(2) Luc. II, 17.

ron encontrar (1). Ved á la Cananea que corre en seguimiento suyo, llamándole Señor como á Dios, é Hijo de David como á hombre; y postrándose á sus piés le adora, esperando la salud de su hija (2). Ved al ciego de nacimiento, que apenas alcanzada la vista, le ve y oye su palabra, exclama: Creo, Señor, y cayendo á sus piés le adora (3). Ved á la Magdalena, que le adora esperando el perdón; y más tarde, perdonada ya y llena de amor, se postra á sus piés, y permanece allí estática oyendo su palabra (4). No es posible creer en Jesucristo sin adorarle: no es posible adorarle de corazón sin creer en él. La adoración es la protesta de la fe, es el testimonio de la esperanza, es la expansión del amor. Por ello la adoración del Santísimo Sacramento ha sido en todo tiempo la delicia de la Iglesia, y la ocupación más amada de los verdaderos fieles. La presencia del amado es la felicidad del amante. Los mayores Santos han sido los más enamorados de Jesús Sacramentado, y los que más constantemente se han prosternado á sus piés para rendirle el homenaje de su fe y de su amor, y recibir la abundancia de sus dones y de sus dulzuras.

¿Cómo cumple la mayor parte de los cristianos este deber con Jesucristo Sacramentado? ¿Acuden al templo para tributarle el homenaje de la adoración y el testimonio de su gratitud, y presentarle la súplica de la esperanza? ¡Ah, Señores! ¡Para cuántos Jesucristo no existe! ¿Cuántos pasan mil y mil veces por las puertas del templo donde reside la Majestad del Dios de la Eucaristía, y ni una vez entran en él, ni una vez piensan siquiera en

(1) Matth. II, 11.

(2) Id. XV, 25.

(3) Joann. IX, 38.

(4) Luc. X, 39.

Jesucristo Sacramentado! Se emprenden costosos y arriesgados viajes por visitar un monumento de la soberbia humana, por descubrir y contemplar las ruinas de un templo de ídolos, por tener una memoria de los vanos dioses que adoraba la ciega gentilidad, y cuyo culto degradó al género humano; y teniendo al lado de nuestra casa al Dios verdadero, que destruyó el imperio de aquellos ídolos y abatió aquellos templos regenerando al mundo, pocos le visitan, y más pocos aún le adoran. Dios se humilla hasta el nivel del hombre para que se acerque á él; se hace su amigo, que le sale al encuentro á cada paso; y el cristiano ni siquiera se acuerda de su Dios, tan bueno y tan amante. ¡Qué olvido! ¡Qué ceguera!

Notad la conducta ordinaria de muchos en el templo: fijaos en su actitud, observad su gesto; y vereis pintado el fastidio en su semblante, la divagación del pensamiento en su mirada, y expresada en todo su cuerpo la indiferencia, el menosprecio. ¿Para qué vienen? ¿Acaso á visitar á Jesucristo, á adorarle, á pedirle gracia? Nada de eso; para ellos Jesucristo es nada: ni un momento se ocupan de él. Se avergüenzan de doblar ante él la rodilla; hacen alarde de sobreponerse á toda idea religiosa; hacen ostentación de no creer en el acto mismo de estar en el teatro de la fe. Su mirada no es para Jesucristo; es para el ídolo de un amor, tal vez criminal en sí mismo, y siempre criminal en el templo. Su palabra no es el eco del corazón que ama y ora á Jesucristo; es la palabra de la pasión mundana, ó la expresión de la frivolidad ó de la sátira, ó un pasatiempo que alijere el fastidio del alma, que nada siente. Todo menos la oración; todo menos la adoración; todo menos Jesucristo. ¡Y esos hombres se llaman cristianos! ¡Cristianos sin oración; cristianos sin fe; cristianos sin Jesucristo;

cristianos sin Dios! Dios mio, Dios mio, ¡hasta dónde llega la ceguedad y la dureza del hombre! Vos le llamais, y no responde; le buscáis, y huye; os acercáis á él, y se aparta (1). Dios mio, Dios mio, ¿por qué os habeis humillado tanto? Si con más gloria apareciérais, no estaríais dias enteros en el Tabernáculo sin que nadie se acerque á vos para deciros siquiera: «Creo en vos, y os amo; bendecidme, buen Dios.» Es verdad; pero vos queréis que se os visite por amor, no por temor; que se os adore por la fe, no por la sola esperanza de vuestra gloria; porque solo así será meritoria para el hombre esta visita y esta adoración. ¡Oh cuánto amais, Señor! Vuestra paciencia lo prueba. Un dia y otro dia pasan sin que nadie os visite en muchos templos, y sin embargo, no os vais, y permanecéis solitario, esperando que un hombre se acuerde de vos y venga á adoraros, para que cuando llegue no se encuentre sin vos. ¡Ah! Si nosotros amásemos de veras á Jesus, ¿quién nos apartaría de sus altares? ¡Con cuánto ardor repetiríamos las palabras de David: «Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes; mi alma codicia y desfallece por los átrios del Señor; he escogido estar abatido en la casa de mi Dios, antes que habitar en los tabernáculos de los pecadores; porque es mejor un dia en tus átrios que mil lejos de ti!» (2) Pero al ver que sucede todo lo contrario, es preciso decir que ha llegado la época anunciada por Jesucristo, de buscarse la fe en la tierra y no encontrarla (3): la incredulidad y la indiferencia con la sensualidad han helado los corazones, y la mayor parte de los

(1) Prov. I, 24.

(2) Psalm. LXXXIII, 2, 3.

(3) Luc. XVIII, 8.

cristianos vive sin fe, sin amor, sin Dios. Triunfad de ellos, Jesus mio; iluminadlos, atraedlos, inflamadlos: sed vos su Dios; sean ellos vuestro pueblo (1), y pongan en vos toda su esperanza, adorándoos y uniéndose á vuestro sacrificio, para no ser eternamente confundidos.

Esta esperanza nos descubre el segundo deber del cristiano hácia la Sagrada Eucaristía: el de la imitación. En su vida eucarística como en su vida mortal, Jesucristo es el Redentor del mundo; y la redención perfecta comprende dos partes: primera, librar al hombre del imperio del mal, reconciliándolo con Dios; segunda, dirigirle por el camino del bien, acercándolo á Dios. Lo primero hace Jesucristo, víctima por el hombre; lo segundo hace el Hijo de Dios, modelo del hombre; y ambas cosas perpetúa en ese Sacramento. Todos los dias pecamos, todos los dias necesitamos de la redención; y como esta no se logra sino por el sacrificio, Jesucristo perpetúa su oblación misteriosamente en manos del Sacerdote, sobre el Calvario del santo altar (2). Pero así como en los antiguos sacrificios, el que presentaba por su pecado una víctima á Dios por ministerio del Sacerdote, presenciaba su oblación y á ella se unía en su corazón, significándolo con la acción de poner sus manos sobre la cabeza del animal que se inmolvaba (3), pues descargando en la ofrenda su deuda exterior de expiación, no po-

(1) Jerem. XXXI, 33; Osee, II, 24.

(2) Quia corpus assumptum ablaturus erat ex oculis, necessarium erat ut nobis Sacramentum Corporis et Sanguinis sui consecraret, ut coleretur jugiter per mysterium, quod semel offerebatur in pretium: ut quia quotidiana et indefessa currebat pro hominum salute redemptio, perpetua esset etiam redemptionis oblatio, et perennis illa victima viveret in memoria, et semper esset præsens in gratia. (S. Hil. Arelat., Hom. 5 de Pascha.)

(3) Levitic. IV, 15, 24, 29.

dia eximirse de la interior de contrición; así en el sacrificio real de Jesucristo, el pecador, al presentar su víctima al Eterno Padre, debe unirse á ella, debe participar de su sacrificio con corazón contrito y humillado para disponerse á la misericordia, diciendo como San Pablo: «Cumpro en mi cuerpo lo que falta á la pasión de Jesucristo (1).» Hé aquí por qué la santa Iglesia nos manda asistir al sacrificio augusto de la Misa, en el cual ofrecemos á Dios esa Víctima divina en testimonio de adoración y de gratitud, en prenda de expiación y de propiciación: y hé aquí el espíritu con que debemos asistir á este acto, el más sublime y esencial de la religión. Sin sacrificio no hay religión; y sin participación del sacrificio, sin unión del corazón del hombre, que en rigor debiera sacrificarse al Corazón de Jesucristo que, ocupando su lugar, se sacrifica, no se apropia el hombre aquella oblación, no cumple con el deber de ofrecer á Dios la víctima divina.

Cristo, inmolado por nosotros, exige que nos imitemos con él: Cristo, modelo nuestro, exige que le imitemos, y esta imitación consiste en que pensemos como él y obremos como él (2). Para ello es necesario conocerle: el medio es la oración y la meditación. La oración, elevación del alma á Dios para atraer su luz, sin la cual el hombre divaga errante entre las tinieblas de la carne; la oración, deseo del corazón y suspiro del alma, que anhela á Dios; la oración, aldaba de oro con que el hom-

(1) Coloss. I, 24. Cum itaque, dicit Apostolus, adimpleo quæ desunt Christi passionibus, cave ne intelligas quod desit aliquid ex parte Christi, seu quod passio Christi non sit sufficiens ad redemptionem: hoc enim hæreticum est, ait D. Thomas. Sed intellige quod desit aliquid ex parte Pauli. (Piconio in hunc loc.)

(2) Rom. VIII, 9. Philip. II, 4.

bre llama al corazón de Dios, seguro de que se le responderá y se le concederá la gracia, sin la cual nada puede (1); y la meditación, que es la conversación de la tierra con el cielo, el comercio del hombre con Dios, que comunicándole secretos que la naturaleza no comprende, le da fuerzas que la carne no tiene. ¡Feliz el hombre que ora y medita! Él alcanzará ese conocimiento de Jesucristo, que es la vida eterna (2); y conociéndole, pensará como él, y sentirá como él; porque á fuerza de pasar sobre su alma sus verdades y sus misterios acabarán por fijarse en ella, por penetrar en su sustancia; serán su vida y vivirá de la fe, como el justo (3), vivirá del espíritu de Jesucristo (4). En la Sagrada Eucaristía, Jesucristo es un Dios escondido, como dijo Isaías (5); y lo es, para que el hombre no le descubra con los ojos del cuerpo sino con los del alma; y se vea precisado, para conocerle, á elevarse sobre la tierra por la fe, á penetrar en el misterio por la oración (6). Lo es para desprender al hombre de lo visible, y atraerle al mundo invisible de la gracia, donde aparecen las cosas en su verdad, al resplandor de la luz divina que sobre ellas se refleja.

Pero no basta tampoco conocer á Jesucristo para pensar como él. Es preciso, dice San Pablo, que su vida se

(1) Joann. XV, 5; II Corinth. III, 5.

(2) Joann. XVII, 3.

(3) Gal. III, 11.

(4) Rom. VIII, 14.

(5) Isai. XLV, 15.

(6) Quod Redemptoris nostri conspicuum fuit in Sacramenta transivit: et ut fides excellentior esset ac firmior, visioni doctrina successit, cujus auctoritatem supernis illuminata radiis, credentium corda sequerentur. (S. Leo, Serm. 2 de Ascens.)

manifieste en nuestra carne mortal (1); es preciso que nos vistamos de nuestro Señor Jesucristo (2), para que aparezcamos como otros Cristos en la tierra (3). Solo teniendo semejanza con él, podremos esperar la union con él; solo viviendo de su espíritu seremos suyos (4). Él es el fundamento, fuera del cual no puede ponerse otro (5), y solo edificando sobre él será sólida nuestra obra (6). En la Sagrada Eucaristía se nos ofrece ese fundamento, y se nos ofrece en el estado de víctima que ora al Padre, humillándose ante él y dejándose en sus manos, para enseñarnos que el estado natural de la criatura es el de la humillacion, la súplica y el anonadamiento, ante Aquel que le ha dado el sér, ofreciéndole el sacrificio de la alabanza, y presentándole sus votos con amor (7).

Y bien, hermanos, ¿cumplimos ese deber sagrado que nos impone Jesucristo? Él se sacrifica cada día y cada momento por amor á nosotros. ¿Nos sacrificamos nosotros con él y por él? Él se humilla y ora. ¿Nos humillamos y oramos con él? Él se nos pone delante como modelo y como fundamento, para que contemplándole, aprendamos, y para que adhiriéndonos á él, hagamos firme nuestra obra de santificacion. ¿Lo hacemos? El Profeta dice: Desolada está toda la tierra, porque no hay quien piense en su corazon, quien atraiga sobre ella la vida del cielo por la oracion (8). El hombre se reduce á

(1) II Corinth. IV, 11.

(2) Rom. XIII, 14.

(3) Qui Christum non habet in se, christianus non potest dici. (S. Aug., Serm. 17 de Temp.) Si christianus es, Christum tuum sequere, Christum tuum imitare. (S. Thom. Villan, conc. 2 in Natali Dom.)

(4) Rom. VIII, 9.

(5) I Corinth. III, 11.

(6) Id. id. et seq.

(7) Psalm. XLIX, 14.

(8) Jerem. XII, 11.

la vida del sentido y de la imaginacion: ha dejado la vida de la fe y del corazon. El Hijo de Dios perpetúa en el altar santo su sacrificio por el hombre: ¿qué parte tomamos en ese sacrificio? ¿Cómo se asiste á él? Pública es, Señores, la indiferencia, el fastidio y la pura exterioridad con que la mayor parte de los cristianos viene á participar de los terribles misterios de la religion. ¡Ingratos! Jesucristo se sacrifica por ellos, y lejos de unir su corazon al de la víctima, la insultan con su fria insensibilidad y su irreverencia.

Y fuera del templo, ¿lleva el hombre en sí la semilla de virtud que en el sacrificio se adquiere, copiando á Jesucristo? Él es el tipo de la humanidad: principió á serlo en el pesebre, continuó en Nazaret y en el Calvario, y lo es siempre en el Sacramento. Ricos de la tierra, tan apegados á los bienes del mundo, ¿qué hay de comun entre vosotros y el Dios del pesebre? Vosotros los que estais esclavizados por ese espíritu de libertad, de insubordinacion, de independenciam y de orgullo, que completamente os domina, ¿os asemejais á Jesus de Nazaret, tan humilde, tan sumiso, tan obediente y laborioso? Vosotros, á quienes irrita la menor contrariedad, y exaspera el más pequeño padecimiento, queriendo vivir en la molicie y en la sensualidad, ¿os parecis al Dios del Calvario? Cristianos todos, que teneis vuestro modelo en ese Sacramento, donde Jesus se humilla, y se sacrifica, y se da para gloria de Dios y santificacion del hombre, ¿unís vuestro sacrificio á su sacrificio, vuestra humildad á su humildad, vuestra paciencia á su paciencia, vuestra caridad á su caridad, vuestra oracion á su oracion, para fundar sobre ese cimiento el edificio de vuestra santidad, y mantener viva y bien fundada vuestra esperanza de ser con él glorificados? ¡Ah, amados míos! Yo busco á Jesucristo entre los cristianos, y no lo

encuentro: su espíritu no parece ya entre nosotros: la Sagrada Eucaristía no ejerce ya influencia en el mundo, porque solo hay corazones que son como el leño verde saturado de agua, en que no prende la llama del amor divino: todos se avergüenzan de confesar á Jesus en su conducta; Jesus tambien se avergonzará de confesarlos por suyos en presencia de su Padre y de los Angeles. Le han dicho: *Recede à nobis* (1), aléjate de nosotros. Él dirá: *Discedite à me, maledicti* (2), apartaos de mí, malditos.

Examinemos el tercero de los deberes que impone al cristiano la Sagrada Eucaristía. Vínculo de caridad con que Dios se une al hombre, exige de este la gratitud, y por ella la caridad, la union.

SEGUNDA PARTE.

En el divino Sacramento poseemos á Jesus, Dios dado al hombre; Dios que se le entrega, y le comunica con su cuerpo su misma vida; Dios, que se le da en forma de alimento para más íntimamente unirse al alma y llevar al último extremo su liberalidad, haciendo que la criatura le posea como una parte de sí misma. Este don de Dios, de infinito precio, exige del hombre gratitud sin límites; esta comunicacion pide al hombre el amor, la comunicacion de sí mismo á Dios. Ahora bien, el modo mejor de probar el aprecio que se hace de un don, es

(1) Job. XXI, 14.

(2) Matth. XXV, 41.

usarlo con frecuencia y con satisfaccion. La gratitud, pues, debe llevar al hombre á la mesa eucarística frecuentemente y con las disposiciones oportunas. El mejor modo de agradecer un don, es llenar los deseos y realizar los designios del que lo concede. El deseo de Jesucristo al darnos su misma sustancia en alimento, es que lo tengamos dentro de nosotros, para que vivamos de su misma vida; sus designios, arrojar de nosotros con esta comida saludable, la sávia venenosa que nos comunicó el fruto funesto del árbol del paraíso. El mejor modo, en fin, de corresponder á un don que se estima y agradece, es negociar con él, para que creciendo sus efectos en nosotros, aparezcamos ante el que lo hizo, llevando las pruebas del uso provechoso que de él hemos hecho, para satisfaccion y gloria del donador. La gloria de Dios, pues, la voluntad de Jesucristo y nuestra utilidad exigen de nosotros que acercándonos á la sagrada mesa, nos unamos al mismo Jesucristo por la Sagrada Comunión. Para esto, y precisamente para esto, instituyó este Sacramento, que queda sin efecto para el hombre si no usa de él, como quedó sin efecto para Adán el árbol de la vida, del cual quiso Dios que se alimentara, y al que, sin embargo, no alargó la mano. Y porque la Comunión nos es útil y provechosa para santificarnos, es gloriosa para Dios: y porque es fuente de todo bien para el hombre, quiere Jesucristo que la recibamos. A la manera que una madre, sintiendo llenos sus pechos de la suave leche que sustenta al tierno hijo, le atrae, le descubre esa fuente de vida, le excita y apremia arriéndole á su seno, y aplicando á sus labios una gota que endulzándole avive sus deseos del precioso alimento; así Jesucristo, sintiendo su corazón amoroso lleno de vida sobreabundante, nos convida, nos apremia, nos descubre las dulzuras y los preciosos efectos de salud

y de vida que producirá en nuestras almas ese manjar divino; y porque esto no es bastante para vencer nuestra indiferencia y avivar el deseo de nuestro amor, nos manda comer de él, y nos amenaza con la muerte eterna del alma, si no lo hacemos. Yo os daré un pan del cielo (1); ese pan es mi cuerpo (2). Tomad y comed; este es mi cuerpo (3). Si comeis este pan, yo estaré en vosotros (4), vivireis de mi misma vida, y yo os resucitaré en el último día (5); pero si no comeis mi cuerpo ni bebeis mi sangre, no tendreis vida en vosotros, morireis eternamente (6).

¡Buen Dios! ¡A qué extremo os lleva el amor al hombre y el deseo de verle feliz en la union con Vos! Yo lo confieso, Señores: cuando considero que el darse Jesucristo al hombre no es bastante para moverle á unirse á él, y que se ve precisado á mandárselo, amenazándole con la muerte si no quiere recibir ese don del cielo, ese fruto de la vida, ese corazon todo amor, ese Dios que se da al hombre para que el hombre se una á Dios, y sea como Dios; me avergüenzo en mi corazon, y concibo la idea más exacta de la humillacion y la bajeza á que el pecado conduce al hombre. ¡Qué, mi Dios! ¡Tan poca cosa sois! ¡Tan poco valen vuestro amor y vuestras perfecciones, que no os merecen el amor del hombre! ¡Tan poca cosa es daros en alimento y comunicar vuestra propia vida, que os veis precisado á prometer premios y amenazar con castigos al hombre para ganároslo, y

(1) Joann. VI, 33.

(2) Id. id., 52.

(3) Matth. XXVI, 26.

(4) Joann. VI, 57.

(5) Joann. VI, 55.

(6) Id. id., 54.

aun así se niega á recibiros! ¡Ah! es que Vos en cambio pedís nuestro corazon, y ese corazon, que es vuestro, y al cual teneis un derecho eterno, el hombre no quiere que sea para Vos: antes que dároslo, lo entrega á la última de las criaturas; y para no sentir la presion del vuestro, huye, se aleja de Vos. ¡Qué ingratitud! ¡Qué vergüenza! ¡Cuánta bajeza!

La Comunion, Señores, es un deber, es un precepto divino. Aun cuando no lo fuera, la naturaleza del Sacramento en forma de comida, y la naturaleza del hombre, sujeto á mil males y miserias, son motivo bastante para que nos acerquemos con frecuencia á la Comunion. ¿Somos pecadores? En ese sacramento está la sangre divina que nos purifica y nos devuelve la gracia. Si siempre que se consagra, dice San Ambrosio, se derrama místicamente la sangre de Jesucristo, y se derrama para remision de los pecados, segun el mismo dijo al instituir este Sacramento, debo yo recibir esta preciosa sangre para que se me perdonen mis pecados; y como estoy siempre inclinado y dispuesto á pecar, debo tener siempre conmigo el remedio, el antídoto contra el pecado (1). ¿Estamos enfermos? Ese Sacramento es medicina. El que tiene una llaga en el cuerpo, dice San Ambrosio, se aplica el bálsamo que puede curarle: y puesto que tenemos la llaga que ha producido el pecado, debemos recibir la medicina celestial del venerable Sacramento (2);

(1) Si quotiescumque funditur sanguis, in remissionem peccatorum funditur, debeo illum semper accipere, ut semper mihi peccata dimittantur. Qui semper pecco, semper habere debeo medicinam. (S. Ambr. de Sacram., lib. 4.)

(2) Qui vulnus habet, medicinam requirit. Vulnus est quia sub peccato sumus: medicina est coeleste et venerabile Sacramentum. (Id. id., lib. 5.)

porque él es, dice el Santo Concilio de Trento, el antidoto que nos cura del pecado venial y nos preserva del mortal (1). ¿Somos débiles? En la Eucaristía, dice San Cipriano, tenemos el pan de la vida que es Cristo, el pan nuestro de cada día, que nos enseñó á pedir él mismo (2); el pan significado en aquel que comió Elías, y le dió fuerzas para andar largo camino, y subir al monte y ver la gloria de Dios (3).

Todos los días, hermanos míos, si posible fuera, debemos acercarnos á la sagrada mesa. Todos los días se da Jesucristo; todos los días quiere ser recibido; todos los días le necesitamos; todos los días nos conviene recibirle. Si la Eucaristía es el verdadero pan de cada día, dice San Ambrosio, ¿por qué no vas á recibirle más que una vez en el año? Recíbelo todos los días, para que todos los días produzca en ti sus efectos. Hazte digno de recibirlo todos los días; porque si por tus pecados no mereces recibirlo diariamente, tampoco lo mereces una vez al año (4). Hacerlo todos los días, añade San Basilio, es bueno y provechoso; porque, ¿quién duda que participar con frecuencia del Autor de la vida, es lo mismo que vivir con frecuencia de él y por él? (5) Esto es lo que ma-

(1) Antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemur. (Conc. Trid., Sess. 13, cap. 2.)

(2) Panis vitæ Christus est, et panis hic omnium non est, sed noster est.... et ideo panem nostrum, id est Christum, dari nobis quotidie petimus, ut qui in Christo manemus et vivimus, à sanctificatione ejus et corpore non recedamus. (S. Cyprian. de Orat. Dominic.)

(3) III Reg. XIX, 6, 3.

(4) Si quotidianus est panis, ¿cur post annum illud sumis? Accipe quotidie quod quotidie tibi prosit, Sic vive ut quotidie merearis accipere. Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. (S. Ambr., libr. 5 de Sacram.)

(5) Singulis certe diebus communicare et participare sancto Corpori et Sanguini Christi, bonum et fructuosum est. Jam vero quis dubitat quin vitæ frequentius participare non sit aliud omnino, quam frequenter vivere? (S. Basil., Epist. 299 ad Cæsarian. Patric.)

nifiesta desear el Santo Concilio de Trento; porque además de llenar los designios de Jesucristo en la institucion del Sacramento, se harian más sensibles en la tierra los admirables frutos de él (1).

¿Cuán lejos está, sin embargo, de lograrse este deseo, que es el deseo de Jesucristo! Comparad el número de los cristianos que comulgan con el de los que no lo hacen, ó lo hacen sin disposicion alguna. Comparad el número de los que comulgan con frecuencia, y el de los que una vez en el año, y como por fuerza y por puro acto de cumplimiento, se acercan al convite del amor. ¿Qué diremos, Señores, al ver cuánto excede el número de los primeros al de los segundos? La Eucaristía, como sacrificio y como Comunión, es el alma del Cristianismo, es su corazon y su vida: al ver, pues, tan gran número de los que se llaman cristianos, apartados totalmente de la Eucaristía, podremos decir con razon que hay muy pocos cristianos, aun en medio del Cristianismo. ¿Quién los aparta del árbol de la vida? El respeto, dicen. No hay duda; respeto, y respeto infinito merece este Sacramento, porque es Dios mismo en presencia del hombre, Dios mismo en el corazon del hombre; pero Jesus, humillándose en la hostia santa, quiere que al respeto se sobreponga el amor. Escuchad á San Cirilo: «Los que solo al cabo de largo tiempo entran en la iglesia para recibir la sagrada Comunión, pretestando un respeto religioso, entiendan que es un respeto falso y farisáico, y que su alejamiento del altar es una falsa piedad y un escándalo verdadero; es un daño cierto para sus almas, porque re-

(1) Optaret quidem Sancta Synodus ut in singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent, quo ad eos hujus Sanctissimi Sacrificii uberior fructus proveniret. (Conc. Trid., Sess. 22, cap. 6.)

husando acercarse al que puede vivificarlos, se excluyen ellos mismos de la vida eterna. ¡O astucia del demonio, concluye el mismo; despues que arrastra al hombre al pecado, le hace odiar y aborrecer la fuente de la gracia que podria curarle (1).»

Esta es la causa verdadera y la razon cierta del alejamiento: la ausencia de la fe y del amor; la presencia del mal en el corazon; el imperio del pecado sobre el alma. La Comunión pide el amor y el sacrificio de las pasiones, y esto es lo que no se quiere conceder á Jesucristo. Escuchen otra vez los que así viven, la terrible sentencia del Dios de la Eucaristía: «Si no comeis mi carne y bebeis mi sangre, no tendreis vida en vosotros: morireis eternamente (2).»

Al hablar así sobre este y los demás deberes del cristiano hácia la Sagrada Eucaristía, que vemos tan escandalosamente despreciados, comprendereis, Señores, que no me dirijo á vosotros, individuos de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas, cortesanos de Jesus Sacramentado, que á todas horas le rendís el tributo de vuestra adoracion, postrándoos en su presencia en testimonio de vuestra fe; y todos los dias le ofreceis el sacrificio de la oracion, documento de vuestra esperanza; y meditando os unís á él para imitarle; y con frecuencia, atraidos por su amor, y agradeciendo sus admirables do-

(1) *Intelligent qui cunctanter et vix Ecclesias adsunt et longo temporis spacio Eulogiam frequentare desinunt, et, ex eo quod nolunt Christo mystice communicare, damnosum metum ac reverentiam præstant, æterna vita se ipsos excludere, dum vivificari renuunt, et recusationem illam, tameati à metu ac religione profecta videatur, in lapsum scandalum cadere. Satanæ variæ ad decipiendum artes: postquam eos malis inquinauit, ipsam quoque gratiam cogit horrescere.* (S. Cyril. Alex., Comment. in Joann, lib. 3.)

(2) Joann. VI, 54.

nes, le recibís en vuestro corazon para vivir de su misma vida. Vuestra conducta está en oposicion con la del mundo; vuestra conducta es la gloria de la santa Iglesia. ¡Cuán grande eres á mis ojos, Real Archicofradía! ¡Cuánto te admiro, y cuánto goza mi alma al darte en esta ocasion solemne un testimonio de amor y de gratitud! El cielo inspiró tu establecimiento en medio de una sociedad descreida, para que cual brillante faro en noche tenebrosa, atraigas, y guies, y llesves á seguro puerto á los desgraciados á quienes el impío vendabal del filosofismo ha hecho perder el rumbo, y arrebatada desatentados y ciegos por el mar cenagoso de la sensualidad y de la indiferencia. ¡Oh! ¡Cuán dulce es recordar lo que la sociedad y la religion te deben, ilustre Archicofradía! ¡Cuántos viven apartados de Jesus, y sin embargo no sienten en su corazon ódio á Jesus! ¡Cuántos hay cuya fe no está muerta, pero sí adormecida por el hálito pestilente del espíritu del mundo, y que necesitan una impresion viva para salir de su letargo, abrir los ojos, ver y amar! Yo quiero hacerme la consoladora ilusion de que así son los más de los que viven miseramente apartados de Jesus: no están muertos; duermen. El sacudimiento que les despierte, esa impresion que necesitan para salir del letargo, esa luz viva que desvanezca su sopor, la das tú, Cofradía insigne. Tu amor á Jesus Sacramentado, tu fervor santo, tu adoracion continua y pública, acompañada de ese aparato y magnificencia, justa siempre como debida al Altísimo, y necesaria en el reinado de los sentidos; todo ello es una voz continua y poderosa que resuena en todos los ámbitos, y en todos halla eco, y en todos hiere é impresiona corazones, y los atrae á los piés de Jesus, sirviendo de instrumento eficaz de la divina gracia. Vosotros lo sabeis, y bendecís al Dios de las misericordias. Tambien yo lo sé como vos-

otros; más quizá que vosotros. Sí; yo he visto á un jóven en la edad turbulenta de sus pasiones, respirando una atmósfera corrompida, cercado de alucinadoras tentaciones, vacilante en su camino, dudoso el entendimiento y frio el corazon, marchando al borde del abismo, pararse en su fatal carrera, detenido por el llamamiento de la Archicofradía, y atraído por un impulso indefinible á vuestros amorosos ejercicios: le he visto, sin explicar el por qué, seguir vuestro ejemplo, y con una antorcha en la mano postrarse tembloroso á vuestro lado ante el sagrado tabernáculo, y recoger su espíritu y orar; y orando encontrarse conmovido, y sentir una impresión dulce y tranquila, que nunca antes sintiera ni podría explicar: era como un sueño de felicidad, de que no quisiera despertar. Pero no era sueño, era realidad, pues que el corazon quedó lleno de fe, poseido de amor; y enardecido no sintió más el frio mortal de la indiferencia ni el desabrimiento del desamor, y, hombre nuevo, le he visto caminar con seguro y resuelto paso, consagrada su existencia á su amado Jesus, que le ha otorgado alto premio, concediéndole la mision de predicar sus grandezas, y su gloria y su amor. Perdonad, Señores, la expansion de un alma agradecida al auxilio eficaz de nuestra Archicofradía. ¡Cuántos entre vosotros á ella deben su regeneracion, la esperanza de su salvacion! Mil trofeos pudiera presentar á vuestra vista, de esta institucion agradable á Dios, y por él favorecida. Hemos visto en el seno de esta Archicofradía y al pié del trono de Jesus Sacramentado, ejemplos heróicos de virtud, hombres que se han llenado de fe viva, soldados que han admirado por su espíritu cristiano, y jóvenes que, rompiendo con el mundo y sus seducciones, entraron en el Sacerdocio ó se retiraron á un claústro, siquiera les costase dejar su pátria, ó que se consagraron al servicio

del pobre y del enfermo, ó se lanzaron en busca de almas que ganar para Jesucristo. A tí, Sociedad ilustre, se deben, despues de Dios, estos triunfos; tú eres el medio divino con que se hacen tales conquistas para la fe y la caridad; tú eres la escuela donde mejor se aprende á conocer, á adorar, á amar al divino Sacramento; tú el monte santo en que el alma contempla la vision admirable; tú el camarín sagrado donde se gusta á Jesus, y donde nos unimos á él y nos hacemos suyos para siempre. ¡Bendita seas, Sociedad santa; bendita seas!

Trabajemos, hermanos, trabajemos sin descanso para que se cumpla el objeto de esta santa institucion; adoracion continua á Jesus Sacramentado: que todos los hombres le rindan adoracion. ¡Por qué hay un solo cristiano que desdeñe pertenecer á esta insigne Archicofradía! No son de ella porque no la conocen: hagamos que la conozcan, y la amarán, é ingresarán en su seno, y serán felices.

¿Quereis saber su origen? Cuando brilló el astro de la paz en nuestra pátria, despues de seis años de gloriosa y sangrienta lucha, rechazada de España la odiosa dominacion extranjera, que trajo y sembró ideas de impiedad y de irreligion; hombres celosos trataron de reparar las ruinas del Santuario, y de reanimar la fe y la piedad característica de los españoles, y escogieron el medio más noble y más fecundo en frutos de virtud; el de la adoracion continua al Santísimo Sacramento. Fundaron al efecto una Congregacion, que fué elevada despues á Archicofradía, y decorada por el Rey D. Fernando VII con el título de Real, reservando para sí y sus sucesores el de Hermano mayor de la misma.

¿Sabeis su objeto? Cumplir asiduamente los deberes que todo cristiano tiene con su Dios escondido en el augusto Sacramento. ¡Oh, qué bello es el espectáculo

que ofrecen los miembros de la Real Archicofradía! Son cristianos que, creyendo con fe viva, adoran á Jesus presente en el misterio de la fe y del amor, y con su adoracion reparan los ultrajes que tanto se multiplican contra él en la redondez de la tierra. Son cristianos que, llenos de esperanza, elevan su oracion ante el altar santo, y se llegan con confianza al trono de la gracia, para encontrar misericordia por medio de Jesus, víctima por el hombre. Son discípulos fieles que, inmóviles y recogidos en santa meditacion, escuchan al que habla al corazón sin ruido de palabras, y abriendo su boca como David, atraen el espíritu de Jesus para vivir de él. Son hombres de amor y de gratitud, que bendicen á Dios por los bienes que derrama sobre ellos y sobre los demás, y le aman por sí y por todos, y se unen á él; y llegando con frecuencia al convite divino, viven de Dios, y difunden por todas partes el buen olor de Jesucristo. ¿Qué extraño es que tantas gracias atraigan de aquel que está en ese Sacramento para derramar bienes, como hizo en la tierra? ¿Qué extraño es que los Romanos Pontífices hayan fomentado esta santa Asociación, abriendo para sus miembros los tesoros de la Iglesia en mil y mil indulgencias que enriquecen y santifican á los que se hacen dignos de ellas?

Haceos merecedores de tantos bienes, hombres todos, ingresando en esta santa Archicofradía, y correspondiendo con vuestra conducta al carácter de cortesanos de Jesus Sacramentado. ¿Lamentais la indiferencia y la incredulidad que cunde por do quiera? Ahí teneis un misterio que aviva la fe de cuantos le adoran. ¿Llorais el materialismo y los estragos que causa, cerrando el corazón á la esperanza del cielo? Ahí teneis la prenda segura de la gloria, la esperanza sólida y el ejemplar perfecto del sacrificio que á ella conduce. ¿Sentís el imperio

de las pasiones que os arrastran hácia la tierra y os roban la paz del alma? Ahí teneis la fuente de la caridad divina, el Sacramento del amor que os une á Dios, y os comunica la vida y la felicidad de Dios. Comed ese pan y vivireis. ¿El orgullo satánico invade vuestro corazón y amenaza lanzaros en el abismo, mientras os promete la soberanía? Ahí teneis la humildad práctica y la gloria que produce. ¿Veis do quiera la miseria, el dolor, la pobreza y la discordia? Ahí teneis al Dios de la caridad, único que remedia estos males, inspirando la union y el sacrificio. En una palabra, ahí teneis á Cristo, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra. Acercaos á él, adoradle, abridle vuestro corazón, alimentaos de él, vivid de su vida, y lograreis ver realizada esa restauracion, que os hará felices en el tiempo y más felices en la eternidad.

PLATICAS PREDICADAS

EN EL EJERCICIO DEDICADO

AL SAGRADO CORAZON DE MARIA.

PRIMERA PLATICA.

*In me omnis gratia via et veritatis:
in me omnis spes vite et virtutis.*

(Eccl. XXIV, 25.)

Las dos obras especiales de Dios, que son como los polos en que se apoya todo lo criado, y cuya dignidad excede inmensamente á toda otra dignidad en las criaturas, son Jesucristo, Hijo de Dios, y María, Madre de Dios. Del primero, y de su mision sublime, perpetuada y consumada por su doctrina y por la Sagrada Eucaristía, nos hemos ocupado en los discursos anteriores. Hoy rendimos nuestros homenajes á la segunda, y sus grandezas y su amor deben ser el objeto de mi palabra; pero en la brevedad del tiempo que al efecto se concede, no es posible entrar de lleno en el exámen de esa obra admirable de Dios, cuya grandeza, dice San Bernardino de Sena con San German (1), es sin medida, y á quien

(1) Tuæ magnitudinis non est finis. (S. German., Orat. in Dormit. Deip.) Soli Deo cognoscenda reservatur illius perfectio, juxta illud Ecclesiastici: Ipse creavit illam in Spiritu Sancto, vidit, dinumeravit et mensus est; scilicet, ipse solus Deus. (S. Bernard. Sen., Serm. 4 de Concept. B. M. V.)

solo Dios, que la crió en el Espíritu Santo, la vió, la midió y contó sus perfecciones (1). Ella es la reparadora del mundo (2), el corazon de la Iglesia (3), y el título nobilísimo de nuestra libertad (4); en su gracia excede á los ángeles (5); en su santidad solo cede á Dios, y ante ella son como si no fueran las virtudes de todas las criaturas (6); en su dignidad se acerca al Infinito (7), en su union se une á Jesucristo (8), en su gloria se confunde con este (9), en su bondad es una imagen infinita de la bondad infinita de Dios (10), en su poder no reconoce superior sino en el Omnipotente: más aún, dice San Bernardino, todo, hasta el mismo Dios se complace en servirla (11). ¡Cuántos motivos para admirarla! ¡Cuántos títulos para honrarla é invocarla!

Yo me complazco, ilustres Archicofrades, al veros terminar los ejercicios consagrados á la adoracion del Hijo, honrando é invocando á la Madre; y quisiera po-

(1) Eccl. I, 9.

(2) Reparatrix perditæ orbis. (S. Anselm. de Excell. Virg.)

(3) Cor Ecclesiæ. (Hesich. in cat. græca sup. Ps. 44.)

(4) Titulus nostræ libertatis nobilissimus. (S. Ildeph., lib. de Virg. M., cap. 12.)

(5) D. Thom. opusc. 8, de Salut. Angel.

(6) Virgo inter animas Sanctorum et Angelorum choros supereminet merita singulorum, et omnium titulos antecedit, et sic spirituum hebetat dignitatem, ut sint sicut non sint. (S. Petr. Dam., Serm. de Assumpt. Virg.)

(7) Dignitas Matris Dei est suprema quædam conjunctio cum persona infinita. (D. Thom., I P. Quest. 25, art. 5.) Dignitas Matris Dei suo genere est infinita. (Suarez in 3 P. D. Thom., dist. 18, sect. 4.)

(8) Ad hoc electa est domina, ut instigatrix et cooperatrix Christi. (Salmeron in Evang., lib. 6, tr. 6.)

(9) Gloria Filii cum Matre non tam communem judico, quam eandem. (Arnold. Carnot. de Laud. Deip.)

(10) Fecit hanc Deus bonitatis suæ infinitam imaginem. (D. Thom. Opusc. 61, de Charit.)

(11) Divino imperio omnia famulantur, et Virgo; et imperio Virginis omnia famulantur, et Deus. (S. Bernard. Sen., tom. 4, Serm. 5, art. unic.)

seer la elocuencia y el amor del melifluo Bernardo para multiplicar en vuestros corazones el celo y la devocion á la Inmaculada Madre de Dios. Ella inflame mi corazon y bendiga mi palabra, mientras para lograrlo hasta donde me sea posible, voy á presentárosla en esta primera plática, como el principio, el instrumento y el manantial perenne de las misericordias de Dios sobre el género humano.

I.

La Santísima Virgen María, hermanos míos, es el principio de las misericordias de Dios sobre el género humano; más aún, es la primera misericordia. Desde el desgraciado momento en que los primeros padres rompieron el lazo que en dulce alianza los unia con Dios, que en ellos queria tener sus delicias para comunicarles su felicidad, se privaron de esa comunicacion inefable, y ellos, con toda su descendencia, solo pudieron esperar que la misericordia de Dios viniera á hacerles menos amarga su inmensa desgracia. Dios lo hizo desde luego, porque no aborrece al hombre, aunque le ve miserable y caido en el pecado. ¿Sabeis cuál es la primera manifestacion de esa misericordia? Es María, es el anuncio de esa Eva reparadora que quebrantará la cabeza de la serpiente para que el hombre, recobrando su libertad, sea de nuevo el amigo y el hijo de Dios (1). Ella aparece desde entonces á los ojos de los primeros padres como iris de paz y de bonanza; y su imágen, que descubren en lontananza entre los celajes de la divina promesa, es la

(1) Gen. III, 15.

Aurora del dia de la redencion, por el cual tanto suspiran.

Dios ha anunciado al hombre los designios de su misericordia, pero este le pone obstáculos, cual si quisiera hacer irrealizable la ordenacion divina, y multiplicando sus pecados, se aleja cada dia mas de Dios, y atesora mayores miserias en su alma y mayores castigos, á que se hace acreedor con su pecado. Para que el hombre llegue á la reconciliacion con Dios atrayendo su misericordia, Dios le exige, como le exigió antes para inundarle de felicidad, que le consagre todo su amor. «Me amarás, le dice, con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (1); hijo mio, dame tu corazon (2).» Dios quiere que el amor sea el lazo de union entre él y su criatura, y que elevándose de la tierra al cielo como perfume suave, le obligue en cierto modo á inclinarse hácia el hombre, á derramar sobre él sus misericordias y sus gracias, á devolverle los hermosos títulos que perdiera en el Paraiso, y á poner su morada en ese corazon, que criara precisamente para que sea el camarín de sus amores, el templo de su majestad, el altar donde se le ofrezca sacrificio de adoracion y de alabanza, y el lugar de sus complacencias. Pero el hombre no ama á Dios: su entendimiento, oscurecido por las tinieblas en que le envolvió la culpa robándole la luz divina, no puede elevarse al conocimiento de las perfecciones y bondad de Dios, base del amor; su corazon, dominado por las pasiones y apetitos desordenados, no sabe, no quiere amarle; y aun cuando alguna vez, colmado de favores inefables, siente la presion del amor divino, y ama, este amor es mezquino, es el amor de un corazon manchado

(1) Deut. VI, 5.

(2) Prov. XXIII, 26.

é impuro ante Dios, que descubre manchas hasta en sus ángeles. No hay en la tierra un corazón santo y puro que merezca las miradas del Criador; no hay un corazón que, lleno de caridad, eleve hacia Dios el cántico armonioso que él espera oír del hombre para dársele todo; y mientras no le haya, no es posible esa comunicación que ha de abrir el camino á la misericordia infinita en su manifestación sublime. La tierra, que desde el día de su maldición solo germina espinas y abrojos, no puede producir vástago tan precioso; ha de ser obra de Dios, que lo erie con misericordia para que sea el principio de sus misericordias, y Dios lo erie con novedad admirable, dice Jeremías (1). Esa nueva criatura es María; nueva, dice San Bernardo, como mundo especialísimo que Dios erie para sí (2); nueva con singularidad de naturaleza (3); nueva como paraíso de delicias, en que Dios quiere descansar en el ardoroso mediodía de su caridad (4). Dios la erie, porque quiere redimir al hombre. Su creación, como su anuncio, es la primera misericordia, es el principio de las misericordias de Dios sobre el género humano.

Con razón exclama San Bernardo, dirigiéndose á los primeros padres que con su pecado causaron nuestra ruina, y á quienes anunció el Señor la creación de esta su Hija predilecta: «Alégrate, padre Adán, pero más aún tú, ó madre Eva; alégrate y salta de gozo: ambos alegraos en vuestra hija, y en tal hija, que se os da este

(1) Jerem. XXXI, 32.

(2) Illam Deus tanquam mundum specialissimum sibi creavit. (S. Bern. Serm. de B. M. in illud: Ave Mar., inter ejus op. dub.)

(3) Pura siquidem humanitas in Maria, non modo pura ab omni contaminatione, sed et pura singularitate naturæ. (Id., Serm. in signum magnum.)

(4) Vere paradissus deliciarum, in quo deambulat Deus ad meridiem in ipso fervore charitatis. (S. Thom. Vill., in fest. Annunt., conc. 5.)

día. Ella es la que Dios os anunciara como reparadora de vuestro pecado: corred á ella, y celebrad su nacimiento, acogiéndoos á su sombra. Salve, ó hija, le dicen los primeros padres. Salve, gloria de la madre primera, medicina de sus dolores, gozo de tus progenitores, y alegría del género humano. Salve, Hija, y Señora nuestra. Te aclamamos Hija, y te reconocemos Señora. Te proclamamos Reina, porque tu gloria es nuestra gloria: nos gloriamos en tus riquezas y nos gozamos en tu hermosura los que por tí recobramos la antigua dignidad y la perdida grandeza (1). Salve, primicia de la restauración (2), levadura de la nueva masa (3), aurora feliz del más dichoso día, término de las promesas y vaticinios (4), escala que une la tierra con el cielo (5), tierra nueva y nuevo cielo, paraíso del nuevo Adán (6), nueva Eva, Madre de la vida (7).

(1) Lætare, Pater Adam, sed tu magis, oh Eva mater, exulta.... Ambo, inquam, consolamini super filia, et tali filia, sed illa amplius, de qua malum ortum est prius, cujus opprobrium in omnes pertransiit mulieres. (S. Bern. Hom. 2 super Missus.) Salve ergo sis, oh filia, meæ os libertatis, primæ parentis gloriatio, ejus dolorum curatio, progenitorum jucunditas ac lætitia generis. Salve sis, filia, Dominaque. Te quippe prædicamus filiam, tametsi agnoscimus Dominam. Reginam te glorificamus, qui unam tecum gloriam habemus, qui tuis gloriamur divitiis, qui per te antiquam recepimus dignitatem, tuaque delectamur pulchritudine. (Jacob. Monach., Orat. in Nativ. B. M. V.)

(2) Salve sis, reformationis nostræ primitiæ. (S. Andr. Cret., Serm. 2 de Nat. Virg.)

(3) Ave, fermentum sacrum divinæ initiationis, quo tota humani generis massa conspersa, ac quo, ex uno Christi corpore in panes formata, in unam coivit novam concretionem. (Id., Serm. de Annunt.)

(4) Dei ad nos prædictionum ac promissionum limes, totius prophetiæ perspicua plenitudo. (Id., Serm. 2 de Nativ.)

(5) Scala cœlestis, per quam supremus Rex humiliatus ad ima descendit, et homo, qui prostratus jacebat, ad superna exaltatus ascendit. (S. Petr. Dam., Serm. 3 de Nativ. Deip.)

(6) Spiritualis novi Adami paradissus, in quo consitum est lignum vitæ. (S. Joann. Damasc., Orat. 2 de Dormit. Deip.)

(7) Novæ Evæ mater vitæ. (S. Athan., Orat. de Deip.)

¡Oh cuán grande aparece María! Ella dice de sí misma que el Señor la posee como principio de sus caminos, ó según la traducción de los Setenta, el Señor la erigió principio de sus caminos para sus obras (1); y los caminos de Dios, dice el Profeta, son todos misericordia y verdad (2). Para que lo sea, Dios la enriquece desde el primer instante con todos sus dones: todo se le concede, la justicia original, la plenitud de la sabiduría, la amistad perfecta de su Dios, las virtudes más sublimes, los carismas más perfectos; todo, todo viene á formar el adorno de su alma. Dios la cria según su plan eterno, y al verla exclama: «Eres toda hermosa, amiga mía, y mancha no hay en ti (3).» Al verla tan hermosa la ama con ternura: este amor le hace concederle nuevos dones, estos dones la hacen más hermosa á sus ojos, le atraen nuevo amor, y con él nuevas bendiciones y nueva hermosura, y otra vez nuevo amor, hasta el punto de hacerle exclamar: Me has herido, hermana mía, esposa: aparta de mí tus ojos, porque me arrebatas y me haces excederme á mí mismo; aparta de mí tu mirada, porque no es posible darte más de lo que te he dado (4). Desde este momento hay ya en la tierra una criatura que merece las miradas de Dios; hay ya un corazón digno de ser el reclinatorio de oro del Eterno Salomón (5); hay ya un vellón hermoso, que absorbiendo todo el rocío de la gracia lo comunicará á la era de la humanidad (6). Lle-

(1) Prov. VIII, 22.

(2) Psalm. XXIV, 10.

(3) Cant. Cantic. IV, 7.

(4) Id. IV, 8; IV, 4.

(5) Consecrans sibi in ea (Deus) reclinatorium aureum, in qua sola post tumultum angelorum et hominum reclinaret se, et requiem inveniret. (S. Petr. Dam., *Serm. de Annunt.*)

(6) Cœlesti rore arcam rigaturus, totum vellus prius infundit. (S. Bern., *Serm. de aqueductu.*)

na de gracia le saluda el ángel (1), llena para sí, sobrellena para nosotros (2), difundiéndose de sus labios para llenarnos á todos (3). No es digno el género humano de que Dios le conceda sus misericordias, es verdad; pero lo es María, y por ella se dispone á concederlas á todos (4).

Para que descienda la misericordia de Dios sobre la tierra se necesita que de esta se eleve al cielo el perfume de la caridad: que el hombre ame á Dios, para que el amor, uniendo al Criador y á la criatura, atraiga sobre esta los dones de aquel. Esto hace María desde su primer instante; ama á Dios con un amor que excede al que pudieran tenerle todos los hombres juntos, y al que los ángeles y los serafines le tendrán eternamente; le ama por todos, y este amor, compensando lo que falta á la humanidad pecadora, atrae sobre ella las eternas misericordias. La caridad es el aroma exquisito que el nardo precioso del Corazón de María exhaló hácia el cielo, y subió hasta el trono de la gloria del Criador, y halló gracia en la presencia de Dios (5). ¿Qué gracia? exclama San Bernardo. La que María deseó, y nadie antes que ella pudo hallar: la que debe facilitar la paz entre Dios y el hombre, destruir la muerte y reparar la vida (6); la que con su pecado perdió la desgraciada Eva (7).

(1) Luc. I, 28.

(2) Plena sibi, superplena nobis. (S. Bern.)

(3) Psalm. XLIV, 3.

(4) Quia indignus eras cui donaretur, datum est Mariæ, ut per illam acciperes quicquid haberes. (S. Bern., *Serm. 3 in vig. Nativ.*)

(5) Nardus Virginis dedit odorem suum, et ascendit in conspectu gloriæ ejus fumus aromatis, et invenit gratiam coram oculis Domini. (S. Bern., *Hom. 3 sup. Missus.*)

(6) Invenisti quod quærebas, quod nemo ante te potuit invenire: invenisti gratiam apud Deum. ¿Quam gratiam? Dei et hominum pacem, mortis destructionem, vitæ reparationem. (Id. id.)

(7) Invenisti enim gratiam apud Deum; nimirum, gratiam, quam Eva amiserat. (S. Andr. Cret., *Serm. de Annunt.*)

Gózate, ó tierra, que antes eras estéril, y tus plantas sin flor, y tus árboles sin fruto; gózate, porque nace una Rosa fragante entre las tristes yerbas de tus campos, y esa Rosa, aunque nace del tronco infecto de Eva, es la Reina de las flores por su fragancia celestial. Con ella se te ha dado la gloria del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Saron (1). Con ella principia el nacimiento de Jesucristo, puesto que nace la que Dios ha criado expresamente para que sea su Madre (2). Naciendo María, dice San Andrés Cretense, principia la reforma del género humano, y el mundo envejecido, recibiendo un nuevo elemento deiforme, ve incoarse por Dios su segunda formación ó creación. Dios había formado la primera vez al hombre de una tierra limpia é incontaminada; pero por cuanto la naturaleza humana, despojada de la gracia por la desobediencia que le mereció ser desterrada del lugar de la vida, había olvidado y como borrado su nativa dignidad, plugo al buen Dios, Criador del universo, formar y presentar un mundo hermosísimo y nuevo (3).

Gloria, pues, á Dios, que criando á María, nos da una prueba de su inmenso amor y de su eterna misericordia. Gloria á Dios, que haciéndola tan pura y tan digna de amor, deposita en ella el tesoro de nuestra redención. Gloria á María, que amando á Dios, y haciendo llegar al cielo la inmensa llama de la caridad, hace descender sobre nosotros la lluvia de las divinas bondades. Gloria á

(1) Isai. XXXV, 2.

(2) In natalitate Virginis, felix Christi est inchoata Nativitas. (*S. Ildeph., Serm. 3 de Natio. Virg.*)

(3) Hodie humani generis reformatio incipit, mundusque veteratus summe deiformem elementationem accipiens, secundæ à Deo formationis inchoationem suscipit. (*S. Andr. Cret., Orat. 1 in S. Deip. Natal.*)

María, halladora de la gracia, medianera de la salud y restauradora del siglo (1), principio de las misericordias de Dios, é instrumento por el cual estas misericordias se difunden sobre el género humano.

II.

Elevar al hombre á un órden divino para que sea como Dios, hijo de Dios, y participante de su misma naturaleza: este es el designio del Omnipotente, y para ello decreta la Encarnacion del Verbo, que haciéndose hombre y sacrificándose por el hombre, satisfaga las deudas de este, le redima, y le merezca la adopcion de hijo de Dios (2). La Encarnacion del Verbo es la gran manifestacion de la misericordia de Dios; el sacrificio del Verbo encarnado es la consumacion de esta misericordia. Pero así como en la prevaricacion y la ruina que viene á reparar el Verbo eterno, apareciendo como nuevo Adan, intervino y tuvo una parte principal y directa la mujer, así tambien quiere Dios que la tenga en la reparacion, constituyéndose en otra Eva, que unida al Adan Redentor, sea la Corredentora del mundo, asociándose por amor á lo que la bondad del Padre y la piedad del Hijo hacian en beneficio del hombre (3). María es, pues,

(1) Magnifica gratiæ inventricem, mediatricem salutis, restauratricem sæculorum. (*S. Bern., Epist. 174.*)

(2) Gal. IV, 5.

(3) Uti à duobus casus mundi profectus est, ita salus et redemptio à duobus, Christo et Maria proficiscitur. (*Salmer. in Evang., lib. 10, tr. 41.*) Unum est quod diversa exhibebant officia, quod Pater bonus, quod Filius pius, quod Mater sancta intendebat, quod in commune elaborabat dilectio, simulque se complectebantur pietas, charitas et bonitas. (*Arnold, Carnot., in Laud. Deip.*)

el instrumento escogido por Dios para la ejecución de sus decretos de misericordia. La pobre y humilde doncella de Nazaret es el árbitro de los destinos del mundo.

Cuando llega la plenitud de los tiempos, Dios le envía un ángel para que le pida su consentimiento. La ha escogido para Madre de su Unigénito, pero espera su palabra. El mundo se perdió por la transgresión voluntaria del precepto divino con que Adán y Eva se apartaron de su Criador, y no se salvará sino por la aceptación libre y voluntaria de los designios y decretos de Dios, con que Jesús y María le acercarán y unirán de nuevo á su Autor. El Padre no enviará á su Hijo, ni el Verbo bajará á desposarse con la naturaleza humana, ni el Espíritu Santo descenderá á formarle un cuerpo de la sangre purísima de María, ni la tierra verá nacer el sol de justicia, ni el hombre hallará paz, ni verá romperse sus cadenas y llenarse el abismo que le separa de Dios, ni se sentirá inundado de la lluvia benéfica de la misericordia y la caridad divina, si María no consiente en ser Madre de Dios.

¡Oh cuán grande se nos presenta María en este acto! El universo entero fija en ella su mirada; Dios y el hombre esperan en María. El ángel espera tu respuesta, le dice San Bernardo, porque es tiempo de que vuelva á Dios que le ha enviado. Esperamos también, Señora, una palabra de compasión, nosotros oprimidos miserablemente por una sentencia de condenación. Hé aquí que se te ofrece el precio de nuestra salud; al punto seremos libres si consentes. Hemos sido criados por la palabra omnipotente de Dios; y hé aquí que morimos; tu palabra nos ha de volver la vida. Esto te pide, piadosa Virgen, esto te pide con lágrimas Adán, desterrado del paraíso con sus desgraciados hijos; esto te pide Abraham, esto David, esto los otros Padres, que son tus pa-

dres también, y que habitan en sombras de muerte: esto te pide el mundo entero postrado á tus piés, porque de tu lábio pende el consuelo de los desgraciados, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados á muerte, la salud de todos los hijos de Adán, que son de tu familia. Responde sin tardanza. El mismo Rey y Señor de todas las cosas, cuanto ha deseado y amado tu hermosura, otro tanto espera y desea tu consentimiento para salvar al mundo, y te dice: «¡O hermosa entre las mujeres! hazme oír tu voz (1).» Si se la haces oír, te hará ver nuestra salud. ¿No es esto lo que buscabas, no es esto lo que suspirabas día y noche en tu oración? Tú, y no otra, es la que ha de salvarnos; tome bríos tu humildad, confianza tu pudor virginal; cree lo que el ángel te dice, pronuncia una sola palabra, y recibe en tu seno al Verbo de Dios, que quiere tenerte por Madre (2).

María responde al fin: hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (3). Un grito de hosanna resuena en las bóvedas eternas, el Espíritu Santo descende á fecundar el seno de la Inmaculada Virgen, y el Hijo de Dios es ya Hijo de María. La alianza se ha firmado; el matrimonio misterioso se ha realizado; el camino de las misericordias queda abierto; el cielo se comunica con la tierra; el hombre se une á Dios. ¡Poder incomparable de la palabra de María! Nada se hizo sin la palabra de Dios, nada se restaura sin la palabra de Ma-

(1) Cant. Cantic., II, 14.

(2) Expectat angelus responsum, tempus est enim ut revertatur ad Deum, qui misit eum. Expectamus et nos, ò Domina, verbum miserationis, quos miserabiliter premit sententia damnationis. Et ecce offertur tibi pretium salutis nostræ: statim liberabimus si consentis, etc. (S. Bern., Hom. 4 sup. Missus.)

(3) Luc. I, 38.

ría (1). Saludémosla con los Santos Padres que le dicen: Dios te salve, Virgen Santa, tú eres el camino por donde viene á la tierra el Salvador (2); tú la oficina donde el Verbo se hace carne (3), y el tálamo en que se desposa con la naturaleza humana (4); tú la fuente de la gracia y del consuelo (5), abismo de bondad y de misericordia (6), propiciatorio comun, dadora de la vida, vida de los vivientes, y causa de la vida (7): verdaderamente por ti, contigo y de ti, tiene y ha de tener el mundo todo bien (8).

Sigámosla, hermanos míos, y de Nazaret trasladémonos al Calvario. Allí se consuma la grande obra de la misericordia de Dios, y tambien allí aparece María, instrumento de esta misericordia, cumpliendo su mision sublime de Corredentora del mundo. El Hijo de Dios y de María, que ha tomado sobre sí todas nuestras iniquidades, pende de la Cruz entre las angustias de la muerte. Su pecho se levanta; su voz enronquece; su boca se entreabre con el afan de la respiracion; sus ojos se cierran; su cabeza se inclina como flor que al marchitarse cae sobre su tallo. La tierra tiembla y se estremece, las piedras chocan y se rompen; el aire se agita y brama en huracan furioso; toda la naturaleza conmovida, anuncia

(1) Ut sine illo (Verbo) nihil factum, ita sine illa (Maria) nihil refectum. (S. Petr. Dam., Serm. de Annunt.)

(2) Via per quam Salvator advenit. (S. Bern., Serm. 2 de Ado.)

(3) Officina in qua Verbum caro factum est. (Arnold. Carnot., Tract. de Verb. 3 in cruce.)

(4) Thalamus in quo Verbum sibi carnem desponsavit. (Procl. Constant., Serm. 1 de S. Deip.)

(5) Fons gratiæ et totius consolationis. (S. Ephrem., de Laud. Deip.)

(6) Abyssus in bonitate et misericordia. (S. Bonav., Spec. B. M., sect. 5.)

(7) Commune propitiatorium, vitæ suppeditatrix, vita viventium, et causa vitæ. (S. Andr. Cret.)

(8) Per Virginem, et cum ipsa, et ab ipsa habet mundus, et habiturus est omne bonum. (Idiota.)

que va á morir el Hombre-Dios. Sin embargo, su agonía se prolonga. ¡Ah! ¿Por qué no muere? ¿Por qué no se descarga el último golpe de la justicia divina que consume el sangriento sacrificio? Es que ese golpe no solo ha de darlo la mano de Dios, que por amor al mundo entrega y sacrifica á su Hijo, sino tambien la Madre del Crucificado, cuyo consentimiento quiere Dios que intervenga en la consumacion de la grande obra. Como para enviar á la tierra á su Unigénito quiso el Padre que pronunciase María el *fiat* que le abria su seno, para que en él se hiciese hombre, así, para dar por consumada la redencion con la muerte del Redentor, quiere el Padre que María ofrezca la víctima y consienta en su muerte. Ella es el instrumento de la misericordia de Dios; su cooperacion se exige; Dios pone en sus manos el precio de la salud del género humano (1): que ella lo ofrezca y el mundo se salvará.

Sacrificio sin igual para María. Vedla al pie de la Cruz. Allí la llama Dios para que le ofrezca el sacrificio de su Hijo (2); y conforme en un todo con la voluntad divina, está dispuesta á descargar ella misma sobre la víctima el golpe mortal (3). Allí permanece inmóvil como roca, y mirando con ternura las llagas de su Hijo, en quien ve al Redentor del mundo (4); y devorando en

(1) Intuere, homo, consilium Dei; agnosce consilium sapientiæ, consilium pietatis..... redempturus humanum genus, pretium universum contulit in Mariam. (S. Bern., Serm. de Nativ. Virg., et de Aqueductu.)

(2) Voluit adesse Mariam Virginem, non sine magnis rationibus..... 4. ut ipsa Mater Filium suum in sacrificio Patri Æterno pro toto mundo offerret. (Salmer. in Evang., lib. 10, tr. 41.)

(3) Ita divini voluntati conformis erat, ut si opportunisset ad implendam voluntatem Dei, ipsa Filium in cruce posuisset, atque obtulisset. (S. Anselm. de Excell. Virg.)

(4) Ante crucem stabat, et piis expectabat oculis Filii vulnera, quia expectabat non pignoris mortem, sed mundi salutem. (S. Ambr., Epist. ad Eccl. Vercell.)

su corazón amarga pena, que excede á cuanto imaginarse puede, consiente en la muerte de Jesús: más aún, la desea, porque llena de caridad ardiente sufre con una especie de gozo el sacrificio de su Hijo por la salvación del mundo (1). Sabe que el Hijo de Dios se había hecho su Hijo para redimir al género humano, derramando sobre él los inestimables tesoros de la divina misericordia; sabe que esta redención no podía hacerse sino por medio de los tormentos y de la muerte, y el amor á los hombres, sus hermanos por naturaleza y sus hijos por adopción, vence al amor que como Madre tiene á Jesús (2), y entre el huracán que agita las cruces del Gólgota, y el confuso desorden de la trastornada naturaleza, mira al cielo, descubre el brazo del eterno Abraham, levantado para consumir el sacrificio del nuevo Isaac, pero suspendido hasta que ella se una á él consintiendo en su muerte, y llena de dolor y de amor le envía un suspiro, y envueltas con él estas palabras: Hé aquí la esclava del Señor: *fiat*, hágase según vos quereis. Al momento el brazo del Padre cae sobre el Hijo, y este exclama: «Todo está consumado (3).» María, al oírlo levanta su cabeza, y ve que Jesús inclina la suya y muere.

¿Quién no admira á la Virgen de Nazaret? ¿Quién

(1) Hoc tamen tanto dolore ac tristitia passioni ac morti Filii sui voluntate sua non repugnavit: consensit in Christi crucem ac mortem pro nostra redemptione peragenda, imo fuit illius appetentissima. (*Salm. de Lament. B. M. V.*) Placuit ei quod Unigenitus ejus pro salute humani generis offerretur. (*S. Bonav. in 1 sentent., dist. 48, art. 2, q. 2.*)

(2) Sciebat ad quid Deus venerat, quoniam mundum redempturus erat. ¿Quomodo redempturus? Morte scilicet ac supplicio. Volebat quasi juxta mundi redemptionem. (*S. Thom. Vill., in fest. Assumpt., Conc. 6.*) Vicit in ea amor redimendi genus humanum, naturalem et ardentissimum amorem Filii sui. (*Salm. in Ev. lib. 10, tr. 44.*)

(3) Joann. XIX, 30.

hallará palabras para expresar cuanto hay de grande y de heróico en su conducta? ¡O María! Lágrimas de ternura indecible arranca á mi alma el espectáculo que ofreces al cielo y á la tierra. Tú eres en verdad la mujer fuerte que destruyes el imperio de la serpiente; tú la salvadora del mundo; tú la alegría del universo; tú la esperanza de la tierra y el terror del infierno; tú te has burlado del enemigo de la humanidad, haciéndote superior á todas las criaturas.

¿Ha llegado á su término la misión misericordiosa de María? No, hermanos míos. Esta misión es eterna, como la de su Hijo, á quien ha sido asociada para salvar al mundo; es eterna como la redención. Mientras haya hombres en la tierra hay necesidad de redención, porque hay pecado, y el precio de la redención ha sido depositado por Dios en manos de María, para que brotando de su corazón como de un manantial perenne, sean sus manos el acueducto por donde se comuniquen á los hombres en todo tiempo los frutos de la Cruz, la misericordia y la gracia del Redentor.

III.

Repitémoslo con ternura y con amor. En María, con María y por María, ha querido Dios realizar los designios admirables de su misericordia sobre el género humano (1). En María, reuniendo en su alma todas las bellezas, todas las perfecciones que le inclinan hácia el

(1) Per ipsam, et in ipsa, et de ipsa, et cum ipsa, totum hoc faciendum decernitur, ut sine illo nihil factum, sine illa nihil reffectum sit. (*S. Petr. Dam., Serm. de Annunt.*)

hombre, que se le hace amable en persona de esta Virgen privilegiada. Con María, á quien asocia eternamente á su Hijo, para que con él consume la grande obra de la misericordia. Por María, en cuyas manos deposita sus tesoros, y á quien constituye acueducto celestial de sus bondades. Este tercer carácter de la Santísima Virgen es la consecuencia de los primeros. Siendo en ella, y únicamente en ella despues de Jesus, en quien la humanidad se presenta en toda su belleza y perfeccion, es la única que puede intervenir entre Dios y el hombre: siendo la única aceptable por su santidad á Dios, que la ama siempre, es la única tambien que con confianza entera puede acercarse al trono de Dios; siendo la única, en fin, cuya caridad ardiente hácia el hombre llegó al extremo de sacrificar por él á su Unigénito, asociándose al Eterno Padre, es tambien la única digna de difundir sobre los redimidos por aquel sacrificio las gracias de la redencion (1). Ella deseó, buscó y obtuvo la salud; más aún, por ella vino la salvacion á todos, hasta el punto de llamársela con razon la salud del mundo (2); ella alcanzó un mismo efecto con Cristo en la salvacion del mundo (3), y Dios, por lo mismo, quiere que por su medio lleguemos al término de la salud: porque esto quiere, la hace Madre de los hombres al pié de la Cruz (4). ¿Cómo pudiera expresar el noble oficio que le confiaba, mejor que haciéndola Madre de los hombres? Porque esto

(1) *Advocata idonea quia purissima, idonea quia acceptissima, idonea quia piissima. (S. Thom. Vill., Conc. 3 sup. Ab æterno ordinata sum.)*

(2) *Omnium salutem desideravit, quæsit, et obtinuit, imo salutem omnium per ipsam facta est; unde et mundi salutem dicta est. (Ric. à S. Vict., cap. 26 in Cant.)*

(3) *Communem in salute mundi cum Christo effectum obtinuit. (Arnold. Carnot., de Laud. Deip.)*

(4) *Joann. XIX, 26.*

quiere, hace que sea depositado en sus brazos el cuerpo de Jesus, para que sepa el hombre que en manos de María está la prenda de la redencion, el precio del rescate y el bálsamo de salud. Porque esto quiere, en fin, exalta á María sobre todo lo criado, y la sienta en trono de gloria junto al de su Hijo, y hace que el cielo y la tierra la aclamen Reina y Madre de Misericordia.

¡Qué gloria para María! ¡Qué felicidad para nosotros! Dios la corona Reina del cielo y de la tierra: á sus pies se postran los ángeles esperando sus órdenes; á su voz obedece todo lo criado, rindiéndole homenaje; el Padre la escucha siempre con amor, el Hijo la concede cuanto pide, el Espíritu Santo la confía todos sus dones, y todo se la da para que sea nuestra Madre, para que lo emplee todo en favor de sus hijos. ¿Comprendéis, hermanos míos, á dónde llega nuestra felicidad? ¡Oh, cuán bueno es Dios! ¡Cuán buena es María! ¡Y cuán bien cumple su noble oficio! En verdad, dice San Buenaventura, en verdad, Señora, cuando te miro no descubro sino misericordia, porque hecha Madre de Dios en favor de los miserables, has engendrado la misericordia, y te se ha confiado, en fin, el noble cargo de dispensadora de la piedad divina (1). A justos y pecadores la concede, dice San Fulberto, y á nadie la niega jamás (2). Hecha toda para todos, y creyéndose deudora á todos, abre el seno de su misericordia para que de su plenitud reciban todos, el cautivo la libertad, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdon, el ángel la ale-

(1) *Certe, Domina, cum te aspicio, non nisi misericordiam cerno, nam pro miseris Mater Dei facta, misericordiam insuper genuisti; et demum tibi officium miserendi est commissum. (S. Bonav., Especul. amoris.)*

(2) *Et justis et peccatoribus fideliter invocantibus præsto est, et nunquam eis optulari desistit. (S. Fulb., Serm. 1 de Nativ. Virg.)*

gría, la Trinidad la gloria (1). ¿Quién sabe, ¡ó María! las veces que has aplacado la ira del Juez á quien arma contra nosotros nuestra iniquidad? (2) Tu gracia atrae á los pecadores que á ti se acojen, inunda y enriquece á los buenos que te aman, libra á todos cuantos en ti confían (3); todo por ti quiere Dios que lo alcancemos (4); y si alguna gracia, si alguna esperanza, si alguna virtud hay en nosotros, todo nos viene por ti, por quien tiene y tendrá el mundo todo bien (5).

Así, hermanos míos, hablan los Santos Padres para hacernos admirar la grandeza sublime que Dios ha concedido á la Santísima Virgen en beneficio nuestro, y para enjendrar en nosotros una confianza ilimitada y una devoción tierna y filial, hácia aquella en cuyas manos está nuestra salud. ¿Quién no bendice á Dios, que ha puesto nuestra felicidad en manos de nuestra Madre? ¿Quién no ama á María, de quien lo espera todo, y en cuyo amor está el principio de nuestra gloria? ¿Quién dudará del amor de María, cuyas entrañas se han convertido en caridad desde que nueve meses descansó corporalmente en ellas el Dios que es caridad? (6)

(1) Maria omnia omnibus facta, sapientibus et insipientibus copiosissima charitate debitorum se fecit, omnibus misericordiae suae sinum aperit, ut de plenitudine ejus accipiant universi; infirmus salutem, etc. (S. Bern., *Serm. in Sign. mag.*)

(2) ¿Quis scit quoties refrigeras iram judicis? In manibus tuis sunt thesauri miserationum Domini. (S. Petr. Dam., *Serm. 1 de Nativ. B. M.*)

(3) Gratia Mariae colligit malos, impinguat bonos, liberat universos. (Id., *Serm. de Annunt.*)

(4) Deus nos totum habere voluit per Mariam. (S. Bern., *Serm. de Nativ. B. M.*)

(5) Si quid gratiae, si quid spei in nobis est, si quid salutis, ab ea non verimus redundare. (Id., *Serm. de Aqueductu.*)

(6) Dubitare quis potest omnino in affectum charitatis transisse Mariae viscera, in quibus ipsa quae ex Deo est charitas, novem mensibus corporaliter requievit? (Id., *Serm. 1 de Assumpt.*)

¿Quién temerá acercarse á María, aunque sea pecador y miserable, sabiendo que en ella nada hay austero, nada terrible, todo es suavidad y dulzura? (1) ¿Quién no se refugiará bajo su manto, y con amor filial procurará honrarla para merecer una de sus miradas, sabiendo que así como es moralmente imposible se salve aquel de quien María aparta los ojos de su misericordia, así es como necesario que se justifiquen y se salven aquellos en quienes fija sus ojos, abogando por ellos delante de Dios? (2) ¡Ah, hermanos míos! gocémonos en el Señor y bendigámosle, porque tan grande se ha mostrado en la Santísima Virgen, para ostentarse misericordioso con nosotros por amor á ella; bendigámosle porque tan grande se ha mostrado con nosotros por medio de María, principio, instrumento y acueducto admirable de sus misericordias para nuestra salvación; y llenos de amor y de esperanza lleguémonos á nuestra Madre, porque bienaventurado es el que vela á sus puertas cada día, y está de acecho en los postigos de su puerta (3). Allí se encuentra el perdón y la misericordia, allí la gracia y el consuelo, allí la virtud y la perseverancia; allí se encuentra la vida y se alcanza la salvación eterna (4).

(1) ¿Quid ad Mariam accedere trepidat humana fragilitas? Nihil in ea austerum est, nihil terribile, tota suavis est. (Id., *in Sig. magn.*)

(2) Ut impossibile est quod illi à quibus Virgo Maria oculos suae misericordiae avertit salventur, ita necessarium quod hi ad quos convertit oculos suos, pro eis advocans,ificentur et glorificentur. (S. Anselm. *apud S. Antonin., p. 4, tit. 15, cap. 14, f. 7.*)

(3) Prov. VIII, 34.

(4) Id. 35.

SEGUNDA PLATICA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



Vita, dulcedo, spes nostra.
(*Ecclesia in Antiph. Salve Regina.*)

LA Santísima Virgen preside siempre en el pensamiento divino; y bien manifieste Dios su omnipotencia y su bondad, bien haga ostentación de su justicia aliada siempre con su misericordia, bien, en fin, derrame las riquezas de su inmenso amor, siempre María aparece retratada ó figurada en todas las obras divinas, como un símbolo de felicidad y de ventura. Si tomando en una mano la sagrada Biblia y en la otra la antorcha de la fe, acercamos esta á cada una de las páginas de aquella, en todas encontraremos ideas sublimes y consoladoras sobre las grandezas de nuestra Madre. Hagámoslo hoy. El libro santo, Señores, encierra la historia de la humanidad; y esta historia se divide en tres épocas, según los tres estados de aquella. Cada época y cada estado está descrito con sus caracteres propios en la Biblia. La primera nos presenta al hombre en el estado de la inocencia: esta época es breve, muy breve; tal vez no alcanza á ocho días. Todo lo que de ella se dice tuvo lugar en

el Paraíso. Al contrario, la segunda es muy larga por desgracia: es la época de la degradación del hombre por el pecado; dura cuatro mil años: su primer capítulo es aún del paraíso, el último es el Calvario. La tercera es la de la regeneración ó justificación de la humanidad: principia en la muerte de Jesucristo y durará hasta la consumación de los siglos. En cada una de estas épocas nos presenta el sagrado libro obras admirables de Dios, que son figuras de María como fuente de felicidad para la criatura. Innumerables son estas figuras, pero ahora solo en tres fijaremos la atención, correspondientes una á cada época: el árbol de la vida en el paraíso; el arco iris después del diluvio; y el tabernáculo de Dios para habitar con los hombres, que nos describe San Juan en el Apocalipsis. Pasemos adelante: las tres épocas ó estados de la humanidad se encuentran por lo común en la vida de cada uno de nosotros. El estado de inocencia, época tan breve, por desgracia, en la mayor parte de los hombres: el pecado, que por tanto tiempo domina en el corazón; la penitencia ó justificación á que nos lleva la gracia del Señor. Ahora bien, aquellos tres símbolos con que Dios presentó á María como principio de felicidad para el mundo, nos la ofrecen también como tal, y vienen á realizarse en cada uno de nosotros. María es el árbol de la vida para el alma en la época de la inocencia; es el arco iris de la esperanza para el que desgraciadamente cae en el pecado; es el tabernáculo de Dios para el que le busca, y á él se une por la penitencia y la justificación. Más claro: María es la vida para el alma inocente, la esperanza del alma pecadora, la dulzura del alma justificada. La Santa Iglesia, saludando á María como *vida, dulzura y esperanza nuestra* (1), me autoriza

(1) In antiph. Salve Regina.

y me mueve á presentárola con estos caracteres. Entre-
mos desde luego en la explicacion y aplicacion de dichas
tres figuras ó símbolos.

De las manos de su Criador salió el hombre inocente
y puro. Compendio del mundo y pontífice de la naturale-
za (1), venian á reunirse en su corazon, como en un altar,
las bellezas de todo lo criado, y en su lábio las armonías
de todos los séres, para que él las elevase á Dios como el
himno del universo y el homenaje de sus obras. Dios le
dió por morada el paraiso, jardin ameno, en que se com-
pendiaban sin perder sus encantos, todas las maravillas
de la creacion (2). Todo sonreia al hombre; pero sobre
todo le sonreia Dios, que le miraba como su hijo, que era
su amigo, y como que se aplaudia á sí mismo por la be-
lleza de su obra, exclamando que era bueno el mundo
antes de la creacion del hombre, pero con el hombre era
muy bueno: *Et erant valde bona* (3). Dios moraba en su
alma, hablaba con él, le descubria sus secretos. Dios era
todo para el hombre, su imágen: el hombre era todo de
Dios, su original divino. ¡Qué felicidad! Debia ser eter-
na, y crecer hasta llegar á su término en el cielo; y aun
en su cuerpo no debia tener fin, pues que habia de ser
inmortal. Para ello, dice el sagrado libro, plantó Dios en
medio del paraiso el árbol de la vida (4). Su fruto her-
moso, dice San Agustin, debia conservarle siempre en el

(1) Deus hominem velut secundum quemdam, et alterum mundum,
in parvo magnum, in terra constituit, angelum alium, mixtum adora-
torem visibilis naturæ spectatorem, intellectilis myst. (S. Greg. Naz.,
Orat. de Nativ. Dom.) Divinum simulacrum, mundi caput venerabile,
naturæ lingua, sonos angelicis similes edens cithara, terræ decor. (Teo-
doti Anciræ Episc., Hom. in Nat. Salvat.)

(2) Gen. II, 8.

(3) Id. I, 31.

(4) Gen. II, 9.

mismo estado de lozania y juventud, y hacerle immor-
tal. *Habebat homo de ligno vitæ stabilitatem contra ve-
tustatem* (1). A su sombra, libre de temor que no cono-
cia, descansaba el hombre en plácido sueño, y ni el sol
podia herirle con sus rayos, ni la fatiga consumirle.
Cuanto el trabajo y el tiempo pudieran quitarle de sus
fuerzas, otro tanto le daría el dulce y hermoso fruto que
pendia de sus ramas. No nos detengamos más, y apli-
quemos el sentido espiritual de esta figura.

En la segunda creacion del hombre, cuando es reen-
gendrado en el bautismo, se hace tambien amigo de
Dios. Su corazon es el templo del Espíritu Santo, y su
alma, enriquecida con dones del cielo, es hermosa delan-
te de Dios. ¡Quién describirá esa belleza del alma en los
dias de la inocencia! Dios, que la ama con ternura, la
pone en el paraiso de sus delicias, en la Iglesia santa,
jardin ameno donde se resumen, no ya las delicias del
mundo de la materia, sino del mundo de los espíritus,
con el reflejo de los encantos del cielo. Arboles frondosos
la pueblan, y la riega un rio que, saliendo del Corazon
de Jesus, se divide en brazos, distribuyéndose en los Sa-
cramentos, y en especial, para el alma inocente, en los
que se llaman de vivos. En medio de ese jardin ostén-
tase un árbol más hermoso, el nuevo árbol de la vida,
cuyo fruto hace al alma inocente, inmortal en la gracia
y santidad, que la constituye amiga de Dios. Ese árbol
es la Santísima Virgen María (2). Ella es la que el Espí-
ritu Santo nos presenta continuamente en el libro sagra-
do, como árbol santo que reúne en sí las perfecciones de

(1) S. Aug. de pec. mer. et rem., lib. 1, c. 3.

(2) Arbor salutis. (S. Bonav., Spec. B. M. V., lect. 16.) Vere lignum
vitæ quæ solum dignum fuit portare fructum salutis. (S. Bern., serm. 2
de Adventu.)

todos, excediendo á todos en todas. Notad cómo le atribuye la elevacion de la palma, la majestad del cedro, la incorruptibilidad del ciprés, la suavidad del olivo, la frescura del plátano, la fragancia del cinamomo, la fecundidad de la vid (1). Es el árbol que está en el centro del nuevo paraiso, porque hácia Ella converjen todos los misterios de la nueva creacion (2). Es el árbol de la vida; ese es su nombre: nombre que proféticamente, dice San Epifanio con otros Padres (3), le dió Adán, cuando al verse privado del fruto del primer árbol de la vida en pena de su pecado, y condenado á la muerte, exclamó, volviéndose á su esposa y mirando en ella á la mujer fuerte que debía quebrantar la cabeza de la serpiente engañadora: Tú eres la viviente; tú eres la vida: tú eres la madre de la vida y de los vivientes. *Et vocavit nomen uxoris sue Heva, eo quod esset mater cunctorum viventium* (4).

Almas inocentes, las que, reengendradas para Dios y hechas hijas suyas en el Bautismo, no habeis manchado la blanca estola de la inocencia que en él se os vistiera, gozaos en vuestra felicidad. Dios vuestro Padre, que no quiere que perdais esa hermosura, para que brilleis como estrellas en el firmamento, y seais columnas de su templo, y comais el maná escondido, y selladas con marca divina sigais al Cordero, cantándole el misterioso canto de su gloria y sus amores, os presenta ese árbol hermo-

(1) Eccli. XXIV, 17 et seq.

(2) Discurre à principio mundi, vide legis figuras, lege cæremonias. lege sacrificia, lege prophetias: in his Virgo prænuntiatur, in his Virgo præfiguratur, et omnis veritas sub Virgine latuit, per Virginem patuit. (S. Thom. Vill., Cone. 5^a de Annunt.)

(3) Beata Maria Dei Mater per Evam significabatur, quæ per enigma accepit, ut mater viventium vocaretur. (S. Epiph. Hæres. 78.)

(4) Gen. III, 20.

so de la vida en la Santísima Virgen María. Corred á su sombra, respirad sus perfumes, comed de su fruto, y no temais; sereis inmortales, jamás el sol con sus rayos os quitará la hermosura, ni el enemigo con su hálito emponzoñará vuestro corazon, ni la muerte del pecado entrará en vosotras. María es la vida de las almas inocentes, simbolizada en el árbol del paraiso. Vivid al abrigo de ese árbol; es decir, con devocion tierna y constante acudid á cobijaros bajo el manto de María, y á defenderos del sol de las pasiones bajo las ramas de su proteccion. Consagraos de corazon á María, y no respireis otra atmósfera que la que ese árbol embalsama con los aromas de sus virtudes; aspiradlas en la meditacion, y llenaos de ellas practicándolas; sobre todo, comed de su fruto. El fruto del nuevo árbol de la vida es Jesus, y especialmente Jesus en el Santísimo Sacramento. Él se llama á sí mismo el pan vivo (1); el que lo come, dice, no morirá eternamente (2); el que lo come tendrá vida eterna, y yo le resucitaré en el último de los dias (3). Ese es el fruto figurado en el árbol del paraiso, así como aquel árbol simbolizaba á María, que por ello nos dice: «Venid á mí los que sois pequeños é inocentes porque ignorais la malicia del mundo (4); venid los que me amais, y llenaos, saciaos de mi fruto (5). Amad á María, almas inocentes; vivid bajo su sombra, imitad sus virtudes, comed en la comunión del fruto de María, y no perdereis la vida de la gracia. La devocion á esta Señora es una prenda de predestinacion para todos, pero lo es infalible-

(1) Joann. VI, 41.

(2) Id. id. 52.

(3) Id. id. 55.

(4) Prov. IX, 4.

(5) Eccli. XXIV, 26.

mente más para vosotras. Padres de familia, y vosotros todos que teneis la santa mision de formar para el cielo el corazon de los niños, infundidles, inspiradles en sus primeros años, en los años de la inocencia, el amor más tierno, más verdadero y profundo á María. Hacedlo con celo y fruto, y tendreis segura la felicidad de esas almas: porque es un hecho constante en la historia, que los Santos que se consagraron desde niños á María, no perdieron jamás la gracia del Bautismo. Os citaré entre mil y mil ejemplos á San Luis Gonzaga, que á los nueve años se consagró á María, y jamás cometió pecado ni aun venial, con advertencia: más todavía, el demonio no se atrevió á tentarle nunca. Os citaré también á San Alfonso María de Ligorio, que á los siete años amaba ya tiernamente á María, y murió á los noventa sin perder la gracia del Bautismo. Confesémoslo con la santa Iglesia: María es la vida del alma inocente, y es feliz el que en su inocencia vive á la sombra de este árbol y come de sus frutos de bendicion.

Paréceme que al oír esto, sale del corazon de muchos de vosotros un suspiro de dolor, y envueltas con él estas palabras: ¡Ah! y nosotros que hemos perdido la inocencia..... No os desconsoléis, hermanos míos, porque si María es la vida de las almas inocentes, es también la esperanza de los pecadores y la dulzura de los penitentes justificados. Escuchad la aplicacion de las otras figuras.

Cuando el Señor, irritado por los pecados del mundo, y al ver que toda carne habia corrompido sus caminos, exclamó que estaba arrepentido de haber criado al hombre, que así abusó de su bondad (1), envió sobre la tier-

(1) Gen. VI, 6, 7, 8.

ra el diluvio, del cual solo se salvó la familia de Noé, única que mereció gracia á los ojos de Dios. Después de esta terrible catástrofe, salió Noé del arca con sus hijos, y ofreció á Dios un sacrificio. Su corazon abrigaba el temor de nuevos castigos; Dios le dió una señal, haciendo aparecer en el cielo el arco iris, y le dijo: «Cuando irritado por los pecados de los hombres les enviare castigos, y la lluvia caiga sobre la tierra, aparecerá el arco en las nubes, y entonces me acordaré de mi misericordia, y el hombre tendrá una seguridad de que no habrá más diluvio de exterminio sobre la tierra (1).» ¡Qué consoladoras son estas palabras del que no retrocede jamás en sus promesas! El arco iris es desde entonces el precursor de la bonanza tras la tormenta, el signo de la paz y de la serenidad en la atmósfera y en el corazon del que temiere la ruina en las horas de la tempestad. Apliquémoslo. Todo, dice San Pablo, sucedia en figura á aquel pueblo (2), y la ley era la sombra de los bienes futuros (3); esos bienes nos vienen por Jesus y por María, y la Escritura toda, dice Santo Tomás de Villanueva, está escrita sobre María y por causa de María (4). Ella es, pues, la que está simbolizada en el arco iris, porque ella es la única esperanza de los desesperados (5); ella es el único refugio del mísero pecador (6); y cuando ella aparece á los ojos del hombre y á los ojos de Dios, se

(1) Gen. IX, 12 ad 16.

(2) I Corinth. X, 11.

(3) Hebr. X, 1.

(4) De hac et ob hanc, et propter hanc omnis Scriptura facta est. (S. Thom., Serm. 5 de Assumpt.)

(5) Unica spes desperantium. (S. Ephrem., de Laud. Deip.)

(6) Peccatorum et auxilio destitutorum unica advocata, atque adju-trix ad refugium et diversorium. (Id. id.)

presenta como el signo de la paz, del perdón y de la gracia.

El hombre, vencido por la concupiscencia, corrompe sus caminos: criado para Dios deja la fuente de aguas vivas, que es Dios mismo, y cava cisterna cenagosa en las criaturas, cisterna horadada que no puede contener las aguas (1). Dios, que le llama y espera con paciencia, se irrita al fin, y su justicia se arma contra el hombre. Primero le abandona á sí mismo y le deja sumido en la ceguera, y de abismo en abismo se precipita al fondo de la corrupción. «Le borraré de sobre la tierra, exclama Dios (2), y en el abismo eterno llorará para siempre su prevaricación.» El diluvio de la justicia ofendida va á venir sobre su alma. Infeliz pecador, ¿quién te librará de las manos de Dios vivo? ¿Quién, pregunta el Profeta, quién te librará de sus manos, cuando Dios te amenaza con que el día de tu muerte, en el momento de perecer para siempre, se reirá, se burlará de ti y palmoteará en tu desgracia? (3) Nadie, exclama Job, nadie podrá librarse de sus manos (4). ¿Te desesperarás, pues, alma pecadora? No: espera aún. Registra tu corazón, repasa la triste historia de tu vida. ¿Te acuerdas de haber invocado alguna vez con devoción á la Santísima Virgen? ¿Descubres en algún rincón, en algún pliegue de tu pobre corazón una pequeña chispa de devoción á María? ¡Ah! no la apagues, avívala, enciéndela más y no temas. Acude á María, y ella te salvará. En efecto, hermanos míos, María, que escribe en el hermoso libro de su corazón á cuantos la invocan, que escribe el nombre de los

(1) Jerem. II, 13.

(2) Gen. VI, 7.

(3) Prov. I, 24 ad 26.

(4) Job. X, 7.

que á ella acuden, se conmueve como tierna madre al ver la desgracia que amenaza á su hijo; corre al Trono de Dios, y en las nubes de la Justicia eterna que va á descargar sobre el pecador, se presenta como iris de paz, clamando: acordaos, Señor, de vuestra promesa; me habeis puesto como iris de paz entre vos y el hombre; acordaos que habeis prometido que al ver vuestro arco os acordaríais de perdonar al hombre; acordaos que me habeis prometido darme cuanto os pida; dadme, pues, el alma de ese hijo mio. Soy su madre, y no puedo sufrir que se condene. Oid, Señor, que me llama y me invoca con este título de Madre, y no puedo abandonarle. Perdonadle, Señor, según vuestra promesa, ó quitadme el título de Madre suya, que me habeis dado. A estas palabras el brazo de Dios se detiene, el rayo cae sin fuerza de su mano, Dios perdona, y el pecador se salva. ¡Cuántos de nosotros, sobre quienes tal vez el rayo de la divina Justicia habrá estado mil veces suspendido, debemos el perdón á una sencilla devoción á María! ¡Oh cuán buena es María!

Pero aún hay más, mis amados hermanos. ¿Habeis leído ú oído alguna vez cómo se forma en las nubes el arco iris? ¿Habeis leído que cuando el horizonte está cubierto de negras nubes, y de otra nube más alta se desprende la lluvia, si aparece el sol en el lado opuesto, hiere con sus rayos las gotas que caen, y rompiéndose ó refractándose por ellas se descompone la luz, y dibuja el hermoso arco que encanta nuestra vista, al paso que nos anuncia el fin de la tormenta? Pues bien, esto es lo que pasa en el alma del pecador cuando María logra suspender el azote de la Justicia divina. El corazón del pecador está oscurecido por las negras nubes que forman sus vicios y sus pasiones; el huracán reina en su interior; todo amenaza un diluvio de males eternos para su alma,

Si entonces siente su desgracia y llora su crimen, el sol divino, Jesucristo, brilla sobre él á ruegos de María; los rayos de su gracia hieren esa lluvia de lágrimas que se desprenden de los ojos del pecador arrepentido, y rompiéndose y refractándose en ellos, dibujan en el fondo de su anublado corazón un hermoso arco de variados colores, todos suaves, destacándose por su mayor viveza entre ellos, como en el iris del cielo, el verde y el rojo. Ese arco de hermosos colores es el nombre de María; esos colores más vivos son la esperanza y el amor. ¡Oh qué feliz momento! El pecador ya no es presa de la desesperación ni del abatimiento; ya no tiembla; siente renacer la calma en su corazón; mira, contempla ese iris bello de paz, y lee: «María, María, María;» y no se cansa de pronunciar ese nombre, y la esperanza y el amor viven ya en su alma. Entonces llora también, y llora más; pero sus lágrimas son dulces, son las lágrimas de la contrición; y cuanto más llora, más vivos y encendidos aparecen aquellos colores, esperanza y amor: y espera y ama; espera y ama á María, y corre á cobijarse bajo del manto de su Madre, y llevado por su mano á los pies del ministro de Dios, se purifica en la penitencia, se desvanecen las nubes de su corazón, y reina en él la paz y la felicidad. ¡Cuán buena es María, esperanza del pecador! Si lo supiérais, pecadores, si supiérais cuán dulce es llorar los pasados extravíos, pronunciando el nombre de María, y contemplándola como arco iris de esperanza, ni un momento tardaríais en hacerlo. Haced que lo conozcan, Madre mía, para que entre las lágrimas de la penitencia vean en sus corazones el arco hermoso de vuestro nombre, y se salven todos por vos, que sois nuestra esperanza mientras somos pecadores, y nuestra dulzura cuando nos justificamos en el camino de la penitencia.

Estudiemos esta última figura: María, dulzura del alma justificada por la penitencia. Procuraré ser muy breve.

Contemplemos la visión que nos describe San Juan en el Apocalipsis. «Vé, dice, la ciudad santa, la Jerusalén nueva, adornada como una esposa para recibir al esposo, y oí una grande voz del trono, que decía: Hé aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos, y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será ya más, y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron; y dijo el que estaba sentado en el trono: Hé aquí yo hago nuevas todas las cosas (1).» ¡Qué hermosa figura, y cuán consoladora! Yo convengo, hermanos míos, en que el sentido propio de estas palabras se refiere á la gloria del cielo; pero siguiendo el ejemplo de los Padres y los títulos que dan á la Santísima Virgen, encuentro también en esta figura la idea de María, dulzura del alma justificada. No hay duda, porque las sagradas Escrituras nos la presentan así, que María es la Casa de Dios, el Templo de la Trinidad, el Tabernáculo del Altísimo. Ella es ese tabernáculo de Dios con los hombres, porque en su seno virginal se comunicó el mismo Dios con la naturaleza humana para habitar con nosotros. El Hijo de María se llama Emmanuel, Dios con nosotros (2). Ella es, pues, ese tabernáculo de Dios para habitar con los hombres. Dios quiere comunicarse con nosotros en el Tabernáculo del corazón de María; por ello nos infunde con tanta fuerza la devoción á esta Señora; y á medida que crece el alma en la virtud, crece en el amor á María. ¿Sabeis,

(1) Apoc. XXI, 3, 4, 5.

(2) Matth. I, 23.

hermanos míos, la razón de esto? Es porque el alma necesita muchas gracias del cielo para llegar al término de su carrera, y Dios, que no quiso comunicárenos en su venida sino por medio de María, quiere que por María también recibamos todas sus gracias (1). ¡Cuán amable es nuestro Dios al darnos ese tabernáculo como morada para que estemos en él! El corazón de María es el atrio del cielo, es la puerta del cielo, es un cielo compendiado, y Dios nos quiere en ese cielo antes de llevarnos á gozar del cielo eterno de su gloria (2). Ved, pues, la idea que de todo esto se desprende. El alma que se acerca á Dios por la penitencia y por la práctica de la virtud, es muy débil por sí misma; mil peligros la cercan, enemigos formidables la persiguen y combaten, el temor la acompaña siempre, la aflige el recuerdo de sus extravíos. Por eso Dios la convida y la llama á ese tabernáculo, diciéndole: «Aquí ya no hay temor de muerte por nuevas caídas en el pecado; aquí ya no hay llanto amargo, ni luto de tristeza; aquí ya no se oye el clamor de las pasiones, ni alcanza el poder de los enemigos: todo es dulce en esta morada. Y en efecto, amando á María y viviendo en su corazón, el hombre llora, pero sus lágrimas son dulces; el hombre, aunque sea tentado, se ríe de la tentación, abrazando á su Madre; las tribulaciones, los trabajos, todo le es ligero; el amor de María todo lo hace suave, todo lo hermo sea. Decidlo vosotras, almas que lo habeis experimentado; decidlo, y contad los bienes que

(1) Quia indignus eras cui donaretur, datum est Mariæ ut per illam acciperes quicquid haberes..... quia nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret. (S. Bern., Serm. 3 in Vig. Nativ. Dom.)

(2) O felix porta per quam Deus ingressus est mundum, et per quam homo ingreditur cælum..... Nemo confidat ingredi cælum, nisi per istam portam. (S. Thom. à Vill., Conc. 5 de Annunt.)

os ha hecho el Señor en ese tabernáculo. ¡Oh cuán dulce es habitar en el Corazón de María!

¿No os parece, mis amados hermanos, que esto es la suma felicidad posible en la tierra, y que no cabe mayor para el alma libertada por la gracia de las cadenas del pecado? Pues más aún le da el Señor. ¡Oh cuán sin límites ni término es la misericordia y la bondad de nuestro Dios! Recordad las palabras del Apocalipsis: «Y dijo el que estaba sentado en el trono: Aquí todo lo hago nuevo (1).» En el Corazón de María el alma se renueva enteramente; y como de nuevo nacida, ni se conoce á sí misma. Tal es el cambio que obra en ella el amor de esta Madre. Preguntadlo, si podeis dudar, á San Agustín. Se convirtió á Dios, amó á María, y nada quedó en él de sus costumbres mundanas. Preguntadlo á Ignacio de Loyola: desde el momento de detestar su vida pasada, se consagra á María, y en todo el resto de sus días se ve libre de tentaciones y estímulos de la carne. Preguntadlo á San Andrés Corsino: siendo joven vive sumido en el libertinaje: sabe que sus padres, antes de que naciese, le habian consagrado á la Santísima Virgen, la invoca con amor, se entrega á ella, y admira al mundo con su santidad y sus virtudes. No os citaré más ejemplos; innumerables y magníficos los presentan los anales de nuestra santa Iglesia; vosotros los sabeis, y entre vosotros mismos, ¿cuántos pudiéramos hallar? María es, pues, la dulzura de las almas que, amando á Dios, viven en el tabernáculo de su corazón. Ella dulcifica la penitencia, hace amable la virtud, ahuyenta el temor de nueva caída, y nos renueva enteramente, para que seamos nuevas criaturas, formadas á medida del corazón de

(1) Apoc. XXI, 5.

Dios, y hombres nuevos hechos á imagen del mismo Jesucristo.

Hermanos míos, acercaos á la Santísima Virgen, y vivid siempre junto á ella. Si sois inocentes, ella es el árbol de la vida, cuyo fruto os conservará en la vida del espíritu. Si sois pecadores, ella es el arco iris de la esperanza, que os promete el perdón y la reconciliación. Si sois penitentes, y por la penitencia justos, vivid en su Corazón, que es el tabernáculo de Dios para habitar con nosotros. María es vida, dulzura y esperanza nuestra. Amémosla y sentiremos los felices efectos de esos hermosos caracteres de nuestra Reina y nuestra Madre.

TERCERA PLATICA.

Salutate Mariam.
(Ad Rom. XVI, 6.)

CONOCEIS ya, hermanos míos, á la Santísima Virgen; conocéis los tesoros de gracia que en ella ha depositado el Omnipotente, y los tesoros de misericordia que por su medio ha derramado sobre nosotros. Al contemplar estas inefables bondades, cuán dulce es al corazón el armonioso cántico de la gratitud y la alabanza con que acabais de bendecir á Dios y á María. «Gracias á Dios, habéis cantado: gracias á Dios porque os hizo su Madre, porque os hizo su Hija, porque os hizo su Esposa, porque os hizo Inmaculada, porque os hizo tan santa, porque os hizo tan sabia, porque sois mi refugio, porque sois mi alegría, porque sois mi esperanza.»

Repetidlo mil y mil veces (1), hermanos míos, y ni un día ni una hora pase en nuestra vida sin que del

(1) Alabanzas á la Santísima Virgen, que se cantan siete veces durante el ejercicio en obsequio de su sagrado Corazón, que celebra la Real Archicofradía el último día de sus funciones.

Dios, y hombres nuevos hechos á imagen del mismo Jesucristo.

Hermanos míos, acercaos á la Santísima Virgen, y vivid siempre junto á ella. Si sois inocentes, ella es el árbol de la vida, cuyo fruto os conservará en la vida del espíritu. Si sois pecadores, ella es el arco iris de la esperanza, que os promete el perdón y la reconciliación. Si sois penitentes, y por la penitencia justos, vivid en su Corazón, que es el tabernáculo de Dios para habitar con nosotros. María es vida, dulzura y esperanza nuestra. Amémosla y sentiremos los felices efectos de esos hermosos caracteres de nuestra Reina y nuestra Madre.

TERCERA PLATICA.

Salutate Mariam.
(Ad Rom. XVI, 6.)

CONOCEIS ya, hermanos míos, á la Santísima Virgen; conocéis los tesoros de gracia que en ella ha depositado el Omnipotente, y los tesoros de misericordia que por su medio ha derramado sobre nosotros. Al contemplar estas inefables bondades, cuán dulce es al corazón el armonioso cántico de la gratitud y la alabanza con que acabais de bendecir á Dios y á María. «Gracias á Dios, habeis cantado: gracias á Dios porque os hizo su Madre, porque os hizo su Hija, porque os hizo su Esposa, porque os hizo Inmaculada, porque os hizo tan santa, porque os hizo tan sabia, porque sois mi refugio, porque sois mi alegría, porque sois mi esperanza.»

Repetidlo mil y mil veces (1), hermanos míos, y ni un día ni una hora pase en nuestra vida sin que del

(1) Alabanzas á la Santísima Virgen, que se cantan siete veces durante el ejercicio en obsequio de su sagrado Corazón, que celebra la Real Archicofradía el último día de sus funciones.

fondo del corazón se exhale como perfume que suba hasta el trono de nuestra Madre. ¡Oh cuán grato le será! ¡Cuántas bendiciones hará descender sobre nosotros!

Deseoso de grabar estas ideas en vosotros, al dirigir la palabra por última vez dando fin á estos santos ejercicios, no puedo menos de deciros lo que San Pablo á los Romanos, hablándoles de una noble cristiana: *Salutate Mariam* (1). Saludad á María, hermanos míos, y saludadla cumpliendo los deberes de una tierna devoción. ¿Sabeis en qué consiste esta devoción, y cuáles son los sentimientos que la forman? Escuchadme: os lo diré en breves palabras.

La devoción, según la doctrina de Santo Tomás, es la consagración del corazón al objeto de ella para pertenecerle en un todo, dando expansión á los sentimientos que inspira el conocimiento de sus perfecciones (2). ¿Y qué sentimientos nos inspira el conocimiento de la Santísima Virgen? Contempladla, y ante todo descubriéis en ella la plenitud de la gracia, que le fué concedida desde su primer instante (3), y que la eleva sobre los ángeles (4), haciéndola imagen viva de Dios (5). Hija primogénita del Altísimo (6), cuya grandeza es sin medida (7), la vereis como vid que germina siempre creciendo en santidad (8), y elevándose de virtud en virtud

(1) Rom. XVI, 6.

(2) Devotio dicitur à devovendo.... unde devotio nihil aliud esse videtur quam voluntas quædam prompte tradendi se ad ea, quæ pertinent ad Dei famulatum. (S. Thom. 2, 2, quest. 81, art. 1.)

(3) Bene gratia plena dicitur: quia cæteris per partes præstatur, Mariæ vero tota simul se infudit plenitudo gratiæ. (Sofron., Serm. de Assumpt.)

(4) S. Thom., Opusc. 8, de Salut. angel.

(5) Viva imago Dei. (S. Joann. Damasc., Orat. de Nativ. B. M. V.)

(6) Eccli. XXIV, 5.

(7) Tuæ magnitudinis non est finis. (S. Germ., Orat. de dormit. Deip.)

(8) Vitis semper vicens. (S. Greg. Taum., Serm. I de Annunt.; Eccli. XXIV, 23.)

por su correspondencia fiel á la gracia, y por ello tan santa, que más santo solo Dios (1).

A vista de tanta belleza, de tanta gracia y santidad, nacerá en vosotros la admiración, y os sentireis movidos á ensalzarla con júbilo del alma extasiada ante sus grandezas. Vuestro corazón respirará alabanzas á María, y encontrará dulce ocupación en unirse á Dios, que la aclama toda hermosa, y en los místicos Cantares le dirige plácemes de admiración y de ternura. Os unireis á los ángeles, que la saludan llena de gracia, y exclaman. ¿Quién es esta que se adelanta como la aurora al levantarse, bella como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército en batalla? (2) Os unireis á la santa Iglesia y á sus Doctores, que agotan las riquezas de su genio para ensalzarla día y noche, hasta exclamar con San Agustín: Yo no sé qué alabanzas dirigirte, Virgen Santa, porque si te llamo forma ó imagen de Dios, te encuentro digna de este título (3), y aunque todos nuestros miembros se convirtieran en lenguas, no serían suficientes para alabarte (4).

Ved, hermanos míos, el primer sentimiento de la devoción á María; la admiración y la alabanza. Hé aquí por qué el devotísimo San Bernardo decía: No hay cosa que más me deleite, que hablar de la gloria de esta Virgen Madre (5). ¿Quién se cansará de hacerlo, cuando la

(1) Nihil tibi, Domina, est æquale: omne quod est, aut supra te est, aut infra; quod supra, solus Deus; quod infra, est omne quod non est Deus. (S. Anselm. apud Pelb. Stell. 2, Part. 3, art. 2.)

(2) Cant. Cantic., VI, 9.

(3) Quibus te laudibus efferam nescio, nam si formam Dei te appellem, dignam existimo. (S. Aug.)

(4) Etiam si omnium nostrum membra verterentur in linguas, eam laudare sufficeret nullus. (Id. apud B. Dion. Carth.)

(5) Non est equidem quod me magis delectet, quam de gloria Virginis matris habere sermonem. (S. Bern., Serm. 4 de Assumpt.)

alabanza de María es una fuente tan grande, que cuanto más se dilata, tanto más se llena; y cuanto más se llena, tanto más se dilata? (1) Regocijate, alma mia, exclama San Buenaventura, y alégrate alabando á María, porque son muchos los bienes preparados á los que lo hacen (2). Si todas las Escrituras se escribieron en su alabanza (3), procuremos siempre con el corazon y con la lengua celebrar á esta divina Madre, para que nos eleve ella un día á la eterna bienaventuranza (4).

Contempladla, os digo otra vez, y la vereis encumbrada á una dignidad sin igual, que resume todas sus grandezas. María es la Madre de Dios. ¡Madre de Dios! ¿Quién podrá medir la sublimidad de este título? ¡Ah! no es posible al entendimiento del hombre; ni los ángeles pueden comprenderla, ni la misma que lo obtiene (5), porque es una dignidad infinita cuya alteza solo Dios alcanza (6). Esta dignidad la eleva á la mayor grandeza que puede Dios conferir á una criatura (7). Puede el Criador, dice San Buenaventura con Santo Tomás, criar

(1) Laus Mariæ fons est indeficiens, qui quanto amplius tenditur, tanto amplius impletur; quanto amplius impletur, tanto amplius dilatatur. (*Ab. Francon. in Bibliot. Patr.*)

(2) Exulta, exulta, anima mea, et lætare in illa; quia multa bona sunt laudatoribus præparata. (*S. Bonav.*)

(3) Nusquam est ubi Scripturam divinitus inspiratam lustrans, non varie perspersa ejus nomina quis videat. (*S. Andr. Cret., Serm. 2 de Nativ. B. M. V.*)

(4) Si enim omnes Scripturæ loquuntur de ea, Deiparam perpetuo corde et lingua celebremus, ut ab ipsa ad gaudia æterna perducamur. (*S. Bonav. apud S. Ligor. introd. ad lib. de Glorias Mariæ.*)

(5) Audacter dico, quod nec ipsa plene explicare poterit quod capere potuit. (*S. Eug. sup. Magnif.*)

(6) Tanta est perfectio Virginis, ut soli Deo cognoscenda reservatur. (*S. Bern. Sen., Serm. 4 de Concept. Virg.*)

(7) Status maternitatis Dei erat summus status qui puræ creaturæ dari posset. (*Id. tom. 3, serm. 6, art. 3, cap. 1.*)

un mundo mayor, un cielo más grande, pero no puede hacer otra criatura mayor que su Madre (1), que para serlo necesitó ser exaltada á cierta igualdad con las Personas divinas por una casi infinidad de gracias (2), y que exaltada ya, tiene una especie de union con una Persona divina (3), y á ella se une Dios con modo singular de identidad, haciéndose una misma cosa con ella (4), de modo que no puede estar más unida con Dios, sino haciéndose Dios (5).

¿Quién, al descubrir tan alta dignidad, no se humilla y se postra ante la Santísima Virgen, como los ángeles se humillan y encojen sus alas ante Dios? Enmudezca y tiemble toda criatura, exclama San Bernardino, y apenas se atreva á poner los ojos en la inmensidad de gloria tan sublime. Dios habita en la Virgen, teniendo con ella identidad de una naturaleza (6). Adorad á Dios en su santo atrio, dice David (7), y ese atrio es el seno inmaculado de María, tabernáculo de Dios para habitar

(1) Esse Matrem Dei est gratia maxima puræ creaturæ conferibilis. Ipsa est quam majorem facere non potest Deus. Majorem mundum facere potest Deus, majus cælum, majorem quam Matrem Dei facere non potest. (*S. Bonav. in Spec. Virg. lect. 10.*) Beata Virgo, ex hoc quod est Mater Dei habet quamdam dignitatem infinitam, ex bono infinito, quod est Deus, et ex parte non potest fieri melius. (*D. Thom., 1. p., q. 25, art. 6, ad 4.*)

(2) Quod femina conciperet et pareret Deum, oportuit eam elevari ad quamdam æqualitatem divinam, per quamdam infinitatem gratiarum. (*S. Bernard. Sen., tom. 1, Serm. 61, cap. 16.*)

(3) Est quedam suprema conjunctio cum persona infinita. (*D. Thom., 1. p., q. 25, art. 6.*)

(4) Quarto modo inest Deus creaturæ, scilicet Mariæ Virgini per identitatem, quia idem est quam illa. (*S. Petr. Dam., Serm. 1 de Nativ. Virg.*)

(5) Magis Deo conjungi, nisi fieret Deus, non potuit. (*Alb. Magn. super Missus, cap. 180.*)

(6) Hic taceat et contremiscat omnis creatura, et vix audeat aspicere tantæ dignitatis immensitatem. Habitat Deus in Virgine, cum qua unius naturæ habet identitatem. (*S. Bernard. Sen., tom. 1, Serm. 61.*)

(7) Psalm. XCV, 9.

con los hombres (1). A Moisés, que se acercaba á la zarza, le dijo el Señor: Descálzate, porque tierra santa es la que pisas, y merece ser tratada con respeto y con honor (2). María es la tierra santa y pura de que se forma el nuevo Adán (3), y la zarza que arde sin consumirse, porque en ella está Dios (4).

¿Comprendeis ya, hermanos míos, cuán digna de honor y de respeto es la gran Madre de Dios? Si sobre ella solo está Dios, solo á Dios debemos dar más honor que á ella. Honrarla, respetar su nombre y sus imágenes, humillarnos ante ella reconociendo su grandeza; hé aquí el sentimiento de devoción que inspira la idea de su elevación, hé aquí lo que han hecho y hacen cuantos le son verdaderamente devotos, y lo que les asegura protección en la tierra y felicidad en el cielo. ¡Ah! honradla con respeto profundo, hermanos míos, porque cumpliendo con ello un deber, atesoráis vida eterna (5): á los que la honran en la tierra, los honrará María en el cielo, dice Ricardo de San Víctor (6).

Dirigid ahora una mirada hácia el Calvario, y descubriréis otro título de María, origen de sentimientos los más puros en nuestros corazones. María, la Madre de Dios, es nuestra Madre. Esechad las palabras de Jesucristo: «Mujer, ahí tienes á tu hijo: Discípulo, ahí tienes

(1) Apoc. XXI, 3.—Tabernaculum Altissimi. (*S. Method. Orat. in Hippapante.*)

(2) Exod. III, 4, 5.

(3) Ave sis, sancta Virginalis terra, ex qua novus Adam ineffabili á divina fictione veteri recuperando susceptus est. (*S. Andr. Cret., Serm. 1 de Annunt.*)

(4) Ecclesia in Offic. Purific. B. M. V.

(5) Honorare Mariam est thesaurizare vitam æternam. (*Ric. á S. Laur., de Laud. Virg., lib. 2.*)

(6) Honorificantes se in hoc sæculo, honorificabit in futuro. (*Id. id.*)

á tu Madre (1).» Cuando yo las contemplo, dos ideas me asaltan, y apoderándose de mi espíritu, me llenan de entusiasmo santo y de júbilo inexplicable. Paréceme que no contento Dios con haber enriquecido el alma de María con gracias singularísimas para hacerla Madre suya, no contento con prepararle una corona en el cielo, donde comparte con su Hijo el imperio del mundo, quiere darle más, porque esto le parece poco; quiere darle y le da una cualidad y un título que le atraiga las bendiciones, los obsequios y el amor de todos los hombres. Y se vuelve á ella, y señalándole con los ojos al discípulo amado, le dice con voz tierna: Mujer, ahí tienes á tu hijo, y Juan la toma por Madre (2), y el mundo entero le da este nombre, y allá donde se planta la cruz del Hijo de María, allí se oye la voz del Crucificado, que le dice: Mujer, ahí tienes á tus hijos: su amor y sus obsequios son tu herencia: no hallo en la tierra otra cosa más grande que ofrecerte en recompensa de tus sacrificios por los hombres. ¡Ah! nuestro amor es el premio de los dolores de María. ¿Quién se creará dispensado de amarla? ¿Quién pondrá medida á este amor? Paréceme también que Jesús no se satisface con anonadarse y hacerse hombre por nosotros, ni con dejarnos su cuerpo y su sangre en alimento, ni con morir en un patíbulo por nuestro amor; le parece poco, y no cree habérselo dado todo, si no nos deja á María por Madre. Por ello, volviéndose á cada uno de nosotros en la persona de San Juan, que al pié de la cruz nos representaba, nos dice: Ahí tienes á tu Madre; como si dijera: Voy á morir, y mi amor no sufre dejaros huérfanos (3); os

(1) Joann. XIX, 26, 27.

(2) Id. id., 27.

(3) Id. XIV, 18.

doy, pues, por Madre á mi misma Madre. Yo no he encontrado otra criatura más amable, más tierna, más santa ni más digna de ser mi Madre, que María; pues bien, no quiero que vosotros seais menos que yó, porque os amo tanto como á mí mismo, y aún más, ya muero por vosotros (1). María, mi Madre, es vuestra Madre. ¡Oh qué amor! ¿Quién no corresponderá á él? ¿Quién dejará de confiar en María? ¿Quién se negará á darlo todo por el amor de Jesus y de María?

Amar á la Santísima Virgen: este es el encargo que nos hace Jesus, este es el sentimiento esencial de la devocion hácia ella. La devocion es una consagracion de nuestro corazon al suyo, y los corazones no se unen sino por amor. Amadla, pues, hermanos míos, con todo vuestro corazon. Dios la ama tanto, dice San Anselmo, que le da lo que más ama, le da á su Hijo para que sea su Madre (2). Amémosla nosotros dándole lo más amado, dándole nuestro corazon para que nos trate como á hijos. Ella ama á los que la aman (3), y los ama para llenar los tesoros de sus corazones (4). Amadla como hijos á su madre, diciéndole con San Anselmo: «Arda siempre mi corazon en vuestro amor, y consúmase mi alma toda en ese fuego (5).» Si lo haceis ella os amará más, porque es la más amante entre los que aman, y su amor es inven-

(1) Gal. II, 20; Joann. X, 15.

(2) *Intendat mens humana, videat et admiretur. Unicum filium sibi consubstantialem Deus progeniuit. Hunc sibi tan unicum, et in omnibus sibi æqualem, non est passus remanere solummodo suum, sed eundem ipsum voluit esse B. Mariæ unicum et dilectissimum et naturalem filium, ut unus et idem ipse qui Filius Dei est, in una persona Filius esset S. Mariæ, et qui Filius S. Mariæ, idem Filius Dei.* (S. Anselm., *de Excell. Virg.*, cap. 3.)

(3) Prov. VIII, 17.

(4) Id. id., 21.

(5) *Vestri continuo amore langueat cor meum, liquefiat anima mea.* (S. Anselm., *in Deprac. ad Virg.*)

cible (1); no quiere ser vencida en este punto, y devuelve duplicado con beneficios inefables el amor que se le tiene (2).

Pero el amor supone y pide semejanza entre los amantes; solo así es perfecto y duradero, porque solo así hay simpatía entre los que se buscan para unirse. Es decir, hermanos míos, que debéis imitar á la Santísima Virgen. El que ama verdaderamente, procura copiar en sí las perfecciones del amado, para identificarse con él. Ahora bien: la Santísima Virgen es un modelo que Dios nos pone delante, y cuando complacidos contemplamos sus virtudes, puede decirnos como Jesucristo: Os he dado ejemplo, hijos míos, para que hagais lo que yo he hecho (3); haced esto, y vivireis (4). Dios quiere que seamos santos (5), y para que lo seamos nos pone delante á nuestra Madre, cuya vida es regla de perfeccion para todos los estados (6). ¿Nospreciaremos de ser sus devotos si no procuramos su imitacion? Para expresar con un solo rasgo la perfeccion de María, dijo San Agustin: «Cual es el Hijo, tal es la Madre (7).» ¿Quién no encontrará su mayor gloria en que se diga de él: Cual es la Madre, así es el Hijo?

Hé aquí, hermanos míos, la demostracion práctica de la devocion á la Santísima Virgen. Ella es la imagen perfecta, es el tipo de la virtud en su belleza y en sus

(1) *Scio, Domina, quia amantissima es, et amas nos amore invincibili.* (S. Petr. Dam., *Serm. 1 de Nativ. B. Virg.*)

(2) *Nunquam in hoc certamine à nobis ipsa vincetur. Amorem redhibet, et præterita beneficia semper nobis adauget.* (Paccinchel., *de B. Virg.*)

(3) Joann. XIII, 15.

(4) Luc. X, 28.

(5) I Thessal. IV, 3.

(6) *Talis fuit Maria, ut ejus unius vita omnium sit disciplina.* (S. Ambr., *lib. 2 de Virg.*, cap. 2.)

(7) *Qualis Filius, ita est Mater.* (S. Aug., *Serm. 10 ad fratres in Eremo.*)

glorias. Su culto es, por lo mismo, la lección más sublime de la virtud, el estímulo más poderoso para practicarla, y el cántico armonioso con que la humanidad celebra y saluda ese principio de la felicidad verdadera. ¿Qué es honrar á María en su Concepción? Es celebrar el triunfo de la gracia sobre el pecado, admirar el encanto del alma unida á Dios por ella, y esforzarse en lograrla. Honrar á la Santísima Virgen en su Anunciación, es cantar el triunfo de su humildad y la hermosura de su pureza, que la elevaron al sublime rango de Madre de Dios; es aprender á amar y practicar la humildad como fundamento sólido de la verdadera grandeza, y preferir la castidad á los placeres de la carne; es llorar nuestra soberbia y condenar nuestra sensualidad. ¿Quién hay que mirando á esa Virgen pura no se avergüence si está manchado con el vicio de la carne? Celebrar su Visitación es admirar la ternura de su caridad, y reflejarla en el corazón para vivir de su calor benéfico. El egoísmo huye de quien contempla á María en este y en los demás misterios de su vida. Todos ellos predicán la virtud, y obrando sobre el alma, la ennoblecen, la elevan sobre la tierra, la acercan á María, la unen á Dios; porque la devoción verdadera á la Santísima Virgen, consiste en conocerla; conociéndola, admirarla; admirándola, amarla; y amándola, imitarla para asemejarse á ella, y merecer de este modo la bendición de Dios.

Yo conozco, hermanos míos, que somos débiles, y necesitamos de un auxilio superior para elevarnos á esta altura; ni un buen pensamiento podemos formar sin la gracia (1); pero sé también que toda gracia nos viene por María, y que es el premio que concede á sus devo-

(1) II Corinth. III, 5.

tos (1). Es la Reina del cielo y de la tierra. Su poder es sin límites, porque Dios ha puesto en sus manos todos sus tesoros (2). Es Reina, y lo es por su misericordia. Con este título la saluda la santa Iglesia, y desde su trono nos dice ella como su Hijo: «Venid á mí los que estais cargados y atribulados, y yo os aliviare y reforzare (3).» ¿Quién no confiará en su protección? La devoción infunde confianza, y la confianza asegura la protección de esta Madre bondadosa y tierna. Escuchad las palabras que nos dirije desde el cielo: *Gyrum caeli circuivi sola.* Yo sola doy vuelta al cielo, yo sola encierro en mí todas las grandezas, y dispongo de todos los tesoros de la eterna Ciudad. *Profundum abyssi penetravi.* Yo he penetrado y penetro con mi poder en lo profundo del abismo. En el infierno para oprimir al enemigo de la humanidad, quebrantando su cabeza para que no dañe á mis hijos. En el purgatorio, socorriendo á las almas que allí se purifican, y abriendo sus puertas para que vengan á mi lado en el eterno paraíso. *In fluctibus maris ambulavi.* Anduve sobre las ondas del mar, sobre las olas del mar de las pasiones, sobre las tribulaciones del hombre en el mundo, mar borrascoso, agitado por vientos encontrados, para ser como la estrella que guie á mis hijos para aplacar las tempestades y llevarlos al puerto. *In omni terra steli, et in omni populo.* Estuve y estoy en toda tierra y en todo pueblo, porque á todos alcanza mi amor y mi influencia. *In omni gente primatum habui.* En toda gente tuve y tengo la primacía, y usando de ella, y empleando mi poder en los corazones de los grandes y de

(1) Prov. VIII, 18 et 21.

(2) In manibus tuis sunt thesauri miserationum Domini. (S. Petr., Dom., Serm. 1 de Nativ. Virg.)

(3) Matth. XI, 28.

los pequeños, busco en todos y para todos el reposo eterno, para que descansen conmigo en la herencia de la gloria del Señor (1).

Ea pues, hermanos míos, sed devotos verdaderos de María: alabadla, respetadla, amadla, imitadla, confiad en ella, y no temáis; vuestra felicidad está asegurada, porque los que la honran con devoción verdadera, alcanzan la vida eterna (2). Consagradle vuestro corazón con amor de hijos, y declaraos suyos para siempre. Sea esta la conclusión y el resultado de estos santos ejercicios, y permitidme que recogiendo los ecos de vuestros corazones, sea vuestro intérprete en presencia de nuestra Madre, y la salute y la invoque por todos y para todos.

Oid, Señora, la plegaria de vuestros siervos; es la plegaria de cuantos os aman, es la salutación y la plegaria de toda la Iglesia, con la cual os decimos: *Dios te salve*, purísima María, primogénita de Dios (3), obra de Dios por excelencia (4), milagro el más grande del universo (5): *Dios te salve, Reina del cielo y de la tierra, Reina de los ángeles y de los hombres, Reina de cuanto obedece á Dios, Reina y Madre de misericordia*. ¡Oh cuán dulce es este título para el miserable pecador! Tú eres *vida* del alma inocente, *dulzura* del alma penitente y *esperanza* del alma pecadora. Te saludamos, y al repetir una y mil veces estos títulos, que nos recuerdan tus bondades, te decimos: *esperanza nuestra, Dios te salve. A*

(1) Eceli. XXIV, 8, 9, 10, 11.

(2) Id. id., 31.

(3) Id. id., 5.

(4) Opus Domini; mirabile Dei opus. (S. Bonav. in Spec. Virg., lec. 7.)

(5) Præstantissimum universi orbis terræ miraculum. (S. Ephrem., de Laud. Deip.)

ti, que eres la Eva reparadora del mundo perdido (1), llamamos los desterrados hijos de Eva la pecadora, que nos sujetó al imperio de la serpiente, y nos legó la esclavitud y la muerte. Sálvanos, y danos la libertad y la vida, tú que eres el título nobilísimo de nuestra libertad (2), y el espíritu y la vida de los cristianos (3). *A ti suspiramos gimiendo bajo el peso de nuestra desgracia, y llorando nuestros pecados en este valle de lágrimas*. Acoje nuestros gemidos y nuestras lágrimas, y excusa ante Dios nuestras culpas.

Ea pues, Señora, abogada nuestra en la presencia de Dios, que siempre te escucha con amor (4), dignate hacer este oficio para el cual fuiste escogida por Dios, y encumbrada sobre los coros angélicos, y *vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*. Es imposible que se pierda el que es objeto de tus miradas (5). Donde tú miras, mira Dios, y á su mirada sigue su misericordia y su amor. Vuelve pues á nosotros esos tus ojos misericordiosos; vuélvelos hácia todos tus hijos; vuélvelos hácia el primero y el más atribulado de todos ellos, el Santo Pio IX. ¡Ah, Señora! ¡Cuántas amarguras inundan su corazón! ¡Cuánto le oprimen y le persiguen los que debieran bendecirle como á un Padre! ¡Le dejarás en manos de

(1) Reparatrix perditionis orbis. (S. Anselm., de Excell. Virg.)

(2) Titulus nostræ libertatis nobilissimus. (S. Ildeph., lib. de Virg. Maria.)

(3) Spiritus et vita christianorum. (S. German. in encom. Zonæ Virg.)

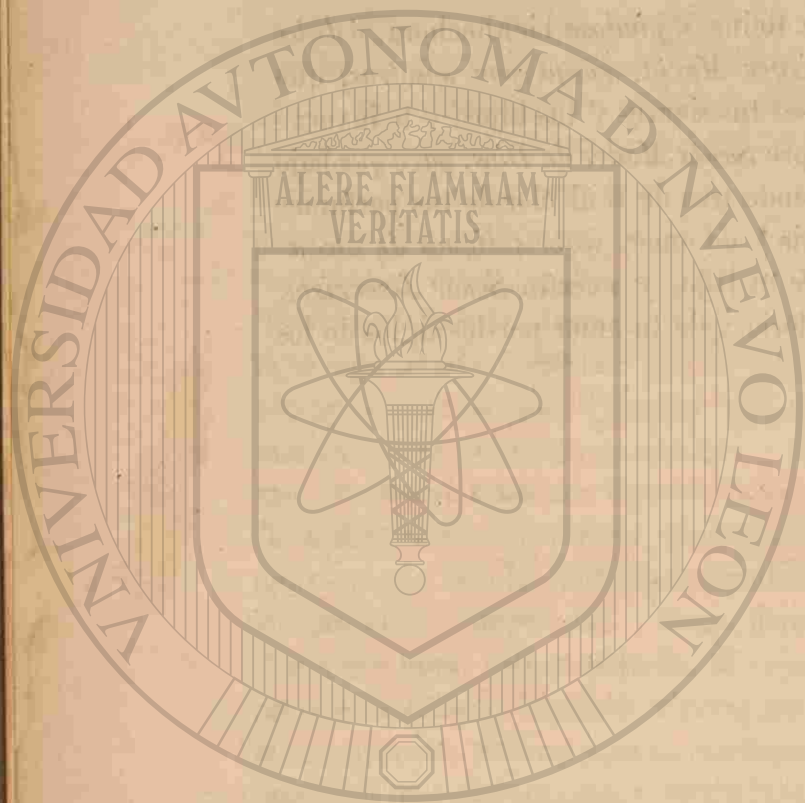
(4) Accedis enim ad illum humanæ reconciliationis altare non solum rogans, sed imperans; Domina, non ancilla; nam Filius nihil negans, honorat. (S. Petr. Dam., Serm. 1 de Natio. Virg.) Oratio Deiparæ habet rationem imperii, unde impossibile est eam non exaudiri. (S. Antonin., P. 4, tit. 15, cap. 17, §. 4.)

(5) Sicut impossibile est ut illi à quibus Maria oculos suæ misericordiæ avertit, salventur, ita necessarium est, quod hi, ad quos convertit oculos suos pro eis advocans, salventur et glorificentur. (Id. p. 4, tit. 50.)

sus enemigos? No es posible, no: él te ama, él te ha honrado sancionando como dogma de fe el más bello de tus privilegios: por ello la serpiente, cuya cabeza magullaste, le arma asechanzas por medio de sus satélites para derribarle, ya que no puede derribarte á ti. Mírale con amor, Madre buena, y tu mirada le dará consuelo, fortaleza y victoria sobre sus enemigos. Vuelve tus ojos también hácia esos enemigos, y conviértelos en hijos, pues por tales los tomaste en el Calvario. Conviértelos y sean santos, dejando la iniquidad y abrazando la justicia. Vuelve esos tus ojos hácia nuestra Católica Reina. ¡Cuánto te ama también, Señora! Tú lo sabes, y la bendices; bendícela cada día más, para que cada día sea más poderosa su fe, más ardiente su caridad, y más sólida su piedad. Vuévelos hácia sus áugustos hijos, en quienes funda la España sus esperanzas. Vuévelos hácia su Gobierno, para que bajo tu influencia bienhechora mantenga la unidad de nuestra fe, y haga florecer la religion. Vuévelos hácia toda la España, tu hija primogénita, la perla de la Iglesia, la nacion católica por excelencia. Que lo sea siempre, Señora; que no pierda ese timbre, el más puro y el más glorioso entre sus timbres. Vuévelos hácia esta Real Archicofradía que hoy te obsequia, y siempre te honra y te ama, y ama y adora á tu Jesus. Vuévelos hácia todos cuantos me escuchan, y tu mirada los inflame en amor á ti y á Jesus, haciendo que crezcan de virtud en virtud, libres de temor y de angustia, de enfermedad y de tribulacion. Vuévelos, en fin, hácia mí, el más indigno de tus siervos, para que sea el más amante de tus hijos: *y despues de este destierro de purificacion y de prueba, cuando llenos de méritos por tu proteccion y por la gracia de tu Hijo, veamos llegar el dia de la libertad eterna, muéstranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre virginal; muéstranoslo como hermano que nos*

admita á la parte en su herencia, como Padre que nos bendiga, como Salvador que nos perdone, y como Dios que nos glorifique.

O clementisima Reina, ó piadosa bienhechora, ó dulce Madre siempre Virgen Maria, ruega por nosotros, que nos gloriamos de ser tus siervos y tus hijos, y te invocamos ahora y siempre Santa Madre de Dios, para que bajo tu manto, y corriendo tras de ti al olor de tus perfumes de virtud, de gracia y de amor, seamos dignos de alcanzar las promesas de tu Hijo, y nuestro Señor Jesucristo, gozando de su gloria y de tu amor por los siglos de los siglos. Amen.



ERRATAS DEL TOMO 1.º

Hecha ya la impresión de la Obra, se han notado las erratas siguientes, que conviene tener presentes para la lectura exacta del texto.

| Pág. | Línea. | Léese. | Debe leerse. |
|------|--------|-----------------------|------------------------|
| 8 | 12 | mundo | tiempo |
| 14 | 19 | lo buscaron | la buscaron |
| 50 | 7 | discipulos | apóstoles |
| 70 | 23 | aquí bajo | aquí abajo |
| 85 | 4 | beneficio | sacrificio |
| 97 | 16 | ved | vez |
| 117 | 24 | esencia | ciencia |
| 123 | 7 | en sí misma el pecado | en sí misma, el pecado |
| 179 | 22 | por mí | de mí |
| 186 | 19 | deben sacrificarse | saben sacrificarse |
| 226 | 6 | á la tierra | en la tierra |
| 242 | 1 | parece | aparece |
| 283 | 21 | hermados | hermanos |
| 296 | 5 | ya muero | ya que muero |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

